

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

EL
VIAJERO Y SU SOMBRA

POR

FEDERICO NIETZSCHE

TRADUCCION

DE

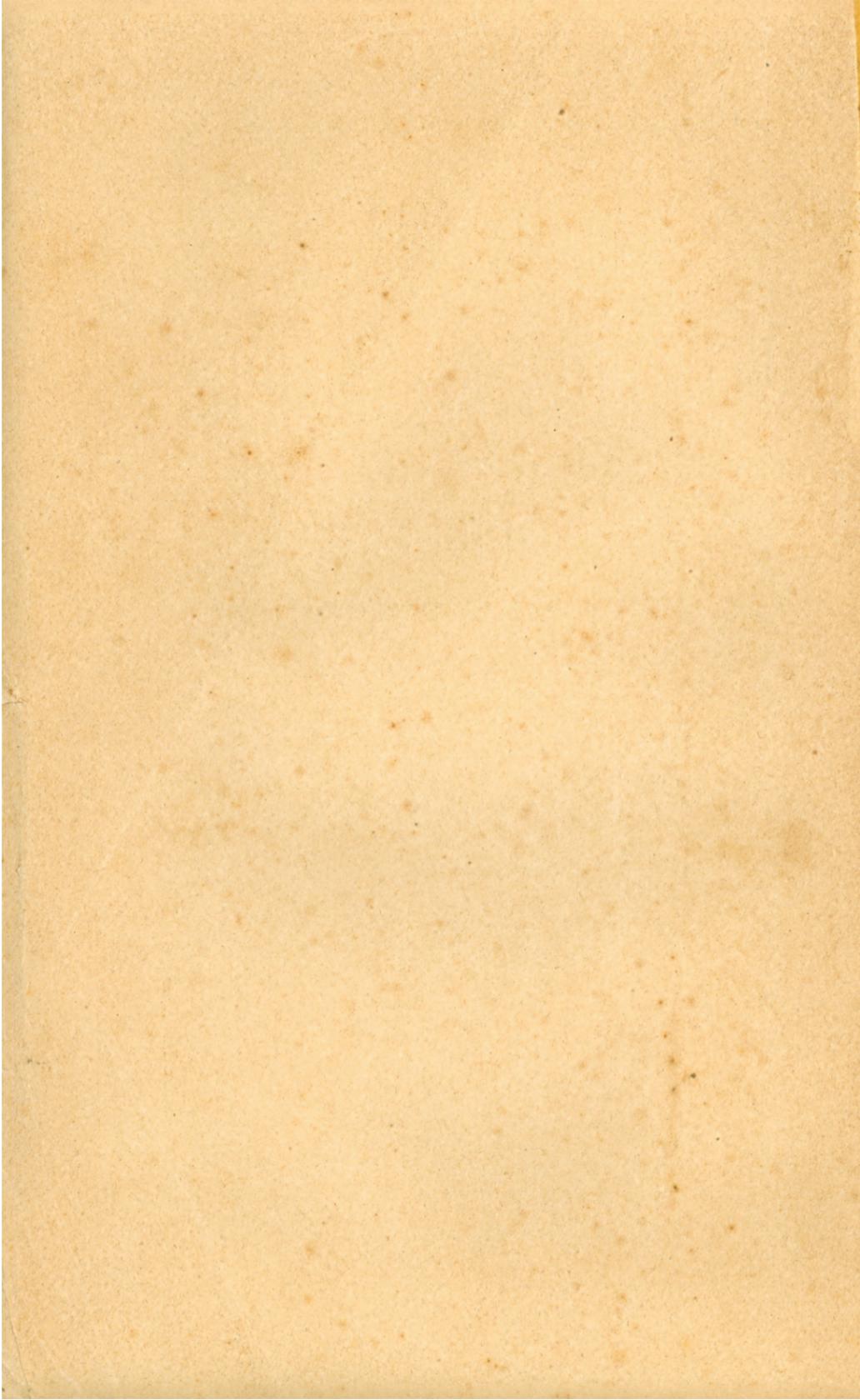
EDMUNDO GONZALEZ BLANCO

Precio: SEIS pesetas.

MADRID

LA ESPAÑA MODERNA

Calle de Fomento, núm. 7.



EL VIAJERO Y SU SOMBRA



OBRAS DE FEDERICO NIETZSCHE

publicadas por **LA ESPAÑA MODERNA**, que se hallan de venta en su Administración, calle de Fomento, 7, bajo, Madrid.

Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.

Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.

La Genealogía de la moral, 3 pesetas.

Humano, demasiado humano, 6 pesetas.

Aurora, 7 pesetas.

Ultimos opúsculos, 5 pesetas.

La Gaya ciencia, 6 pesetas.

El Viajero y su sombra, 6 pesetas.

EL
VIAJERO Y SU SOMBRA

POR

FEDERICO NIETZSCHE

TRADUCCION

DE

EDMUNDO GONZALEZ BLANCO

MADRID
LA ESPAÑA MODERNA
Calle de Fomento, núm. 7.



ES PROPIEDAD

PREFACIO

I

No se debe hablar más que cuando no hay derecho á callarse; y no debe hablarse sino de lo que se ha *dominado*: todo lo demás es charlatanería, «literatura», falta de disciplina. Mis escritos no hablan más que de mis victorias: allí estoy *yo*, con todo lo que me era contrario, *ego ipsissimus*; aún más, si se me permite emplear una expresión más enérgica, *ego ipsissimum*. Se adivina que yo tengo muchas cosas por debajo de mí. Pero siempre me faltó tiempo, la salud, espacio y distancia, hasta que nació en mí el deseo de utilizar un hecho personal que había dejado detrás de mí, una fatalidad que yo de súbito quería revelar, esquilmar y «representar» (póngase la expresión que se quiera). En este sentido, todos mis escritos, con una sola excepción, deben ser *antidatados* (no hablan siempre más que de lo que tengo detrás de mí): algunos, como, por ejemplo, las tres primeras *Consideraciones inactuales*, remóntanse aún más lejos, más allá del período de incubación de un libro publicado anteriormente (quiero hablar de *El origen de la tragedia*, cosa que no podría ignorar un sutil observador). Esta explosión irritada contra el falso patriotismo alemán, la

complacencia y el apandorgamiento de la lengua en David Strauss envejecido, sentimiento que provocó la primera *Inactual*, y que me alivió de pensamientos que se me habían ocurrido muchos antes, cuando, joven estudiante, vivía en medio de la cultura alemana, de la cultura de los filisteos (reivindico la paternidad de esta expresión: «filisteos de la cultura», de que se usa y abusa hoy día); todo esto y lo que he dicho contra la «enfermedad histórica», lo he expresado como uno que hubiese aprendido lentamente y con trabajo á curarse de ella, y que en lo sucesivo no tuviese intención alguna de renunciar al «historicismo», porque en otro tiempo lo había sufrido. Cuando, más tarde, quise en la tercera *Consideración inactual* expresar la veneración que sentía por mi primero y único educador, el gran Arturo Schopenhauer (la haría hoy mismo, mucho más enérgicamente y de un modo más personal), me encontraba ya, por mi parte, en medio del escepticismo y de la descomposición moral, es decir, tan ocupado en la crítica como en la penetración de todo pesimismo; ya no creía «en nada», como dice el pueblo, ni siquiera en Schopenhauer: en esta época nació un recuerdo, que había estado oculto hasta entonces, *sobre la verdad y la mentira en el sentido extra-moral*. Mi discurso solemne, mi apología victoriosa en honor de Wagner, con ocasión de su triunfo de Bayreuth en 1876 (Bayreuth significa la mayor victoria que jamás ha obtenido artista alguno), obra que revisita la apariencia de «la actualidad», no era todavía en el fondo más que un homenaje de reconocimiento respecto de un fragmento del pasado, respecto del más hermoso período de calma, calma también peligrosa, que yo he tenido durante mi viaje por mar: y era, efectivamente, una separación, un adiós. Ricardo

Wagner ¿se ha engañado á sí mismo? No lo creo. Mientras se ama todavía, no se describen seguramente tales imágenes; no «se considera» todavía, no se escoge un puesto de observación á distancia, como el espectador debe escogerlo. «Para la contemplación es indispensable un misterioso *antagonismo*, el de las miradas que se cruzan»: esto se dice en la página 46 de la obra indicada, con un tono traidor y melancólico, que tal vez sólo se dirigiese á cierto número de personas. La sangre fría que se necesitaba para *poder* hablar de esos largos años intermedios, pasados en la soledad del alma y en la privación, la adquirí con la obra *Humano, demasiado humano*, á la cual debe consagrarse esta segunda introducción. Flota sobre ella (toda vez que es un libro dedicado «á los espíritus libres») algo de esa frialdad casi serena y curiosa propia del psicólogo, esa frialdad que le hace callar una infinidad de cosas dolorosas que se encuentran ya *detrás* de él, *por debajo* de él, para coleccionarlas después y clavarlas en cierto modo con una punta de alfiler. ¿Qué de extraño tiene el que, durante un trabajo tan atractivo y tan metódico, se vierta en ocasiones un poco de sangre, y que el psicólogo lleve sangre en los dedos, y quizá no en los dedos tan sólo?...

II

Las *Opiniones y sentencias*, como *El Viajero y su sombra*, se han publicado primero separadamente, como continuación y apéndice de ese libro humano, demasiado humano, que acabo de nombrar, «libro dedicado á los espíritus libres»; era al mismo tiempo la continuación y la repetición de una cura intelectual,

el tratamiento *anti-romántico*, tal como lo había imaginado y administrado mi instinto sano, para combatir la enfermedad intermitente de que estaba atacado: el romanticismo bajo su forma más peligrosa. Saboreé ahora, después de seis años de curación, los mismos escritos reunidos como segundo volumen de *Humano, demasiado humano*; tal vez, así reunidos, presenten su enseñanza con más fuerza y precisión, constituyendo una *doctrina de la salud* que me permitiré recomendar á las naturalezas más intelectuales de la generación naciente como *disciplina voluntatis*. Un pesimista toma allí la palabra; un pesimista que muchas veces quiso tirar el hacha detrás del mango y que siempre volvió á poner manos á la obra; un pesimista, pues, con la buena voluntad del pesimismo, y además un romántico; un espíritu que conoce ese ardid de la serpiente que consiste en cambiar de piel, ¿no tiene derecho á dar una lección á los pesimistas de hoy que se encuentran en peligro de romanticismo?

III

Era, en efecto, una gran ocasión para *despedirse*; eso se me reveló en seguida. Ricardo Wagner, el más victorioso en apariencia, y en realidad un romántico, caduco y desesperado, se hundió súbitamente, irremediablemente, aniquilado ante la Santa Cruz. ¿No tenía entonces ningún alemán ojos para ver y compasión en la conciencia para deplorar este horrible espectáculo? ¿He sido yo el único que ha hecho *sufrir*? No importa; el acontecimiento inesperado me arrojó una luz repentina sobre el sitio que acababa de

abandonar; y me dió también esa sensación de terror que se siente después de haber corrido inconscientemente un peligro inmenso. Cuando continué solo mi camino, me puse á temblar. Poco tiempo después, estuve enfermo; más que enfermo, fatigado; fatigado por la continua desilusión respecto de todo lo que nos entusiasmaba todavía, á nosotros, hombres modernos; de la fuerza, del trabajo, de la esperanza, de la juventud, del amor inútilmente prodigados; fatigado por el disgusto de todo lo que hay de feminismo y de exaltación desordenada en este romanticismo, de toda esta mentira idealista y de este abarraganamiento de la conciencia, que de nuevo habían vencido á uno de los más valerosos; fatigado, finalmente, y no fué esta mi menor fatiga, por la tristeza de una despiadada sospecha: presentía que, después de esta desilusión, iba á ser condenado á desconfiar aún más, á despreciar más profundamente, á estar más absolutamente solo que nunca. ¿Cuál iba á ser mi *tarea*? ¿No parecía como si mi tarea se hubiera retirado de mí, como si por mucho tiempo yo no tuviese derecho á ella? ¿Qué hacer para soportar *esta* privación, la más grande de todas? Comencé por prohibirme, radical y sistemáticamente, toda música romántica, ese arte ambiguo, fanfarrón, sofocante, que priva al espíritu de su severidad y de su alegría, que hace pulular toda clase de deseos vagos y de anhelos esponjosos. «*Clave musicam*»; ese es hoy mi consejo á todos los que son bastante viriles para atenerse á las cosas del espíritu. Esa música enerva, debilita, afemina; ¡su «eterno femenino» nos deprime!... Mis primeras sospechas se han dirigido entonces *contra* la música romántica; tomé mis precauciones; y si yo esperaba todavía algo de la música, era en espera de un músico bastante

audaz, bastante perverso, bastante mediterráneo y desbordante de salud, para ejecutar sobre esta música una *venganza* inmortal.

IV

Solitario en lo sucesivo y desconfiando celosamente de mí mismo, me declararé entonces contra mí mismo y *á favor* de todo lo que me causaba malestar y me era penoso: así he encontrado el camino de ese pesimismo intrépido que es lo contrario de todas las charlatanerías románticas, y también, á mi juicio, el camino hacia mí mismo, el camino de *mi* tarea. Ese algo oculto y dominado que por mucho tiempo permanece para nosotros indescifrable; hasta que al fin descubrimos que es nuestra tarea: ese tirano toma sobre nosotros y en nosotros un terrible desquite, á cada tentativa que hacemos por evitarle y por escapar de él, á cada decisión prematura, á cada intento para asimilarnos á aquellos de los cuales formamos parte, cada vez que nos dedicamos á una ocupación, por estimable que sea, que nos aparta de nuestro objeto principal: y ese tirano se venga hasta de cada una de nuestras virtudes que quiera protejernos contra el rigor de nuestra probabilidad más íntima. La enfermedad es el contrapeso de nuestras dudas, cuando nuestro derecho y nuestra tarea nos parecen inciertos, cuando comenzamos á aliviarnos un poco. ¡Cosa extraña y terrible al mismo tiempo! ¡Nuestros *alivios* son los que debemos copiar más duramente! Y si, más tarde, queremos recobrar la salud, no nos queda otra alternativa: debemos cargar *con un fardo más pesado* que nunca.

V

Sólo entonces aprendí ese lenguaje de ermitaño, en el cual no se entienden sino los más silenciosos y los que más sufren: hablé sin testigos, ó más bien con indiferencia, frente á los testigos, para no sufrir con el silencio, hablé de cosas que no me pertenecían, pero en el tono que hubiera adoptado si me hubiesen pertenecido. Aprendí el arte de mostrarme alegre, objetivo y curioso, y ante todo sano y perverso. Me parece que eso es «buen gusto» en un enfermo. Un ojo más sutil, sin embargo, animado de una simpatía particular, se dará cuenta de lo que forma el encanto de este escrito: oír hablar á un hombre que sufre y se priva como si no sufriese y no se privase. Aquí el equilibrio enfrente de la vida, la sangre fría y hasta la gratitud respecto de la vida deben conservarse; aquí domina una voluntad severa, arrogante, siempre en tensión, sin cesar irritable, una voluntad que se ha impuesto la tarea de defender la vida contra el dolor y de extirpar todas las conclusiones que nacen como hongos en el suelo del dolor, de la decepción, del disgusto, del abandono y de otros terrenos pantanosos. Un pesimista encontraría aquí indicaciones preciosas para examinarse á sí mismo, porque entonces he podido arrancarme esta frase: «¡Ni siquiera un hombre que sufre *tiene derecho* al pesimismo!» Entonces libraba yo dentro de mí mismo un combate penoso y paciente contra la tendencia radicalmente anti-científica de todo pesimismo romántico, que quiere transformar algunas experiencias personales en juicios universales, amplificándolas hasta querer conde-

nar al mundo; en una palabra, me consideré á mí mismo. Comprendéis el optimismo en perspectiva de una curación, para tener *derecho* á hacerse otra vez pesimista. Semejante á un médico que pone á su enfermo en un ambiente absolutamente extraño, para apartarlo de todo lo que deja tras sí (sus cuidados, sus amigos, sus cartas, sus deberes, sus tonterías, los tormentos de su memoria) para enseñarle á tender las manos y los sentidos hacia un nuevo alimento, hacia un nuevo sol y hacia un nuevo porvenir; así yo me he forzado, médico y enfermo á la vez, á mi *clima del alma*, contrario á mi alma antigua, y aún no experimentado; me he forzado sobre todo á una excursión lejana por el extranjero, en lo que tiene de extraño, á una curiosidad tendida hacia toda clase de cosas extrañas. Siguióse un largo vagabundeo, fértil en pesquisas y en cambios; una repugnancia contra toda especie de parada, contra las pesadas afirmaciones y negaciones; siguiéronse también una dieta y una disciplina que hiciesen fácil al espíritu correr á lo lejos, volar hacia lo alto y, ante todo, aspirar siempre á lo nuevo. En realidad, ese era un *mínimum* de vida, una separación de toda codicia grosera, una independencia peculiar en medio de toda clase de desgracias exteriores, con la arrogancia de *poder* vivir en medio de estas desgracias; tal vez un poco de cinismo, algo del famoso «tonel», pero también la felicidad del grillo, la serenidad del grillo, mucho silencio, mucha luz, mucha locura sutilísima, mucha exaltación oculta; todo eso acabó por producir un gran robustecimiento intelectual, una alegría y una plenitud progresivas en la salud. La vida misma nos *recompensa* de nuestra terca ansia de vida, de esta larga guerra, tal como yo la he sostenido, contra el pesimismo de

la laxitud; nos recompensa ya de toda mirada atenta que le dirija nuestra gratitud, que no deja escapar ninguna ofrenda de la vida, ni la más mezquina y pasajera. Nos da en cambio la mayor ofrenda que puede dar; nos da *nuestra tarea*.

VI

Este acontecimiento de mi vida (la historia de una enfermedad y de una curación, porque todo eso acabó por una curación), ¿no ha sido más que un acontecimiento personal? ¿No ha sido más que *mi* «humano, demasiado humano»? Estoy tentado á creer hoy lo contrario: comienzo á pensar, y pienso cada vez más, que mis libros de viaje no han sido redactados para mí solo, como me parece en ciertas ocasiones. ¿Puedo, después de seis años de una convicción cada vez más arraigada, enviarlos de nuevo á que se abran camino? ¿Puedo recomendar particularmente que los estudien con ahinco los que se alimentan de un «pasado» y que tienen bastante ingenio para sufrir también con el *espiritu* de su pasado? Pero lo recomiendo, ante todo, á vosotros, que tenéis á vuestro cargo la tarea más dura, hombres raros, intelectuales y valerosos; á vosotros, los más expuestos de todos, que debéis ser la *conciencia* del alma moderna y, como tales, poseer su *ciencia*; á vosotros, en quienes se reúne todo lo que puede haber hoy de enfermedades, de venenos y de peligros; á vosotros, cuyo destino es estar más enfermos que cualquier otro, porque no sois sólo «individuos»; á vosotros, cuyo consuelo es conocer el camino de una salud nueva, y según ese camino, de una salud de mañana y de pasado mañana, predestinados y

victoriosos como sois, vencedores del tiempo; á vosotros, los más sanos y los más robustos; ¡á vosotros, *buenos europeos!*

VII

Séame permitido, para acabar, resumir en una fórmula mi oposición contra el *pesimismo romántico*, es decir, contra el pesimismo de los indigentes, de los inadaptados, de los vencidos: existe un deseo de lo trágico y del pesimismo, que es un signo de severidad tanto como de vigor intelectual (gusto, sentimiento, conciencia). Con este deseo en el corazón no se teme lo que hay de terrible y de problemático en toda clase de existencia: hasta se buscan esas cualidades. A ese deseo acompañan el valor, la arrogancia, el anhelo de un *gran* enemigo. Esa fué primero mi perspectiva pesimista; perspectiva nueva, á mi juicio; perspectiva que, aun hoy día, es nueva y extraña. Hasta ahora me atengo á ella; y, si se me quiere creer, tanto á favor mío como en contra mía, al menos en ciertas ocasiones. ¿Queréis verlo demostrado? ¿Qué otra cosa se ha demostrado en este largo prefacio?

Sils-María, Engadina Superior.

Septiembre de 1886.

EL VIAJERO Y SU SOMBRA

PRIMERA PARTE

1.—*Para aquellos á quienes ha desilusionado la filosofía.*

Si hasta ahora habéis creído en el valor superior de la vida, y si ahora os veis desilusionados, ¿habéis de despojaros de la vida á toda costa?

2.—*Ser adulado.*

Se puede ser adulado también por lo que atañe á la claridad de las ideas. ¡Cuánto os disgustan entonces las relaciones con esas personas oscuras y nebulosas que aspiran y que presienten! ¡Cuán ridículo parece, sin ser regocijante, su eterno mariposeo, su caza perpetua, sin que, en conclusión, lleguen á volar y á atrapar algo!

3.—*Los pretendientes de la realidad.*

El que acaba por darse cuenta de cómo y por cuánto tiempo ha sido engañado, abraza por despecho la realidad, aun la más fea; de suerte que, si se considera el mundo en conjunto, á la realidad le han tocado en el curso de los siglos los mejores pretendientes;

porque los mejores son los que han sido engañados más y por más tiempo.

4.—*Progreso del pensamiento libre.*

No hay mejor medio para hacer inteligible la diferencia que hay entre el pensamiento libre de otros tiempos y el pensamiento libre de hoy, que acordarse de un axioma célebre. Para imaginarlo y formularlo fué preciso toda la intrepidez del siglo XVIII, y, sin embargo, apreciado con arreglo á nuestra experiencia de hoy, conviértese en una ingenuidad involuntaria. Quiero hablar del axioma de Voltaire: *Croyez, mon ami, l'erreur aussi a son merite* (1).

5.—*Un pecado original de los filósofos.*

Los filósofos se han apoderado en todos los tiempos de los axiomas de los que estudian á los hombres (moralistas); los han corrompido tomándolos en un sentido absoluto y queriendo demostrar la necesidad de lo que éstos no habían considerado sino como indicación aproximativa, ó acaso solamente como la verdad particular en una ciudad ó en un país durante una docena de años; pero con eso los filósofos creían elevarse por encima de los moralistas. Así se encontrará, como bases de las célebres doctrinas de Schopenhauer tocante á la supremacía de la voluntad sobre la inteligencia, la invariabilidad del carácter, la negatividad de la alegría (doctrinas todas que, tales como las entiende, son errores): principios de sabiduría popular

(1) En francés en el original. Traducción: «Creedme, amigo, el error tiene también su mérito.»—(N. DEL T.)

erigidos en verdades por moralistas. La palabra «voluntad», que Schopenhauer transformó para hacer de ella una denominación común á muchas condiciones humanas, al introducirla en el lenguaje, donde no había ninguna laguna, para su gran provecho personal, en cuanto que era moralista (desde entonces pudo hablar de la «voluntad» de la misma manera que Pascal había hablado); la palabra «voluntad», en Schopenhauer, degeneró entre las manos de su inventor, á causa de su rabia filosófica por las generalizaciones, y para gran desgracia de la ciencia; porque pretender atribuir á todas las cosas de la naturaleza una voluntad, es hacer de esta voluntad una metáfora poética. En fin, se ha abusado de ella por una falsa objetivación, con el fin de utilizarla en toda clase de excesos místicos; y todos los filósofos del mundo repiten y parecen saber exactamente que todas las cosas no tienen más que una sola voluntad, y que ellas mismas son esta única voluntad; lo cual equivaldría á decir, según la definición que se da de esta voluntad única y universal, que se quiere tener por Dios al *estúpido demonio*.

6.—*Contra los imaginativos.*

El imaginativo niega la verdad delante de sí mismo; el embustero solo la niega delante de los demás.

7.—*Enemistad hacia la luz.*

Si se hace comprender á alguno que en el sentido estricto nunca puede hablar de verdad, sino solamente de probabilidad y de los grados de probabilidad, se descubre, por lo general, con júbilo no disimulado de aquel á quien así se instruye, cómo los hombres

prefieren la incertidumbre del horizonte intelectual, y cómo, en el fondo de su alma, *odian* la verdad á causa de su precisión. ¿Proviene esto de que todos temen que se haga caer sobre ellos mismos alguna vez, con demasiada crudeza, la luz de la verdad? ¿Quieren dar algo á entender, y, sin embargo, no se ha de saber exactamente lo que son? ¿O bien no es más que el temor de una luz demasiado fuerte, á la cual no está habituada su alma de murciélagos crepusculares y fácil de deslumbrar?

8.—*Escepticismo cristiano.*

Preséntase ahora á Pilatos, con su pregunta: «¿Qué es la verdad?», como defensor de Cristo, y eso para hacer sospechoso todo lo que es conocido y cognoscible, para hacerlo pasar por apariencia, á fin de poder alzar sobre el horrible fondo de la imposibilidad de saber ¡la Cruz!

9.—*La «ley de la naturaleza» es una superstición.*

Si habláis con tanto entusiasmo de la conformidad á las leyes que existen en la naturaleza, habéis de admitir, ó que por una obediencia libremente consentida y sometida á sí misma, las cosas naturales siguen sus leyes (en cuyo caso admiráis la moralidad de la naturaleza), ó que evocáis la idea de un mecánico creador que ha fabricado el péndulo más ingenioso, colocando en él, á guisa de ornamento, los seres vivientes. La necesidad en la naturaleza se hace más humana por la expresión «conformidad á las leyes»: este es el último refugio de la fantasía mitológica.

10.—*Pasa á la historia.*

Los filósofos nebulosos y los entenebrecedores del mundo, y, por lo tanto, todos los metafísicos de sal más ó menos gruesa, se sienten atacados de dolores en los ojos, en los oídos y en los dientes cuando comienzan á sospechar que hay alguna realidad en ese axioma que afirma que la filosofía ha pasado ahora al dominio de la historia. Puede perdonárseles, á causa de su disgusto, que arrojen piedras é inmundicias al que habla así; pero puede suceder que la doctrina misma llegue á ser por algún tiempo inconveniente é insignificante y que deje de producir sus efectos.

11.—*El pesimista de la inteligencia.*

El hombre, verdaderamente libre por el espíritu, pensará también libremente á propósito del mismo espíritu, y no se ocultará lo que pueda haber de grave en los orígenes y la dirección de éste. Por eso los demás le considerarán tal vez como el peor enemigo del libre pensamiento, y le aplicarán este término despectivo: «pesimista de la inteligencia», que debe poner en guardia contra él, habituados como están á no nombrar á uno según su fuerza y su virtud dominantes, sino según lo que les parece más extraño en él.

12.—*Alforja de los metafísicos.*

No hay que responder á los que hablan con tanta fanfarronería de lo que tiene de científica su metafísica; basta revolver en la mochila que disimulan detrás de su espalda con tanto pudor; si se consigue deshacerla algo, se obtendrá la luz y se producirá su

mayor vergüenza, el resultado de este científicismo: un Dios pequeñito y bueno, una inmortalidad amable, quizá un poco de espiritismo y todo el amasijo confuso de las miserias de un pobre pecador y del orgullo del fariseo.

13.—*El conocimiento perjudicial en ocasiones.*

La utilidad que trae una investigación absoluta de la verdad está sin cesar demostrada por centésima vez, de tal manera, que hay que acomodarse sin vacilar á las cosas perjudiciales, ligeras y raras, con que el individuo puede sufrir á causa de esta investigación. Es imposible evitar los riesgos al químico que puede quemarse ó envenenarse con ocasión de sus experiencias. Lo que se puede decir del químico se aplica á toda nuestra civilización. De donde resulta claramente, dicho sea de paso, cuánto importa, para ésta, tener siempre bálsamos para las heridas y antidotos para los venenos.

14.—*Lo que necesita el filisteo.*

El filisteo cree que lo más necesario para él es un arambel de púrpura ó un turbante de metafísico, y no quiere, de ningún modo, dejárselos arrancar; y con todo, sería menos ridículo sin estos oropeles.

15.—*Los exaltados.*

Por todo lo que los exaltados dicen á favor de su evangelio ó de su maestro, se defienden ellos mismos, aunque parezcan erigirse en jueces (y no en acusados), porque involuntariamente se les hace recordar, casi á cada instante, que son excepciones que necesitan justificarse.

16.—*El bien impulsor de la vida.*

Todas las cosas buenas son fuertes estimulantes en favor de la vida; y eso mismo ocurre con todo buen libro, escrito contra la vida.

17.—*Felicidad del historiador.*

«Cuando oímos hablar á los metafísicos sutiles y á los alucinados del otro mundo, comprendemos que nosotros somos los *pobres de espíritu*, es verdad, pero á nosotros pertenece el reino del cambio con la primavera y el otoño, el invierno y el estío, y que á ellos les pertenece el otro mundo con sus nieblas incessantes, sus sombras grises y frías.» Esto es lo que se puso á decir alguien que se paseaba al sol de la mañana; alguien que, al estudiar la historia, sentía transformarse sin cesar, no sólo su espíritu, sino también su corazón, y que, en oposición á los metafísicos, se contenta con albergar en sí, no un alma inmortal, sino muchas almas mortales.

18.—*Tres especies de pensadores.*

Hay manantiales de mineral que saltan, hay otros que corren y otros que fluyen gota á gota; en el mismo sentido hay tres clases de pensadores. El profano los valúa según la capacidad del agua, el inteligente examina su contenido y los juzga, por consiguiente, con arreglo á lo que en ellos *no* es agua.

19.—*La imagen de la vida.*

Querer pintar la imagen de la vida, es tarea que, aunque celebrada por todos los poetas y los filósofos,

no deja de ser insensata; la mano de los más grandes pintores y pensadores, nunca ha trazado más que imágenes y bosquejos *sacados de una vida*, es decir, de su propia vida. No podría ser de otro modo. En una cosa que está en plena evolución, otra cosa que evoluciona no puede reflejarse de un modo fijo y durable, como *la vida*.

20.—*La verdad no tolera otros dioses.*

La fe en la verdad comienza con la duda en todas «las verdades» en que se ha creído hasta ahora.

21.—*En qué se exige el silencio.*

Si se habla del libre pensamiento como de una expedición muy peligrosa por los ventisqueros y mares polares, los que no quieren comprometerse en ese camino se ofenden, como si se les hubiese acusado de vacilación y de tener las piernas débiles. Cuando no nos sentimos á la altura de una cosa difícil, no toleramos que se mencione ante nosotros.

22.—*Historia «in nuce».*

La parodia más seria que he oído jamás es esta: En el principio era el contrasentido y el contrasentido era por Dios, y Dios (divino) era este contrasentido.

23.—*Incurable.*

El idealista es incorregible; si se le expulsa de su cielo, se agencia en el infierno un ideal. Creadle una decepción y veréis que no pone menos ardor en abrazar su decepción del que ponía hace poco en aureolarse con su esperanza. En cuanto que su inclinación

pertenece á las grandes inclinaciones incurables de la naturaleza humana, puede provocar destinos trágicos y convertirse más tarde en asunto de tragedia; en eso toca á lo que hay de más incurable, inevitable é irremisible en el destino y en el carácter humanos.

24.—*Los aplausos son una continuación del espectáculo.*

El aire radiante y la sonrisa benévola es la forma de aprobación que se da á la gran comedia del mundo y de la existencia; pero hay al mismo tiempo una comedia en la comedia que debe llevar á los demás espectadores al «*plaudite, amici*».

25.—*Valor del fastidio.*

El que no tiene el valor de permitir que se juzgue fastidiosa su obra y que se le juzgue fastidioso á él mismo, no es un espíritu de primer orden, ni en las artes, ni en las ciencias. Un espíritu humorístico, que, por excepción, fuese también un pensador, dirigiendo una mirada sobre el mundo y la historia, podría añadir: «Dios no tiene este valor; ha querido hacer todas las cosas interesantes y las ha hecho así.»

26.—*De la más íntima experiencia del pensador.*

Nada es más difícil para un hombre que percibir una cosa de una manera impersonal; quiero decir, ver en ella precisamente una cosa y no una *persona*: hasta se puede preguntar si, de un modo general, le es posible suspender, aunque no sea más que por un momento, el mecanismo de su instinto que crea é imagina personas. En sus relaciones con los *pensamientos*,

aun los más abstractos, se porta como si fuesen individuos con los cuales se ve forzado á luchar, individuos á quienes se cuida y educa. Escuchemos ó acechemos durante el minuto en que oímos ó encontramos un axioma nuevo para nosotros. Acaso nos desagrada, porque se presente con tanta altivez y orgullo; inconscientemente nos preguntamos si no debemos oponerle un enemigo ó bien agregarle un «tal vez» ó un «á veces»; la palabreja «probable» nos da satisfacción, porque destruye la tiranía personal de lo absoluto que nos importuna. Cuando, por el contrario, este axioma nuevo se nos presenta en una forma más atenuada, tolerante y humilde como conviene, arrojándose, de cierto modo, en los brazos de la contradicción, apuntamos otro ejemplo de nuestra soberanía; porque, ¿cómo podríamos no ayudar á ese ser débil, acariciarlo y nutrirlo, darle fuerza y plenitud y hasta una apariencia de verdad y de absoluto? ¿Nos es posible portarnos con él de una manera natural, caballeresca ó compasiva? Además, vemos por una parte un juicio, y por otra parte otro, alejados entre sí, sin que estén unidos y sin que tiendan á aproximarse; entonces una idea nos cosquillea; averiguamos si no habría que hacer un matrimonio, si no habría que sacar una *conclusión*; tenemos el sentimiento vago de que en el caso en que esta conclusión fuese una consecuencia, recibirían gran honra, no sólo los dos juicios unidos por el matrimonio, sino también el autor de este matrimonio. Si, por el contrario, no se puede atacar esta idea ni por la obstinación y la mala voluntad, ni por la benevolencia (si se la juzga *verdadera*), sométese uno ó ella y ríndele homenaje como á un guía y á un jefe, concédesele un puesto de honor y no se habla de ella sin cierta pompa y alti-

vez; porque su esplendor brilla sobre vosotros. ¡Desgraciado de aquel que quiera obscurecerla! Pero ocurre también que esta autoridad se nos llega á hacer escabrosa un día; entonces, nosotros que somos infatigables creadores de reyes (*King-makers*) en el dominio del espíritu, expulsamos del trono á la idea elegida y sentamos en él á su contraria. Considerad eso y dad un paso más en vuestro pensamiento; seguramente nadie hablará de una «necesidad de conocimiento en sí». ¿Por qué, pues, el hombre prefiere lo verdadero á lo falso, en esta lucha *secreta* con las *ideas-personas*, en este matrimonio de ideas, matrimonio que permanece oculto las más de las veces, en esta fundación de estados en el dominio del pensamiento, en esta educación y en esta asistencia del pensamiento? Por la misma razón que le impulsa á hacer justicia en sus relaciones con verdaderas personas; *ahora*, por costumbre, herencia y educación; *primitivamente*, porque lo verdadero (como también lo equitativo y lo justo) es más *útil* y reporta más *honosres* que lo falso.

Porque, en el dominio del pensamiento, es difícil conservar la *fuerza* y la *reputación*, cuando éstas se cimentan en el error y la mentira; el sentimiento de que ese edificio pudiera venir á tierra algún día es *humillante* para la conciencia de su arquitecto; el arquitecto se avergüenza de la fragilidad de su material, y, porque se considera *á sí mismo* como más *importante* que el resto del mundo, no quisiera ejecutar nada que no fuese más *durable* que el resto del mundo. En su deseo de la verdad, profesa la fe en la inmortalidad personal, es decir, el pensamiento más orgulloso y altivo que hay, porque va íntimamente asociado á este pensamiento oculto: «*pereat mundus, dum ego sal-*

vis sim (1)! Su obra se ha convertido para él en su *ego*; él mismo se transforma en una cosa imperecedera, que desafía á cualquier otra cosa; es su altivez inconmensurable que no quiere servirse para su obra más que de las piedras mejores y más duras, por consiguiente, de verdades, ó de lo que él tiene por tales. Con justa razón se ha llamado siempre al *orgullo* «el vicio de los que saben»; la verdad y su prestigio estarían en mala postura sobre la tierra, sin este vicio fecundo. En el hecho de que *tememos* á nuestras propias ideas, á nuestras propias palabras, pero también de que en ellas *nos veneramos* á nosotros mismos, atribuyéndoles involuntariamente la facultad de poder recompensarnos, despreciarnos, elogiarnos y censurarnos; en el hecho de que estamos en relación con ellas, como con personas libres é intelectuales, como con fuerzas independientes, de igual á igual; en ese hecho se funda el singular fenómeno que he llamado «conciencia intelectual». Es, pues, una cosa moral, superior, que ha salido de una raíz vulgar.

27.—*Los oscurantistas.*

Lo esencial, en la magia negra de los oscurantistas, no es que quiere perturbar los cerebros, sino que tiende á ennegrecer la imagen del mundo y á oscurecer nuestra *idea de la existencia*. Verdad es que, para llegar á este fin, el oscurantismo se dedica muchas veces á impedir la emancipación de los espíritus, pero, en ciertos casos, usa precisamente del medio opuesto, y trata, por el excesivo refinamiento de la inteligencia, de engendrar la saciedad. Los metafísi-

(1) «¡Perezca el mundo, con tal de que yo sea salvo!—
(N. DEL T)

cos sutiles que preparan el escepticismo y que, por su extremada sagacidad, invitan á la desconfianza hacia la sagacidad, son excelentes instrumentos de un oscurantismo más refinado. ¿Es posible poder hacer servir á este fin al mismo Kant? Diré más: ¿es posible que, según su propia declaración tristemente célebre, haya *querido* él mismo algo parecido, al menos de un modo pasajero, abrir un camino á la *fe*, señalando sus límites á la ciencia? Es cierto que no lo ha conseguido ni él ni sus sucesores en los senderos de cabras de ese oscurantismo muy refinado y muy peligroso — el más peligroso de todos: porque la magia negra se presente aquí con una aureola de luz.

28.—*Qué clase de filosofía hace perecer al arte.*

Si las brumas de una filosofía metafísico-mística consiguen hacer *opacos* todos los fenómenos estéticos, síguese que es imposible *evaluar* estos fenómenos juzgándolos unos per otros, porque cada uno separadamente es inexplicable. Pero si no es posible comparar para llegar á un cálculo, acaba por resultar una *ausencia* completa de *crítica*, una ciega indolencia; resulta, además, un debilitamiento continuo del *goce* que procura el arte; ese goce que no se distingue de la brutal satisfacción de una necesidad más que por un gusto en extremo refinado y un sentido agudo del matiz. Pero, cuanto más disminuya el goce, más se transformará el deseo del arte, para rebajarse de nuevo á un simple apetito, al cual el artista, trata desde luego de subvenir por una nutrición cada vez más grosera.

29.—*En Gethsemaní.*

Lo que un pensador puede decir de más doloroso á un artista, es: «¿No podéis *velar* durante una hora *conmigo?*»

30.—*En el telar.*

Hay un reducido número de personas que tienen gusto en desmarañar el tejido de las cosas y en deshacer las malas, pero un gran número trabaja en contra de esta tarea (por ejemplo, todos los artistas y todas las mujeres). Se dedican á rehacer los nudos hasta lo infinito y á embrollar los hilos, de tal suerte, que las cosas comprendidas se hagan incomprensibles. Suceda lo que quiera, las mallas y los tejidos tendrán siempre un aspecto desagradable, porque en ellos trabajan demasiadas manos que arrancan los hilos.

31.—*En el desierto de la ciencia.*

Durante sus marchas humildes y penosas, que son muchas veces, ¡ah! marchas á través del desierto, aparécenle al hombre científico esos maravillosos espejismos que llama «sistemas filosóficos»: muestran al alcance de la mano, con la fuerza mágica de la ilusión, la solución de todos los enigmas y la copa refrescante del verdadero licor de vida; el corazón palpita de alegría y el hombre fatigado ya casi toca con los labios la recompensa de su trabajo y de su perseverancia científica, de suerte que va, casi involuntariamente, siempre hacia adelante. Es cierto que algunas naturalezas se detienen como ofuscadas por el

hermoso espejismo; entonces el desierto los traga y mueren para la ciencia. Otras naturalezas, las que muchas veces han hecho la experiencia de estos consuelos subjetivos, se sienten atacadas de un extremo de desaliento y maldicen el sabor de sal que estas apariciones dejan en la boca y de donde resulta una sed ardiente, cuando un solo paso os aleja de un manantial.

32.—*La supuesta «verdad verdadera».*

El poeta aparenta conocer á fondo las diferentes profesiones, como, por ejemplo, las de general, de tejedor y de marino, y todas las cosas que les atañen. Se porta como si *supiese*. Al explicar los destinos y los actos humanos, tiene el aspecto de haber estado presente cuando fué tejida la trama del mundo; en este sentido es un impostor. Verifica sus engaños delante de *ignorantes*; por eso le salen bien; éstos le alaban de su talento real y profundo, y le inducen, por último, á creer que conoce las cosas tan bien como los especialistas, que las conocen y ejecutan, y hasta tan bien como la gran Araña del mundo. El impostor acaba, pues, por ser un hombre de buena fe y por creer en su veracidad. Los hombres sensibles llegan hasta á decirle cara á cara que posee la verdad y la veracidad *superiores*; porque sucede algunas veces que están momentáneamente fatigados de la realidad; entonces toman el sueño poético como un alivio bienhechor, una noche de reposo, saludable al cerebro y al corazón. Lo que el poeta ve en sueños les parece ahora de un valor superior, porque, como he dicho, experimentan con ello un sentimiento bienhechor, y los hombres siempre han creído que lo que parecía

ser más precioso era lo más verdadero, lo más real. Los poetas que tienen *conciencia* de este poder, propio de ellos, se dedican con toda intención á calumniar lo que generalmente se llama realidad y á darle el carácter de la incertidumbre de la apariencia, de la inautenticidad, de lo que se extravía en el pecado, en el dolor y en la ilusión; utilizan todas las dudas sobre los límites del conocimiento, todos los excesos del escepticismo para cubrir á las cosas con el velo de la incertidumbre, á fin de que, después que han llevado á cabo este oscurecimiento, se interprete, sin vacilación, sus devaneos de magia y sus evocaciones como el camino de la «verdad verdadera», de la «realidad real».

33.—*Querer ser justo y querer ser juez.*

Schopenhauer, cuya gran experiencia en las cosas humanas y demasiado humanas, cuyo sentido instintivo de los hechos han sido más ó menos sofocados por la piel de leopardo de su metafísica (esa piel que hay que arrancar primero para descubrir debajo de ella un verdadero genio de moralista); Schopenhauer, digo, hace esta excelente distinción que le dará razón más de lo que osaba confesarse á sí mismo: «El conocimiento de la severa necesidad de los actos humanos es línea que separa los *cerebros filosóficos de los demás.*» Él mismo puso obstáculos á esta comprensión profunda que una vez adquirió con este prejuicio común á los hombres morales (no á los moralistas), y que expresa así, en un tono cándido y ferviente: «La aclaración definitiva y verdadera sobre el sentido íntimo del conjunto de las cosas está necesariamente en estrecha correlación con la significación ética de los

actos humanos.» Esta necesidad no salta á la vista: muy al contrario, está refutada por ese axioma de la severa necesidad de las acciones humanas, es decir, de la absoluta violencia é irresponsabilidad de la voluntad. Los cerebros filosóficos se distinguirán, pues, de los demás por su incredulidad en lo que toca á la significación metafísica de la moral; y eso abriría un abismo profundo é infranqueable que no se asemejaría en nada al que separa á las «personas instruídas» de los «ignorantes» y de que tanto se lamentan en estos días. Es cierto que será preciso que se reconozcan como inútiles muchas puertas de salida que se han abierto á los mismos «cerebros filosóficos» como Schopenhauer: *ninguna* de estas puertas está al aire libre en la atmósfera del libro arbitrio; cada una de aquellas por donde se ha escapado hasta ahora da á un espacio cerrado: el muro de bronce de la fatalidad: *estamos* encarcelados, no podemos más que *soñarnos* libres, no *hacernos* libres. No se podrá resistir por mucho tiempo á esta certeza; las actitudes desesperadas é inconcebibles de los que la atacan y hacen vanas contorsiones por continuar la lucha lo demuestran. He aquí, poco más ó menos, lo que ocurre ahora en su espíritu: «¿Nadie ha de ser responsable, habiendo como hay por todas partes el pecado y el sentimiento del pecado? Tiene que haber algún pecador: si es imposible y si no está permitido acusar y juzgar al individuo, esa onda insignificante en el mar inmenso de la evolución, considérese como culpable al mismo mar, á la evolución: porque en ella hay libre arbitrio; se puede acusar, condenar, expiar y hacer penitencia: sea, pues, Dios el pecador y el hombre su salvador: sea la historia á la vez culpabilidad, condenación y suicidio: ¡sea el malhechor su propio verdu-

gol.» Este *cristianismo invertido* (¿qué había de ser si no fuera eso?) es la última escaramuza en la lucha de la doctrina de la moralidad absoluta con la de la violencia absoluta, y eso sería una cosa terrible si fuese *otra cosa* que una *mueca lógica*, el gesto horrible de una idea que sucumbe, tal vez el espasmo de agonía del corazón desesperado, ávido de salud, á quien la locura murmura: «He aquí que eres el cordero que lleva los pecados de Dios.» Hay un error, no sólo en el sentimiento: «soy responsable», sino también en esta oposición: «no lo soy, pero es preciso que alguien lo sea». ¡Esto sí que no es cierto! El filósofo debe decir como Cristo: «¡No juzguéis!» Y la última distinción entre los cerebros filosóficos y los demás sería que los primeros quieren ser *justos* al paso que los segundos quieren ser *jueces*.

34.—*Sacrificio.*

¿Consideráis el sacrificio como el signo distintivo de la acción moral? Reflexionad si no hay un aspecto de sacrificio en algún acto efectuado de un modo reflexivo, sea bueno ó malo.

35.—*Contra los inquisidores de la moral.*

Hay que saber todo aquello de que un hombre es capaz, bueno ó malo, en la idea que se forma de las cosas en su ejecución, para poder apreciar su desarrollo y el resultado de su naturaleza moral. Ahora bien: conocer todo eso es imposible.

36.—*Diente de serpiente.*

No sabemos si tenemos un diente de serpiente antes de que alguno haya puesto el talón sobre nosotros.

Una esposa ó una madre diría: antes de que alguno haya puesto su talón sobre lo que nos es querido, sobre nuestro hijo. Nuestro carácter está determinado más por la ausencia de ciertos hechos que por lo que se ha vivido.

37.—*El engaño en amor.*

Se olvidan fácilmente ciertas cosas del pasado; se las expulsa del cerebro con toda intención; se desea, pues, ver la imagen que refleja nuestro pasado mentirosos á nosotros mismos y halagarnos; trabajamos sin cesar en este engaño hecho á nosotros mismos. ¿Y pensáis, vosotros que habláis tanto del «olvido de sí en el amor»; del «abandono del *yo* á otra persona», vosotros que os vanagloriáis de todo eso, ¿pensáis que hay en ello algo esencialmente distinto? Se destruye, pues, el espejo; se transforma imaginariamente en otra persona á quien se admira, y se goza desde luego de la misma imagen de sí mismo, aunque se la designe con el nombre de otra persona. ¿Y todo este proceso no ha de ser engaño de sí propio, egoísmo? Me dejáis admirado. Parece que los que se ocultan algo *ante sí mismos* y los que, en general, se ocultan ante sí mismos, se parecen en que cometen un robo en el tesoro del conocimiento. De donde ha de deducirse de qué crimen aparta el axioma «conócete á ti mismo».

38.—*Al que niega su vanidad.*

El que niega en sí mismo la vanidad la posee generalmente bajo una forma tan brutal que cierra instintivamente los ojos ante ella, para no verse obligado á despreciarse.

39.—*Por qué las personas estúpidas se hacen malas con tanta frecuencia.*

A las objeciones de los adversarios contra las cuales nuestro cerebro se siente demasiado débil, el corazón responde poniendo en duda los motivos de sus objeciones.

40.—*El arte de las excepciones morales.*

No hay que hacer oídos con gran frecuencia á un arte que representa y glorifica los casos excepcionales de la moral; ni siquiera aquellos en que el bueno se hace malo, y el injusto, justo: del mismo modo que de cuando en cuando se compra algo á un vendedor ambulante, pero con el miedo de que en su venta no robe más que gana.

41.—*La absorción y la no-absorción de los venenos.*

El único argumento definitivo que en todos los tiempos ha impedido á los hombres absorber un veneno, no es el temor de la muerte que pudiera ocasionar, sino su mal gusto.

42.—*El mundo privado del sentimiento del pecado.*

Si no se ejecutasen más que las acciones que no engendran la mala conciencia, el mundo humano sería, aun con eso, hartamente desagradable é hipócrita; pero estaría menos enfermizo y lastimoso que hoy está. Hubo en todo tiempo bastantes hombres perversos *sin* conciencia, pero hubo también muchas buenas personas á quienes sólo faltaba el sentimiento de alegría que da la conciencia tranquila.

43.—*Los concienzudos.*

Es más cómodo obedecer á su conciencia que á su razón; porque, á cada fracaso, la conciencia encuentra en sí misma una excusa y un aliento. Por eso hay tantas personas concienzudas y tan pocas personas razonables.

44.—*Medios opuestos para evitar la amargura.*

Para ciertos temperamentos es útil poder expresar su despecho por palabras: los discursos los apaciguan. Otros temperamentos no sienten toda su amargura hasta que no intentan expresarla: para éstos será más saludable ocultar la expresión de su cólera; la violencia que se hacen los hombres de esta clase, ante sus enemigos ó ante sus superiores, endulza su carácter é impide que éste se haga fútil ó desabrido.

45.—*No tomar las cosas muy á pecho.*

Es desagradable martirizarse á fuerza de estar acostado, pero esa no es una prueba contra la eficacia del tratamiento que os determinó á quedaros en la cama. Los hombres que han vivido mucho tiempo vida exterior, y que al fin se han vuelto hacia la vida interior y hacia el aislamiento filosófico, saben que hay también una manera de martirizar el espíritu y el sentimiento á fuerza de acostarlos en el mismo círculo. No hay, pues, en esto un argumento contra el género de vida que se ha escogido, sino que eso exige ligeras excepciones y reincidencias aparentes.

46.—*La «cosa en sí humana».*

La cosa más vulnerable, y, sin embargo, la más invencible, es la vanidad humana: su fuerza aumenta

con las heridas y puede acabar por hacerse gigantesca.

47.—*Lo que hay de cómico en muchas personas laboriosas.*

Por un exceso de esfuerzos, llegan á conquistar algunos ocios, y, cuando han llegado á sus fines, no saben qué hacer, como no sea contar las horas hasta que ha pasado el tiempo.

48.—*Tener mucha alegría.*

El que tiene mucha alegría debe ser un hombre bueno; pero quizá no sea más inteligente, aunque llegue á lo que el más inteligente aspira con toda su inteligencia.

49.—*En el espejo de la naturaleza.*

¿No se conoce bastante exactamente el carácter de un hombre cuando se oye que gusta de pasearse entre los trigales dorados; que prefiere, á todos los demás, los matices extinguidos y amarillentos que toman en el otoño los bosques y las flores, porque estos matices indican algo más bello que lo puede hacer la naturaleza; que se siente muy á gusto bajo los grandes nogales de rico follaje, como si fuesen sus parientes cercanos; que su gran alegría es estar en las montañas, encontrar esos lagos retirados, desde donde la misma soledad parece dirigirle una mirada; que ama esa tranquilidad gris de un crepúsculo brumoso; que se desliza, en las tardes de otoño y de primavera, hasta las ventanas, como para aislarse, con cortinas de terciopelo, de toda clase de ruido insólito; que considera á toda roca en bruto como un testigo del pasa-

do, ávido de hablar, venerable para él desde su infancia; y que, por último, el mar, con su movable piel de serpiente y su belleza de leona, siempre ha sido y seguirá siendo extraña para él? En efecto, con eso se da algo del carácter de este hombre, pero el reflejo de la naturaleza no dice que ese mismo hombre, con todos sus sentimientos idílicos (y no digo «á pesar de ellos»), podría muy bien ser poco caritativo, parsimonioso y presuntuoso. Horacio, que entendía de estas cosas, ha puesto el sentimiento más tierno de la vida campesina en la boca y en el alma de un *usure-ro* romano con el célebre: «*Beatus ille qui procul negotiis* (1).»

50.—*Fuerza sin victorias.*

La convicción más fuerte (la de la absoluta no-libertad de la voluntad humana) es, no obstante, la que conduce á los resultados más mezquinos, porque siempre ha tenido el adversario más decidido en la vanidad humana.

51.—*Alegría y error.*

Uno hace involuntariamente bien á sus amigos por impulso natural; otro lo hace voluntariamente por medio de actos particulares. Si el primer caso se considera superior, al segundo solamente va unida la tranquilidad de conciencia y un sentimiento de alegría; quiero decir, de la alegría que producen las buenas obras; sentimiento que se funda en la creencia de que podemos á capricho hacer el bien ó el mal, es decir, en un error.

(1) «Bienaventurado aquel que lejos de los negocios». Primer verso de la célebre oda del poeta venusino.—(N. DEL T.)

52.—*No hay razón para ser injusto.*

Una injusticia que se ha hecho á alguno es mucho más dura de soportar que una injusticia que algún otro os ha hecho (no precisamente por razones morales, téngase en cuenta); porque, en el fondo, el que obra es siempre el que sufre, pero solo cuando es accesible á los remordimientos ó bien á la certeza de que, por su acto, habrá armado la sociedad contra él y se habrá aislado. Por eso, hecha abstracción de todo lo que ordenan la religión y la moral, debería uno guardarse de cometer una injusticia más todavía que de sufrir una, aunque no fuese más que por su felicidad interior, y por no perder su bienestar; porque, en este último caso, se tiene el consuelo de la buena conciencia, de la esperanza de venganza, de la compasión y de la aprobación de los hombres justos, y hasta de toda la sociedad, la cual teme á los malhechores. Algunos se dedican al ardid importuno de transformar toda injusticia que han cometido en una injusticia que se les ha hecho, y á reservarse, para excusar lo que han hecho, el derecho excepcional de la defensa legítima, para soportar así más fácilmente su carga.

53.—*Envidia con ó sin etiqueta.*

La envidia vulgar tiene la costumbre de cacarear en cuanto la gallina envidiada ha puesto un huevo. Pero existe una envidia más profunda aún; en este caso, ésta no dirá una palabra, y deseará que se cierre la boca á todo el mundo, por mucho que éste se enfurezca. La envidia que se calla cobra fuerzas en el silencio.

54.—*La cólera como espía.*

La cólera agota al alma hasta las heces, de suerte que el fondo sale á luz. Por eso, si no se llega á ver claro de otro modo, hay que encolerizar á sus camaradas, á sus partidarios y á sus enemigos, para saber lo que se piensa y lo que se hace secretamente contra vosotros.

55.—*La defensa es moralmente más difícil que el ataque.*

El verdadero golpe de maestro, el verdadero rasgo heroico del hombre bueno no consiste en atacar la causa y continuar amando á la persona, sino en algo mucho más difícil, á saber: *defender su propia causa*, sin que le cueste trabajo, y sin querer que le cueste á la persona que ataca. La lámina del ataque es franca y larga; la de la defensa tiene generalmente corte de aguja.

56.—*El honrado contra la honradez.*

El que es públicamente honrado respecto de sí mismo, acaba por concebir una idea elevada de su honradez; porque no sabe á punto fijo por qué es honrado, por la misma razón de que otro prefiera la apariencia y el disimulo.

57.—*Carbones encendidos.*

Se interpreta mal generalmente el proceder que consiste en acumular carbones encendidos sobre la cabeza de alguno, porque el otro sabe también que está en posesión de su derecho, y ha pensado igualmente en acumular carbones.

58.—*Libros peligrosos.*

Algunos dicen: «Lo observo en mí mismo: este libro es peligroso.» Pero que espere un poco, y algún día se dará cuenta de que este libro le ha prestado un gran servicio, poniendo al vivo la enfermedad oculta de su corazón, al hacerla así visible. Los cambios de opinión no cambian el carácter de un hombre (ó al menos lo cambian muy poco): sin embargo, iluminan ciertos aspectos de la configuración de su personalidad que hasta entonces, con otra constelación de opiniones, habrán permanecido ocultos y desconocidos.

59.—*Compasión fingida.*

Se finje compasión cuando uno quiere *mostrarse* superior al sentimiento de enemistad; pero generalmente es en vano. Cuando uno se da cuenta de eso, este sentimiento de enemistad aumenta mucho.

60.—*La contradicción franca es muchas veces conciliadora.*

En el momento en que alguno manifiesta francamente las diferencias de opiniones que le separan de un célebre jefe de partido ó de un maestro, todo el mundo cree que guarda rencor hacia éste. Pero ocurre que precisamente en ese momento cesa de guardarle rencor: se atreve á presentarse junto á él y pone fin al tormento ocasionado por la envidia muda.

61.—*Ver brillar su luz.*

En un estado de oscurecimiento como la tristeza, la enfermedad ó la contrición, nos es grato ver que aún podemos dar luz á los demás y que divisan en nos-

otros un halo luminoso producido del mismo modo que el de la luna. Por este recurso participamos de nuestra propia facultad de iluminar.

62.—*Alegría compartida.*

La serpiente que nos muerde cree hacernos mal y se alegra; el animal más vil puede imaginar el dolor de otro. Pero imaginar la *alegría* de otro y felicitarse de ella, ese es el mayor privilegio de los animales superiores, y entre éstos sólo son accesibles á él los ejemplares más escogidos, es decir, un *humanum* raro; tanto, que ha habido filósofos que han negado la alegría compartida.

63.—*Preñez ulterior.*

Los que han llegado á sus obras y á sus acciones sin saber cómo se hinchan más con ellas después, como para demostrar ulteriormente que son hijos de ellos y no de la casualidad.

64.—*Duros por vanidad.*

Del mismo modo que la justicia es muchas veces el manto de la debilidad, así los hombres pensadores, pero débiles, han recurrido algunas veces á la disimulación y adoptan visiblemente una actitud injusta y dura para la impresión de la fuerza.

65.—*Humillación.*

Si alguien encuentra en un saco lleno de ventajas, que se le ha ofrecido, un solo grano de humillación, pondrá mala cara.

66.—*Erostratismo extremo.*

Podría haber Erostratos que incendiasen los mismos templos donde se adoran sus imágenes.

67.—*El mundo de los diminutivos.*

Todo lo que es débil y necesita socorro habla al corazón. Esto es lo que ha originado la costumbre de designar por medio de diminuciones y debilitamientos en la expresión todo lo que habla á nuestro corazón, para hacerlo débil, según nuestro sentimiento.

68.—*Defecto de la piedad.*

La piedad va acompañada de una insolencia particular; quisiera ayudar á toda costa, lo cual hace que no se preocupe ni del remedio, ni del género y origen de la enfermedad; receta valerosamente comprometiéndose la salud y la reputación de su enfermo.

69.—*Indiscreción.*

Hay también una especie de indiscreción respecto de las obras, y es prueba de una falta absoluta de pudor el que, desde sus primeros años, quiera uno asociarse como imitador á los obras más sublimes de todos los tiempos, con la familiaridad del tuteo. Otros son importunos por ignorancia; no saben de qué se ocupan; esto sucede bastante á menudo con los filólogos, jóvenes y viejos, en sus relaciones con las obras de los griegos.

70.—*La voluntad se avergüenza de la inteligencia.*

Hacemos fríamente los planes más razonables contra nuestras pasiones; pero cometemos después las más

graves faltas, porque muchas veces, en el momento en que debía ejecutarse el proyecto, nos avergonzamos de la frialdad y de la circunspección que hemos desplegado al concebirlo. Entonces se hace precisamente lo que es irazonable, á causa de esa forma de generosidad altiva que toda pasión trae consigo.

71.—*Por qué los escépticos desagradan á la moral.*

El que coloca muy elevada la moralidad y la toma muy en serio, tiene rencor al que es escéptico en el dominio de la moral; porque cuanto pone en ejercicio toda su fuerza debe *extasiarse*, y no examinar y dudar. Hay además naturalezas en las cuales todo lo que queda de moralidad es precisamente la fe en la moral; éstas se portan del mismo modo con los escépticos, y necesariamente, con más pasión todavía.

72.—*Timidez.*

Todos los moralistas son tímidos, porque saben que se les confunde con los espías y los traidores, puesto que se observa su inclinación; además, tienen conciencia de que, en general, son débiles para la acción; porque en medio de su obra, los motivos que los impulsan á obrar apartan casi por completo su opinión de la obra.

73.—*Un peligro para la moralidad universal.*

Los hombres que son á la vez nobles y leales, llegan á divinizar la menor diablura que su honradez origina, y á hacer que se detenga, por un momento, la balanza del juicio moral.

74.—*El error más amargo.*

Se ofende uno irreconciliablemente cuando se descubre que, allí donde estaba uno convencido de que era amado, no se le consideraba más que como un utensilio de mobiliario y como un fragmento de decoración, con el cual el dueño de la casa satisface su vanidad ante sus invitados.

75.—*Amor y dualismo.*

¿Que es, pues, el amor, si no es comprenderse y regocijarse viendo á algún otro vivir, obrar y sentir de un modo distinto del nuestro y opuesto á éste? Para que el amor allane los contrastes por medio de la alegría, no es necesario que suprima y niegue los contrastes. El amor de sí mismo contiene, como condición, un dualismo absoluto (ó una multiplicidad) en una sola persona.

76.—*Interpretar por el sueño.*

Lo que se ignora á veces en el estado de vigilia, lo que se es incapaz de sentir (á saber, si tiene ó no tiene uno la conciencia tranquila respecto de alguien), nos lo hace saber el sueño sin equívoco alguno.

77.—*Libertinaje.*

La madre del libertinaje no es la alegría, sino la ausencia de alegría.

78.—*Castigar y recompensar.*

Nadie acusa sin tener la perspectiva del castigo y de la venganza; lo mismo ocurre cuando acusamos á nuestro destino ó cuando nos acusamos á nosotros

mismos. Toda queja es una acusación; toda alegría es una alabanza; hagamos una ú otra cosa, siempre haremos á alguno responsable.

79.—*Dos veces injusto.*

Algunas veces favorecemos la verdad por una doble injusticia; eso sucede cuando vemos y representamos, una después de otra, las dos fases de una cosa que podemos ver á la vez, pero de manera que á cada vez desconozcamos ó neguemos la otra fase, con la ilusión de que lo que vemos es toda la verdad.

80.—*La desconfianza.*

La desconfianza de sí mismo no siempre tiene aptitudes feroces é inciertas; está algunas veces como frenética; se embriaga para no temblar.

81.—*Filosofía del advenedizo.*

Si se quiere á toda costa ser alguien, hay que venerar á su propia sombra.

82.—*Saber lavarse con pulcritud.*

Hay que saber salir más limpio de las circunstancias indecentes y lavarse también con agua sucia, si eso es necesario.

83.—*Dejarse llevar.*

Cuanto más se deja llevar uno, menos lo dejan llevarse los demás.

84.—*El canalla inocente.*

Hay un camino lento y gradual para llegar al vicio y al encanallamiento bajo todas sus formas. Al extre-

mo de este camino, el que lo sigue ha sido completamente abandonado por el enjambre de moscas de la mala conciencia, y, aunque de una maldad perfecta, conserva, sin embargo, su inocencia.

85.—*Hacer planes.*

Hacer planes y tomar resoluciones procura muchos sentimientos agradables; y el que tuviera fuerza para no ser, durante toda su vida, más que un forjador de planes, sería un hombre muy feliz; pero le será necesario, de cuando en cuando, reposar de esta actividad, ejecutando un plan; y entonces vendrán para él la cólera y la desilusión.

86.—*Lo que nos sirve para ver el ideal.*

Todo hombre capaz se aferra á su capacidad y no puede apoyarse sobre ésta para juzgar libremente las cosas. Si no tuviese además una buena parte de imperfección, su virtud le impediría llegar á la libertad intelectual y moral. Nuestros defectos son los ojos por los cuales vemos el ideal.

87.—*Alabanzas desleales.*

Las alabanzas desleales ocasionan después muchos más remordimientos que la censura desleal, probablemente por la razón de que, mediante las alabanzas exageradas, nuestra facultad crítica descubre mucho mejor sus debilidades que por la censura violenta y hasta injusta.

88.—*La manera de morir es indiferente.*

La manera como piensa un hombre en la muerte en el apogeo de su vida y mientras que posee la plenitud

de su fuerza, es muy significativa para lo que se llama su carácter; pero la hora de la muerte en sí misma, su actitud en el lecho de la agonía, no entran en cuenta. El agotamiento de la vida que declina, sobre todo cuando son viejos los que mueren, la alimentación irregular é insuficiente del cerebro durante esta última época, lo que algunas veces hay de muy violento en los dolores, la novedad de este estado enfermizo de que aún no se tiene experiencia, y con harta frecuencia un acceso de temor, un regreso á impulsos supersticiosos, como si la muerte tuviese gran importancia y como si hubiese que franquear puentes terribles; todo eso no *permite* utilizar la muerte como un testimonio de la vida. Así, no es cierto que, de un modo general, el moribundo es más *leal* que el vivo; al contrario, casi todos se ven forzados, por la actitud solemne de los que les rodean, por las efusiones sentimentales, por las lágrimas contenidas ó vertidas, á representar una comedia de vanidad, tan pronto consciente como inconsciente. La profunda seriedad que se pone en tratar á cada muerto ha sido seguramente para muchos pobres diablos, despreciados durante toda su vida, un goce sutil, una especie de compensación á muchas privaciones.

89.—*Las costumbres y sus víctimas.*

El origen de las costumbres debe reducirse á dos ideas: «la comunidad tiene más valor que el individuo» y «hay que preferir la ventaja durable á la ventaja pasajera»; de donde debe deducirse que se debe poner, de un modo absoluto, la ventaja duradera de la sociedad sobre la ventaja del individuo, especialmente sobre su bienestar momentáneo, pero también sobre su ventaja durable, y aun sobre la continuación

de su existencia. Ya sea, pues, que un individuo sufra con una institución que es provechosa para la totalidad, ya que ésta institución le obligue á extenuarse y hasta á morir por causa de ella, poco importa; la costumbre debe conservarse; es necesario hacer el sacrificio. Pero ese sentimiento no nace sino en los que no son la víctima; porque ésta, al verse en ese caso, sostiene que el individuo puede ser de un mérito superior al número, y que el goce del presente, el momento en el paraíso, podrían juzgarse superiores á la débil persistencia de estados sin dolor y de condiciones de bienestar. La filosofía de la víctima se hace oír demasiado tarde; por eso nos atenemos á las costumbres y á la *moralidad*: no siendo la moralidad el sentimiento que se posee del conjunto de las costumbres, bajo la égida de las cuales se vive y se ha sido educado (educado, no en cuanto individuo, sino como miembro de un todo, como cifra de una mayoría). Así ocurre sin cesar que un individuo se engrandece por medio de su moralidad.

90.—*El bien y la buena conciencia.*

¿Creéis que todos las cosas buenas han tenido en todo tiempo una buena conciencia? La ciencia, que es seguramente una cosa muy buena, ha hecho su entrada en el mundo, sin ésta y sin ninguna especie de *pathos*, secretamente, muy al contrario, pasando el rostro velado ó disfrazado, como una criminal, y siempre afligida del *sentimiento* de hacer contrabando. El primer grado de la buena conciencia es la mala conciencia; una se opone á otra: porque toda buena cosa comience por ser nueva, por consiguiente inusitada, contraria á las costumbres, *inmoral*, y roe como un gusano el corazón del feliz inventor.

91.—*El éxito santifica las intenciones.*

No hay que temer seguir el camino que lleva á una virtud, aun cuando se dé uno cuenta que el solo egoísmo, y, por consiguiente, la utilidad y el bienestar personales, el temor, las consideraciones de salud, de reputación y de gloria, son los motivos que impulsan á ello. Se dice que estos motivos son viles é interesados; pero si nos incitan á una virtud, por ejemplo, el renunciamiento, la fidelidad al deber, el orden, la economía, la medida, hay que escucharlos, cualquiera sea la manera como se las califique. Porque, cuando se ha logrado aquello á que tienden, la virtud *realizada ennoblece* para siempre los motivos lejanos de nuestros actos, gracias al aire puro que hace respirar y al bienestar moral que comunica, y, más tarde, no realizamos ya estos mismos actos por los mismos motivos groseros que en otro tiempo nos incitaban á ellos. La educación, pues, debe en lo posible *forzar á* la virtud, conforme á la naturaleza del discípulo; pero que la virtud, siendo la atmósfera asoleada y estival del alma, haga su propia obra y agregue la madurez y la dulzura.

92.—*Cristianistas y no cristianos.*

¡Ese es vuestro cristianismo! Para poner en guerra á los hombres alabáis «á Dios y á sus santos»; y cuando queréis *alabar* á hombres, lanzáis tan lejos vuestras alabanzas que es preciso que Dios y sus santos se irriten. Quisiera que al menos aprendieseis á tener talante cristiano, ya que os falta la mansedumbre de un corazón cristiano.

93.—*Impresión de la naturaleza en los hombres piadosos y en los irreligiosos.*

Un hombre piadoso y perfecto debe ser para nosotros objeto de veneración; pero también debe serlo un hombre perfecto, sincero y completamente irreligioso. Si con hombres de esta clase se siente uno como en la proximidad de las altas cumbres, donde tienen su manantial los ríos caudalosos, con los hombres piadosos se cree uno bajo árboles tranquilos y llenos de savia, con ramajes umbrosos.

94.—*Asesinatos legales.*

Los dos mayores asesinatos legales de la historia universal son, hablando sin rodeos, suicidios disfrazados y bien disfrazados. En ambos casos se *quería* morir; en ambos casos se hizo que la espada se clavase en el pecho por manos de la injusticia humana.

95.—*Amor.*

El más sutil artificio que da al cristianismo la ventaja sobre las demás religiones, estriba en una sola palabra: el cristianismo habla de *amor*. Así llegó á ser la religión *lírica* (mientras que, en sus otras dos creaciones, el semitismo había dado al mundo religiones heroico-épicas). Hay en la palabra *amor* algo tan ambiguo (algo que estimula, que habla al recuerdo y á la esperanza), que el esplendor de esta palabra irradia aun sobre la inteligencia más ruda y sobre el corazón más frío. La mujer más astuta y el hombre más vulgar piensan en ese momento que, en toda su vida, ha sido tal vez el más desinteresado relativamente, aunque Eros vuele en ellos á ras de tierra;

y esos seres innumerables que *están privados* de amor, privados, ya de sus padres, ya de sus hijos, ya de todo lo que han amado, y, sobre todo, los seres cuya sensualidad se ha sublimado, encuentran en el cristianismo su felicidad.

96.—*El cristianismo perfecto.*

Hay en el seno del cristianismo un sentimiento epicúreo que parte de la idea de que Dios no puede exigir al hombre, criatura hecha á su imagen, sino lo que éste está *en condiciones* de ejecutar, y que, por consiguiente, pueden conquistarse, y se conquistan muchas veces, la virtud y la perfección cristianas. Si, pues, *se cree*, por ejemplo, que *se ama* á sus enemigos (aun cuando esto no fuese más que una creencia, un fantasma de la imaginación, y de ningún modo una realidad psicológica, y, por consiguiente, no puede ser amor), llega á ser uno perfectamente feliz mientras persiste esta creencia. (¿Por qué es así? El psicólogo y el cristiano no estarán seguramente de acuerdo en este punto.) Pudiera suceder, por lo tanto, que la *vida terrestre* llegase á ser una *vida bienaventurada* por obra de la fe, quiero decir, de la imaginación, por la idea de que no sólo se satisface esta reivindicación de amar á sus enemigos, sino también todas las demás pretensiones cristianas, y que uno se ha apropiado y asimilado el requerimiento cristiano: «Sed perfectos, como lo es vuestro Padre que está en los cielos.» El error puede, por consiguiente, transformar en verdad la promesa de Cristo.

97.—*Del porvenir del cristianismo.*

Pueden hacerse suposiciones sobre la manera cómo desaparecerá el cristianismo, y sobre los países en

que cederá más lentamente, si se examina por qué *razones* y *dónde* el protestantismo se propagó con más impetuosidad. Sabido es que prometió prestar los mismos servicios que los prestados por la antigua Iglesia, pero con más economía, es decir, sin misas costosas, sin peregrinaciones, sin pompas y riquezas eclesiásticas; se propagó, sobre todo, en las naciones septentrionales, aferradas menos profundamente que las del Mediodía al simbolismo y al placer de las formas, propios de la Iglesia antigua; en el cristianismo de éstas persistía un paganismo religioso mucho más potente, mientras que en el norte el cristianismo significaba una oposición y una ruptura con las antiguas costumbres domésticas, y fué, desde un principio, á causa de eso, más intelectual que inclinada hacia los sentidos, y también, por la misma razón, más fanático y más obstinado en las épocas de peligro. Si se llega á desarraigar el cristianismo atacándole por *el espíritu*, se puede prever dónde comenzará á desaparecer: allí precisamente donde se defenderá con más acritud. Además, se doblará, pero no se romperá; se despojará de sus hojas, pero le nacerán otras nuevas; porque son los *sentidos*, y no el espíritu, los que se han decidido por él. Pero también son los sentidos los que mantienen la idea de que, á pesar de todos los gastos que exige la Iglesia, se saca más partido que con las relaciones severas que existen entre el trabajo y el salario: porque ¿á qué precio no se valúa el ocio (ó la semipereza), una vez que nos hemos habituado á él? Los sentidos hacen á un mundo descristianizado la objeción de que habría que trabajar demasiado, y de que no se lograría ocio bastante; toman el partido de la magia, es decir, prefieren dejar á Dios el cuidado de trabajar por ellos: (*Oremus nos! Deus laborabit!*)

98.—*Historicismo y buena fe de los incrédulos.*

No hay libro que contenga con más abundancia, que exprese con más candor lo que puede hacer bien á todos los hombres (el fervor bienaventurado y exaltado, pronto al sacrificio y á la muerte, en la fe y contemplación de *su* «verdad»), que el libro que habla de Cristo: un hombre discreto puede aprender en él todos los medios por los cuales se puede hacer de un libro un libro universal, el amigo de todo el mundo, y, ante todo, el medio principal de presentar todas las cosas como acabadas, y de no admitir que algo sea imperfecto y esté en formación. Todos los libros de efecto tienden á dejar una impresión semejante, como si así se hubiese descrito el más vasto horizonte intelectual y moral, como si toda constelación visible, presente ó futura, debiese girar alrededor del sol que se ve lucir. La razón que hace que esos libros estén llenos de efectos, ¿no debe hacer de corto alcance todo libro *puramente* científico? Éste, ¿no está condenado á vivir oscuramente entre gentes oscuras, para ser crucificado al fin, para no resucitar jamás? Comparados con lo que los hombres religiosos proclaman á propósito de su «saber», de su «santo» espíritu, ¿no son todos los hombres probos de la ciencia «pobres de espíritu»? Una religión, cualquiera que sea, ¿puede exigir más renunciamiento, excluir con menos compasión á los egoístas de lo que lo hace la ciencia? Así podríamos hablar, y seguramente con algún fundamento histórico, cuando tenemos que defendernos ante los creyentes; porque no es posible llevar á cabo una defensa sin algo de comiquería. Pero, cuando estamos entre nosotros, el lenguaje debe ser más leal: nos servimos entonces de una libertad que aquéllos

no sabrían comprender, aunque redundase en interés propio. ¡Fuera la cantilena del renunciamiento! ¡Fuera esos aires de humildad! Muy al contrario: esa es nuestra verdad. Si la ciencia no estuviese asociada á la *alegría* del conocimiento, á la *utilidad* del conocimiento, ¿qué nos importaría la ciencia? Si un poco de fe, de amor y de esperanza no condujese á nuestra alma al conocimiento, ¿qué sería lo que nos atrajese hacia la ciencia? Y, aunque en la ciencia el «yo» no significa nada, el «yo» inventivo y feliz, y hasta todo «yo» leal y aplicado, importa mucho en la república de los hombres de ciencia; la estima de los que confieren la estima, la alegría de aquellos á quienes queremos bien ó de aquellos á quienes veneramos, en ciertos casos la gloria y una módica inmortalidad de la persona: ese es el precio que se puede dar por este abandono de la personalidad... para no hablar aquí de los resultados y de recompensas menores, aunque sea precisamente á causa de éstos por lo que la mayoría de los hombres han jurado fidelidad á las leyes de esta república, y, en general, á la ciencia, y continúan siempre adheridos á ellas. Si hubiésemos seguido siendo, en cierto modo, hombres *no científicos*, ¿qué importancia podríamos conceder á la ciencia! En resumen, y para expresar mi axioma en toda su amplitud: *para un ser puramente conocedor, el conocimiento sería indiferente*. No es la cualidad de la fe y de la piedad lo que nos distingue de los hombres piadosos y creyentes, sino la cantidad: nos contentamos con poco. Pero nos responderán éstos: ¡Si así es, quedad satisfechos y daos por satisfechos! A lo cual podríamos responder fácilmente: «En efecto; no formamos parte de los descontentos. Pero vosotros, si vuestra fe os hace bienaventurados, consideraos como

tales. ¡Vuestros semblantes han perjudicado siempre á vuestra fe más que nuestros argumentos! Si el alegre mensaje de vuestra biblia estuviese grabado en vuestra fisonomía, no tendríais necesidad de exigir, con tanta obstinación, la creencia en la autoridad de este libro: ¡vuestras palabras, vuestros actos, debieran continuamente hacer la biblia superflua! ¡Una nueva biblia debería continuamente nacer en vosotros! Pero así, toda vuestra apología del cristianismo tiene sus raíces en vuestra impiedad; con vuestra defensa escribís vuestra propia acusación. Si, con todo, deseáis salir de esta insuficiencia de vuestro cristianismo, la experiencia de dos mil años debiera sugeriros una consideración que, revestida de una discreta forma interrogativa, sería la siguiente: Si Cristo tuvo verdaderamente intención de salvar al mundo, ¿no ha fracasado en su empresa?»

99.—*El poeta como indicador del porvenir.*

Queda, en cierto modo, entre los hombres de hoy un excedente de vigor que no se emplea en la formación de la vida. Este excedente debiera dedicarse, sin vacilación, á un solo fin, que tal vez no fuese describir el presente ni evocar y revivir el pasado, sino dar una indicación del porvenir; y eso no debe entenderse en el sentido de que el poeta, semejante á un economista imaginativo, debiera anticipar, en imágenes, las condiciones sociales más favorables para el pueblo y para la sociedad, y la realización de estas condiciones. Por el contrario, como hicieron en otro tiempo los artistas con la imagen de los dioses, deberá ejercer su *invención* en la imagen de los hombres y adivinar los casos en que, en medio de nuestro mundo moderno y de su

realidad, sin ninguna prevención ni restricción artificial ante la realidad, se dan aún las almas grandes; los casos en que, digo, aun hoy día, este alma sepa presentarse en condiciones armónicas y proporcionadas haciéndose durable y convirtiéndose en un prototipo, por su visibilidad, y ayudando, por consiguiente, á crear el porvenir, excitando la emulación y el espíritu imitativo. Las obras de esos poetas se distinguirían por el hecho de que aparecerían aisladas y garantidas contra la atmósfera y el ardor de la pasión; el desprecio incorregible, la destrucción de toda la lira humana, las burlas y los crujidos de dientes, y todo lo que hay de trágico y de cómico, en el sentido antiguo y habitual, en la proximidad de este arte nuevo, se consideraría como un molesto engrosamiento arcaico de la imagen humana. La fuerza, la bondad, la pureza; una medida involuntaria é innata en las personas y en sus actos; un suelo llano que procura al pie el reposo y la alegría; un cielo luminoso que se refleja en los rostros y en los acontecimientos; el saber y el arte fundidos en una unidad nueva; el espíritu cohabitando, sin presunción y sin envidia, con su hermana el alma, y haciendo nacer en la oposición la gracia de la severidad y no la impaciencia del desacuerdo: todo eso sería la envoltura, el fondo de oro general, en el cual las sutiles *distinciones* de los ideales encarnados pintarían ahora el *cuadro* verdadero: el de la dignidad humana siempre creciente. De Goethe parten algunos senderos que llevan á esta poesía del porvenir; pero se necesitan buenos guías, y, ante todo, una potencia mucho mayor que la que poseen los poetas de hoy, es decir, los representantes inconscientes de la semibestia, de la falta de madurez y de medida que se confunde con la fuerza y la naturaleza.

100.—*La musa en Pentesilea.*

«Antes dejar de ser que ser una mujer que no *encante*.» Cuando la musa comience á pensar así, el fin del arte estará próximo. Pero eso puede acabar en tragedia ó en comedia.

101.—*Lo que es el rodeo hacia lo bello.*

Si lo bello es idéntico á lo que regocija (y esto es lo que antiguamente cantaban las musas) lo útil es *el rodeo hacia lo bello*, rodeo muchas veces necesario, y puede rechazar la censura de los hombres miopes que juzgan por la impresión del momento, que no quieren esperar y que creen llegar á todo lo que es bueno sin rodeo.

102.—*Para excusar muchas faltas.*

El deseo incesante de crear, propio del artista, y su necesidad de ventear lo exterior, le impiden hacerse más bello y mejor en su persona, es decir, *crearse á sí mismo*; á menos que su ambición no sea bastante grande para obligarse á mostrarse siempre, en sus relaciones con los demás, á la altura de la belleza y de la sublimidad de su obra. En todo caso no posee más que un grado determinado de fuerza: si lo emplea en su propia persona, ¿cómo puede embellecer su obra? Y viceversa.

103.—*Satisfacer á los mejores.*

Si, por medio de su arte, se ha «satisfecho á los mejores de su época», se puede prever que, por el mismo arte, no se satisfará á los mejores de las épocas siguientes: es cierto que «se habrá vivido para todas

las épocas». La aprobación de los mejores asegura la gloria.

104.—*De la misma estofa.*

Si uno está formado de la misma estofa que un libro y una obra de arte, está uno íntimamente persuadido que éstos deben ser perfectos, y se ofende uno si otros los encuentran feos, exagerados ó fanfarrones.

105.—*Lenguaje y sentimiento.*

El lenguaje no se nos ha dado para comunicar nuestros sentimientos; se da uno cuenta de ello al observar el hecho de que todos los hombres sencillos se avergüenzan de buscar palabras para sus emociones profundas: no las comunican sino por actos y se ruborizan de ver que los demás parecen adivinar sus motivos. Entre los poetas, á quienes generalmente niega la divinidad este movimiento de pudor, los más nobles son monosilábicos en el lenguaje y dejan adivinar la violencia que les causa: al paso que los verdaderos sacerdotes del sentimiento son muchas veces los más insolentes en la vida práctica.

106.—*Error á propósito de una privación.*

El que no ha sabido deshabituarse por completo á un arte, sino que ese arte le continúa siendo familiar; no sospecha, ni por asomo, cuán insignificante es la privación de vivir sin ese arte.

107.—*Las tres cuartas partes de la fuerza.*

Una obra que debe producir una impresión de salud, ha de ejecutarse, á lo sumo, con las tres cuartas partes de la fuerza de su autor. Pero si el autor ha hecho

su esfuerzo supremo, la obra agita al espectador y le asusta por su tensión. Todas las cosas buenas dejan ver cierto descuido, y se presentan á nuestra vista como vacas que pacen.

108.—*No aceptar como huésped al hombre.*

El que tiene hambre, absorbe el alimento exquisito lo mismo que el grosero, y no nota diferencia alguna. El artista que tiene ciertas pretensiones no debe pensar, pues, en invitar á su mesa al hambriento.

109.—*Vivir sin arte y sin vino.*

Sucede con las obras de arte como con el vino: vale más no tener necesidad ni de uno ni de las otras, y transformar incesantemente, por el fuego y la dulzura interior del alma, el vino en agua.

110.—*El genio de presa.*

El genio de presa en las artes, que sabe hasta engañar á los espíritus sutiles, nace cuando alguno considera como botín, desde su más tierna edad, todas las buenas cosas que no están precisamente protegidas por las leyes y atribuidas como propiedad á una sola persona. Ahora bien; todas las buenas cosas de los tiempos pasados y de los maestros antiguos yacen libremente, rodeadas y custodiadas por el temor respetuoso del escaso número que las conoce: este genio osa, pues, desafiar al escaso número, y acumular una riqueza que engendra, por su parte, la veneración y el temor.

111.—*A los poetas de las grandes ciudades.*

Al contemplar los jardines de la poesía de hoy, obsérvese que las cloacas de las grandes ciudades están

situadas demasiado cerca: el perfume de las flores está mezclado de emanaciones que dejan adivinar las náuseas y la podredumbre. Y me pregunto con dolor: ¿tenéis tanta necesidad, ¡oh poetas!, de tomar por madrinas la chocarrería y la inmundicia, cuando queréis bautizar algún sentimiento inocente y sublime? ¿Es absolutamente necesario que pongáis á vuestra noble diosa un disfraz tan gesticulante y diabólico? Pero ¿de dónde viene esta necesidad? Precisamente de que habitáis demasiado cerca de la cloaca.

112.—*La sal del discurso.*

Nadie ha explicado aún explícitamente por qué los escritores griegos han hecho un uso tan singularmente moderado de los medios de expresión, de que disponían de una manera extraordinaria, hasta el punto de que todo libro post-griego parece chillón, abigarrado y exaltado. Está uno cansado de decir que junto á los hielos del polo Norte, así como bajo los trópicos, el uso de la sal se rarificaba; que, por el contrario, los habitantes de las costas y de las llanuras, en las zonas templadas, hacían de ella un uso más abundante. Los griegos, por una doble razón, puesto que, siendo su inteligencia más fría y más clara, el fondo de su naturaleza apasionada era, por el contrario, mucho más tropical que la nuestra, ¿no hubieran tenido necesidad de sal y de especias en la misma medida que nosotros?

113.—*El escritor más libre.*

¡Cómo no había de nombrar, en un libro para los espíritus libres, á Sterne, á quien Goethe ha venerado como el espíritu más libre de su siglo! Adjudíque-

sele aquí el honor de llamarse el escritor más libre de todos los tiempos. Comparados con él, todos los demás parecen infatuados, sin delicadeza, intolerantes y de porte verdaderamente aldeano. No ha de elogiarse en él la forma clara, limitada, sino la «melodía infinita», si con eso se pudiese dar un nombre á un estilo en el arte; un estilo en que la forma determinada se rompe, se destituye y se reemplaza continuamente por lo indeterminada, de suerte que signifique al mismo tiempo tal cosa y tal otra. Sterne es el gran maestro del equívoco, tomando la palabra (entiéndase bien) en un sentido mucho más amplio del que se acostumbra á hacer cuando se piensa en las relaciones sexuales. El lector se aturde cuando quiere conocer con exactitud la opinión de Sterne sobre un asunto, y saber si el autor toma un aire risueño y entristecido: porque éste sabe dar dos expresiones á un mismo pliegue de su semblante, y hasta saber (y ese es su fin) tener razón á la vez que no tenerla, y mezclar la bufonería con la profundidad. Sus digresiones son á la vez continuaciones del relato y desarrollos del asunto; sus sentencias contienen al mismo tiempo una ironía de todo lo que es sentencioso; su aversión contra todo lo que es serio, va unida al deseo de poder considerarlo todo superficialmente y por el exterior. Así produce en el lector verdadero un sentimiento de incertidumbre: no se sabe si se camina, si se está de pie ó si se está acostado; eso se traduce por la impresión vaga de cernerse. Él, el autor más flexible, transmite también al lector algo de esa flexibilidad. Sterne llega ó cambia los papeles; sin darse cuenta, es algunas veces lector tanto como autor; su libro se parece á un espectáculo en el espectáculo, á un público de teatro ante otro público de teatro. Hay que rendirse á dis-

creción á la fantasía de Sterne; y se puede esperar que sea benévola, siempre benévola. Es singular, al mismo tiempo que instructivo, ver cómo un gran escritor, tal como Diderot, se porta con respecto al equívoco universal de Sterne: también él fué equívoco; y eso precisamente es verdadero humorismo superior, á lo Sterne. ¿Ha imitado á éste en su *Jacques le fataliste*; le ha imitado, le ha admirado, le ha mofado ó le ha parodiado? No se llega á saberlo con exactitud, y tal vez eso sea precisamente lo que ha querido el autor. Esta duda hace á los franceses *injustos* respecto de esta obra de uno de los maestros de su literatura (que puede ponerse al lado de todos los de otros tiempos y de hoy). Pero los franceses son demasiado serios para el humorismo; sobre todo para esa forma humorística de tomar el humorismo. ¿Será necesario añadir que, entre todos los grandes escritores, Sterne es el peor modelo, el autor que menos puede servir de modelo, y que el mismo Diderot debió asustarse de su temeridad? Lo que quieren los buenos autores franceses, en cuanto á prosistas, y lo que quisieron, antes de ellos, algunos griegos y algunos romanos (y lo consiguieron), es exactamente lo contrario de lo que quiere Sterne. Y éste se eleva, como una excepción magistralmente ejecutada, por encima de lo que exigen los escritores artistas de todos los tiempos: la disciplina, la limitación del cuadro, el carácter, la persistencia en las intenciones, la posibilidad de dominar el asunto, la sencillez, la actitud en el desarrollo, el porte. Desgraciadamente, el hombre Sterne parece haber sido demasiado semejante al artista Sterne: su alma de ardilla saltaba de rama en rama con una vivacidad desenfrenada; no ignoraba nada de lo que existía entre lo sublime y lo canalla; se había posado

sobre todo, poniendo los ojos en blanco, como escandalizando, derramando lágrimas y tomando siempre un aire sensible. Si el idioma no se espantase de esa unión, podría decirse que tenía un buen corazón duro, y, en su manera de gozar, una imaginación barroca y hasta corrompida, que casi era la gracia y tímida inocencia. Ese sentido del equívoco, que penetra en el alma y en la sangre, esa libertad de espíritu que impregna todas las fibras y todos los músculos del cuerpo, nadie las poseyó como él.

114.—*Realidad escogida.*

Así como el buen escritor en prosa no se sirve más que de las palabras que pertenecen al idioma de la conversación, pero se guarda de utilizar todas las palabras de este idioma (así se forma precisamente el estilo escogido), así el buen poeta del porvenir no representará más que las cosas *reales*, desdendiendo por completo todos los objetos vagos y desmonetizados (1), formados de supersticiones y de eufemismos, en que los poetas antiguos desplegaban su fuerza. ¡Nada más que la realidad, pero de ningún modo toda la realidad, sino más bien una realidad escogida!

115.—*Especies bastardas del arte.*

Al lado de las especies verdaderas del arte, la de la gran tranquilidad y la del gran movimiento, existen especies bastardas; el arte extenuado y ávido de reposo y el arte agitado: las dos especies desean que se tome su debilidad por fuerza y que se las confunda con las especies verdaderas.

(1) No vacilo en emplear este neologismo violento que para expresarse en su significado íntegro necesitaría una paráfrasis como esta: quitar al papel moneda su valor legal.—(N. DEL T.)

116.—*Falta el color para crear al héroe.*

Los poetas y los artistas verdaderos de la época actual gustan de aplicar su descripción sobre un fondo deslumbrante de rojo, de verde, de gris y de oro, sobre el fondo de la *sensualidad nerviosa*; los hijos del siglo entienden de eso. Pero se nota un inconveniente, cuando no se miran esos cuadros con los ojos del siglo; se nota que los personajes ejecutados por estos artistas parecen tener algo de mariposeante, de indeciso y de agitado; de suerte que en el fondo no se tiene confianza en sus hechos heroicos; son, á lo más, fechorías de charlatanes que quieren fingir heroísmo.

117.—*Estilo sobrecargado.*

El estilo sobrecargado en el arte es la consecuencia de un empobrecimiento de la potencia organizadora, acompañada de una extremada prodigalidad en los medios y en las intenciones. En los comienzos de un arte obsérvase algunas veces un hecho precisamente opuesto á este.

118.—*Pulchrum est paucorum hominum.*

La historia y la experiencia nos dicen que la monstruosidad particular que excita misteriosamente la imaginación y transporta á ésta por encima de la realidad de la vida cotidiana, es más *antigua* y crece con más abundancia que lo bello en el arte y la veneración de lo bello, y que se pone de nuevo á crecer desde el momento en que la oscurece el sentido de lo bello. Parece ser, para la mayoría de los hombres, para el mayor número, una necesidad superior al gusto de bello; probablemente porque contiene un narcótico más grosero.

119.—*El origen del gusto por las obras de arte.*

Si se piensa en los gérmenes primitivos del sentido artístico y si se pregunta cuáles son las diferentes clases de placer engendradas por las primeras manifestaciones de arte, por ejemplo, en los pueblos salvajes, se encuentra el placer de *comprender* lo que *quiere decir* otro; el arte es aquí una especie de adivinanza, que proporciona al que encuentra su solución el placer de comprobar la rapidez y delicadeza de su propio espíritu. Después, al contemplar la obra de arte más grosera, recuerda uno lo que sabe por experiencia que ha sido una cosa agradable, y se regocija, por ejemplo, cuando el artista ha indicado recuerdos de cazas, de victorias, de fiestas nupciales. Más tarde, puede uno sentirse conmovido, emocionado, excitado viendo por otra parte glorificaciones de la venganza y del peligro. Aquí se encuentra el goce en la agitación por sí misma, en la victoria sobre el fastidio. El recuerdo de una cosa desagradable, si ha pasado ya, ó bien si nos hace aparecer á nosotros mismos ante el oyente, interesante en el mismo grado que una producción de arte (cuando, por ejemplo, el menestral describe las peripecias de un marino intrépido); este recuerdo puede provocar un gran placer, que se atribuye entonces al arte. De especie más sutil es la alegría que nace ante el aspecto de todo lo que es regular y simétrico en las líneas, los puntos y los ritmos; porque, en virtud de cierta semejanza, se despierta el sentimiento de todo lo que es ordenado y regular en la vida, á lo cual se debe toda clase de bienestar; en el culto de la simetría se venera, pues, inconscientemente la regla y la proporción, como origen de toda la felicidad que se nos ha causado; esta alegría es una especie de acción

de gracias. Sólo después de haber sentido cierta satisfacción por esta última alegría, nace un sentimiento todavía más sutil, el de un goce obtenido rompiendo con lo que es simétrico y regular; si este sentimiento incita, por ejemplo, á buscar la razón en una sinrazón aparente; por lo cual parece entonces como una especie de enigma estético, categoría superior del goce artístico mencionado en primer lugar. El que prosiga esta consideración sabrá á qué especie de hipótesis se renuncia aquí por principio para la explicación del fenómeno estético.

120.—*No muy cerca.*

Es una gran desventaja que los buenos pensamientos se sigan muy de cerca; se quitan la vista recíprocamente. Por eso los mayores artistas y los más ilustres escritores han hecho un empleo abundante de lo mediocre.

121.—*Brutalidad y debilidad.*

Los artistas de todos los tiempos han hecho el descubrimiento de que en la *brutalidad* reside cierta fuerza y que no siempre puede ser brutal todo el que quiera; del mismo modo que ciertas categorías de la debilidad obran profundamente sobre el sentimiento. De todo esto se han aprovechado para deducir equivalentes con los procedimientos de arte, y es difícil, aun á los artistas más grandes y más concienzudos, abstenerse de ello por completo.

122.—*La buena memoria.*

Algunos no llegan á pensadores porque tienen una memoria demasiado buena.

123.—*Hambrear en vez de saciar.*

Algunos grandes artistas se imaginan que por medio de su arte han tomado totalmente posesión de un alma, y que desde ese momento la ocupan por completo; en realidad (y muchas veces con gran decepción suya), este alma se ha hecho más vasta y más vacía, de suerte que diez grandes artistas podrían arrojarla al fondo sin saciarla.

124.—*Temor del artista.*

Por temor de que se le objete que sus figuras no son *vivas*, ciertos artistas, dotados de un gusto que va debilitándose, pueden inclinarse á formar éstas de manera que les den apariencias de *locuras*; así como, por otra parte, en virtud de un temor semejante, los artistas griegos de los orígenes dibujaron aun en moribundos y en hombres mortalmente heridos esa sonrisa que sabían ser el signo más cierto de la vida, sin preocuparse de la manera cómo la naturaleza presentó los últimos vestigios de la existencia.

125.—*Debe describirse el círculo.*

El que ha seguido una filosofía ó una forma de arte hasta el fin de su carrera y aún más allá de este fin, comprenderá, por su experiencia interior, por qué los maestros y los profetas que sobreviven se han vuelto con aire desdeñoso para seguir otro camino. De fijo es necesario que se describa el círculo; pero el individuo, aunque sea de los más grandes, se detiene en un punto de la perspectiva, con un aire de obstinación implacable, como si nunca pudiera cerrarse el círculo.

126.—*El arte antiguo y el alma del presente.*

Supuesto que todo arte encuentra, para la expresión de los estados de alma, medios cada vez más flexibles, más dulces, más violentos, más apasionados y cada vez más aptos para aquello, los maestros venidos más tarde, maleados por estos medios de expresión, sienten un malestar frente á las obras de arte de los tiempos más antiguos, como si los maestros de otras épocas no hubiesen carecido más que de los medios indispensables para hacer hablar nítidamente á su alma, acaso de alguna preparación técnica; y piensan que deben suministrarles auxilio, porque creen en la igualdad y hasta en la unidad de sus almas. Pero, en realidad, el alma de estos mismos maestros era otra, era *mayor* tal vez, pero más fría y opuesta también á lo que quiere producir efecto; la medida, la simetría, el desprecio de todo lo que encanta y regocija, una inconsciente rudeza y una frescura matinal, una fuga ante la pasión, como si la pasión provocase la destrucción del arte; eso es lo que compuso el sentimiento y la realidad de los maestros antiguos, que, necesariamente y no sólo por casualidad, escogieron sus medios de expresión y los animaron con la misma moralidad. ¿Es necesario, pues, después de haber llegado á este conocimiento, negar á los que vienen más tarde, el derecho de hacer revivir su propia alma en el alma de las obras antiguas? No, porque sólo dándoles nuestra propia alma las hacemos capaces de vivir todavía; *nuestra* sangre las lleva á hablarnos. La ejecución verdaderamente «histórica» sería una ejecución fantasmagórica presentada á fantasmas. Se honra á los grandes artistas del pasado menos por este temor estéril que deja en su puesto, sin tocarlas, cada

nota, cada palabra, sino por medio de activos esfuerzos para procurarles incesantemente una vida nueva. Es verdad que, si se imaginase á Beethoven resucitando de pronto y oyendo una de sus obras, dirigida en conformidad con el estado de alma y la sutilidad de los nervios modernos que forman la gloria de nuestros maestros de la ejecución, probablemente quedaría mudo, no sabiendo si debe alzar su mano para maldecir ó para bendecir, pero quizá acabaría por decir: «Pues bien: *yo* no me reconozco aquí, pero no es tampoco un *no yo*; es una tercera cosa; eso me parece ser tan perfecto, aunque no sea la cosa *perfecta*. Pero á vosotros os toca velar por lo que hacéis, como vosotros sois quien debéis escuchar, y es la vida quien tiene razón, como dice Schiller. *Tenéis*, pues, razón, y dejadme volver á la tumba.»

127.—*Contra los que censuran la brevedad.*

Algo de lo que se dice brevemente puede ser el fruto y el resultado de algo largamente meditado; pero el lector que es novicio en este terreno, y que no ha reflexionado de otra suerte, ve algo de embrionario en todo lo que se dice brevemente, no sin dirigir una censura á la destreza del autor que se ha atrevido á presentarle un manjar que no estaba en su punto.

128.—*Contra los miopes.*

¿Creéis, pues, que esta es una obra descosida porque se os la presento en pedazos (y porque es necesario presentarla así)?

129.—*Lectores de sentencias.*

Los peores lectores de sentencias son los amigos del autor, por poco que se dediquen á concluir de lo ge-

neral á lo particular, á lo cual deben su origen las sentencias; porque, al hacerlo así los husmeadores de cocina, reducen á la nada toda la molestia que se ha tomado el autor, y no consiguen, como merecen, en lugar de una observación ó de una enseñanza filosófica, en el mejor caso ó en el peor, más que la satisfacción de una vulgar curiosidad.

130.—*Inconvenientes del lector.*

Para el lector hay dos inconvenientes con respecto del autor; en alabar la segunda obra de éste á costa de la primera (ó viceversa), y en aspirar á la gratitud del autor.

131.—*Lo que hay de inquietante en la historia del arte.*

Si, desde el punto de vista histórico, se estudia la evolución de un arte, por ejemplo, de la elocuencia griega, yendo de maestro en maestro, se acaba por encontrar esta sobriedad siempre creciente que se dedica á obedecer á todas las leyes y restricciones antiguas y nuevas, y por fin es una violencia penosa; entonces se comprende que el arco deberá romperse necesariamente, y que, lo que se llama la composición orgánica, revestida y disfrazada de medios extraordinarios de expresión, en ese caso está el estilo barroco del asiaticismo (*Barockstill des Asianismus*) ha sido una necesidad y casi un beneficio.

132.—*A los héroes del arte.*

Este entusiasmo que sienten los grandes hombres por una causa, hace *debilitarse* la inteligencia de un gran número de hombres. Es humillante saber eso. Pero el entusiasta lleva su joroba con alegría y altivez; es una condenación saber que, por medio de los héroes, ha *aumentado* la felicidad en el mundo.

133.—*La falta de conciencia estética.*

En una escuela de arte, los verdaderos fanáticos son esas naturalezas completamente inartísticas que no han penetrado siquiera en los elementos de la estética y de la maestría técnica, pero que están afe-rradas violentamente á los efectos *elementales* de un arte. Para ellas no hay conciencia estética; y, por consiguiente, no hay nada que pueda apartarles del fanatismo.

134.—*Cómo el alma debe sentirse emocionada por la música nueva.*

La intensidad artística que persigue la música nueva en lo que se designa hoy con un término vigoroso, pero impreciso, por «melodía infinita», puede comprenderse claramente, si se introduce uno en el mar, perdiendo poco á poco la seguridad de la marcha, para abandonarse al fin á merced del elemento agitado; se ve uno obligado á *nadar*. La música antigua, la que se hacía hasta ahora, en un va y viene, tan pronto amanerado como solemne ó fogoso, más aprisa ó más lentamente, os obligaba á *bailar*; al paso que la medida necesaria, la observación de ciertos grados equivalente de tiempo y de fuerza, exigían, en el alma del oyente, una continua circunspección; el encanto de esta música se fundaba en el ejercicio recíproco de esa corriente fría que producía la circunspección del aliento cálido del entusiasmo musical. Ricardo Wagner quiso otra especie de *movimiento del alma*, una clase de movimiento semejante á la natación y al equilibrio en los aires. Acaso eso sea lo esencial de toda su innovación. Su célebre procedimiento

de arte, nacido de este deseo y adaptado á él, la «melodía infinita» se dedica á destruir toda proporción matemática del triunfo ó de las fuerzas, llega algunas veces hasta á ultrajarlas, y es fecundo en la invención de efectos que suenan en el oído antiguo como paradojas rítmicas y frases calumniosas. Teme la petrificación, la cristalización, el tránsito de la música á las formas arquitectónicas; por eso opone al ritmo de dos tiempos el ritmo de tres tiempos, y no es raro que introduzca la medida de cinco y de siete tiempos, que repita inmediatamente la misma frase, pero con una prolongación, para que tenga una duración doble y triple. De una imitación fácil de semejantes artificios puede nacer un gran peligro para la música; al lado de una exagerada madurez del sentimiento rítmico acechaba siempre á hurtadillas la descomposición, la degeneración del ritmo. Ese peligro se hace muy grande cuando esa música se apoya cada vez más firmemente en un arte teatral y en un lenguaje de los gestos completamente naturalista, que ninguna plástica superior guía y domina, un arte y un lenguaje que, por sí mismos, no poseen ninguna medida, y que no están de ningún modo en disposición de comunicar la medida al elemento que se adapta á ellos, á la esencia *demasiado femenina* de la música.

135.—*Poeta y verdad.*

La musa del poeta que no es *amante* de la verdad, no será precisamente la verdad, y le echará al mundo hijos de mirar apagado, de miembros endebles.

136.—*Medios y fin.*

En arte, el fin no santifica los medios; pero los medios sagrados pueden santificar el fin.

137.—*Los peores lectores.*

Los peores lectores son los que obran como los soldados que saquean: se apoderan aquí y allí de lo que pueden utilizar, manchan y confunden lo demás y lo cubren todo con sus ultrajes.

138.—*Carácter de los buenos escritores.*

Los buenos escritores tienen dos cosas en común: prefieren ser comprendidos, que ser mirados con asombro; y no escriben para los lectores acerbos y demasiado sutiles.

139.—*Los géneros mixtos.*

Los géneros mixtos en las artes atestiguan la desconfianza que sus autores han tenido respecto de su fuerza propia; han buscado potencias aliadas, intercesores, garantías. Así ocurre con el poeta que llama en su ayuda la filosofía; el músico que ha recurrido al drama, y el pensador que se asocia con la retórica.

140.—*Callarse.*

El autor debe callarse cuando su obra se pone á hablar.

141.—*Insignias del rango.*

Todos los poetas y escritores que son amantes de lo superlativo quieren más que pueden.

142.—*Libros fríos.*

El buen pensador cuenta con que los lectores sientan después de él la alegría que él siente en pensar bien: de suerte que un libro que tiene aspecto frío y so-

brio, si se examina con una vista exacta, acariciada por el rayo de sol de la serenidad intelectual, puede parecer un verdadero consuelo del alma.

143.—*Artificios del palurdo.*

El pensador pesado escoge generalmente por aliados la locuacidad ó la solemnidad: por medio de la primera, cree apropiarse de la movilidad y de la limpidez; por medio de la segunda hace creer que su cualidad es efecto de una libre elección, de una intención artística, con el fin de llegar á la dignidad que exige la recititud de los movimientos.

144.—*Del estilo barroco.*

El que sabe, en cuanto pensador, y en cuanto pensador y escritor, que no ha sido ni creado ni educado para la dialéctica y la exhibición de los pensamientos, habrá recurrido involuntariamente á la *retórica* y al estilo *dramático*: porque, al fin y al cabo, lo que ante todo le importa es hacerse *inteligible* y cobrar así fuerza, cualquiera que sea el modo de atraer á sí el sentimiento, ya por los caminos trillados, ó por sorpresa; como pastor ó como bandido. Eso es cierto en todas las artes donde el sentimiento de un defecto de dialéctica ó de una insuficiencia en la expresión y el relato, asociado á un instinto de la forma, cuya abundancia tiende á derramarse, engendra esa categoría de estilo que se llama *estilo barroco*. Sólo en las personas presuntuosas y poco instruidas evocaría esta palabra una idea de degradación. El estilo barroco nace cada vez que perece un gran arte; cuando en el arte de la expresión clásica aumentan demasiado las exigencias, se presenta como un fenómeno singular, al cual tal vez se asistirá con melancolía (porque prece-

de á la noche), pero al mismo tiempo con admiración, á causa de las artes de compensación en la expresión y en el relato, que le son peculiares. Hay que notar, ante todo, la elección de asunto y la presentación de un gran interés dramático, donde se estremezca uno ya sin ayuda de ningún artificio del arte, porque el cielo y el infierno están demasiado cerca del sentimiento; después la elocuencia de las pasiones y de las actitudes violentas, de la fealdad sublime de las grandes masas, y, en general, de la cantidad, como se observa ya en las huellas en Miguel Angel (el padre ó el abuelo de los artistas del estilo *rococo* italiano); las luces del crepúsculo, de la transfiguración ó del incendio bajo formas muy acentuadas; con esas continuas y nuevas audacias, en los medios y en las intenciones, enérgicamente subrayadas por el artista para los artistas, mientras el profano cree ver el perpetuo desbordamiento involuntario de todos los cuernos de la abundancia de un arte natural y espontáneo. Todas esas cualidades que forman la grandeza del estilo, no podrían encontrarse en las épocas anteriores, clásicas ó pre-clásicas, de una forma de arte, y no serían toleradas; porque cosas tan exquisitas permanecen mucho tiempo colgadas de su árbol como frutas prohibidas. Ahora sobre todo, estando la *música* en camino de pasar á esta última fase, se puede aprender á conocer este fenómeno del estilo barroco que se presenta con un esplendor particular, y, por comparación, se puede iluminar el pasado con una luz nueva: porque, desde la época de los griegos, muchas veces ha habido un estilo barroco en la poesía, la elocuencia y la escultura; y siempre este estilo ha ejercido influencia saludable sobre numerosos artistas de su época, los mejores y los más serios, aunque le faltase la más elevada no-

bleza, así como una perfección inocente, inconsciente y victoriosa: por eso habría alguna temeridad en querer condenarlo rotundamente, por más que cada cual puede congratularse de que con eso su juicio no se haya oscurecido para las obras más puras y de estilo más elevado.

145.—*El valor de los libros honrados.*

Los libros honrados hacen al lector honrado, por lo menos en el sentido de que provocan en él el odio y la repugnancia, que ocultan, generalmente, por medio de una sutil bribonada. Frente á un libro, se deja uno llevar de él, cualquiera que sea la posición que adopte con respecto á los hombres.

146.—*Por qué el arte crea un partido.*

Algunos pasajes hermosos, una digresión que emociona, una conclusión conmovedora que dispone favorablemente: eso es lo que en una obra de arte podrá ser accesible á la mayor parte de los profanos; y en período artístico, en que se quiere *atraer* del lado de los artistas á la gran masa profana, y, por lo tanto, crear un partido que deba servir quizá á la conservación del arte en general, el creador hará bien en no dar *más*, porque, de lo contrario, agotaría su fuerza en dominios en que nadie le elogiaría por su celo. Hacer lo contrario (es decir, imitar á la naturaleza en sus funciones *orgánicas* y su desarrollo), sería, en este caso particular, como sembrar en el agua.

147.—*Hacerse grande á costa de la Historia.*

Todo maestro moderno que lleva consigo en su órbita el gusto del aficionado, provoca involuntaria-

mente una elección entre las obras de los maestros antiguos y una nueva apreciación: lo que hay en éstos de conforme á su naturaleza, de semejante con su genio, lo que le prevé y le anuncia, parece desde luego lo que hay de verdaderamente *significativo* en las obras antiguas. Y este es un fruto donde se oculta generalmente el gusano de un grave error.

148.—*Cómo se puede conquistar una época para el arte.*

Enséñese á los hombres, por medio de todas las seducciones de los artistas y de los pensadores, á sentir veneración por sus defectos, por su pobreza intelectual, por su ceguedad insensata y por sus pasiones (y todo esto es posible); revélese nada más que el aspecto sublime del crimen y de la locura, de la debilidad de las personas abúlicas y de los que se someten ciegamente nada más que el aspecto conmovedor (esto se ha hecho también con bastante frecuencia), y se habrá empleado el medio que puede inspirar á una época, aunque fuese de las más antiartísticas y antifilosóficas, el amor entusiasta del arte y de la filosofía (sobre todo el amor de los artistas y de los pensadores), y, en circunstancias críticas, acaso la única manera de conservar la existencia de organismos tan tiernos y tan delicados.

149.—*Crítica y alegría.*

La crítica, tanto la exclusiva é injusta, como la inteligente, causa al que la ejerce un placer tal, que el mundo debe reconocimiento á toda obra, á todo acto que provoquen muchas críticas de parte de numerosas personas: porque la crítica deja en su surco una

estela deslumbrante de alegría, de ingenio, de admiración de sí mismo, de altivez, de enseñanzas, de buenas resoluciones. El dios de la alegría creó lo malo y lo mediano por la misma razón que le hizo crear el bien.

150.—*Más allá de sus límites.*

Cuando un artista quiere ser más que un artista, por ejemplo, el profeta de la resurrección moral de un pueblo, acaba por inficionarse (ese es su castigo) de un monstruo de asunto moral, y eso hace reír á su musa; porque la envidia puede también hacer mala á esta diosa de buen corazón. Piénsese en Milton y en Klopstock.

151.—*Ojo de cristal.*

La inclinación del talento hacia asuntos, personajes y motivos morales, hacia el alma hermosa de la obra de arte, proviene muchas veces de un ojo de artista que *carece* de alma; esta sustitución produce á veces un resultado muy extraordinario: que este ojo acaba por convertirse en la naturaleza viva, aunque con un aspecto algo debilitado; y todo el mundo cree, por lo general, ver la naturaleza donde no hay más que cristal frío.

152.—*Escribir y querer vencer.*

El hecho de escribir debiera siempre anunciar una victoria, una victoria lograda *sobre sí mismo*, de que hay que dar cuenta á los demás para su enseñanza. Pero hay autores dispépsicos que no escriben precisamente más que cuando no pueden digerir algo, y aun á veces comienzan á escribir cuando tienen todavía la

comida entre los dientes; tratan involuntariamente de comunicar su mal humor al lector para producirle asco y ejercer así sobre él una influencia; es decir, que también quieren vencer, pero vencer á los demás.

153.—«*El buen libro sabe esperar*».

Todo buen libro tiene un sabor agrio cuando sale á luz: tiene el defecto de la novedad. Además, su autor le es perjudicial, porque está vivo todavía y se habla de él, pues todo el mundo tiene la costumbre de confundir al escritor con su obra. Lo que hay en ésta de ingenio, de dulzura, de esplendor, deberá revelarse con la edad gracias á una admiración siempre creciente, á una antigua veneración que acaba por ser tradicional. Muchas horas deben haber pasado y muchas arañas deberán tejer su tela. Los buenos lectores hacen á un libro cada vez mejor y los buenos adversarios lo ilustran.

154.—*Lo excesivo como procedimiento de arte.*

Los artistas saben bien cómo uno se sirve de lo excesivo para producir la impresión de exuberancia. Ese es uno de los medios de seducción más inocentes que deben conocer los artistas, porque en su mundo, donde se miran las apariencias, los medios de apariencia no han de ser forzosamente verdaderos.

155.—*El órgano de barbarie oculto.*

Los genios saben ocultar mejor que los talentos su órgano de barbarie, porque saben envolverse en pliegues más ondulantes; pero en el fondo no saben tampoco más que tocar continuamente sus siete piezas, siempre las mismas.

156.—*El nombre en la portada.*

Verdad es que ahora está en uso, y es casi un deber, poner en un libro el nombre de su autor; pero ésta es una de las razones que hacen que los libros valgan tan poco. Porque, si son buenos, valen más que las personas, por ser la quintaesencia de éstas; pero, desde el momento en que el autor se da á conocer por la portada, el lector complácese en diluir esta quintaesencia por lo que ve de personal, de más personal, y reduce así á la nada el fin del libro. El orgullo de la inteligencia es no parecer individual.

157.—*La crítica más violenta.*

Se critica más violentamente á un hombre ó á una obra cuando se traza su ideal.

158.—*Poco y sin amor.*

Todo buen libro está escrito para su especie, y por eso todos los demás lectores, es decir, el mayor número, lo acogen muy mal; su reputación se cimenta en una base estrecha y sólo puede edificarse muy lentamente. El libro mediano y el libro malo no son así sencillamente porque tratan de agradar al gran número y le agradan.

159.—*Música y enfermedad.*

El peligro de la música nueva es que nos presenta la copa de las delicias y de lo sublime con un gesto tan atractivo y con tal apariencia de éxtasis moral, que el más moderado y el más noble acaba siempre por absorber algunas gotas de más. Pero este mismo libertinaje, repetido hasta el infinito, puede producir, final-

mente, una alteración de la salud intelectual más profunda que la que resultaría de los excesos más groseros: de suerte que un día no quedará otra cosa que hacer que huir de la gruta de las ninfas, para volver á través de las olas y de los peligros á la embriaguez de Itaca y los besos de la esposa, más sencilla y más humana: en una palabra, *volver al hogar...*

160.—*Ventaja para los adversarios.*

Un libro lleno de ingenio lo comunica también á sus adversarios.

161.—*Juventud y crítica.*

Criticar un libro entre los jóvenes es sólo mantenerse á distancia de todas las ideas productivas de este libro y defender contra ellas con pies y manos. El joven vive á la defensiva respecto de todo lo que es nuevo, cuando no puede amarlo en conjunto, lo cual le hacen cometer cada vez, y siempre que puede, un crimen inútil.

162.—*Efecto de la cantidad.*

La mayor paradoja en la historia de la poesía es afirmar que un hombre puede ser un bárbaro en todo lo que constituía la grandeza de los poetas antiguos: un bárbaro, es decir, un ser defectuoso y contrahecho de pies á cabeza, y seguir siendo, á pesar de eso, el mayor poeta. Es el caso de Shakespeare que, puesto en paralelo con Sófocles, se asemeja á una mina inagotable de oro, de plomo y de escoria, frente á un tesoro de oro puro, de oro de una calidad tan preciosa que casi hace olvidar su valor en cuanto metal. Pero la cantidad en su más elevada potencia, *obra* como calidad: y de esto se aprovecha Shakespeare.

163.—*Todo comienzo es un peligro.*

El poeta tiene la alternativa, ó de elevar el sentimiento de un grado á otro y realzarlo así muy considerablemente, ó de intentar obrar por sorpresa y tirar desde un principio de la campana con mucha fuerza. Las dos cosas son peligrosas: en el primer caso, el fastidio hará huir quizá al oyente; en el segundo caso, le hará huir el miedo.

164.—*En favor de los críticos.*

Los insectos pican, no por malevolencia, sino porque también quieren vivir; lo mismo ocurre con los críticos; quieren nuestra sangre y no nuestro dolor.

165.—*Éxito de las sentencias.*

Las personas inexpertas creen siempre que, desde el momento que les parece evidente á primera vista una sentencia, por la sencillez de su verdad, esta sentencia es vieja y conocida, y se ponen á mirar al autor de reojo, como si hubiese querido robar el bien común; al paso que, cuando oyen semiverdades bien mordaces, se regocijan y dan á conocer su regocijo al autor. Éste sabe apreciar una indicación así y adivina fácilmente lo que le ha dado éxito y lo que le ha salido mal.

166.—*Querer vencer.*

Un artista que en todo lo que emprende excede de sus fuerzas, acabará por arrastrar tras sí á la multitud, por el espectáculo de la lucha formidable que le ofrece; porque el éxito no siempre está en la victoria únicamente, sino que á veces está ya en el deseo de vencer.

167.—*Sibi scribere.*

El autor razonable no escribe para otra posteridad que la suya; es decir, para su propia vejez, porque entonces podrá regocijarse en sí mismo.

168.—*Elogio de las sentencias.*

Una buena sentencia es demasiado dura para la mandíbula del tiempo, y millares de años no bastarán á devorarla, aunque todas las épocas se nutran de ella; porque es la gran paradoja en la literatura, lo imperecedero en medio del cambio, el alimento siempre apreciado, como la sal, pero que no pierde su sabor.

169.—*Necesidades artísticas de segundo orden.*

El pueblo posee, en verdad, algo que se pueden llamar aspiraciones artísticas, pero éstas son mínimas y fáciles de satisfacer. En el fondo, bastan para ello los deshechos del arte; hay que confesarlo sin ambages. Considerad, por ejemplo, las melodías y las canciones que hacen ahora toda la felicidad de las clases vigorosas de la población, las menos maleadas y las más ingenuas; vivid entre los pastores, los campesinos, los cazadores, los soldados, los marineros, y aprenderéis mucho sobre este asunto. En las ciudades pequeñas, en las casas donde residen las virtudes burguesas hereditarias, ¿no se ama y se cultiva la música más mala que jamás se ha producido? El que habla de necesidades profundas, de aspiraciones insaciables que arrastran al pueblo hacia el arte, al pueblo *tal como es*, éste desatina ó quiere engañar. ¡Sed francos! Solo en el *nombre de excepción* existe hoy la ne-

cesidad de un arte de *estilo superior*; y eso porque, de un modo general, el arte ha experimentado un movimiento retrógrado y las fuerzas y las esperanzas humanas se han dirigido, por algún tiempo, á otra cosa. Es cierto que existe además, es decir, respecto del pueblo, una necesidad de arte vasta y considerable, pero de *segundo orden*. Nótase esta necesidad en las clases superiores de la sociedad; en ellas puede darse algo como una necesidad artística de buena fe. Pero examinad más de cerca los elementos de esta comunidad. Son, en general, los descontentos más distinguidos, que por sí mismos no pueden elevarse á una verdadera alegría; el hombre culto que no está bastante libre para poder prescindir de los consuelos de la religión y que, sin embargo, no encuentra bastante olorosos los bálsamos de ésta; el semi noble que es demasiado débil para destruir el vicio fundamental de su vida ó la inclinación nefasta de su carácter, renunciando heroicamente ó cambiando de vida; el hombre de buenas cualidades que tiene de sí mismo una opinión demasiado elevada para ser útil por medio de una actividad modesta, y que es demasiado perezoso para un gran trabajo desinteresado; la joven que no sabe crearse un círculo de deberes bastante amplio; la mujer que se ha unido en un matrimonio ligero ó criminal y que no se siente bien ligada; el sabio, el médico, el comerciante, el funcionario que se ha especializado demasiado pronto y que nunca ha dado libre curso á toda su naturaleza, pero que, á causa de esto, realiza su trabajo, por lo demás, excelente, con un gusano roedor en el corazón; y, por último, todos los artistas incompletos; ¡esos son todos los que hoy día sienten aún verdaderas necesidades de arte! ¿Y qué exigen del arte, en resumen? Debe

desterrar de ellos, durante algunas horas ó algunos instantes, el malestar, el tedio, la vaga intranquilidad de la conciencia, é interpretar, si es posible, en un sentido elevado, el defecto de su vida y de su carácter, para transformarlo en un defecto del destino del mundo. Muy al contrario de los griegos, que velan en su arte la expansión de su propio bienestar y de su propia salud, y que gustaban de ver su propia perfección manifestada fuera de sí mismos y que fueron encaminados hacia al arte por el contento de sí mismos; nuestros contemporáneos han llegado al arte por el disgusto de sí mismos.

170.—*Los alemanes en el teatro.*

El verdadero talento dramático de los alemanes ha sido Kotzebue; él y sus alemanes, tanto los de las clases elevadas como los de las clases medias, son inseparables, y sus contemporáneos hubieran podido decir seriamente de él: «En él vivimos y obramos». No había en él nada forzado, nada que fuese inculcado, cuyo goce fuese impuesto, artificialmente impuesto; lo que quería y sabía decir se comprendía, y, aun hoy, el franco éxito en la escena alemana está en manos de los herederos vergonzosos ó desvergonzados de estos medios y de esos efectos que eran propios de Kotzebue, sobre todo en el dominio en que la comedia sigue algo floreciente; de donde resulta que una buena parte de lo que era el germanismo de entonces, continúa subsistiendo, sobre todo á distancia de las grandes ciudades. Bonachón, sin sobriedad en los goces insignificantes, ávida de lágrimas, con el deseo de poder deshacerse, al menos en el teatro, de la severa frugalidad, para desplegar una indulgencia sonriente y hasta risueña, confundiendo el bien con la

compasión y hasta identificándolos (como hace el sentimiento alemán), regocijándose á vista de una acción generosa; por lo demás, sumiso á lo que viene de arriba, envidioso respecto al vecino, y, sin embargo, lleno de contento interior; todas esas cualidades, todos esos defectos, fueron los suyos. El segundo talento teatral fué Schiller; éste descubrió una clase de espectadores que hasta entonces no se habían tenido en cuenta; encuentra esta clase en la época de la pubertad: la muchacha y el joven alemanes. Por medio de su poesía se sobrepuso á sus arranques superiores, nobles é impetuosos, aunque oscuros, al placer que les causaba la sonoridad de las frases morales (placer que tiende á desaparecer á los treinta años), y, gracias á la pasión y al espíritu de partido que animó á esta época, conquistó un éxito que acabó por obrar ventajosamente sobre la edad madura; porque, en general, Schiller ha *rejuvenecido* á los alemanes. En todos los respectos, Goethe se ponía por encima de los alemanes, y, aun ahora, está por encima de ellos; no les pertenecerá jamás. ¡Cómo un pueblo había de estar á la altura de *la intelectualidad* de Goethe, con su bienestar y su benevolencia! Así como Beethoven hizo música por encima de los alemanes, así como Schopenhauer filosofó por encima de los alemanes, Goethe escribió su *Tasso* y su *Ifigenia* por encima de los alemanes. Siguióle un número *muy escaso* de hombres muy cultos, de hombres educados por la antigüedad, la vida y los viajes que habían sobrepujado al espíritu alemán; él mismo quiso que así fuese. Cuando, más tarde, los románticos crearon su culto razonado de Goethe, cuando su asombrosa habilidad en el husmeo minucioso, pasó á los discípulos de Goethe, que fueron los verdaderos educadores de los alemanes de este si-

glo; cuando los poetas alemanes se aprovecharon, para aumentar su gloria, de la ambición nacional que se despertaba, y cuando la verdadera medida de un pueblo, que es saber si puede *regocijarse lealmente* de algo, se subordinó cruelmente al juicio del individuo y á la ambición nacional (es decir, cuando todos comenzaron á verse *forzados á regocijarse*), nació la mentira de la cultura alemana, esa cultura que se avergonzaba de Kotzebue y que puso en escena á Sófocles, á Calderón y hasta la continuación del *Fausto* de Goethe y que, á causa de su lengua pringada y de su estómago repleto, acaba por no saber lo que le conviene y lo que le aburre. ¡Felices los que tienen gusto, aunque sea mal gusto! Y no sólo felices, sino que sólo merced á esta cualidad podemos hacernos sabios; por eso los griegos, que en estas cosas eran muy sutiles, designaron al sabio con una palabra, que quiere decir el hombre de gusto, y llamaron «gusto» (*sophia*) á la sabiduría, la artística así como la filosófica.

171.—*La música, manifestación tardía de toda cultura.*

La música parece, entre todas las artes que nacen generalmente en un terreno de cultura particular, con condiciones sociales y políticas determinadas, la *última* de todas las plantas, en el otoño y en el momento de perecer la cultura de que forma parte; cuando ya son visibles los primeros signos mensajeros de una nueva primavera. Hasta ocurre algunas veces que la música resuena como el lenguaje de una época desaparecida, en un mundo nuevo y asombrado, y que llega demasiado tarde. Sólo en el arte de los músicos de los Países Bajos encontró todos sus acordes el

alma de la Edad Media cristiana; su arquitectura de los sonidos es hermana del estilo gótico, y, aunque es verdad que ha llegado demasiado tarde, es legítima y semejante. Sólo en la música de Haendel resonó el eco de lo mejor que poseía el alma de Lutero y de sus secuaces, el gran rasgo judeo-heroico que creó todo el movimiento de la Reforma. Mozart fué quien tradujo en oro sonante el siglo de Luis XIV, el arte de Racine y de Claudio Lorena. En la música de Beethoven y de Rossini, cantó su último canto el siglo XVIII, el siglo de la exaltación, de los ideales muertos y de la felicidad fugitiva. Un amigo de los símbolos sensibles podría decir, por consiguiente, que toda música verdaderamente notable es un canto del cisne. Es que la música no es un lenguaje universal que vence al tiempo, como tantas veces se ha dicho en su honor; corresponde exactamente á un grado de sentimiento, de calor, de ambiente, que llevó en sí, como ley interior, una cultura perfectamente determinada por el tiempo y el lugar; la música de Palestrina sería para los griegos absolutamente incomprensible; y, por otra parte, ¿qué entendería Palestrina, si oyese música de Rossini? Muy bien podría suceder que nuestra reciente música alemana, á pesar de su preponderancia y de su ansia de dominación, nos fuese comprendida dentro de muy poco tiempo; porque nació de una cultura que está en decadencia rápida; su terreno se reduce á ese período de reacción y de restauración, en que está en boga cierto *catolicismo del sentimiento*, así como el gusto de todo lo que es *tradicional y nacional*, para difundir por Europa su perfume mixto. Esas dos corrientes de sentimientos, en su mayor intensidad y llevadas á sus últimos límites, han acabado por resonar en el arte wagneriano. La apropiación de las antiguas leyendas

indígenas, efectuada por Wagner, la libre disposición que tomó divinidades y héroes extrañas (que son en el fondo soberanas bestias salvajes, con profundidad, grandeza de alma y saciedad de vivir), la resurrección de estas figuras, á que dió la sed cristiana y medioeval una sensualidad y una espiritualidad extática; todo ese procedimiento de Wagner en los plagios y asimilaciones, por respecto al asunto, al alma, á las figuras y á las palabras, expresa claramente también el *espíritu de su música*, si ésta, como toda música, no supiese hablar de sí misma sin equívoco; este espíritu libra la *última* campaña de reacción contra el espíritu del racionalismo que soplabá del siglo último á éste, y también contra la idea supernacional de la Revolución francesa y del utilitarismo anglo-americano aplicada á la transformación del Estado y de la sociedad. Pero ¿no es evidente que ese conjunto de ideas y de sentimientos, combatido, al parecer, por Wagner y sus adictos, ha recobrado desde hace mucho tiempo una fuerza nueva, y que esta tardía protesta musical resuena en oídos que preferirían oír otros acentos, una estética diferente? De suerte que bien pudiera suceder un día que este arte maravilloso y superior se haga súbitamente incomprensible, y que el olvido y las telas de araña caigan sobre él. No hay que dejarse inducir á error sobre este estado de cosas por esas fluctuaciones pasajeras que parecen como la reacción en la reacción, como una depresión momentánea de los ondas en el conjunto del movimiento; pudiera suceder que este período de diez años, con sus guerras nacionales, su martirio ultramontano y su terrorismo socialista, ayudase, en sus golpes sutiles, á la propagación de dicho arte, sin darle la garantía de que tiene «porvenir», ni siquiera de que tiene *el porvenir*.

Es propio de la esencia misma del arte, que los frutos de sus grandes períodos pierdan más pronto su sabor y se maduren más aprisa que los frutos del arte plástico, y hasta que los que crecen en el árbol de la sabiduría; porque de todos los productos del sentido artístico humano, las *ideas* son las más durables.

172.—*Los poetas no son educadores.*

Aunque parezca extraño en nuestra época, hubo en otro tiempo poetas y artistas cuya alma estaba por encima de las pasiones, de las luchas y de los entusiasmos de la pasión, y que, á causa de eso, se deleitaban en asuntos más puros, personajes más elevados, encadenamientos y desenlaces más suaves. Si los grandes artistas de hoy son, las más de las veces, desencadenadores de la voluntad, y, por eso mismo, en ciertas circunstancias, liberadores de la vida, éstos eran domadores de la voluntad, transformadores de animales, creadores de hombres, y, en general, formadores, continuadores de la vida; mientras que la gloria de los de hoy consiste tal vez en despojar, en romper las cadenas, en destruir. Los griegos antiguos exigían del poeta que fuese educador de los adultos; pero ¡cuánto se avergonzaría hoy el poeta si se exigiese eso de él; de él, que ni siquiera fué un buen discípulo, y que, por consiguiente, no llegó á ser algo como un buen poema, una bella formación por sí mismo, sino que, en el caso mejor, es en cierto modo algo como el horrible y atractivo amasijo de los escombros de un templo, y, al mismo tiempo, como una caverna de concupiscencia, cubierta, lo mismo que una ruina, de flores, de plantas amargas y venenosas, habitada y visitada por las serpientes, los gusanos, las arañas y los pájaros! Sugiere tristes reflexiones el preguntarse

por qué las cosas más nobles y más exquisitas se presentan ahora como ruinas, sin el pasado y el porvenir de la perfección.

173.—*Ojeada retrospectiva y pronósticos.*

Un arte tal como irradia de Homero, de Sófocles, de Teócrito, de Calderón, de Racine, de Goethe, como el *excelente* de una dirección de vida sabia y armoniosa; esa es la verdadera concepción, á la cual acabaremos por recurrir, cuando nosotros mismos lleguemos á ser más sabios y más armoniosos: y no ese desbordamiento bárbaro, aunque tan encantador, de cosas ardientes y abigarradas, ese desbordamiento de un alma caótica é indomable que considerábamos en otro tiempo, cuando éramos jóvenes, como arte. Pero es innegable que, para ciertas épocas de la vida, un arte de la exaltación y de la emoción responde una necesidad natural, del mismo modo que la repugnancia contra todo lo que es moderado, monótono, sencillo y lógico; que este arte debe *necesariamente* corresponder al artista, para que el alma de esas épocas de vida me vaya á hacer explosión por otra parte, por medio de toda clase de excesos y desórdenes. Así es que los jóvenes, tales como son generalmente, pródigos de exuberancia y atormentados por el tedio más que por ninguna otra cosa, y las mujeres, á quienes falta un buen trabajo que ocupe el alma, necesitan de este arte del desorden maravilloso: pero con tanta más violencia se inflama su deseo de una satisfacción sin cambio, de una felicidad sin letargo y sin embriaguez.

174.—*Contra el arte de las obras de arte.*

El arte debe ante todo *embellecer* la vida y hacernos tolerables á los demás y agradables en lo posible:

teniendo en perspectiva esta tarea, nos modera y no suelta las riendas, crea formas en las relaciones, une á aquellos cuya educación no está hecha á leyes de conveniencia, de urbanidad, de cortesía, les enseña á hablar y á callarse en el momento oportuno. Además, el arte debe *ocultar y transformar* todo lo que es feo; esas cosas penosas, horribles y molestas, que á pesar de todos los esfuerzos, á causa de los orígenes de la naturaleza humana, saldrán siempre á la superficie; debe obrar así sobre todo cuando se trata de pasiones, de dolores del alma y de temores, y hacer transparente, en la fealdad inevitable é invencible, lo que es *significativo*. Después de esta tarea del arte, cuya grandeza llega hasta la enormidad, el arte que se llama verdadero, el *arte de las obras de arte* no es más que *accesorio*. El hombre que siente en sí un excedente de esas fuerzas que embellecen, ocultan y transforman, acabará por tratar de descargarse de este excedente por medio de la obra de arte; en ciertas circunstancias, todo un pueblo obrará así. Pero estamos ahora acostumbrados á comenzar el arte por el fin, á colgarnos de su cola, con la idea de que el arte de las obras de arte es lo principal, y que, partiendo del arte, es como debe mejorarse y transformarse la vida. ¡Qué insensatos somos! Si comenzamos la comida por los postres, gustando un plato azucarado, después de otro, ¿qué tiene de extraño el que nos estropeemos el estómago y hasta el apetito para el buen festín, fortificante y alimenticio á que el arte nos convida?

175.—*Persistencia del arte.*

¿A qué debe su persistencia el arte de las obras de arte? Al hecho de que la mayoría de las personas que tienen horas de ocio (y sólo para éstas existe seme-

jante arte), no creen poder estar á la altura de su época sin hacer música, ir al teatro, visitar las exposiciones, leer novelas y versos. Admitiendo que se pueda *apartarles* de esta satisfacción, aspirarían menos ávidamente á tener ocios, y la envidia que se tiene hacia los ricos se haría más rara, y ésta sería una ventaja para la estabilidad de la sociedad, ó bien continuarían teniendo ocios; pero aprenderían á *reflexionar* (lo cual se puede aprender y desaprender), á reflexionar sobre su trabajo; por ejemplo, sobre sus relaciones, sobre las alegrías que podrían proporcionarse en ambos casos, el mundo entero, excepto los artistas, sacaría ventajas de todo eso. Hay, indudablemente, muchos lectores llenos de vigor y de cordura, que podrían presentar aquí una gráve objeción. A causa de las personas groseras y mal intencionadas, quiero decir que aquí, como en muchos otros pasajes de este libro, lo que importa al autor es la objeción, y que se podrán leer en este libro muchas cosas que no están escritas precisamente.

176.—*El mensajero de los dioses.*

El poeta expresa las opiniones generales y superiores que posee un pueblo; es su mensajero y su cantor; pero, gracias al metro y á todos los demás medios artísticos, las expresa de modo que el pueblo las tome por algo muy nuevo y maravilloso, y se figure seriamente que el poeta es el mensajero de los dioses. Envuelto en las nubes de la Creación, el poeta mismo olvida de dónde proviene toda su sabiduría intelectual: de su padre y de su madre, de los maestros y de los libros de todas clases, de la calle, y sobre todo, de los sacerdotes; está engañado por su arte, y cree, verdaderamente, en las épocas ingenuas, que *Dios* habla

por su boca, que crea en un estado de iluminación religiosa: siendo así que, en realidad, no dice sino lo que ha aprendido, la sabiduría popular y la locura popular confundidas. Luego, siendo que así que el poeta es verdaderamente *vox populi*, pasa por ser *vox Dei*.

177.—*Lo que todo arte quiere y no puede.*

La última tarea del artista, la tarea más difícil, es la descripción de lo inmutable, de lo que reposa en sí, superior y sencillo, lejos de todo encanto particular; por eso las más hermosas representaciones de la perfección moral, son rechazadas por los artistas más débiles, como bosquejos antiartísticos, porque el aspecto de esos frutos es demasiado doloroso para su ambición: ven aparecer á éstos en las ramas extremas del arte, pero carecen de escalera, de valor y de práctico para aventurarse á subir tan alto. En sí, no hay objeción á la venida de un Fidas *poeta*; pero si se considera la capacidad moderna, sólo será esto cierto en el sentido de que á Dios «ninguna cosa es imposible». El deseo de un Claudio Lorena, en el dominio de la poesía, es ya, actualmente, una falta de modestia, cualquiera que sea la inspiración que os arrastra á ello. Ningún artista ha estado hasta ahora á la altura de esta tarea: la descripción del hombre *más grande*, es decir, *el más sencillo* y al mismo tiempo *el más completo*; pero quizá los griegos, en su *ideal de una Palas Atenea*, han dirigido su mirada más lejos que los demás hombres.

178.—*Arte y restauración.*

Los monumentos retrógrados en la historia, lo que se llama las épocas de restauración, que tratan de resucitar un estado intelectual y social que existía *an-*

tes del que subsistía en el último lugar, poseen el encanto que suscitan los recuerdos llenos de sentimientos, el deseo ardiente de lo que casi se ha perdido, el goce presuroso de una corta felicidad. A causa de esa singular penetración del espíritu, las artes y las letras encuentran un terreno propicio precisamente en esas épocas fugitivas, casi envueltas en el sueño: del mismo modo que las plantas más tiernas y más raras crecen en las vertientes abruptas de las montañas. Así, muchos buenos artistas se sienten insensiblemente arrastrados á ideas de restauración política y social, en vista de la cual se construyen á su modo un retiro florido y silencioso, donde reunan á su alrededor los vestigios humanos de esa época de la historia que le recuerda lo que ama, ejercitando su arco ante muertos, moribundos y extremados quizá con el éxito de una breve resurrección.

179.—*Felicidad de la época.*

Nuestra época debe juzgarse feliz por dos razones. Con respecto al *pasado* gozamos de todas las culturas y de sus producciones, y nos nutrimos con la sangre más noble de todos los tiempos. Nos encontramos todavía bastante cerca de las fuerzas mágicas de donde han salido esas culturas, para poder someternos á ella, temporalmente, con alegría y con estremecimiento: mientras que las civilizaciones más antiguas solo supieron gozar de sí mismas, sin ver más allá, como si estuviesen encerradas bajo una campana de cristal donde penetrasen los rayos de luz, pero sin dejar filtrarse la mirada. Con respecto al *porvenir*, se abre á nosotros, por primera vez en la historia, la perspectiva prodigiosa de los planes humanos y ecuménicos, que abarcan la tierra entera. Al mismo tiempo,

sentimos en nosotros la fuerza suficiente para tomar á nuestro cargo, sin ayuda sobrenatural, pero también sin presunción, esta tarea nueva; y, cualquiera que sea el resultado de nuestra empresa, aun cuando hubiéramos fiado demasiado en nuestras fuerzas, no habría nadie á quien debiéramos dar cuenta, fuera de nosotros mismos: la humanidad puede desde ahora hacer por sí misma todo lo que quiere. Es cierto que existen singulares abejas humanas que, en el cáliz de todas las cosas, no saben siempre libar lo más amargo; y, en efecto, todas las cosas llevan en sí algo de esta hiel. Que estas abejas humanas piensen en la felicidad de nuestra época todo lo que quieran, y continúen construyendo la colmena de su desagrado.

180.—*Una visión.*

Horas de enseñanza y de contemplación para los adultos y para los hombres de edad madura; esas horas cotidianas ocupadas por cada cuál sin violencia alguna según las reglas de sus costumbres; las iglesias consideradas como los lugares más dignos y más ricos en recuerdos para estas reuniones; en cierto modo, solemnidades cotidianas para festejar la supremacía de la razón y de la dignidad humanas; una eflorescencia nueva y completa de un ideal de enseñanza, en que el sacerdote, el artista y el médico, el sabio y el discreto, se fundiesen en un solo individuo y del mismo modo que deberían revelarse en la enseñanza misma, en la manera de presentarse, en su método, las virtudes particulares de cada uno, reunidas en una virtud general:—ésta es mi visión que siempre se repite y de la cual creo firmemente que ha levantado un pliegue del velo del porvenir.

181.—*Educación tortura.*

La extraordinaria incertidumbre de toda enseñanza pública que dé á todo adulto la impresión de que su único educador ha sido la casualidad (lo que hay de semejante á la veleta en todos los métodos y rumbos educadores) se explica por el hecho de que, en nuestros días, las potencias pedagógicas *más antiguas y más nuevas*, como en una tumultuosa reunión pública, tratan más bien de ser oídas que comprendidas, y quieren demostrar á toda costa con sus voces ó con sus gritos que *existen todavía* y que *existen ya*. Ante este ruido insensato, los pobres maestros y educadores han comenzado por aturdirse, después se han callado, y, por fin, su espíritu se ha embotado y se contentan con dejar que todo pase á su lado, como dejan que pase al lado de sus discípulos. No se han educado á sí mismos, ¿cómo habían de enseñar? No representan un tronco poderoso, repleto de savia: el que quiera apoyarse en ellos deberá curvarse y torcerse, y acabará por parecer contrahecho y torcido.

182.—*Filósofos y artistas de la época.*

La brutalidad y la frialdad, el ardor del deseo y el corazón helado; esa mezcla repugnante se encuentra en el carácter de la alta sociedad europea de hoy. Por eso el artista cree ya conseguir un fin muy elevado si, por medio de su arte, hace brotar alguna vez y al lado del ardor del deseo, el calor del corazón, y lo mismo siente el filósofo, si con la tibieza del corazón que posee en común con su época, llega á enfriar, por medio de sus juicios ascéticos, el calor del deseo que le anima á él y á esta sociedad.

. 183.—*Cuesta trabajo ser soldado de la cultura.*

Por fin llegáis á aprender aquello cuya ignorancia os causaba tanta molestia cuando érais jóvenes: que primeramente hay que *hacer* lo que es perfecto, y después *indagar* lo que es perfecto, cualesquiera que sea el lugar en que se encuentra esta perfección y el nombre bajo el cual se oculta; que, por el contrario, hay que evitar todo lo que es malo y mediocre sin *combatirlo*, y que la duda respecto de la cualidad de una cosa (tal como nace rápidamente con un gusto algo ejercitado), puede servirnos de argumento contra esta cosa, y de motivo para evitarla por completo; á riesgo de engañarnos algunas veces y de confundir el bien, difícilmente asequible con lo malo y lo mediocre. Sólo el que no sabe hacer nada mejor debe engolfarse en las torpezas del mundo, como soldado de la cultura; pero los que deben mantener la cultura y divulgar sus enseñanzas se perjudican á sí mismos si se quedan con las armas en la mano, y transforman, por su vigilancia, por sus guardias nocturnas y por sus malos sueños, la paz de su vocación y de su hogar en una inquietud belicosa.

184.—*Cómo hay que contar la Historia Natural.*

Siendo la Historia Natural la historia de la lucha victoriosa y de la fuerza moral é intelectual, contra el miedo y la imaginación, la pereza, la superstición y la locura, debiera narrarse de manera que cada uno de los que oyen se siente irrevocablemente arrastrado á aspirar la salud y á la expansión intelectuales y físicas, á sentir el júbilo de ser heredero y continuador de todo lo que es humano, y á dedicarse á un espíritu de empresa cada vez más noble. Hasta ahora no ha

encontrado su verdadero lenguaje, porque los artistas inventivos y elocuentes no pueden despojarse de una confianza obstinada respecto de ella, y, ante todo, no quieren seriamente aprender de ella. Siempre resulta que hay que reconocer que los ingleses, en sus manuales científicos para las clases populares, han dado un gran paso hacia este ideal; es que esos manuales están compuestos por sabios distinguidos (naturalezas completas y exuberantes), y no como entre nosotros, por las medianías de la ciencia.

185.—*Genialidad de la especie humana.*

Si, según la observación de Schopenhauer, hay genialidad en el hecho de acordarse de una manera coordinada y viva de lo que os ha sucedido, en la aspiración al conocimiento de la evolución histórica (que hace resaltar siempre más vigorosamente los tiempos modernos sobre los tiempos antiguos, y que por primera vez ha traspasado los antiguos límites entre la naturaleza y el espíritu, entre el hombre y la bestia, entre la moral y la física), podría reconocerse una aspiración á la genialidad en el conjunto de la humanidad. La historia imaginada, completa, sería una conciencia cósmica.

186.—*Culto de la cultura.*

A los grandes espíritus se agrega lo que hay en su naturaleza de repugnantemente demasiado humano (sus ceguedades, sus injusticias, su falta de moderación), para que en ellos la influencia poderosa, fácilmente demasiado poderosa, esté contrapesada de continuo por la desconfianza que esas particularidades inspiran. Porque el sistema de todo lo que necesita la

naturaleza para subsistir es tan vasto y absorbe fuerzas tan diversas y tan numerosas que, por cada ventaja concedida *de una parte*, ya á la ciencia, ya al Estado, ya al arte, ya al comercio, adonde tienden esos individuos, la humanidad se ve de otra parte obligada á padecer. Siempre fué esta la mayor calamidad de la cultura, cuando se puso á adorar nombres y, en ese sentido, se puede estar de acuerdo con el axioma de la ley mosaica, que prohibía tener otros dioses al lado de Dios. Al culto del genio y de la fuerza hay que oponer siempre, como complemento y como remedio, el culto de la cultura, el cual sabe también conceder aprecio y comprensión á lo que es grosero, mediocre, vil, desconocido, débil, imperfecto, incompleto, cojo, falso, hipócrita, y hasta á lo que es malo y terrible, confesando que *todo eso es necesario*. Porque la armonía y el desarrollo de lo que es humano, á lo cual se ha llegado por medio de asombrosos trabajos y de azares, que son obra de ciclopes y de hormigas, tanto como de genios, ¿cómo, pues, podríamos prescindir de la base fundamental, profunda y muchas veces inquietante, sin la cual la melodía no sería melodía?

187.—*El mundo antiguo y la alegría.*

Los hombres del mundo antiguo sabían *regocijarse* mejor; nosotros sabemos *entristecernos menos*; aquellos descubrían siempre nuevas razones para disfrutar de su bienestar y para celebrar fiestas; ponían en ello toda la exuberancia de su sagacidad y de su reflexión; al paso que nosotros ocupamos nuestro espíritu con la solución de problemas que tienen por objeto extirpar el dolor y suprimir el disgusto. Por lo que atañe á la humanidad que sufre, los antiguos esforzábanse en ol-

vidarse ó en desviar su sentimiento, de un modo ó de otro, hacia el lado agradable. Así se servían de paliativos, al paso que nosotros atacamos las causas del mal y preferimos, en suma, obrar de una manera profláctica. Quizá sólo construimos los cimientos sobre los cuales los hombres edificarán de nuevo, andando el tiempo, el templo de la alegría.

188.—*Las musas mentirosas.*

«Nosotras sabemos decir muchas mentiras». Así cantaron las musas en otro tiempo, cuando se revelaron ante Hesíodo. Se hacen descubrimientos importantes cuando uno se pone á considerar al artista como embustero.

189.—*Homero sabe ser paradójico.*

¿Hay algo más audaz, más espantoso y más increíble, algo que ilumine los destinos humanos de la manera que ilumina un sol de invierno, como este pensamiento que se lee en Homero: *Los dioses disponen de los destinos humanos y deciden la caída de los hombres, á fin de que las generaciones futuras puedan componer cantos?* Luego nosotros sufrimos y perecemos para que los poetas no carezcan de asuntos; y son los dioses de Homero los que ordenan eso así, como si los placeres de las generaciones futuras les importase mucho, y la suerte de nuestros contemporáneos les fuese indiferente. ¿Cómo ideas semejantes han podido caber en el cerebro de un griego?

190.—*Justificación ulterior de la existencia.*

Ciertas ideas han entrado en el mundo como errores y juegos de la imaginación, pero se han converti-

do en verdades porque los hombres han supuesto más tarde que tenían una base verdadera.

191.—*El pro y el contra son necesarios.*

El que no ha comprendido que todo grande hombre debe, no sólo ser alentado, sino también *combatido* en nombre del bien público, es todavía un niño grande; —ó acaso un grande hombre.

192.—*Injusticia del genio.*

El genio es el más injusto respecto de los genios, para el caso en que están sus contemporáneos; por una parte, cree poder prescindir de ellos completamente, y, á causa de eso, los considera como *superfluos* (porque ha llegado á ser lo que es sin su concurso); por otra parte, su influencia contrarresta el efecto de su corriente eléctrica; por eso los considera hasta como *perjudiciales*.

193.—*El peor destino de un profeta.*

Ha trabajado durante diez años en convencer á sus contemporáneos, y al fin lo ha conseguido; pero en el interín, sus adversarios también han logrado sus fines; le han persuadido y ya no está del todo convencido de la verdad de su doctrina.

194.—*Tres pensadores igualan á una araña.*

En toda secta filosófica, tres pensadores se suceden en el orden siguiente: el primero, engendra por sí mismo el jugo y la semilla; el segundo, saca de aquí hilos y teje una tela artificial; el tercero, se embosca en esta tela y acecha las víctimas que se aventuran á pasar por allí, y vive á costa de la filosofía.

195.—*Las relaciones con los autores.*

Es una manera tan mala de trabar relación con un autor el cogerle por la punta de la nariz, como el cogerlo por los cuernos; y cada autor tiene cuernos.

196.—*Yunta de dos.*

Las ideas confusas y la exaltación sentimental se asocian muchas veces á la voluntad implacable de llegar por todos los medios, y de hacerse admitir exclusivamente, así como el espíritu seguro, benéfico y benévolo se asocia al instinto de claridad y de nitidez de espíritu, de moderación y de pudor del sentimiento.

197.—*Lo que une y lo que separa.*

¿No se encuentra en la cabeza lo que une á los hombres—la comprensión de la utilidad y del prejuicio general—y en el corazón lo que separa; la elección ciega y la ciega inclinación en amor y en el odio el favor concedido á uno á costa de los demás, y el desprecio de la utilidad pública que de aquí resulta?

198.—*Tiradores y pensadores.*

Hay tiradores especiales que, aunque hayan errado el blanco, abandonan el campo de tiro con el sentimiento de secreta altivez de haber enviado su bala muy lejos (más allá del blanco, es cierto), ó de haber dado, si no en el blanco, al menos en otra cosa. Y lo mismo ocurre con ciertos pensadores.

199.—*De dos lados á la vez.*

Se hace oposición á una corriente intelectual, cuando se le es superior y se desaprueba su fin, ó también

cuando su objeto es demasiado elevado para nosotros é incognoscible para nuestra vista, es decir, cuando nos es superior. Así, un mismo partido puede combatir de dos lados á la vez, por arriba y abajo, y muchas veces los antagonistas se asocian en un odio común, lo cual es más repugnante que todo lo que odian.

200.—*Original.*

No es ser el primero en ver algo nuevo, sino ver como si fuesen nuevas las cosas viejas y conocidas, vistas y revistas por todo el mundo, lo que distingue á los cerebros verdaderamente originales. El que descubre las cosas es generalmente ese ser completamente vulgar y sin cerebro: la casualidad.

201.—*Error de los filósofos.*

El filósofo se imagina que el valor de su filosofía estriba en su conjunto, en su construcción: la posteridad encuentra este valor en las piedras de que se sirvió y con las cuales se construirá muchas veces y mucho mejor: por consiguiente, en la posibilidad de destruir esta construcción, sin hacerle perder su valor como material.

202.—*Rasgo de ingenio.*

El rasgo de ingenio es el epigrama que se hace sobre la muerte de un sentimiento.

203.—*El momento que precede á la solución.*

En las ciencias, sucede todos los días y á todas horas que alguien se detiene inmediatamente antes de haber encontrado la solución, persuadido de que hasta entonces todos sus esfuerzos han sido vanos: semejan-

te á uno que desembrolla un ovillo, y que vacila, en el momento en que está casi deshecho, porque entonces es cuando ve más nudos.

204.—*Unirse á los exaltados.*

El hombre reflexivo y seguro de su razón puede ganar algo con unirse durante diez años á los imaginativos, abandonándose en esta zona tórrida á una dulce locura. Esta relación le ha hecho avanzar mucho en el camino para llegar por fin á ese cosmopolitismo del espíritu que puede decir sin presunción: «Nada intelectual me es extraño.»

205.—*Aire vivo.*

Lo mejor y lo más sano en las ciencias como en las montañas es el aire vivo que allí sopla. Los que gustan de la flojedad de espíritu (los artistas, por ejemplo), temen y abandonan las ciencias á causa de esta atmósfera.

206.—*Por qué los sabios son menos durables que los artistas.*

La ciencia necesita naturalezas más nobles que la poesía. Las naturalezas científicas deben ser más sencillas, menos ansiosas de gloria, porque deben profundizar cosas que, á juicio de la mayoría de los hombres, rara vez parecen dignas de semejante sacrificio de la personalidad. Hay que agregar á eso otro perjuicio de que tienen conciencia: su género de ocupación, invitación constante á la mayor sobriedad, debilita su *voluntad*; el fuego está menos vivamente alimentado que en el hogar de las naturalezas poéticas: por eso las naturalezas científicas pierden con más

frecuencia que éstas, á una edad poco avanzada, su gran vigor y su eflorescencia; y no ignoran ese peligro. En todas las circunstancias *parecerán* poseer peores cualidades porque brillan menos, y se estimarán en menos de lo que valen.

207.—*En qué obscurece la piedad.*

Atribúyese al grande hombre, en los siglos que le suceden, todas las cualidades y todas las virtudes del siglo en que ha vivido; y así, las mejores cosas están sin cesar *obscurecidas* por la piedad, que no ve en sí más que imágenes santas en que se coloca y se suspende ofrendas de todas suertes; hasta que acaben por ser completamente cubiertas y envueltas, y parecen más bien como objetos de fe más que de contemplación.

208.—*Estar puesta en la cabeza.*

Cuando ponemos la verdad en la cabeza, no nos damos cuenta, generalmente, de que nuestra cabeza tampoco está colocada donde debiera.

209.—*Origen y utilidad de la moda.*

El contento visible que siente *el individuo* ante su forma excita el espíritu de imitación y crea, poco á poco, la forma del *conjunto*, es decir, la moda: el gran número quiere llegar, por la moda, á ese benéfico contento de sí mismo que procura la forma y llega. Si se da uno cuenta de las razones que puede tener cada hombre para ser tímido y ocultarse, si se considera que las tres cuartas partes de su energía y de su buena voluntad pueden paralizarse y esterilizarse por estas razones, debe sentirse mucha gratitud hacia la moda,

en tanto que comunica confianza en sí y libertad de modales recíproca á los que saben que están ligados entre sí por sus leyes. Las leyes necias también proporcionan libertad y tranquilidad de espíritu, por pocos que sean los que se han sometido á ellas.

210.—*Desatar la lengua.*

El valor de ciertos hombres y de ciertos libros se funda sólo en la aptitud que tienen para obligar á cada uno á expresar lo que tiene de más oculto y más íntimo: son corta-bridas y palancas para las bocas más mudas. Ciertos acontecimientos y ciertas hazafías, que parecen no existir más que para maldición de la humanidad, tienen también este valor y este fin útil.

211.—*Espíritus libres.*

¿Quién de entre nosotros osaría llamarse espíritu libre si no quisiese rendir homenaje, á su manera, á los hombres que recibieron ese nombre para hacerles *injuria*, cargándole también sobre sus espaldas parte de ese fardo de la venganza y de la vergüenza públicas? Pero también tenemos derecho á llamarnos «espíritus de libre carrera», y eso seriamente (sin ningún desafío altivo ó generoso), porque esta carrera hacia la libertad es el instinto más pronunciado de nuestro espíritu, y en oposición con las inteligencias limitadas y oprimidas, casi vemos nuestro ideal en una especie de *nomadismo* intelectual: para servirme de una expresión modesta y casi denigrante.

212.—*Sí, el favor de las musas.*

Lo que dice Homero va derecho al corazón; tan terrible y verdadero es á la vez: «La musa le amaba

más que á madre, y le había concedido conocer el bien y el mal, y, habiéndole privado de la vista, le había otorgado el canto admirable.» Ese es un texto sublime para el que sabe reflexionar: da el bien y el mal; ¡ese es su tierno amor! Y cada cual interpretará á su modo, porque *es necesario* que nosotros, los poetas y los pensadores, perdamos *la vista*.

213.—*Contra la enseñanza de la música.*

El desarrollo artístico de la vista desde la infancia, por medio del dibujo y de la pintura, por croquis de paisajes, de personas, de acontecimientos, proporciona, de una manera accesoria para toda la vida, esta ventaja inapreciable de *aguzar* la vista para la observación de los hombres y de las situaciones, para hacerla *tranquila* y *perseverante*. No resulta ese beneficio secundario de la cultura artística del oído.

214.—*Los que descubren trivialidades.*

Los espíritus sutiles, para quienes nada está más lejos que una trivialidad, las descubren muchas veces después de largos rodeos á través de los senderos de montañas, y sienten un vivo placer en ello, con gran sorpresa de los que no son sutiles.

215.—*Moral de los sabios.*

No es posible un progreso rápido y regular de la ciencia, si algunos sabios no son *demasiado desconfiados*, hasta el punto de que comprueben cada cálculo y cada afirmación de otros sabios, en dominios que se encuentren lejos de ellos. Pero hay en eso una condición: es que cada uno tenga, en el campo de su trabajo, competidores que sean *extraordinariamente des-*

confiados, y que le vigilen con atención. De esta proximidad entre los que no son «demasiado desconfiados» y los que son «extraordinariamente desconfiados», nace la equidad en la república de los labios.

216.—*Causa de la esterilidad.*

Hay espíritus de muy buenas dotes, que permanecen siempre estériles, sólo porque, por debilidad de temperamento, son demasiado impacientes para esperar su preñez.

217.—*El mundo de las lágrimas.*

El desagrado múltiple que las aspiraciones de la cultura superior causan al hombre, acaba por trastornar el orden natural, hasta el punto de que el hombre se porta, en las épocas comunes de la vida, de una manera inflexible y estoica, y no tiene lágrimas para las raras ocasiones de felicidad; y aun ocurre que el simple goce, ocasionado por la ausencia de dolor, hace llorar; su corazón no late más que en la felicidad.

218.—*Los griegos como intérpretes.*

Cuando hablamos de los griegos, hablamos también, involuntariamente, de hoy y de ayer; su historia, universalmente conocida, es un claro espejo que refleja siempre algo más que lo que se encuentra en el espejo mismo. Nos servimos de la libertad que tenemos de hablar de ellos para poder callarnos sobre nuestros asuntos, á fin de permitirles murmurar algo al oído del lector reflexivo. Así, los griegos facilitan al hombre moderno la comunicación de cosas difíciles de decir, pero dignas de reflexión.

219.—*Del carácter adquirido de los griegos.*

Por la famosa claridad griega, por la transparencia, por la sencillez, la ordenación de las obras griegas, por lo que tienen de natural y de artificial á la vez, como si estuviesen hechas de cristal, nos dejamos fácilmente inducir á creer que todo eso se ha *concedido* á los griegos desde un principio; creemos, por ejemplo, que no podían menos de escribir bien, como una vez ha supuesto Fichtenberg. Pero no hay opinión más prematura y menos sostenible. La historia de la prosa, desde Gorgias á Demóstenes, revela un trabajo y una lucha para salir de la obscuridad, de la pesadez, del mal gusto, y llegar á la luz, hasta el punto de que hay que pensar en las peripecias de los héroes que trazan los primeros caminos á través de los bosques y los pantanos. El diálogo de la tragedia es el *hecho elevado* de los dramaturgos, porque es de una claridad y de una nitidez extraordinarias, siendo así que la disposición natural del pueblo tendía hacia la embriaguez del símbolo y de la alusión, que había alentado el gran lirismo del coro, así como fué el hecho elevado de Homero haber librado á los griegos de la pompa asiática y de los modales toscos, y haber llegado, en el conjunto y en el detalle, á la limpidez de la arquitectura. Decir algo de una manera pura y luminosa, no se consideraba como fácil; de donde vendría de otra suerte la gran admiración que se profesaba por el epigrama de Simónides, que se presenta tan sencillo, sin puntas doradas y sin los arabescos del juego de vocablos; pero que dice lo que quiere decir, claramente, con la tranquilidad del sol, y no como el resplandor, con el rebuscamiento del efecto. Es griega la aspiración á la luz, viniendo en cierto modo de

un crepúsculo innato, y por eso el pueblo experimenta júbilo cuando escucha una sentencia lacónica, el lenguaje gnómico de la elegía ó los axiomas de los siete sabios. Por eso se amaban tanto los preceptos en verso que chocan con nuestro gusto, porque había allí, para el espíritu griego, una verdadera tarea apolínea, que tenía por objeto vencer los peligros del metro, las obscuridades que son, por otra parte, propias de la poesía. La sencillez, la flexibilidad, la claridad, se *adquieren por esfuerzo* del genio del pueblo; éste no las posee desde un principio; el peligro de un regreso á lo asiático se cierne siempre sobre los griegos y se creería en verdad que, de cuando en cuando, llegaba sobre ellos como un sombrío desbordamiento de impulsos místicos, de salvajismos y de obscuridades elementales. Los vemos hundirse; vemos á Europa arrollada y sumergida por la ola (porque Europa era entonces muy pequeña), pero vuelven siempre á la luz, siendo buenos nadadores y buenos buzos, ellos, el pueblo de Ulises.

220.—*Lo que es verdaderamente pagano.*

Acaso no hay nada más extraño para el que considera el mundo griego, que descubrir que los griegos ofrecían de cuando en cuando algo como fiestas á todas sus pasiones y á todas sus malas inclinaciones, y que hasta habían instituido, por vía de Estado, una especie de reglamentación para celebrar lo que era en ellos demasiado humano; es lo que hay de verdaderamente pagano en su mundo; algo que, desde el punto de vista del cristianismo, nunca podrá ser comprendido y será siempre violentamente combatido. Consideraban su «demasiado humano», como algo inevitable, y preferirían, en lugar de calumniarlo, concederle una es-

pecie de derecho de segundo orden, introduciéndole en los usos de la sociedad y del culto; hasta llegaban á llamar divino todo lo que tenía *potencia* en el hombre y lo inscribían en las paredes de su cielo. No niegan el instinto natural que se manifiesta en las malas cualidades, pero lo ponen en su lugar y lo restringen á ciertos días, después de haber inventado bastantes precauciones para poder dar á esa corriente impetuosa un derramamiento lo menos peligroso posible. Esa es la raíz de todo el liberalismo moral de la antigüedad. Se permitía una descarga inofensiva á lo que persistía todavía de malo, de inquieto, de animal y de retrógrado en la naturaleza griega; á lo que quedaba de barroco, de pre-griego y de asiático; no se aspiraba á la completa destrucción de todo eso. Abarcando todo el sistema de esas ordenanzas, el Estado no estaba constituido con referencia á ciertos individuos y á ciertas castas, sino con referencia á simples cualidades humanas. En su edificio, los griegos revelan ese sentido maravilloso de las realidades típicas que más tarde los hizo capaces de llegar á santos y á historiadores, á geógrafos y á filósofos. No era una ley moral dictada por los sacerdotes y las castas, la que tenía que decidir de la constitución del Estado y del culto del Estado, sino la atención universal á *la realidad de todo lo que es humano*. ¿De dónde derivaron los griegos esa libertad, ese sentido de lo real? Tal vez de Homero y de los poetas que le han precedido; porque precisamente los poetas, cuya naturaleza no es de las más justas ni de las más prudentes, son los que tienen ese gusto de lo real, del efecto *bajo todas sus formas*, y no tienen la pretensión de negar por completo el mal; les basta verlo moderarse, renunciando á querer destrozarlo todo ó á emponzoñar las almas, lo cual quiere decir

que son del mismo parecer que los fundadores de Estados en Grecia y que han sido los maestros y los precursores.

221.—*Griegos excepcionales.*

En Grecia, los espíritus profundos y serios eran las excepciones; el espíritu del pueblo tendía, por el contrario, á considerar lo que es serio y profundo como una especie de deformidad. Tomar las formas del extranjero; no crearlas, sino transformarlas hasta hacerles revestir la más bella apariencia; eso es lo griego: imitar, no para utilizar, sino para crear la ilusión artística, hacerse dueño de lo serio impuesto, ordenar, embellecer, nivelar; así, desde Homero hasta los Sofistas del tercero ó del cuarto siglo de nuestra era, todos los griegos no son más que exterioridad, palabras pomposas, gestas entusiastas, y no se dirigen más que á almas vacías, á vidas de artificios, de resonancia y de efectos. ¡Y al lado de eso apreciad en todo su valor á esos griegos de excepción que crearon las ciencias! ¿Quién de entre ellos narra la historia heroica del espíritu humano?

222.—*Lo que es sencillo no se presenta ni en primero ni en último lugar.*

En la historia de las representaciones religiosas nos formamos muchas veces una idea falsa sobre la evolución y el lento desarrollo de ciertas cosas que, en realidad, no han progresado simultáneamente y una por otra, sino simultánea y separadamente. Especialmente lo que es sencillo tiene la reputación de ser lo que hay de más antiguo y de haber existido desde un principio. Muchas cosas humanas nacen por sustracción y no precisamente por duplicación, adición y

confusión. Se cree siempre, por ejemplo, en un desarrollo gradual de la *figuración de los dioses*, desde los leños y las rocas informes, hasta lo alto de la escala, á una humanización completa; al contrario, mientras que la divinidad se transportaba y se adoraba en los árboles, los leños, las piedras, los animales, repugnaba darle forma humana, como si se temiese una impiedad. Son los poetas quienes, exentos del culto y del *pudor* religioso, han debido habituar y hacer accesible á eso la imaginación humana, pero cuando disposiciones más piadosas y momentos de fervor venían á predominar de nuevo, esta influencia liberadora de los poetas disminuía, y la santidad estribaba, antes como después, en lo espantoso y en lo inquietante, en lo que es verdaderamente humano. Sin embargo, la fantasía interior debe imaginar muchas cosas que, exteriorizadas en representaciones corporales, no dejarían de producir un esfuerzo penoso; es que la vista interior es mucho más audaz y mucho menos púdica que la vista exterior; de donde proviene esa conocida dificultad, esa semi-imposibilidad de transformar asuntos épicos en dramas. Durante mucho tiempo, la imaginación religiosa no quiere creer de ningún modo en la identidad del dios con una imagen; la imagen debe hacer aparecer el noumeno de la divinidad, activo y asociado á un lugar de cualquier manera, misteriosa y difícilmente imaginable. La más antigua imagen divina debe *albergar* al dios, y, *al mismo tiempo, ocultar*; indicar su presencia, pero no exponerla. Nunca, en su fuero interno, ha considerado un griego á su Apolo como una columna de madera, ni á su Eros como una masa de piedra; eran símbolos que debían precisamente causar *miedo* hacia la figura sensible. Lo mismo ocurre con ciertos troncos de madera cuyos

miembros se esculpían groseramente, exagerando groseramente el número de uno ó de otro; así, un Apolo lacónico tenía cuatro manos y cuatro orejas. En lo incompleto, apenas indicado, hay una santidad que hace temblar, que debe impedir que se piense en el hombre, en lo que se asemeja al hombre. Cuando se encuentra uno en un grado embrionario del arte, se producen tales formas; como si, en la época en que se adoraban esas imágenes, no se hubiese *podido* hablar más claramente y representar con más realidad. Al contrario, se temía ante todo una cosa: la expresión directa. Así como la *cella*, el lugar santísimo, oculta hasta el verdadero nombre de la divinidad, envolviéndola en una misteriosa semi-oscuridad, *pero no completamente*; así como el templo periptero oculta también la *cella*, garantizándola en cierto modo del ojo indiscreto, como con un velo protector, pero no completamente; así también la imagen *es* la divinidad y al mismo tiempo el escondrijo de la divinidad. Sólo cuando, fuera del culto, en el mundo profano de la lucha, la alegría que suscita el vencedor del combate, se elevó tanto que las ondas del sentimiento pasó sobre las olas del entusiasmo religioso; cuando la estatua del vencedor fué colocada en los muros del templo, y cuando el visitante se vió obligado, voluntaria ó involuntariamente, á habituar su vista y su alma á ese espectáculo inevitable de la belleza y de la fuerza *humanas*, de suerte que esa aproximación local hiciese confundirse en el espíritu la veneración por los hombres y los dioses; sólo entonces se perdió el temor que inspiraba la figura humana, en la imagen divina, y se abrió el enorme campo de actividad para la gran escultura. Sin embargo, siempre subsiste una restricción: que, dondequiera que se debe *adorar*, la antigua

forma de fealdad, se ha conservado y se ha imitado escrupulosamente. Pero la Elena que *santifica* y *da* en abundancia, puede desde luego seguir, en toda su beatitud, la alegría de dejar á Dios hacerse hombre.

223.—*Adónde hay que ir de viaje.*

La observación directa de sí mismo no basta para aprender á conocerse: tenemos necesidad de la historia, porque el pasado precipita sobre nosotros sus mil ondas: nosotros mismos no somos otra cosa que lo que sentimos á cada momento de esta continuidad. Cuando queremos remontar el río de lo que nuestra naturaleza posee en apariencia de más original y de más personal, tenemos que recordar el axioma de Heráclito: no se vadea dos veces el mismo río. Es una verdad que, aunque aflojada, permanece tan viva y fecunda como en otro tiempo, del mismo modo que esta otra verdad de que, para comprender la historia, hay que investigar los vestigios vivos de épocas históricas (es decir, que hay que *viajar*, como viajaba Herodoto é ir por las naciones), porque éstas no son más que *escalones* fijos de *culturas* antiguas en los cuales puede uno *colicarse*; hay que introducirse sobre todo en los pueblos llamados salvajes y semi-salvajes, en que el hombre se ha quitado el traje de europeo ó todavía no se lo ha puesto. Pero hay un arte de viajar todavía má *sutil*, que no exige siempre que se vague de lugar en lugar y que se recorran millares de kilómetros. Es muy probable que podamos encontrar todavía *en nuestra vecindad* los tres últimos siglos de la civilización con todos sus matices y todas sus facetas: solo se trata de *descubrirlas*. En ciertas familias y aun en ciertos individuos las capas se superponen exactamente: además, hay en las rocas fracturas y fragmentos. En los

países remotos, en los valles inaccesibles de las comarcas montañosas, han podido conservarse ejemplos venerables de sentimientos muy antiguos: se trata de encontrar sus vestigios. Por el contrario, es poco probable que en Berlín, *verbigracia*, donde el hombre viene al mundo trasudado y lavado de todo sentimiento, pueden hacerse esos descubrimientos. El que, después de un largo aprendizaje en este arte de viajar, ha acabado por convertirse en un Argos de cien ojos, acabará por poder acompañar á todas partes ó su *Yo* (quiero decir su *ego*) y encontrar en Egipto y en Grecia, en Bizancio y en Roma, en Francia y en Alemania, en la época de los pueblos nómadas y de los pueblos sedentarios, durante el Renacimiento ó la Reforma, en su patria y en el extranjero, y hasta en el fondo del mar, en el bosque, en las plantas y en las montañas, las aventuras de este ego que nace, evoluciona y se transforma. Así, el conocimiento de sí mismo se convierte en conocimiento universal, con respecto á todo lo que es pasado: del mismo modo que, según un encadenamiento de ideas que solo he de indicar aquí, la determinación y la educación de sí mismo, tales como existen en los espíritus más libres, de mirada más amplia, podrían convertirse un día en determinación universal, con respecto á toda la humanidad futura.

224.—*Bálsamo y veneno.*

Nunca se podrá profundizar bastante esta idea: el cristianismo es la religión propia de la antigüedad *envejecida*; necesita como condición primaria, antiguas civilizaciones degeneradas, sobre las cuales obra y sabe obrar como un bálsamo. En las épocas en que los ojos y los oídos están «llenos de basura», hasta el

punto de que no perciben la voz de la razón y de la filosofía, no entienden la sabiduría viviente y personificada, ya lleve el nombre de Epicteto, ya el de Epicuro: la cruz de los mártires y «y la trompeta del juicio final» bastarán tal vez para producir efecto y decidir á esos pueblos á un fin conveniente. Piénsese en la Roma de Juvenal, en ese sapo venenoso con ojos de Venus, y se comprenderá lo que significa alzar una cruz ante «el mundo»; se venerará á la tranquila comunidad cristiana y se le agradecerá el haber invadido el suelo grecoromano. La mayoría de los hombres de esa época nacían con el alma saciada, con los sentidos de un viejo: era, por consiguiente, un beneficio encontrar esos seres que eran más alma que cuerpo y que parecían realizar esa idea griega de las sombras del Hadés: formas tímidas y ridículas, escurridizas y benignas, en expectativa de una «vida mejor», lo que las había hecho tan modestas y les había dado una paciente altivez y un desprecio silencioso. Este cristianismo, considerado como el toque de agonía de la buena antigüedad, sonado por una campana hendida y fatigada, pero de un sonido melodioso; ese cristianismo, aun para el que ahora examina esos siglos desde el punto de vista histórico, es un bálsamo para el oído; ¡qué época! Por el contrario, el cristianismo fué un veneno para los pueblos jóvenes y bárbaros: inculcar, por ejemplo, en las almas de los antiguos germanos, esas almas de héroes, de niños y de bestias, la doctrina del pecado y de la condenación, ¿qué otra cosa es sino envenenarlas? Una formidable fermentación y descomposición química, un desorden de sentimientos y de juicios, una irrupción y una exuberancia de las cosas más peligrosas: tal fué la consecuencia necesaria de todo eso y, más tar-

de, un debilitamiento completo de esos pueblos bárbaros. Sin ese debilitamiento, ¿qué nos quedaría de la cultura griega? ¿Qué de todo el pasado civilizado de la raza humana? Porque los bárbaros á quienes aún no se había inoculado el cristianismo, sabían perfectamente hacer tabla rasa de las antiguas civilizaciones, como lo han demostrado, por ejemplo, con espantosa evidencia, los conquistadores paganos de la Gran Bretaña romanizada. El cristianismo ha debido ayudar, mal de su grado, á hacer inmortal el «mundo» antiguo. Ahora bien; queda en pie una nueva cuestión: sin este debilitamiento por el veneno de que he hablado, uno ú otro de esos pueblos jóvenes, por ejemplo, el alemán, ¿hubiera sido capaz de crearse poco á poco una cultura superior, una cultura nueva que le hubiera sido propia, una cultura de que, por consiguiente, la humanidad no tuviera idea remota? Ocurre en esto lo que en todo; no se sabe, para hablar á la manera cristiana, si Dios debe estar agradecido al diablo ó el diablo agradecido á Dios de que haya pasado esto.

225.—*La fe salva y condena.*

Un cristiano que se extravía en ratiocinios prohibidos podría preguntarse alguna vez: ¿Es necesario que haya realmente un Dios y también un Cordero que quite los pecados del mundo, si la *fe* en la *existencia* de esos seres basta ya para producir el mismo efecto? ¿No son seres *superfluos* en el caso en que verdaderamente existiesen? Porque todo lo que la religión cristiana da al alma humana de bienhechor, que consuela y perfecciona, como la que entristece y destruyó, proviene de esta creencia y no del objeto de esta creencia. Sucede con esto exactamente lo mismo

que con el célebre caso; puede afirmarse que nunca hubo brujas, pero los terribles resultados de la creencia en la brujería han sido los mismos que si realmente hubiera habido brujas. Para todas las ocasiones en que el cristiano espera la intervención de un Dios, pero la espera en vano, porque no hay Dios; su religión tiene bastante inventiva para encontrar subterfugios y razones de tranquilidad; en eso es seguramente una religión llena de ingenio. A decir verdad, la fe todavía no ha conseguido traspasar verdaderas montañas, aunque eso lo afirmase no sé quién; pero sabe colocar montañas donde no las hay.

226.—*Tragicomedia de Ratisbona.*

Se puede observar aquí y allí, con espantosa precisión, la bufonería de la fortuna, que, en pocos días, en un solo punto, hace de los impulsos y de las fantasías de un solo individuo la cuerda en la cual quiere hacer bailar á los siglos venideros. Así, el destino de la historia moderna en Alemania se ha jugado durante las jornadas de la disputa de Ratisbona: el desenlace pacífico en las cosas eclesiásticas y morales, sin guerra de religión y sin contrareforma, parecía asegurado, así como la unidad de la nación alemana. El espíritu profundo y dulce de Contarini cerníase durante un momento victoriosamente sobre las disputas teológicas, dando así un ejemplo de la piedad italiana, esa piedad que llevaba en sus alas la aurora de la libertad intelectual. Pero el cerebro obtuso de Lutero, lleno de sospechas y de temores siniestros, se retrajo: siendo así que la justificación por la gracia había sido su mayor descubrimiento y le parecía como su artículo de fe, no creyó en ese axioma en boca de los italia-

nos: mientras que éstos, como todos saben, lo habían divulgado mucho más pronto y sin ruido á través de toda Italia, Lutero vió en este acuerdo aparente, las artimañas del demonio é impidió la obra de paz, en la medida de sus fuerzas; con lo cual dió gran impulso á las intenciones de los enemigos del Imperio. Ahora bien; para aumentar esta impresión de una farsa espantosa, no hay que olvidar que ninguno de los axiomas que entonces se discutían en Ratisbona tenía visos de realidad, ni el del pecado original, ni el de la salvación por medio de los intercesores, ni el de la justificación por la fe, y que hoy no pueden discutirse. Y sin embargo, á causa de esos artículos de fe, el mando luchó á sangre y fuego. Se combatió, pues, por opiniones que no corresponden á nada concreto ni real; en cambio, pudiera permitirse una controversia á propósito de cuestiones puramente filológicas, por ejemplo, las palabras sacramentales de la santa cena, porque en este caso existe una verdad. Pero donde no hay nada, la misma verdad pierde sus derechos. En resumidas cuentas, no se puede decir otra cosa sino que entonces han brotado *manantiales de fuerzas*, tan rebosantes, que sin ellos todos los molinos del mundo moderno se hubieran movido con menor rapidez. Y, ante todo, lo que importa es la fuerza, y después, sólo después, la verdad, pero muy después, ¿no es eso, mis queridos hombres de hoy?

227.—*Errores de Goethe.*

Goethe es la mayor excepción entre los grandes artistas, porque no vivió *en el círculo limitado de sus medios verdaderos*, como si éstos debiesen ser para él mismo y para el mundo entero lo que hay de esencial

y distintivo, de absoluto y de supremo. Creyó dos veces poseer algo superior á lo que realmente poseía, y las dos veces se engañó. Se engañó en la *segunda* parte de su vida, cuando parecía estar muy penetrado de la convicción de ser uno de los mayores reveladores *científicos*. Y ya en la *primera* parte de su vida quiso exigir de sí mismo algo superior á lo que le parecía ser la poesía; y éste ya fué un error. Se imaginó que la naturaleza había querido hacer de él un artista *plástico*. Ese fué su gran secreto íntimo y ardiente que le indujo por fin á partir para Italia, donde quiso realizar esa ilusión y hacer por ella todos los sacrificios. Por fin se dió cuenta, él, que era el hombre reflexivo, francamente enemigo de todos los falsos espejismos, que el duende engañador de un mal deseo era el que le había sugerido la creencia en esta vocación, que le era necesario desprenderse y *despedirse* de la mayor pasión de su voluntad. La convicción dolorosa de que era necesario *despedirse*, está perfectamente expresada por el estado de alma de Tasso: sobre ese «Werther más intenso», ciérrase el presentimiento de algo peor que la muerte, como si alguien dijese: «Esto ha terminado ahora..., después de este adiós, ¡cómo se podría continuar viviendo sin volverse loco!» Estos dos errores fundamentales de su vida dieron á Goethe, en frente de una consideración puramente literaria de la poesía, tal como el mundo la conocía entonces, una actitud tan libre de toda prevención y tan arbitraria. Excepto en la época en que Schiller (el pobre Schiller, que no tenía tiempo y no dejaba tiempo) le hizo salir de esta feroz abstinencia ante la poesía, de este temor hacia todo espíritu y hacia todo oficio literario, Goethe parecía un griego que visita de cuando en cuando á su amante, sin sa-

ber, á punto fijo, si es una diosa á quien no sabe dar su nombre verdadero. Toda su obra poética se resiente de este desfloramiento íntimo de la naturaleza; los rasgos de sus fantasmas que se agitaban ante sus ojos (y acaso creyó siempre estar pisando las huellas de las metaformosis de una diosa), convirtiéronse, involuntariamente para él, en los rasgos de todos los hijos de su arte. Sin *el rodeo del error* no hubiera llegado á ser Goethe: es decir, el único alemán artista de la palabra que aún no ha envejecido; porque por oficio no quería ser ni escritor ni alemán.

228.—*Los viajeros y sus grados.*

Hay que distinguir cinco grados entre los viajeros: los del primer grado, que es el grado inferior, son los viajeros que *se ven* (á decir verdad, *se les hace viajar* y son ciegos en cierto modo); los siguientes, son los que miran verdaderamente el mundo; en el tercer grado, le *ocurre* algo al viajero á consecuencia de sus observaciones; en el cuarto, los viajeros retienen lo que han vivido, y continúan llevándolo en sí; y, por último, hay algunos hombres de una fuerza superior que, necesariamente, acaban por sacar á luz lo que han visto, después de haberlo vivido y de habérselo asimilado; entonces reviven sus viajes en obras y en acciones, cuando han vuelto á su casa. Semejantes á esas cinco categorías de viajeros, todos los hombres atraviesan la gran peregrinación de la vida; los inferiores, de una manera puramente pasiva; los superiores, como hombres de acción que saben vivir todo lo que les sucede, sin guardar en sí un excedente de acontecimientos interiores.

229.—*Al subir más arriba.*

Desde el momento en que se sube más arriba que los que os han admirado hasta entonces, éstos os tienen por caído y fracasado, porque se imaginaban estar á la altura de todas las circunstancias.

230.—*Medida y medio.*

Vale más no hablar nunca de dos cosas muy superiores: la medida y el medio. Solo unos cuantos conocen la fuerza y saben reconocer sus indicios en los senderos misteriosos de los acontecimientos y de las evoluciones interiores: veneran en ellas algo divino y temen hablar en voz muy alta. Los demás hombres apenas escuchan cuando se hace alusión á eso, y se figuran que se trata del tedio y de la mediocridad. Exceptúanse, quizá, los que han percibido un murmullo que viene de ese reino, pero que se han tapado los oídos para no oirlo. El recuerdo de eso les enfada y les irrita.

231.—*Humanidad en la amistad y en el magisterio.*

«Si tú escoges la izquierda, yo tomaré la derecha; si tú tomas la derecha, yo iré por la izquierda.» Ese sentimiento es el signo superior de la humanidad en sus relaciones íntimas; donde él no existe, toda clase de amistad, toda veneración de discípulo y de pupilo, acaban por convertirse en hipocresía.

232.—*Las profundidades.*

Los hombres de pensamientos profundos, en sus relaciones con los demás hombres, dan siempre la impresión de cómico, porque se ven obligados, para ser comprendidos, á simular una superficie.

233.—*Para los que desprecian «la humanidad de rebaño».*

El que considera á la humanidad como un rebaño, y huye ante ella, en cuanto pueda será atacado por ese rebaño, que le dará cornadas.

234.—*Principal defecto para con los vanidosos.*

El que en sociedad da á otro ocasión de exhibir favorablemente su ciencia y su experiencia, se pone por encima de él, y, en el caso en que el otro no reconozca absolutamente su superioridad, comete un atentado contra su vanidad creyendo satisfacerla.

235.—*Decepción.*

Cuando una vida bien vivida y una gran actividad que se ha manifestado por medio de discursos y escritos dan á una persona un testimonio público, se siente uno, por lo general, desilusionado en sus relaciones con esta persona, por dos razones: primera, porque se espera demasiado de relaciones que se extienden á un lapso de tiempo muy corto (y que sólo podrían hacer visible mil relaciones de la vida); segunda, porque aquel cuyo talento se reconoce no se toma la molestia de hacerse apreciar detalladamente. Es demasiado perezoso; y nosotros somos demasiado impacientes.

236.—*Dos causas de la bondad.*

Tratar á todos los hombres con una benevolencia igual y prodigar la bondad sin distinción de personas: eso puede ser lo mismo la expresión de un profundo desprecio de los hombres, que la expresión de un sincero amor hacia ellos.

237.—*El viajero de la montaña se habla á sí mismo.*

Hay indicios ciertos en los que reconoces que has andado camino y que has subido más arriba; el espacio es ahora más libre alrededor de ti, y tu vista abarca un horizonte más vasto que el que veías antes; el aire es más puro, pero también más dulce (porque no tienes la insensatez de confundir la dulzura y el calor); tu marcha es más presurosa y más firme; el valor y la circunspección se han unido; por todas estas razones tu camino tal vez será ahora más solitario, y seguramente más peligroso de lo que ha sido hasta ahora; pero no será tanto como imaginan los que te han visto subir, ¡oh viajero!, desde el valle brumoso hasta la montaña.

238.—*Excepto el prójimo.*

Es evidente que sólo en mi propio cuello no se tiene bien mi cabeza, porque me doy cuenta de que todos los demás saben mejor que yo lo que debo hacer y lo que no debo hacer: ¡pobre hombre, no sé darme consejos á mí mismo! ¿No somos todos semejantes á estatuas á las cuales se les han puesto cabezas que no les pertenecían? ¿No es eso, querido prójimo? Pero no; tú sólo haces excepción.

239.—*Precaución.*

No hay que frecuentar á esos hombres que no tienen respeto hacia lo que os es personal, ó bien ponerles despiadadamente los grilletos de la conveniencia.

240.—*Querer parecer vanidoso.*

No querer expresar más que pensamientos escogidos; no hablar, en la conversación, con desconocidos

ó con amigos superficiales, es prueba de que no se es altivo, ó, al menos, de que no se quisiera aparentar que se es. La vanidad es el disfraz de cortesía de la altivez.

241.—*La buena amistad.*

La amistad nace cuando se tiene á otro en gran estima, mayor que la estima que se tiene de sí; cuando además se le ama, pero menos que á sí mismo; y cuando, por último, para facilitar las relaciones se trata de agregarles un *tinte* de intimidad, precaviéndose con cordura de la intimidad verdadera y de la confusión del yo y del tú.

242.—*Los amigos como fantasmas.*

Cuando nos transformamos radicalmente, nuestros amigos, los que no se transformaron, conviértense en los fantasmas de nuestro propio pasado; su voz resuena en nosotros como si viniese de la región de las sombras; como si nos oyésemos á nosotros mismos, más jóvenes, más duros y menos experimentados.

243.—*Un ojo y dos miradas.*

Las mismas personas que poseen por su naturaleza esa mirada que atrae el favor y la protección, poseen también, generalmente, á consecuencia de sus humillaciones frecuentes y de sus sentimientos de odio, una mirada desvergonzada.

244.—*La lejanía azul.*

Ser niño toda la vida: ¡qué conmovedor parece estol Pero no es más que un juicio á distancia, visto más de cerca, y vivido es siempre: ser pueril toda su vida.

245.—*Ventaja y desventaja en la misma equivocación.*

La dificultad muda de un espíritu distinguido se interpreta, generalmente, por parte de los espíritus vulgares, como muestra de superioridad que se calla, sentimiento que se teme mucho; siendo así que, si se comprendiese que había alguna dificultad, se sentiría compasión.

246.—*El sabio que se hace pasar por loco.*

La filantropía del sabio le induce algunas veces á *parecer* conmovido, molestado, regocijado, para no asombrar á sus prójimos con la frialdad y la circunspección de su *verdadera* naturaleza.

247.—*Atención forzada.*

En cuanto observamos que, en sus conversaciones con nosotros, alguien se ve obligado á *forzarse* para prestarnos atención, tenemos una prueba cierta de que no nos amó ó de que no nos ama ya.

248.—*El camino que conduce á una virtud cristiana.*

Aprender algo de sus enemigos es el mejor modo de llegar á amarlos; porque eso nos predispone á la gratitud hacia ellos.

249.—*Ardid de guerra del importuno.*

El importuno nos devuelve en una pieza de oro la moneda de nuestra pieza convencional. Con eso quiere forzarnos á excusar nuestras formas convencionales, como un error, y á tratarlo como excepción.

250.—*Motivo de la aversión.*

Nos enfadamos contra un artista ó un escritor, no porque nos damos cuenta al fin de que nos ha enga-

fiado, sino porque no ha empleado medios bastante sutiles para burlarse de nosotros.

251.—*Al separarse.*

No es en la manera de aproximarse un alma á otra, sino en la manera de separarse, como reconozco el parentesco y la homogeneidad con esta otra.

252.—*¡Silencio!*

No hay que hablar de sus amigos; de lo contrario, se hace traición por palabras al sentimiento de la amistad.

253.—*Descortesía.*

La descortesía es muchas veces indicio de una modestia torpe, que se asusta cuando se la sorprende, y trata de ocultarlo por medio de la grosería.

254.—*La franqueza que se equivoca.*

Algunas veces, nuestros nuevos conocimientos son los que aprenden primero lo que durante mucho tiempo nos hemos reservado; creemos, injustamente, que esta prueba de confianza que les damos, es el vínculo más fuerte con el cual podamos ligarlos. Pero no les hemos dicho bastante para que experimenten un sentimiento muy vivo del sacrificio que les hacemos con nuestras confidencias, y revelan nuestros secretos á otros sin pensar en la traición, lo que nos hará tal vez perder nuestras convicciones más antiguas.

255.—*En la antecámara del favor.*

Todos los hombres á quienes hemos hecho esperar en la antecámara de nuestro favor, se ponen á fermentar ó se agrian.

256.—*Advertencias á los despreciados.*

Cuando uno se ha rebajado, con toda evidencia, en la estima de los hombres, hay que tener, con acerba firmeza, moderación en las relaciones; de lo contrario, se deja adivinar á los demás que también se ha rebajado uno en su propia estima. El cinismo en sus relaciones deja adivinar que, en la soledad, el hombre se trata á sí mismo como á un perro.

257.—*Ciertas ignorancias ennoblecen.*

Para merecer la consideración de los que pueden tributarla, es á veces ventajoso no comprender ciertas cosas, de manera que se note que no comprendéis. La ignorancia también da privilegios.

258.—*El adversario de la gracia.*

El hombre intolerante y orgulloso no ama la gracia, y ésta le hace el efecto de una censura viva y visible; porque es la tolerancia del corazón en los gestos y en las actitudes.

259.—*Al volverse á ver.*

Cuando dos amigos antiguos se vuelven á ver después de una larga separación, ocurre á menudo que parecen tomar interés en cosas que se les han hecho indiferentes por completo; á veces ambos se dan cuenta de ello, y no osan alzar el velo, á causa de una duda algo triste. Así, algunas conversaciones parecen celebrarse en el reino de los muertos.

260.—*No hay que hacerse amigos sino entre las personas que trabajan.*

El hombre haragán es peligroso para sus amigos; porque, no teniendo nada que hacer, habla de lo que

hacen y no hacen sus amigos, se mete en los asuntos de otros y se hace importuno: por eso hay que tener la precaución de no unirse sino con las personas que trabajan.

261.—*Un arma puede valer el doble de dos armas.*

Hay lucha desigual cuando uno defiende una causa con la cabeza y con el corazón y el otro no la defiende más que con la cabeza: el primero tiene, en cierto modo, contra sí el sol y el viento, y sus dos armas estánse recíprocamente, pierden su valor á los ojos de la *verdad*. Es cierto que, por el contrario, la victoria del segundo, con su sola arma, rara vez es una victoria á juicio de *todos los demás* espectadores y le hace impopular.

262.—*La profundidad y el agua turbia.*

El público confunde fácilmente al que pesca en agua turbia con el que bebe en las profundidades.

263.—*Demostrar su vanidad entre los amigos y los enemigos.*

Algunos hombres llegan á maltratar á sus amigos por vanidad, cuando hay testigos á quienes quieren demostrar su superioridad. Otros exageran el valor de sus enemigos para dar á entender con orgullo que son dignos de esos enemigos.

264.—*Refrescamiento.*

El corazón enardecido va unido, por lo general, á una enfermedad de la cabeza y del juicio. El que conserva por cierto tiempo la salud del juicio, debe, pues, saber lo que hay que refrescar; ¡sin cuidarse del por-

venir de su corazón!... Porque, por poco que sea capaz de enardecer, se acabará por recobrar el calor y por tener su verano.

265.—*Sentimientos mixtificados.*

Respecto de la ciencia, las mujeres y los artistas egoistas sienten algo que está compuesto de envidia y de sentimentalismo.

266.—*Cuándo es mayor el peligro.*

Rara vez se rompe una pierna mientras uno se educa penosamente en la vida; pero el peligro es mayor cuando se comienza á tomar las cosas por su lado fácil y á escoger los caminos agradables.

267.—*No muy pronto.*

Hay que tener cuidado en no espabilarse muy pronto, porque al mismo tiempo se arriesga uno á debilitarse muy pronto.

268.—*El placer que causan los que respingan.*

El buen educador conoce casos en que puede enorgullecerse ver á sus discípulos *resistirle* para permanecer fieles á sí mismos: cuando el joven no debe comprender al hombre ó cuando se perjudicaría á sí mismo si lo comprendiese.

269.—*Tentativa de la honradez.*

Los jóvenes que quieren hacerse más honrados de lo que son, escogen por víctima á alguien notoriamente honrado, á quien comienzan por atacar tratando á fuerza de injurias de elevarse á la altura de éste, con el pensamiento preconcebido de que esta primera ten-

tativa no tendría peligro; porque su víctima no castigará seguramente su desvergüenza.

270.—*El eterno niño.*

Creemos que los cuentos y los juegos pertenecen á la infancia. ¡Qué vista tan corta tenemos!... ¿Cómo podríamos vivir, en cualquier edad de la vida, sin cuentos y sin juegos? Es cierto que damos otros nombres á todo eso y que lo consideramos de otro modo, pero eso es precisamente una prueba de que es la misma cosa: porque el niño también considera su juego como un trabajo y el cuento como la verdad. La brevedad de la vida debiera guardarnos de la separación pedante de las edades (como si cada edad aportase algo nuevo) y sería cuestión de un poeta revelarnos una vez al hombre que, á los doscientos años de edad, viviera sin cuentos y sin juegos.

271.—*Toda filosofía es la filosofía de una época particular.*

La edad de la vida en que un filósofo ha encontrado su doctrina se reconoce en su obra. No puede impedir eso, aunque se imagine cernerse por encima del tiempo y de la hora. Así, la filosofía de Schopenhauer queda como la imagen de la *juventud* ardiente y melancólica, no es una concepción para hombres de más edad; así, la filosofía de Platón recuerda los treinta años, época en que una corriente fría y una corriente cálida chocan con impetuosidad, levantando polvo y nubes, pero haciendo surgir en circunstancias favorables, cuando da el sol, un arco iris encantador.

272.—*Del espíritu de las mujeres.*

La fuerza intelectual de una mujer parece demostrada cuando, por amor á un hombre y á su espíritu, sacrifica su espíritu propio, y cuando, en este nuevo dominio, primitivamente extraño á su naturaleza, donde la impulsa la tendencia de espíritu de su marido, le nace *inmediatamente un segundo espíritu.*

273.—*Elevación y rebajamiento en el dominio sexual.*

La tempestad del deseo eleva algunas veces al hombre á una altura en que todo deseo enmudece: es cuando *ama* verdaderamente y cuando vive más bien de una existencia mejor que de una voluntad mejor. Y, por otra parte, una mujer buena se rebaja algunas veces hasta el deseo por amor verdadero, y llega hasta á *rebajarse* ante sí misma. Este último caso forma parte de las cosas más conmovedoras que la idea de un buen matrimonio puede traer consigo.

274.—*La mujer cumple, el hombre promete.*

Por la mujer, la naturaleza revela lo que ha llegado á cumplir hasta ahora en su trabajo con la estatua humana; por el hombre, revela lo que tenía que dominar en ese trabajo, pero también lo que *se propone* hacer todavía con el ser humano. La mujer perfecta de todos los tiempos representa la ociosidad del Hacedor en el séptimo día de la creación, el reposo del artista en su obra.

275.—*Transplantación.*

Cuando uno ha empleado su espíritu en vencer lo que las pasiones tienen de desmesurado, se llega algu-

nas veces á un resultado molesto: se transporta al espíritu la falta de moderación, y se exaltan el pensamiento y el conocimiento.

276.—*Risa reveladora.*

Cuándo y cómo una mujer ríe, es el indicio de su educación; pero su naturaleza se revela en el timbre de su risa; en las mujeres muy cultas se ve acaso en eso el último vestigio inextricable de su naturaleza. Por eso el que estudia á los hombres dirá como Horacio, pero por una razón diferente: *ridete, puellae.*

277.—*Del alma del joven.*

Los jóvenes cambian en sus relaciones con una sola é idéntica persona, y van de la abnegación á la desvergüenza: porque en los demás no estiman ni desprecian en el fondo más que á sí mismos, y, respecto de sí mismos, oscilan de un sentimiento á otro, hasta que la experiencia les haya hecho encontrar el justo medio en su querer y en su poder.

278.—*Para hacer el mundo mejor.*

Si se prohibiese la reproducción á los descontentos, á los biliosos y á los espíritus melancólicos, veríamos transformarse el mundo, como por arte mágica, en un jardín de felicidad. Este axioma forma parte de una filosofía práctica para el sexo femenino.

279.—*No desconfiar de los sentimientos.*

El precepto, muy femenino, de que no hay que desconfiar de sus sentimientos, no significa otra cosa que esto: hay que comer lo que gusta. Pero las otras naturalezas debieran vivir según otra regla: «No hay

que comer sólo con la boca, sino también con la cabeza; de lo contrario, la glotonería de tu boca te hará perecer.»

280.—*Cruel invención del amor.*

Todo gran amor hace nacer la idea cruel de destruir el objeto de este amor, para sustraerlo de una vez al juego sacrílego del cambio: porque el amor teme el cambio más que la destrucción.

281.—*Puertas.*

El niño, lo mismo que el hombre, ve en todo lo que le sucede, en todo lo que aprende, puertas; pero para el hombre son puertas de *acceso*, y para el niño puertas de paso.

282.—*Mujeres compasivas.*

La compasión verbosa de las mujeres pone el lecho del enfermo en la plaza pública.

283.—*Méritos precoces.*

El que, muy joven, adquiere ya méritos y olvida el temor de la vejez y de lo que es antiguo, y se excluye así, con gran desventaja suya, de la sociedad de las personas maduras, que procura la madurez de espíritu; lo que hace que, á pesar de sus méritos, siga siendo siempre, por mucho más tiempo que los demás, malogrado, importuno y pueril.

284.—*Almas hechas de una pieza.*

Las mujeres y los artistas se imaginan que, cuando no se les contradice, no es uno capaz de hacerlo; la admiración en diez puntos diferentes y la censura en

otros diez, les parecen imposibles al mismo tiempo porque su alma está hecha de una sola pieza.

285.—*Talentos jóvenes.*

Por lo que respecta á los talentos jóvenes, hay que proceder rigurosamente con arreglo á la máxima de Goethe, el cual opina que muchas veces no está permitido poner obstáculos al error, para no poner obstáculos á la verdad. Su estado se asemeja al de la preñez, y trae consigo deseos extraños: debieran satisfacerse esos deseos como se pueda y tenerlos en cuenta, á causa del fruto que se espera de ellos. Pero, siendo el enfermero de este enfermo singular, hay que aprender el arte difícil de la humillación de sí mismo.

286.—*Disgusto de la verdad.*

Lo propio de la mujer es sentir disgusto frente á todas las verdades (en lo que atañe al hombre, al amor, al niño, á la sociedad, al fin de la vida), y tratar de vengarse de todos los que le abren los ojos.

287.—*El origen del gran amor.*

¿De dónde pueden nacer las pasiones repentinas de un hombre por una mujer, las pasiones profundas é íntimas? Se deben á la sensibilidad menos que á ninguna otra cosa; pero cuando el hombre encuentra en su ser debilidad á la vez que vacuidad y petulancia, pasa algo en él, como si su alma quisiera desbordarse; se siente al mismo tiempo emocionado y ofendido. De este punto sensible brota el manantial del gran amor.

288.—*Limpieza.*

Hay que desarrollar en los niños el sentido de la limpieza, hasta convertirlo en pasión; ese sentido se

eleva más tarde, por transformaciones siempre nuevas, para igualar á casi todas las virtudes, y acaba por parecer una compensación de toda clase de talentos, como una envoltura luminosa de pureza, de moderación, de dulzura, de energía; creando en él la felicidad y esparciéndola á su alrededor.

289.—*Viejos vanidosos.*

La profundidad pertenece á la juventud, la nitidez de espíritu á la edad avanzada; si, á pesar de eso, los viejos hablan y escriben algunas veces como hombres profundos, obran así por vanidad, creyendo de esta suerte revestir el encanto de la juventud, de la exaltación, de lo que hay en su evolución, aun llena de presentimientos y de esperanzas.

290.—*Utilización de lo nuevo.*

Los hombres utilizarán en lo sucesivo lo que han aprendido y vivido de nuevo, como se sirven de la reja del arado tal vez como de un arma: pero las mujeres se arreglarán inmediatamente con ello un adorno.

291.—*Tener razón ante los dos sexos.*

Si se conviene con una mujer en que tiene razón, ésta no puede menos de poner triunfalmente el talón en la nuca del que lo ha cometido; es preciso que saboree su victoria hasta el fin; mientras que, de hombre á hombre, se averguenza uno generalmente, en un caso así, de tener razón. Es que en el hombre, la victoria es la regla y en la mujer es una excepción.

292.—*Renunciamiento al deseo de ser bella.*

Para que una mujer llegue á ser bella, no debe querer pasar por bonita: es decir, que en noventa y

nueve casos en que pudiera agradar, debe desdeñarse é impedirse de agradar para recoger una sola vez el frenesí de aquel cuya alma es bastante grande para acoger lo que es grande.

293.—*Incomprensible, insoportable.*

Un joven no puede comprender que uno de más edad que él le haya superado por sus frenesís, sus auroras de sentimientos, sus fantasías y sus elevaciones: se ofende ante la sola idea de que todo esto ha podido existir dos veces; pero nunca toma una actitud completamente hostil cual se le dice que no se puede llegar á ser fecundo sino á condición de perder esas flores y de prescindir de sus perfumes.

294.—*El partido que toma la actitud de víctima.*

Todo partido que sabe darse aire de víctima atrae hacia sí á las personas benévolas y adquiere parte de benevolencia, con gran ventaja suya.

295.—*Afirmar vale más que demostrar.*

Una afirmación tiene más peso que un argumento, al menos en la mayoría de los hombres; porque el argumento despierta la desconfianza. Por eso los oradores populares tratan de apoyar los argumentos de sus partidos con afirmaciones.

296.—*Los mejores encubridores.*

Todos los que se han habituado al éxito tienen gran astucia para presentar siempre sus defectos y sus debilidades como fuerza aparente: de donde resulta que conocen éstas muy bien y que saben servirse de ellos.

297.—*De cuando en cuando.*

Se sentó á la puerta de la ciudad y dijo á uno que pasaba, que aquella era la puerta de la ciudad. Este le respondió que, aunque dijese la verdad, no se debía tener razón muy á menudo si se quería recoger agradecimiento. ¡Oh! se puso á decir, yo no quiero gratitud, pero, de cuando en cuando, es muy agradable no sólo tener razón, sino también guardar razón.

298.—*La virtud no ha sido inventada por los alemanes.*

La nobleza y la ausencia de envidia en Goethe, la resignación altiva y solitaria en Beethoven, la suavidad y la gracia de corazón en Mozart, la virilidad y la libertad bajo la ley en Hændel, la vida interior, confiada y transfigurada, que no necesita siquiera renunciar á la gloria y al éxito en Bach, ¿son esas cualidades *alemanas*? Y si no es así, reveladnos al menos á qué deben aspirar los alemanes y lo que deben conseguir.

299.—*Pia fraus ú otra cosa.*

Tal vez me engañaré; pero paréceme que en la Alemania actual una doble hipocresía ha venido á ser para cada uno el deber del momento: se exige el germanismo en interés de la política del imperio, y el cristianismo por temor social; pero ambos solamente se exigen en las palabras y en las actitudes, y, sobre todo, en la facultad de poder callarse. El *baño* es lo que ahora cuesta tan caro, lo que se paga á tan elevado precio; á causa de los *espectadores* es por lo que la nación hace que su rostro tome pliegues germano-cristianizantes.

300.—*En las cosas buenas la mitad vale más que el todo.*

En todas las cosas que se organizan para la duración, y que exigen siempre el servicio de muchas personas, hay que presentar como regla lo que algunas veces es *menos bueno*, aunque el organizador conozca muy bien lo que es mejor (y más difícil); pero se fundará en el hecho de que jamás las personas que *puedan* corresponder á la regla deberán faltar, y sabe que el término medio de fuerzas representa la regla. Esto es lo que rara vez tiene en cuenta un joven que está seguro de estar en lo cierto cuando se afirma innovador y se asombra de la extraña ceguedad de los demás.

301.—*El hombre de partido.*

El verdadero hombre de partido no aprende nada, no hace más que experimentar y juzgar; mientras que Solón, que nunca fué hombre de partido, sino que persiguió su fin por encima de los partidos y hasta contra ellos, fué el autor (y eso es significativo) de esta simple frase que encubre toda la salud inagotable de Atenas: «Me hago viejo, pero continúo aprendiendo.»

302.—*Lo que es alemán según Goethe.*

Son verdaderamente insoportables y ni siquiera se puede aceptar lo que tienen de bueno los que poseen la *libertad de sentimiento* y no observan que les falta la *independencia del gusto y del espíritu*. Según el juicio meditado de Goethe, eso precisamente es *alemán*. Su palabra y su ejemplo demuestran que el alemán *debe ser* más que un alemán, para ser útil ó por lo

menos soportable á las demás naciones; é indica *en qué dirección* debe aspirar á superarse y á salir de sí mismo.

303.—*Cuándo hay que detenerse.*

Cuando las masas comienzan á combatirse con furia y la razón se oscurece, está bien, en el caso en que no esté uno del todo seguro de la salud de su alma, guarecerse en una puerta cochera y acechar.

304.—*Revolucionarios y propietarios.*

El único remedio contra el socialismo que está en vuestras manos, no es lanzarle provocaciones; es decir, vivir nosotros mismos modesta y soberbiamente, impedir, en cuanto os lo permitan vuestros medios, toda exhibición de opulencia, y ayudar al Estado cuando quiere gravar con pesados tributos todo lo que es de lujo y superfluo. ¿No queréis emplear este medio? Entonces vosotros, ricos burgueses, que os llamáis «liberales», confesaoslo á vosotros mismos; vuestro propio sentimiento es lo que os parece terrible y amenazador, en los socialistas, pero en vuestro propio corazón le concedéis un puesto indispensable, como si no fuese lo mismo. Si no tuvieseis vuestra fortuna y el cuidado de su conservación, ese sentimiento os haría semejantes á los socialistas: sólo la propiedad crea la diferencia entre vosotros y ellos. Primero es necesario vencerlos á vosotros mismos si queréis triunfar, de cualquier manera que sea, de los adversarios de vuestra comodidad. ¡Si, al menos, esta comodidad correspondiese á un bienestar verdadero! Sería menos exterior y provocaría menos la envidia; tendría más benevolencia, más cuidado de la equidad y sería más

estable. Pero lo que hay de falso y cómico en vuestra alegría de vivir, que proviene más bien de un sentimiento de contraste (con otros que no tienen esta alegría de vivir y que os la envidian) que de cierta plenitud de fuerza y de superioridad,—las exigencias de vuestras habitaciones, vuestros vestidos, vuestros mobiliarios, vuestros almacenes, las necesidades de la boca y de la masa, vuestros entusiasmos ruidosos para el concierto y la ópera, y por último, vuestras mujeres, formadas y moderadas, pero de un vil metal, doradas, pero sin dar el sonido del oro, escogidas por vosotros para exhibirlas, dándose ellas mismas como cosa de exhibición:—esos son los propagadores envenenados de esa enfermedad del pueblo, que, en forma de virus socialista, se propaga ahora entre las masas, con una rapidez siempre mayor, y que ha tenido en vosotros su primer asiento y su primer foco de incubación. Y ¿quién sería capaz de detener esta peste?

305.—*Táctica de los partidos.*

Cuando un partido nota que alguno de sus miembros, después de haber sido un adherente absoluto, se ha convertido en un adherente condicional, tolera tan mal ese cambio, que intenta, por toda clase de humillaciones y de provocaciones, producir su defección completa y hacer de él un adversario: porque sospecha que la intención de ver en su doctrina algo que es de un valor relativo, autorizando el pro y el contra, el examen y la elección, es más peligrosa para él que una oposición radical.

306.—*Para fortificar los partidos.*

El que quiere fortificar los cimientos interiores de un partido, le proporciona la ocasión de hacerse tra-

tar con una injusticia manifiesta: eso le hace acumular un capital de buena conciencia que le faltaba quizá hasta ahora.

307.—*Cuidar de su pasado.*

Ya que los hombres no veneran, al fin y al cabo, sino lo que existe desde hace mucho tiempo y lo que se ha formado lentamente, el que quiera continuar viviendo después de su muerte, no sólo debe cuidarse de sus descendientes, sino también de *su pasado*: por eso los tiranos de todas clases (los artistas y los políticos tiránicos también) gustan de hacer violencia á la historia, para que ésta parezca una preparación y una escala que lleven hasta ellos.

308.—*Escritores de partido.*

Los golpes de timbal con que los escritores jóvenes se ponen al servicio de un partido, se asemejan, para el que no pertenece al partido, á un crujir de cadenas y despiertan más bien la compasión que la admiración.

309.—*Tomar partido contra sí mismo.*

Nuestros adictos no nos perdonan nunca cuando tomamos partido contra nosotros mismos, porque, á su juicio, eso no sólo es rechazar su amor, sino también desnudar su razón.

310.—*Peligro en la riqueza.*

Sólo debiera *poseer* el que tiene *talento*; de lo contrario, la fortuna es un *peligro público*. Porque el que posee, cuando no sabe utilizar los ocios que le da la fortuna, continuará siempre queriendo adquirir bie-

nes; esta aspiración será su entretenimiento: su ardid de guerra en la lucha con el tedio. Así, la modesta comodidad, que bastaría para el hombre intelectual, se transforma en verdadera riqueza, resultado engañoso de dependencias intelectuales. Sin embargo, el rico *aparenta* lo contrario de lo que pudiera hacerle esperar su origen miserable, porque puede ponerse el disfraz de la cultura y del arte; puede *comprar* ese disfraz. Por eso despierta la envidia de los más pobres y de los iliteratos (que siempre envidian, al fin y al cabo, y que no ven que ésta es un disfraz), y prepara así, poco á poco, un trastorno social; porque la brutalidad bajo una capa de lujo, la jactanciosidad de cómico, por la cual el rico hace exhibición de sus «goces de civilizado», evocan en el pobre la idea de que «solo importa el dinero»; siendo así que, en realidad, el dinero importa *algo*; el talento *importa mucho más*.

311.—*El placer de mandar y de obedecer.*

Mandar causa tanto placer como obedecer; lo primero cuando aún no se tiene por costumbre; lo segundo, cuando se tiene. Los antiguos servidores y los nuevos dueños se animan recíprocamente á causar placer.

312.—*Ambición de la venganza.*

Hay una ambición de la venganza que impulsa á un partido á aventurarse en un peligro extremo.

313.—*La necesidad del asno.*

No se inducirá á la multitud á clamar *hosanna* mientras no se entre en la ciudad á horcajadas sobre un asno.

314.—*Costumbres de partido.*

Cada partido intenta presentar como insignificantes las cosas importantes que se han hecho fuera de él; pero, si no lo consigue, atacará con tanta más acerbidad lo que sea más perfecto.

315.—*Vaciarse.*

A medida que alguno se abandona á los acontecimientos disminuye cada vez más. Por eso los grandes políticos pueden llegar á ser hombres completamente vacíos, siendo así que en otro tiempo eran ricos y fecundos en talento.

316.—*Enemigos deseados.*

Para los gobiernos dinásticos las corrientes socialistas son útiles más bien que inspiran el terror, porque dan á éstos el *derecho* de recurrir á medidas de excepción y les ponen entre las manos una espada para herir á los partidos que son su pesadilla, á los demócratas y á los adversarios de la dinastía. Todo lo que esos gobiernos odian públicamente les es secretamente simpáticos; vense obligados á ocultar su alma.

317.—*La propiedad posee.*

Sólo hasta cierto punto hace la propiedad al hombre más independiente y la más libre; un escalafón de más, y la propiedad se convierte en el amo, y el propietario en el esclavo; desde entonces ha de sacrificar su tiempo y su reflexión para entablar relaciones, fijarse en un lugar, incorporarse á un Estado; todo eso tal vez, en pugna con sus necesidades íntimas y esenciales.

318.—*De la dominación de las competencias.*

Es fácil, ridículamente fácil, elaborar un modelo para la elección de un cuerpo legislativo. Habría que poner aparte, primero, en un país, los hombres leales y dignos de confianza que fuesen, al mismo tiempo, peritos ó inteligentes en ciertas cosas y reconociesen recíprocamente sus capacidades; en esta asamblea habría que hacer una elección más restringida que determinase las especialidades y las competencias de primer orden; esta elección se haría por el aprecio y la garantía mutua. El cuerpo legislativo así formado, sólo los votos y los juicios de cada hombre especialmente competente debieran decidir en cada caso particular, y la honorabilidad de *todos* los demás debiera ser bastante grande para que la simple conveniencia les haga abandonar á éstos el voto; de suerte que, en el sentido estricto, la ley nacería de la razón de los más razonables. Ahora son los partidos los que votan; y, á cada voto, debe haber centenares de conciencias vergonzosas; todas las de los hombres mal informados, incapaces de juicios, que obran por imitación, á quienes se arrastra á un lado y á otro. Nada rebaja tanto la dignidad de una ley nueva como la vergüenza forzada de esa falta de probidad, á la cual obliga todo voto por partidos. Pero, como ya he dicho, es fácil, ridículamente fácil elaborar semejante construcción; no hay potencia bastante fuerte en la tierra para realizarla de un modo mejor, á menos que la creencia en la utilidad superior *de la ciencia y de los sabios* se haga evidente, aun para el más malévolo, y se prefiera esta creencia á la fe en el número. En el sentido de este porvenir debemos decir: «¡Fue-

ra el respeto hacia el hombre competente! ¡Abajo los partidos!»

319.—*El «pueblo de los pensadores» (el de malos pensadores).*

Lo indefinido, lo indeterminado, lo misterioso y lo elemental, lo intuitivo (para dar nombres vagos á cosas vagas) que se dicen ser las cualidades del carácter alemán, serían, si esas cualidades existiesen efectivamente todavía, la prueba de que la civilización alemana ha quedado muy á la zaga y respira todavía la atmósfera de la Edad Media. Es cierto que un retardo así tendría también ventajas; con las cualidades indicadas (entiéndase bien, en caso de que todavía las poseyesen), los alemanes serían aptos para ciertas cosas, y, sobre todo, aptos para comprender ciertas cosas, para las cuales otras naciones han perdido todas sus facultades. Y es cierto que cuando *la falta de razón* (es decir, lo que es común á todas estas cualidades) se pierde, se pierden muchas cosas; pero no hay pérdida sin que haya grandes ventajas contrarias, de suerte que falte toda razón para quejarse, admitiendo que no se quiera obrar como hacen los niños y los golosos: gozar simultáneamente de los frutos de todas las estaciones.

320.—*Llevar buhos á Atenas.*

Los gobiernos de los grandes Estados tienen en su mano dos medios para mantener en sujeción al pueblo, para hacerse temer y obedecer: un medio más grosero, el ejército; uno más útil, la escuela. Con ayuda del primero atraen hacia sí la *ambición* de las clases superiores y la *fuerza* de las clases inferiores, al menos en cuanto que esas dos clases poseen hom.

bres activos y robustos, de medianas dotes. Con ayuda del otro medio ganan para sí la pobreza de *talento* y, sobre todo, la semipobreza, con pretensiones intelectuales de las clases medias. Se crea, ante todo, por los profesores de todas clases, una corte intelectual, que aspira á «subir»; acumulando obstáculo sobre obstáculo contra la escuela privada ó la educación particular que el Estado odia particularmente, se asegura la disposición de un gran número de puestos, que se codician continuamente por un número cinco veces superior al que pudiera satisfacerse de ojos ávidos é inyectados. Pero estas situaciones sólo alimentan al hombre *muy pobremente*; así, el Estado mantiene en él la sed febril del *adelante*, y le asocia todavía más íntimamente á las intenciones gubernamentales. Porque vale más mantener un descontento benigno, preferible á la satisfacción, madre del valor, abuela de la libertad de espíritu y de la presunción. Por medio de este cuerpo educativo, maternal é intelectualmente ligado con un freno, se educa entonces como se pueda á toda la juventud del país, á cierto nivel de instrucción útil al Estado, y graduado según la necesidad; ante todo, se transmite casi imperceptiblemente á los espíritus débiles, á los ambiciosos de todas condiciones, la idea de que sólo una dirección de vida reconocida, y refrendado por el Estado, os pone inmediatamente en condiciones de hacer un papel en la *sociedad*. La creencia en los exámenes del Estado y en los títulos conferidos por el Estado va tan lejos que, aun de los hombres que se han formado de una manera independiente, que se han educado por el comercio ó por el ejercicio de una profesión, conservan una punta de amargura en el corazón, tanto, que su situación no ha sido reconocida desde arriba por una investi-

dura oficial, un título ó una condecoración, hasta que puedan «hacerse ver». Por fin, el Estado asocia el nombre á las mil y mil funciones y puestos retribuidos que dependen de él, al *compromiso* de hacerse educar y refrendar por los establecimientos del Estado; de lo contrario, esta puerta permanece cerrada para siempre: honores en la sociedad, pan para sí mismo, posibilidad de una familia, protección de arriba, espíritu de cuerpo en los que han sido educados en común; todo eso forma un filamento de esperanzas en que se precipitan todos los jóvenes; ¿de dónde podría venirles un soplo de desconfianza? Si, al fin y al cabo, la obligación para cada uno de ser *soldado* durante algunos años se ha convertido, al cabo de algunas generaciones, en una costumbre y una condición que se cumple sin pensamiento preconcebido, en vista de lo cual se organiza de antemano su vida, el Estado puede aventurar el golpe de gracia de encadenar, por medio de ventajas, la escuela y el ejército, la inteligencia, la ambición y la fuerza; es decir, de atraer hacia el ejército los hombres de *aptitudes* y de *cultura* superiores, y de inculcarles el espíritu militar de la obediencia voluntaria, lo que les induciría tal vez á prestar juramento á la bandera, para toda su vida, y á procurar, por sus aptitudes, un nuevo esplendor á la profesión de las armas. Entonces no faltará otra cosa que la ocasión de las grandes guerras; y se puede prever que, por su oficio, los diplomáticos velarán en toda *inocencia*, lo mismo que los periódicos y la especulación; porque «el pueblo», cuando es un pueblo de soldados, tiene siempre la conciencia tranquila cuando hace la guerra, y es inútil sugerírsela.

321.—*La prensa.*

Si se considera que hoy todos los grandes acontecimientos públicos se deslizan secretamente y como velados en el escenario del mundo; que están ocultos por hechos insignificantes, al lado de los cuales parecían pequeños; que sus efectos profundos, sus contrapesos, no se manifiestan más que mucho tiempo después que se han producido, ¿qué importancia puede entonces concederse á la *prensa*, tal como existe hoy, con su desgaste cotidiano de pulmones, aullar, ensordecer, excitar y asustar? ¿Es la prensa otra cosa que un *ruido sordo y permanente* que aparta los oídos y los sentidos hacia una falsa dirección?

322.—*Después de un gran acontecimiento.*

Un pueblo ó un hombre cuya alma se ha revelado por un gran acontecimiento, siente después generalmente la necesidad de una *chiquillada* ó de una *grose-ría*, así por pudor, como para reposar.

323.—*Ser un buen alemán, es cesar de ser alemán.*

No se encuentran solo, como se había creído hasta ahora, las diferencias nacionales en los matices entre los diferentes *grados de cultura*. Esas diferencias no tienen nada durable. Por eso toda la argumentación basada en el carácter nacional compromete tan poco el que trabaja en la *transformación* de las convicciones, el que hace obra civilizadora. Si se revisa, por ejemplo, todo lo que ya se ha llamado alemán, habrá que corregir la cuestión teórica; ¿qué *es* lo alemán? Preguntándose, ¿qué *es ahora* lo alemán? Y todo buen alemán resolverá prácticamente esta cuestión, preci-

samente dominando sus cualidades alemanas. Porque cuando un pueblo va á la delantera y se engrandece, rompe cada vez las trabas que le han conferido hasta ahora la consideración *nacional*; si este pueblo se detiene, si perece, se le ponen alrededor de su alma nuevas trabas, la corteza que todos los días se convierte en más dura forma, en cierto modo, una cárcel cuyos muros no hacen más que espesarse. Si un pueblo celebra muchas fiestas, es una prueba de que quiere petrificarse y de que gustaría cambiarse en *monumento*; como fué el caso del egipticismo á partir de cierta época. El que quiere bien á los alemanes deberá velar, por su parte, en engrandecerse siempre más por encima de lo que es alemán. Por eso la *orientación* hacia lo que *no es alemán* fué siempre la huella de los hombres distinguidos de nuestro pueblo.

324.—*Predilecciones por el extranjero.*

Un extranjero que viajaba por Alemania desagradó y agradó por algunas afirmaciones, según los países en que residió. Todos los suavos que tienen talento (tenía costumbre de decir) son presumidos. Pero los otros suavos continúan creyendo que Uhland es un poeta, y que Goethe fué inmoral.—Lo mejor que hay en las novelas alemanas que ahora están en boga, es que no se necesita leerlas, se las conoce ya.—El berlinés parece ser de mejor complexión que el alemán del Sur, porque, siendo excesivamente burlón, soporta la burla; lo cual no ocurre con los alemanes del Sur.—El espíritu de los alemanes se ha mantenido en un nivel inferior por la cerveza y los periódicos; les recomienda el te y los folletos como remedios, entiéndase bien.—Aconsejaba examinar á los diferentes pueblos de la vieja Europa desde el punto de vista de

las cualidades particulares, á los viejos cuyos tipos diferentes presenta bastante bien, esto con la mayor alegría de los que asisten al espectáculo del tablado; los franceses representan de un modo feliz lo que la vejez tiene de sabia y de amable; los ingleses la experiencia y la moderación; los italianos la inocencia y la comodidad. ¿Faltarían los otros disfraces de la vejez? ¿Dónde está el viejo altivo? ¿Dónde está el viejo despótico? ¿Dónde está el viajero codicioso?—Las comarcas más peligrosas de Alemania son la Sajonia y la Turingia; no se encuentra por ninguna parte más actividad intelectual y ciencia de los hombres, con mucha libertad de espíritu, y todo eso es tan humilde, oculto por el horrible lenguaje y la servilidad de esta población, apenas se observa que se tiene delante de sí á los sub-oficiales intelectuales de Alemania y los maestros de ésta, en bien y en mal.—La arrogancia de los alemanes del Norte se mantiene en sus límites por su inclinación á obedecer, la de los alemanes del Sur por su inclinación á la indolencia.—Parecía que los hombres alemanes tenían en sus mujeres amas de casa torpes, pero muy convencidas de su valor; que éstas decían bien de sí mismas, con tanta insistencia, que habían convencido á casi todo el mundo, y en todos casos á sus maridos, de las virtudes particulares que despliegan en su interior las mujeres alemanas.— Cuando la conversación versaba sobre la política de Alemania en el exterior y en el interior, tenía la costumbre de contar (él decía revelar) que el más grande hombre de Estado de Alemania no creía en los grandes hombres de Estado. Consideraba el porvenir de los alemanes como amenazado y amenazador; porque se habían olvidado de *regocijar* (aquello que tan bien sabían los italianos); pero que, por el gran juego

de azar de las guerras y de las revoluciones dinásticas, se habían *habituado á la emoción*; por consiguiente, acabarían un día para sentir en sí la conmoción. Porque esa es la más fuerte emoción que un pueblo pueda procurarse.—El socialista alemán, decía, era el más peligroso de todos porque no estaba impulsado por una necesidad *determinada*; aquello de que sufre es no saber lo que quiere. Aunque pueda, pues, lograr el goce, languidecerá siempre de deseo, lo mismo que Fausto, pero probablemente como un Fausto muy populachero. «Porque, al fin, exclamaba, Bismarck ha desterrado al *demonio de Fausto*, que tanto ha atormentado á los alemanes cultivados; pero ese demonio ha entrado ahora en los puercos y es peor que nunca.»

325.—*Opiniones.*

La mayoría de las personas no son nada, y no se tienen en nada antes de haber revestido el manto de las convicciones generales y de las opiniones públicas, conforme á la filosofía de los sastres; los trajes son los que hacen á las personas. Pero, para los hombres de excepción, ha de decirse: *el que se viste hace el vestido*; aquí las opiniones cesan de ser públicas y se convierten en otra cosa que disfraces, adornos y caretas.

326.—*Dos especies de sobriedad.*

Para no confundir la sobriedad provocada por el agotamiento de espíritu con la sobriedad de la templanza, hay que observar que la primera es bizca, mientras que la segunda está llena de alegría.

327.—*Falsificación de la alegría.*

No debe llamarse á una cosa buena ni siquiera un día después que no nos parece así, pero tampoco *un día*

antes: este es el único modo de conservar una alegría verdadera; de lo contrario, nuestra alegría sería con demasiada facilidad insípida al gusto y acaso demasiado prematura y para muchas personas pasaría por alimento falsificado.

328.—*El macho cabrío de la virtud.*

Cuando alguien hace lo que sabe hacer mejor, los que le quieren bien, pero que no están á la altura de su acción, se dedican enseguida á buscar un macho cabrío para el sacrificio, creyendo que es la víctima intercesora (*Sündenbock*: macho cabrío del pecado) cuando es el holocausto de la virtud.

329.—*Soberanía.*

Venerar también las cosas malas y reconocerlas, cuando os *agradan*, ignorar totalmente cómo se puede tener vergüenza de lo que os agrada, es el signo de la soberanía, en grande y en pequeño.

330.—*El que obra sobre sus semejantes es un fantasma y no una realidad.*

El hombre eminente aprende poco á poco *que, en cuanto que obra, es un fantasma* en el cerebro de lo demás, y llega tal vez á la sutil tortura del alma de preguntarse si no hay que conservar el fantasma de sí mismo en bien de sus semejantes.

331.—*Tomar y dar.*

Cuando se ha tomado la menor de las cosas á alguien (ó cuando se ha prevalecido sobre él) éste se hace ciego y no ve que se le han dado cosas infinitamente mayores y hasta la mayor cosa.

332.—*El buen campo.*

Toda repulsa y toda negación demuestran una falta de fecundidad: en el fondo, si fuésemos un buen campo de labor, no dejaríamos perecer nada sin utilizarlo, y veríamos en todas cosas, en los acontecimientos y en los hombres, útil estiércol, lluvia y sol.

333.—*Las relaciones son un goce.*

Si el espíritu de renunciamiento induce á alguien á buscar con ansia la soledad, puede transformar sus relaciones con los hombres, cuando las gusta rara vez, en un manjar delicado.

334.—*Saber sufrir públicamente.*

Hay que pregonar la desgracia, gemir de cuando en cuando, de manera que todo el mundo lo oiga, impacientarse de un modo visible: porque si se dejase á los demás notar cuán tranquilo y feliz es uno en el fondo de sí mismo, á pesar de los dolores y las privaciones, ¡cuán envidiosos y malvados se les haría! Pero es precioso que veamos por no hacer más malos á nuestros semejantes: además, si nos supusiesen felices, nos cargarían de pesadas contribuciones, de suerte que nuestro *sufrimiento público* es también para nosotros una *ventaja privada*.

335.—*Calor en las cumbres.*

En los alturas hace más calor de lo que se imagina generalmente en el valle, sobre todo en invierno. El pensador sabe lo que quiere decir el símbolo.

336.—*Querer el bien, saber lo bello.*

No basta ejercitar *el bien*, es preciso haber querido y, según la frase del poeta, recibir la divinidad de su *querer*. Pero no hay que querer *lo bello*; es preciso *poterlo*, con inocencia y apasionamiento, sin que Psiquis ponga en esto algo de su curiosidad. Que el que enciende su linterna para encontrar hombres perfectos tenga cuidado con este signo distintivo; los hombres perfectos son los que obran siempre á causa del bien y llegan siempre á lo bello sin pensar. Porque, por incapacidad y por falta de un alma grande, muchas personas buenas y nobles, á pesar de su buena voluntad y de sus buenas obras, siguen siendo de un aspecto enfadoso y son feas cuando se las mira: rechazan y hasta perjudican á la virtud por el repugnante aditamento que su mal gusto hace endosar á esta.

337.—*Peligro de los que renuncian.*

Hay que guardarse de fundar la vida sobre una base de codicias demasiado estrecha: porque, cuando se renuncia á las alegrías que proporcionan una buena posición, los honores, el trato mundano, las voluptuosidades, el *comfort* y las artes, puede venir un día en que se notará que, en lugar de tener por vecina á la *sabiduría*, el renunciamiento os ha producido la *saciedad* y el disgusto de vivir.

338.—*Ultima opinión sobre las opiniones.*

O bien se ocultan las opiniones, ó bien se oculta uno detrás de ellas. El que obra de otra suerte, no conoce la marcha del mundo, ó forma parte de la orden de la santa temeridad.

339.—*Gaudeamus igitur.*

Es preciso que la alegría contenga también fuerzas preparadoras y curativas para la naturaleza moral del hombre; ¿cómo, sino, pudiera ocurrir que, cada vez que nuestra alma se conforta á los rayos del sol de la alegría, se promete involuntariamente «ser buena», «hacerse perfecta», y se siente sobrecogida de una especie de presentimiento de la perfección, semejante á un calofrío de felicidad?

340.—*A uno que ha sido alabado.*

No olvides que, mientras se te alaba, todavía no estás en tu propio camino.

341.—*Amar al amo.*

El amo es amado del criado muy de otro modo que del maestro.

342.—*Demasiado bello y demasiado humano.*

«La naturaleza es demasiado bella para ti, pobre mortal»: no es raro que os sobrecoja ese sentimiento; pero algunas veces, al contemplar con intensidad todo lo que es humano, su plenitud y su fuerza mezcladas de dulzura, he experimentado el sentimiento que debiera manifestar con toda humildad: ¡*El hombre* es también demasiado bello para el hombre contemplativo!, y no pensaba solamente en el hombre moral, sino en todo hombre.

343.—*Efectos mobiliarios y propiedad territorial.*

Cuando una vez la vida os ha tratado como verdadera espoliadora, y os ha cogido todo lo que podía co-

geros de vuestros honores y de vuestras alegrías, arrebatándoos vuestros amigos, vuestra salud y vuestros bienes, descubriréis, quizá, una vez pasado el primer terror, que sois *más ricos* que antes. Porque sólo ahora se sabe lo que os pertenece, hasta el punto de que ninguna mano sacrilega puede tocar en ello: y así se saldrá acaso de todo ese saqueo y de esa confusión con la nobleza de un gran propietario territorial.

344.—*Involuntarias figuras ideales.*

El sentimiento más penoso que hay, es descubrir que se le ha tomado siempre á uno por algo superior á lo que se es. Porque siempre se ve uno forzado á confesarse. Algo en ti es engaño y mentira (tu palabra, tu expresión, tu actitud, tu mirada, tu acción), y ese algo engañador es tan necesario como tu franqueza, pero anula continuamente el efecto y el valor de ésta.

345.—*Idealista y embustero.*

No hay que dejarse tiranizar por la más hermosa cualidad que se pueda poseer: la de elevar las cosas á la idea; porque entonces pudiera muy bien suceder que un día la verdad se separase de nosotros con esta dura frase: «Embustero rematado, ¿qué tengo de común contigo?»

346.—*Ser mal comprendido.*

Cuando se es mal comprendido en conjunto, es imposible eliminar una equivocación de detalle. Hay que darse cuenta de eso para no emplear inútilmente su fuerza en defenderse.

347.—*El bebedor de agua habla.*

Continúa, pues, bebiendo el vino que te ha deleitado durante toda tu vida: ¿qué te importa que yo tenga que ser bebedor de agua? El agua y el vino ¿no son elementos pacíficos y fraternales que pueden habitar juntos sin causarse molestias?

348.—*Del país de los antropófagos.*

En la soledad, el solitario se roe el corazón; en el mundo, se lo roe la multitud. ¡Escoge!

349.—*El grado de congelación de la voluntad.*

«Al fin llega la hora que te envuelve en la nube dorada de la ausencia de dolor; la hora en que el alma goza de su propia laxitud, abandonándose con alegría á la lentitud de sus movimientos, y asemejándose, en su paciencia, al juego de las olas que, en las orillas de un lago, por un día apacible de verano, bajo los reflejos multicolores del ocaso, gimen y se callan sucesivamente (sin fin, sin objeto, sin saciedad y sin deseos), tranquila, y sintiendo placer en el flujo y reflujo que se riman en el soplo de la naturaleza.» Tal es la palabra y el pensamiento de todos los enfermos; pero, cuando llegan á esta hora, después de un breve goce, viene el tedio. El tedio es el viento de deshielo para la voluntad congelada: ésta se despierta, y de nuevo comienza á suscitar un deseo después del otro. Desear de nuevo es el síntoma de la convalecencia y de la curación.

350.—*El ideal renegado.*

Sucede, excepcionalmente, que alguien no puede llegar á la cumbre sino renegando de su ideal: porque

este ideal es lo que hasta ahora le estimulaba con demasiada violencia; de suerte que en medio de su camino, perdía aliento cada vez y se veía obligado á detenerse.

351.—*Inclinación pérfida.*

Cuando se ve á alguno atraído por la idea de que ante lo que es perfecto no hay más que una sola salvación: el amor, es señal de que ese es un hombre envidioso, pero que aspira á más.

352.—*Felicidad de escalera.*

Del mismo modo que en ciertos hombres, la frase de ingenio no marcha á un paso igual con ocasión de colocarla, de suerte que ya há pasado la puerta cuando el espíritu está todavía en la escalera, del mismo modo hay en otros hombres una especie de *felicidad de escalera*, que corre con demasiada lentitud para estar siempre al lado del tiempo de pies ligeros. El mejor goce que un acontecimiento ó todo un período de la vida proporciona á estos hombres, les llega mucho tiempo después, algunas veces sólo como un tenue perfume aromatizado, que evoca languidez y tristeza, como si en un momento ó en otro hubiera sido posible apagar su sed en este elemento, mientras que ahora es demasiado tarde.

353.—*Gusanos.*

No es un argumento contra la madurez de un espíritu, encontrar en él algunos gusanos.

354.—*La posición victoriosa.*

Una buena actitud á caballo quita el valor al adversario y el ánimo al espectador: ¿á qué viene ata-

car entonces todavía? Pórtate como uno que ha vencido.

355.—*Peligro en la admiración.*

Al admirar demasiado las virtudes ajenas, se puede perder el sentido de las propias, y no ejerciéndolas, olvidarlas por completo, sin poder reemplazarlas por las extrañas.

356.—*Utilidad de la enfermedad.*

El que está muchas veces enfermo, porque cura á menudo, no siente sólo un gran placer en la salud, sino que posee también un sentido muy agudo por lo que es sano ó mórbido en las obras y en los actos, los suyos y los de los demás. Los escritores enfermizos, por ejemplo (y casi todos los grandes escritores están, desgraciadamente, en ese caso); poseen, generalmente, en sus obras un tono de salud mucho más seguro y más igual, porque entienden mucho mejor que los que son robustos de cuerpo la filosofía de salud y la curación del alma. Conocen á los maestros que enseñan, á la luz, la mañana, el sol, el bosque y los manantiales de agua clara.

357.—*Infidelidad, condición del magisterio.*

Eso no sirve de nada: cada maestro no tiene más que un solo discípulo (y este discípulo se declara infiel), porque está predestinado al magisterio.

358.—*Nunca en vano.*

Nunca treparás en vano á las montañas de la verdad: ya sea que hoy llegues á subir más arriba, ya que ejercites tus fuerzas para poder subir mañana más arriba.

359.—*A través de los vidrios deslustrados.*

Lo que veis del mundo á través de esta ventana, ¿es tan bello que no queréis mirar á través de otra ventana, é intentáis impedir á los demás hacer la tentativa?

360.—*Indicios de transformaciones violentas.*

Si se sueña en los que están muertos ú olvidados desde hace mucho tiempo, es el signo de que se ha doerado en vosotros una gran transformación y de que ha sido profundamente excavado el suelo sobre el cual se vive: entonces los muertos resucitan, y lo que era antiguo se hace nuevo.

361.—*Medicamento del alma.*

Quedar acostado sin moverse, y pensar poco: ese es el remedio menos costoso para todas las enfermedades del alma, y, cuando se tiene buena voluntad, su empleo se hace cada vez más agradable.

362.—*Clasificación de los espíritus.*

Te colocas muy por encima del otro, porque tratas de establecer la excepción, pero él la regla.

363.—*El fatalista.*

Es preciso que creas en la fatalidad; la ciencia puede forzarte á ello. Lo que entonces nacerá de esta creencia (la cobardía y la resignación, ó la grandeza y la lealtad), indicará el terreno en que fué arrojada esta semilla; pero no de la misma semilla, porque de ella pueden pensar todas las cosas.

364.—*Razón de mucho humorismo.*

El que en la vida prefiere lo bello á lo útil, acabará, como el niño que prefiere los confites al pan, por malearse el estómago y por mirar el mundo con mucho humorismo.

365.—*El exceso como remedio.*

Se puede sentir gusto en su talento propio venerando hasta el exceso, para disfrutar de él, los talentos contrarios. Emplear el exceso como remedio es uno de los golpes de gracia en el arte de vivir.

366.—*¡Aspira á ser tú mismo!*

Las naturalezas activas y coronadas de éxito no obran con arreglo al axioma: «Conócete á ti mismo», como si viesan bosquejarse ante sí el mandato: «Aspira á ser tú mismo, y *serás* tú mismo.» El destino parece haberles dejado siempre la elección, mientras que los inactivos y los contemplativos reflexionan para saber cómo *han* hecho para escoger una vez el día en que han entrado en el mundo.

367.—*Vivir, si es posible, sin adictos.*

Sólo se comprende cuán poca importancia tienen los adictos cuando se ha cesado de ser el adicto de sus adictos.

368.—*Oscurecerse.*

Hay que saber oscurecerse para desprenderse de las nubes de mosquitos de admiradores demasiado importunos.

369.—*Tedio.*

Hay un tedio de los espíritus más sutiles y más cultivados, por quienes lo que la tierra produce mejor ha perdido su sabor: habituados como están á absorber un alimento escogido, y cada vez más escogido, y á disgustarse de un alimento grosero, se exponen á morir de hambre; porque las cosas perfectas están en muy escaso número, y les sucede ser inaccesibles ó duros como la piedra, de suerte que muy buenos dientes no pueden morderlo.

370.—*El peligro en la admiración.*

La admiración de una cualidad ó de un arte puede ser tan violenta, que nos impide aspirar á la posesión de éstos.

371.—*Lo que se exige al arte.*

Quiere uno regocijarse de su naturaleza por medio del arte; el otro quiere, con su auxilio, olvidarse momentáneamente y elevarse por encima de su naturaleza. Según esas dos necesidades, hay una doble especie: de arte y de artistas.

372.—*Defección.*

El que nos abandona no nos ofende quizá á nosotros mismos; pero seguramente ofende á nuestros adictos.

373.—*Después de la muerte.*

Sucede generalmente que encontrásemos incomprendible la ausencia de un hombre mucho tiempo después de su muerte: para hombres muy grandes,

sólo algunas veces, después de centenares de años. El que es franco ante sí mismo se dice, con ocasión de un fallecimiento, que en suma no hay mucho que lamentar, y que el hombre que pronuncia solemnemente la oración fúnebre es un hipócrita. Pero la penuria acaba por enseñar la razón de ser de un individuo, y el epitafio verdadero para su muerte es un suspiro tardío de lamento.

374.—*Dejar en el reino de las sombras.*

Hay cosas que deben dejarse en el reino de los sentimientos apenas conscientes, sin querer despojarlos de su existencia de fantasmas; de lo contrario, cuando esas cosas se conviertan en pensamientos y palabras, querrán imponérsenos como demonios y pedir cruelmente nuestra sangre.

375.—*Cerca de la mendicidad.*

Ocurre al espíritu más rico perder la llave del granero donde sueñan sus tesoros acumulados. Se asemeja entonces al más pobre, que se ve obligado á mendigar para vivir.

376.—*Pensar por encadenamientos.*

Al que ha reflexionado mucho, toda idea nueva que oye ó que lee, se le presenta inmediatamente bajo la forma de cadena.

377.—*Compasión.*

La vaina dorada de la compasión es algunas veces el puñal de la envidia.

378.—*¿Qué es el genio?*

Aspirar á un fin elevado y á los medios de conseguirlo.

379.—*Vanidad de los combatientes.*

El que no tiene la esperanza de triunfar en una lucha ó que ha sucumbido visiblemente, desea tanto más cuanto que se admira su manera de combatir.

380.—*La vida filosófica está mal interpretada.*

En el momento en que alguien comienza á tomar la filosofía en serio, todo el mundo cree de él lo contrario.

381.—*Imitación.*

Por medio de la imitación, lo que es malo cobra prestigio; lo que tiene valor lo pierde, sobre todo en arte.

382.—*Ultima enseñanza de la historia.*

«¡Ah, no he vivido entonces!» Así hablan los hombres insensatos y enloquecidos. Por el contrario, cada fragmento de historia que se haya estudiado *seriamente*, aunque fuese la tierra prometida del pasado, se acabará por exclamar: «¡No, no quisiera volver á ninguna costa! El espíritu de esta época pesaría sobre mí con una presión de cien atmósferas; no podría regocijarme de lo que tiene de bello y bueno, ni digerir lo que tiene de malo.» Es cierto que la posteridad juzgará de la misma manera á propósito de nuestra época: se dirá que fué insoportable, y que la vida no merecía ser vivida. Y sin embargo, ¿llega cada uno á acomodarse á su época? No es sólo porque el espíritu de su tiempo pesa *sobre* él, sino también porque lo tiene *en* sí. El espíritu del tiempo se resiste á sí mismo, se llena á sí mismo.

383.—*La generosidad con disfraz.*

Con generosidad en la actitud se exaspera á los enemigos; con envidia manifiesta casi se les concilia: porque la envidia compara, pone en paridad, es una suerte de humildad involuntaria y lamentable. Á causa de la ventaja indicada, ¿no se hubiera tomado la envidia como disfraz por los que no eran envidiosos? Tal vez. Lo cierto es que la generosidad se utiliza á menudo como disfraz de la envidia por personas ambiciosas que prefieren sufrir con un prejuicio para exasperar sus enemigos, á dejar ver que, en su fuero interno, consideran á éstos como iguales.

384.—*Imperdonable.*

Tú le has dado ocasión de demostrar firmeza de carácter y él no se ha aprovechado de ello. Es lo que no te perdonará nunca.

385.—*Axiomas paralelos.*

La idea más senil que jamás se ha profesado con respecto del hombre se encierra en el célebre axioma: «el yo es siempre odioso»; la idea más infantil, en este otro más célebre todavía: «ama á tu prójimo como á ti mismo». En el primero, la experiencia de los hombres ha cesado; en el segundo, no ha comenzado todavía.

386.—*El oído que falta.*

«Se pertenece al populacho mientras se hace recaer siempre la culpa sobre los demás; se está en el camino de la verdad cuando sólo se hace uno responsable á sí mismo; pero el sabio no considera á nadie como

culpable, ni á sí mismo ni á los demás.» ¿Quién dijo eso? Epicteto, hace dieciocho siglos. Se le ha oído, pero se le ha olvidado. No, no se le ha oído y no se le ha olvidado: hay cosas que no se olvidan. Pero el oído hacía falta para oír: el oído de Epicteto. ¿Se lo ha dicho á sí mismo al oído? Perfectamente: la sabiduría es el murmullo del solitario en la plaza tumultuosa.

387.—*Defecto del punto de vista y no del ojo.*

Siempre estamos algunos pasos demasiado cerca de nosotros mismos, y algunos pasos demasiado lejos de nuestro prójimo. Por eso se juzga á éste demasiado rotundamente, mientras que á nosotros mismos nos juzgamos por rasgos de detalles, hechos insignificantes y pasajeros.

388.—*La ignorancia en armas.*

¡Cuán ligeramente tratamos la cuestión de saber si alguno sabe una cosa ó no, mientras éste suda tal vez sangre ante la sola idea de que pudiéramos creerle ignorante de eso! Hay algunos insensatos que se pasean siempre con un carcaj de anatemas y de sentencias sin apelación, dispuestos á fulminarlas sobre cada uno de los que diesen á entender que hay ciertas cosas en que su juicio no se tiene en cuenta.

389.—*Al beber la experiencia.*

Las personas que, por sobriedad natural, dejan siempre su vaso medio lleno, no quieren confesar que cada cosa en este mundo tiene su escurridura y su hez.

390.—*Pájaros cantores.*

Los partidarios de un grande hombre tienen la costumbre de cegarse para cantar mejor sus alabanzas.

391.—*No estar á la altura.*

El bien nos desagrada cuando no estamos á su altura.

392.—*La regla como madre y como hija.*

El estado que engendra la regla es distinto de aquel que la regla engendra.

393.—*Comedia.*

Ocorre que se nos tributan gratitud y honores por obras y acciones que desde hace mucho tiempo hemos dejado caer en el olvido, como una piel de que se desprende uno; entonces nos sentimos fácilmente tentados á ser los cómicos de nuestro propio pasado y á echar sobre nuestros hombros el antiguo despojo: y no sólo por vanidad, sino también por benevolencia respecto de nuestros admiradores.

394.—*Faltas que cometen los biógrafos.*

No hay que confundir la poca fuerza que es necesaria para guiar un bote por un río, con la fuerza del río que lo arrastra: eso ocurre con casi todos los biógrafos.

395.—*No pagar muy caro.*

Se utiliza generalmente mal lo que se ha pagado muy caro, porque se asocia á ello un recuerdo desagradable; y así se tiene doble desventaja.

396.—*¿Cuál es la filosofía que una sociedad necesita siempre?*

La columna del orden social se basa sobre este cimiento: que es necesario que cada cual mire con sere-

nidad lo que es, lo que hace y á lo que aspira, su salud ó su enfermedad, su pobreza ó su opulencia, su honor ó su ruin condición, y que se diga: «*No quisiera cambiar con nadie.*» El que quiere trabajar por el orden social, debe tratar siempre de implantar en el corazón de los hombres esta filosofía serena de la negativa de cambio y de la ausencia de envidia.

397.—*Indicios de un alma noble.*

No es un alma noble la que es capaz de más alto vuelo, sino al contrario, la que se eleva poco y se rebaja poco, pero que habita *siempre* en una atmósfera libre y en una luz transparente.

398.—*Lo sublime y el que lo contempla.*

El mejor efecto de lo sublime es que da al que lo contempla una vista más amplia.

399.—*Contentarse.*

Cuando se alcanza la madurez de la razón, no se aventura uno por los lugares donde crecen las flores raras bajo las zarzas más espinosas del conocimiento, y se contenta con jardines, praderas y cantos, considerando que la vida es demasiado corta para las cosas raras y extraordinarias.

400.—*Ventajas de la privación.*

El que vive siempre en el calor y en la plenitud, y, en cierto modo, en la atmósfera estival del alma, no puede figurarse ese frenesí espantoso que se apodera de las naturalezas invernales cuando son excepcionalmente conmovidas por un rayo de amor y por el soplo tibio de un día asoleado de Febrero.

401.—*Receta para el mártir.*

¿Es muy gravoso para ti el peso de la vida? Aumenta la carga. Si el que sufre acaba por tener sed de las aguas del Leteo y las busca, tiene que llegar á ser héroe para estar seguro de encontrarlas.

402.—*El juez.*

El que ha visto el ideal de alguien, se convierte para él en un juez inexorable, y en algo como la intranquilidad de su conciencia.

403.—*Utilidad del gran renunciamiento.*

La utilidad del gran renunciamiento es que nos comunica esa altivez virtuosa por medio de la cual nos será fácil desde luego obtener fácilmente de nosotros mismos muchos renunciamientos insignificantes.

404.—*Cómo cobra esplendor el deber.*

Hay un medio para cambiar en oro, á los ojos de todos, el deber de bronce; es cumplir siempre más de lo que promete.

405.—*Súplica á los hombres.*

«¡Perdonadnos nuestras virtudes!»: así hay que orar á los hombres.

406.—*Creadores y gozadores.*

Todo gozador se figura que lo que importa en el árbol es el fruto, cuando en realidad es la semilla. Esa es la diferencia que hay entre los creadores y los gozadores.

407.—*La gloria de todos los grandes.*

¡Qué importa el genio, si no sabe comunicar al que le contempla y venera una libertad y una elevación de sentimiento tal que no necesite de genio! *Hacerse superfluo*; esa es la gloria de todos los grandes.

408.—*La bajada á los infiernos.*

Yo también estuve en los infiernos, como Ulises, y estaré muchas veces más; y para poder hablar á algunos muertos, no sólo he sacrificado carneros, sino que no he economizado mi propia sangre. Cuatro parejas de hombres se me han negado cuando sacrificaba: Epicuro y Montaigne, Goethe y Spinoza, Platón y Rousseau, Pascal y Schopenhauer. Con ellos he de explicarme, cuando he caminado solitario por mucho tiempo; por ellos quiero que se me dé la razón ó que se me niegue; y les escucharé cuando, ante mí, se den y se nieguen la razón unos á otros. Diga lo que diga, decida lo que decida, imagine lo que imagine, para mí y para los demás: en estos *ocho* fijo mis ojos y veo los suyos fijados en mí. Que los vivos me perdonen si á veces me parecen sombras: tan pálidos, entristecidos é inquietos están, y ¡ah! de tal manera ávidos de vivir; al paso que aquéllos me parecen tan vivos como si, *después* de estar muertos, no pudiesen fatigarse jamás de la vida. Pero lo que importa es *la eterna vivacidad*: ella es la que nos da la «vida eterna», y, en general, la vida.

SEGUNDA PARTE

La sombra: Hace tanto tiempo que no te he oído hablar, que quisiera darte ocasión de ello.

El viajero: Se habla: ¿dónde y quién? Paréceme que casi me oigo hablar á mí mismo, sólo que, con una voz más débil, que no es la mía.

La sombra (después de una pausa): ¿No te alegras de tener una ocasión de hablar?

El viajero: Por Dios y todas las cosas en las cuales no creo, habla, ¡oh sombra!: la oigo, pero no creo.

La sombra: Supongamos que eso sea así, y no reflexionamos más en ella; en una hora todo acabará.

El viajero: Eso es precisamente lo que yo pensaba, cuando en un bosque, en los alrededores de Pisa, vi primero dos, después cinco cabañas.

La sombra: Tanto mejor si somos pacientes para con nosotros mismos, ambos del mismo modo, una vez que nuestra razón se calla; de esa suerte no tendremos palabras agrias en la conversación, y no pondremos en seguida el bozal al otro, si por fortuna sus palabras no son incomprensibles. Si no se sabe responder punto por punto, hasta que se diga algo: esta es la condición justa que pongo al conversar con alguien. En una conversación algo larga, el más sabio se convierte una vez en loco y tres veces en imbécil.

El viajero: Tu poca exigencia no es halagadora para aquel á quien la confiesas.

La sombra: ¿Debo halagar?

El viajero: Pensé que la sombra del hombre era su vanidad: pero ésta no preguntaría: ¿debo halagar?

La sombra: La vanidad del hombre, según yo la entiendo, no pregunta, como yo lo he hecho dos veces, si puede hablar: habla siempre.

El viajero: Noto, primero, cuán descortés soy para contigo, querida sombra: aún no te he dicho una palabra de cómo me alegro de oírte y no sólo de verte. Sabrás que amo la sombra como amo la luz. Para que haya belleza del semblante, claridad de la palabra, bondad y firmeza del carácter, la sombra es tan necesaria como la luz. No son enemigas: se llevan amigablemente de la mano, y, cuando la luz desaparece, la sombra se escapa en su persecución.

La sombra: Y yo odio lo que tú odias: la noche; amo á los hombres porque son discípulos de la luz y me alegro de la claridad que hay en sus ojos, cuando conocen y descubren los infatigables concedores y descubridores. Esta sombra que todos los objetos tienen, cuando el rayo del sol de la ciencia cae sobre ellos; yo soy esta sombra.

El viajero: Creo comprenderte, aunque te hayas expresado á la manera de las sombras. Pero tenías razón: los buenos amigos pronuncian de cuando en cuando, por signo de inteligencia, una palabra oscura, que para todo tercero debe ser un enigma. Y nosotros somos buenos amigos. Pero ya basta de preliminares. Pesan sobre mi alma algunos centenares de cuestiones, y el tiempo en que podrás responder á ellas, es quizá muy corto. Veamos de qué conversaremos á todo prisa y en toda paz.

La sombra: Pero las sombras son más tímidas que los hombres: no darás parte á nadie de la manera cómo hemos conversado juntos.

El viajero: ¿De la manera cómo hemos conversado juntos? ¡El cielo me libre de los diálogos que arrastran sus hilos por escrito! Si Platón hubiese sentido menos placer en ese hilaje, sus lectores hubieran sentido más placer en Platón. Una conversación que alegra, en la realidad es, transformada y leída por escrito, un cuadro cuyas perspectivas son todas falsas: todo es demasiado largo ó demasiado corto. Sin embargo, quizá podría formar parte de *aquello en que nos hemos puesto de acuerdo*.

La sombra: Eso me basta; porque todos no reconocerán en ello más que tus opiniones; en la sombra ninguno pensará.

El viajero: ¿Abusas acaso, amiga? Hasta ahora, en mis opiniones, se ha tenido más en cuenta á la sombra que á mí mismo.

La sombra: ¿Más bien á la sombra que á la luz? ¿Es posible?

El viajero: ¡Has de ser seria, loquilla! Ya mi primera cuestión requiere seriedad.

1.—*Del árbol de la ciencia.*

Verosimilitud, pero no verdad; apariencia de libertad, pero no libertad; á causa de esos dos frutos, el Árbol de la Ciencia no se expone á confundirse con el Árbol de la Vida.

2.—*La razón del mundo.*

El mundo *no es el SUBSTRATUM* de una razón eterna; y esto puede probarse definitivamente por el hecho de que esta *porción del mundo* que conocemos (quiero decir, nuestra razón humana), no es muy razonable. Y si no es en todo tiempo y completamente sabia y racional, el resto del mundo no lo será: el razonamiento *a minori ad majus, a parte ad totum*, es aplicable aquí y con una fuerza decisiva.

3.—*«En el principio era...»*

Exaltar los orígenes es el *exceso* metafísico que se manifiesta en la concepción de la historia, y hace pensar en absoluto que *en el principio* de todas las cosas se encuentra lo que hay de más precioso y de más esencial.

4.—*Medida del valor de la verdad.*

Para la altura de las montañas, la molestia que se toma en trepar á ellas no es de ningún modo una unidad de medida. ¡Y en la ciencia ha de ser de otra suerte!—dicen algunos que quieren pasar por iniciados;—el trabajo que cuesta una verdad ha de decidir preci-

samente del valor de esta verdad. Esta moral absurda parte de la idea de que las «verdades» no son propiamente nada más que aparatos gimnásticos, en que debiéramos trabajar fogosamente hasta fatigarnos: moral para atletas y gimnastas del espíritu.

5.—*Lenguaje y realidad.*

Hay un desprecio hipotético de todas las cosas que en realidad consideran los hombres como más importantes *de todas las cosas próximas*. Dicese, por ejemplo: «No se come más que para vivir»; *mentira* execrable, como el que habla de la procreación de los hijos como del objeto propio de toda voluptuosidad. Por el contrario, el gran aprecio de las «cosas importantes» no es casi nunca completamente verdadero: aunque los sacerdotes y los metafísicos nos hayan acostumbrado en estas materias á un *lenguaje* hipócritamente exagerado, no han conseguido cambiar el sentimiento que no atribuye á esas cosas importantes tanta importancia como á cosas próximas despreciadas. Falta una molesta consecuencia de esta doble hipocresía: que no se hace de las cosas próximas, por ejemplo de la comida, de la habitación, del traje, de las relaciones sociales, el objeto de una reflexión y reforma continua, libre de prejuicios y *general*; sino que, pasando esto por degradante, se desvía su aplicación intelectual y artística: si bien, de una parte, la habituación y la frivolidad dominan al elemento impremeditado, por ejemplo, á la juventud sin experiencia, una victoria fácil, mientras que por otra nuestras continuas infracciones de las leyes más sencillas del cuerpo y del espíritu nos inducen á todos, jóvenes y viejos, á una vergonzosa dependencia y

servidumbre; quiero decir, á esta dependencia, en el fondo superflua, de los médicos, profesores y curadores de las almas, cuya presión se ejerce todavía ahora sobre la sociedad entera.

6.—*La imperfección terrestre y su causa principal.*

Cuando mira uno á su alrededor, tropieza continuamente con hombres que toda su vida han comido huevos, sin observar que los más extenuados son los más golosos, que no saben que un huracán es provechoso al vientre, que los perfumes son más olorosos en un aire frío y claro, que nuestro sentido del gusto no es idéntico en todas las partes de la boca, que toda comida en que se dicen ó se escuchan buenas cosas causa perjuicio al estómago. Por más que no se satisfaga de esos ejemplos de la falta de espíritu de observación, no se debe confesar que *las cosas más mundanas* son mal vistas por la mayoría de las personas, y muy rara vez estudiadas. ¿Y es eso indiferente? Considérese, por último, que de esa falta derivan *casi todos los vicios corporales y morales* de los individuos: no saber lo que nos es perjudicial en la combinación de la existencia, la división de la jornada, el tiempo y la elección de las relaciones, en los quehaceres y el ocio, el mandato y la obediencia, las sensaciones de la naturaleza y del arte, el comer, el dormir y el reflexionar; ser ignorante *en las cosas más mezquinas y en las más usuales*; esto es lo que hace de la tierra para tantas personas «un campo de perdición». No que se trata en esto como en todo de *la falta de razón* en los hombres: al contrario, hay razón bastante y sobrante, pero se le da *una dirección falsa y artificialmente desviada* de estas cosas mezquinas y próximas. Los

sacerdotes, los profesores y la sublime ambición de los idealistas de todas clases, de la grosera y de la delicada, persuaden ya al niño de que se trata de otra cosa muy distinta: de la salvación del alma, del servicio del Estado, del progreso, de la ciencia, ó bien de consideración y de propiedad, como del medio de prestar servicios á la humanidad entera, en lugar de que las necesidades del individuo, grandes y pequeñas, en las veinticuatro horas del día, son, dicese, algo despreciable ó indiferente. Sócrates ya se ponía en guardia con todas sus fuerzas contra esta orgullosa negligencia de lo humano en provecho del hombre, y gustaba de recordar, con una cita de Homero, los límites y el objeto de todo cuidado y de toda reflexión: «Estos límites y este objeto son, decía, lo que me ocurre, bueno ó malo, y sólo lo que me ocurre.»

7.—*Dos formas de consuelo.*

Epicuro, el hombre que calmó las almas de la anti-güedad moribunda, tuvo esta comprensión admirable tan rara de encontrar hoy todavía, que, para la tranquilidad de la conciencia, la solución de los problemas teóricos últimos y definitivos no es del todo necesaria. Bastábale así decir á las personas á quienes atormentaba la *inquietud de lo divino*: «Si hay dioses, no se ocupan de nosotros»; en lugar de disputar infructuosamente y desde lejos sobre este problema último: saber si hay dioses. Esta suposición es mucho más favorable y más enérgica: se ceden algunos pasos al otro y así se le dispone más á escuchar y reflexionar. Pero desde el momento en que se impone uno el deber de mostrar lo contrario (á saber, que los dioses se ocupan de nosotros), ¡en qué laberintos y en qué zarzas

debe enmarañarse el desdichado, por culpa suya, no por la astucia del interlecutor, que sólo debe tener bastante humanidad y delicadeza para ocultar la compasión que le causa ese espectáculo! Al fin, el otro llega al disgusto (el argumento más fuerte contra toda proposición), al disgusto de su opinión propia; se entibia, y se va con la misma disposición que el ateo puro: «¡Qué me importan los dioses! ¡el diablo los lleve!» En otros casos, particularmente cuando una hipótesis semifísica, semimoral, había ennegrecido la conciencia, no refutaba esta hipótesis, sino que concedía que eso podía ser: pero que había *una segunda hipótesis* para explicar el mismo fenómeno: que acaso la cosa podía ocurrir de otro modo. *La pluralidad* de las hipótesis basta todavía en nuestra época, por ejemplo, á propósito del origen de los escrúpulos de conciencia, para despojar al alma de esa sombra que nace fácilmente de los refinamientos de una hipótesis única visible, y por cien veces empleada. Quien desease proporcionar consuelo á los infortunados, á los criminales, á los hipocondríacos, á los moribundos, no tiene más que acordarse de los dos artificios calmantes de Epicuro, que pueden aplicarse á muchos problemas. Bajo su forma más sencilla, se expresarían casi en esos términos: primeramente, supuesto que sea así, eso no nos importa nada; en segundo lugar, puede ser así, pero puede ser también de otro modo.

8.—*Por la noche.*

Desde que comienza la noche, nuestra impresión sobre los objetos familiares se transforma. El viento vaga por caminos extraviados, cuchicheando como si

buscase algo, enfadándose de no encontrarlo. El fulgor de las lámparas, con sus rayos turbios y rojizos, su claridad cansada luchando contra la noche, esclavo impaciente del hombre que vela. La respiración del durmiente, con su ritmo inquietante, sobre el cual un ruido siempre renaciente parece sonar una melodía; no la oímos, pero cuando el pecho del durmiente se abra, nos sentimos con el corazón oprimido y, cuando el soplo disminuye, casi expirante en un silencio de muerte, nos decimos: «¡Reposa un poco, pobre espíritu atormentado!» Deseamos á todo vivo, puesto que vive en esa opresión, un reposo eterno; la noche invita á la muerte. Si los hombres prescindiesen del sol, y con el fulgor de la luna y la luz del petróleo declarasen la guerra á la noche, ¿qué filosofía los envolvería en sus velos! Se observa ya muy bien en el ser intelectual y moral del hombre, cómo por esta mitad de tinieblas y ausencia del sol que viene á oscurecer la vida, se ha hecho sombrío en resumen.

9.—*Dónde ha nacido la teoría del libre arbitrio.*

Sobre uno *la necesidad* se cierne bajo la forma de sus pasiones; sobre otro, la costumbre es escuchar y obedecer; sobre el tercero, la conciencia lógica; sobre el cuarto, el capricho y el placer fantástico en saltar las páginas que lee. Pero todos cuatro buscan precisamente su *libre arbitrio* donde cada uno está más sólidamente encadenado: es como si el gusano de seda emplease su libre arbitrio en hilar. ¿De dónde eso viene? Evidentemente de que cada uno se tiene más por libre allí donde su *sentimiento de vivir* es el más fuerte, partiendo, como he dicho, tan pronto de la pasión, como del deber, como de la investigación cienti-

fica, como de la fantasía. Aquello por lo cual el individuo es fuerte, aquello en lo cual se siente animado de vida, cree involuntariamente que eso debe ser también el elemento de su libertad: une la dependencia y la torpeza, la independencia y el sentimiento de vivir como parejas inseparables. En ese caso, una experiencia que el hombre ha hecho sobre el terreno político y social, se transporta al terreno metafísico trascendental: allí el hombre fuerte es también el hombre libre; allí el sentimiento vivaz de alegría y de sufrimiento, la altura de las esperanzas, la audacia del deseo, la fuerza del odio, son el patrimonio del soberano y del independiente, mientras que el súbdito, el esclavo, vive oprimido y estúpido. La teoría del libre arbitrio es una invención de las clases *directoras*.

10.—*No sentir nuevas cadenas.*

Mientras no nos *sentimos* depender de algo, nos tenemos por independientes; conclusión errónea que demuestra cuál es el orgullo y la sed de dominación del hombre. Porque admite aquí que en todas circunstancias debe observar y reconocer su independencia, tan pronto como la sufre, á consecuencia de la idea preconcebida de que *de ordinario* vive en la independencia, y que, si viene á perderla excepcionalmente, sentirá inmediatamente un contraste de impresión. Pero ¿cómo, si lo contrario era cierto, que vivió *siempre* en una múltiple dependencia, pero que *se tuvo por libre* donde, por una larga habituación, no siente la presión de las cadenas? Sólo las cadenas *nuevas* le hacen sufrir todavía: «libre arbitrio» no quiere decir propiamente otra cosa que el hecho de no sentir nuevas cadenas.

11.—*El libre arbitrio y el aislamiento de los hechos.*

La observación inexacta que nos es habitual, toma un grupo de fenómenos para una unidad, y le llama un hecho: entre él y otro hecho, se representa un espacio vacío y *aisla* cada hecho. Pero en realidad, el conjunto de nuestra actividad y de nuestro conocimiento no es una serie de hechos y de espacios intermedios vacíos, es una corriente continua. Sólo la creencia en el libre arbitrio es precisamente incompatible con la concepción de una corriente continua, homogénea, indivisible: supone que *toda acción particular es aislada é indivisible*; es una *atomística* en el dominio del querer y del saber. Del mismo modo que comprendemos inexactamente los caracteres, hacemos otros tantos hechos: hablamos de caracteres idénticos, de hechos idénticos: *no existe ni uno ni otro*. Pero al fin no damos elogio y censura sino bajo el influjo de esta idea falsa que hay hechos *idénticos*, que existe un orden graduado de *géneros*, de hechos, el cual responde á un orden graduado de valor: así *aislamos* no sólo el hecho particular, sino también á su vez los grupos de los hechos llamados idénticos (actos de bondad, de perversidad, de compasión, de envidia, etc.), los unos y los otros por error. La palabra y la idea son la causa más visible que nos hace creer en este aislamiento de grupos de acciones: no nos servimos solamente de ellas para *designar* las cosas; creemos primitivamente que por ellas percibimos su *esencia*. Las palabras y las ideas nos llevan ahora á representarnos constantemente las cosas como más sencillas de lo que son, separadas unas de otras, indivisibles, teniendo cada una existencia en sí y por sí. Hay oculta en el *lenguaje* una mitología filosófica que

á cada instante reaparece, por muchas precauciones que se tomen. La creencia en el libre arbitrio, es decir, la creencia en los hechos *idénticos* y en los hechos *aislados*, posee en el lenguaje un apóstol y un representante perpetuo.

12.—*Los errores fundamentales.*

Para que el hombre experimente un placer ó un disgusto moral cualquiera, es preciso que esté dominado por una de estas dos ilusiones: ó bien cree en la *identidad* de ciertos hechos, de ciertos sentimientos: entonces siente, por la comparación de estados actuales con estados anteriores y por la identificación ó la diferenciación de esos estados (tal como se efectúa en todo recuerdo), un placer ó un disgusto moral; ó bien cree en el *libre arbitrio*, por ejemplo, cuando piensa: «Yo no debiera haber hecho eso»; «eso hubiera podido acabar de otro modo», y por eso siente igualmente placer ó disgusto. Sin los errores que obran en todo placer ó disgusto moral nunca se habría producido una humanidad cuyo sentimiento fundamental es y seguirá siendo que el hombre es el ser libre en el mundo de la necesidad, el eterno *obrador de milagros*, haga bien ó mal, la asombrosa excepción, el sobreanimal, el cuasi-Dios, el sentido de la creación, el que no puede suprimirse con el pensamiento, la solución del enigma cósmico, el gran dominador de la naturaleza y su gran despreciador, el ser que llama *su historia* á la *historia universal*. *Vanitas vanitatum homo.*

13.—*Decir dos veces las cosas.*

Es bueno expresar una cosa dos veces, y darle un pie derecho y un pie izquierdo. Es cierto que la ver-

dad puede tenerse sobre un pie; pero con dos caminará.

14.—*El hombre cómico del mundo.*

Sería preciso que hubiera seres más espirituales que el hombre para saborear á fondo el humorismo que hay en que el hombre se considere como el fin de todo el universo, y de que la humanidad declare seriamente no contentarse con menos que con la perspectiva de una misión universal. Si un Dios ha creado el mundo, ha creado al hombre para ser *el mono de Dios*, como un perpetuo tema de alegría en sus eternidades demasiado largas. La armonía de las esferas en torno de la tierra, podría ser entonces el estallido de risa de todo el resto de las criaturas que rodean al hombre. El dolor sirve á este inmortal aburrido para cosquillear á su animal favorito, para recrearse en sus actitudes, altaneramente trágicas, y en las explicaciones de sus propios sufrimientos, sobre todo, en la invención intelectual de la más vana de las criaturas, siendo el inventor de este inventor. Porque el que imaginó al hombre para reirse de él, tenía más ingenio que él, y tenía también un ingenio más alegre. Aun en esto en que nuestra humanidad quiere al fin humillarse voluntariamente, la vanidad nos juega una mala partida, haciéndonos pensar que nosotros, los hombres, seríamos, al menos *en esta vanidad*, algo incomparable y milagroso. ¡Nosotros, únicos en el mundo! ¡Ah, eso es demasiado inverosímil! Los astrónomos, que realmente ven á veces un horizonte alejado de la tierra, dan á entender que la gota de *vida* en el mundo, no tiene importancia para el carácter total del inmenso océano de la evolución y de la nada; que astros de que no se tiene noticia, presentan con-

diciones análogas á las de la tierra para la producción de la vida; que son, pues, muy numerosos (pero, en realidad, apenas son un puñado en comparación de los infinitos que nunca han tenido el primer impulso de la vida, ó que desde hace mucho tiempo han desaparecido); que la vida en cada uno de esos astros, comparada con la duración de la existencia del hombre, ha sido un momento, una chispa, seguida de largos lapsos de tiempo; y, por lo tanto, que la vida del hombre no es, en manera alguna, el fin último de su existencia. Tal vez la hcrmiga en el bosque se figure también que es el fin de la existencia del bosque, como hacemos cuando, en nuestra imaginación, unimos casi involuntariamente á la destrucción de la humanidad la destrucción de la tierra; todavía somos modestos cuando nos atenemos á eso, y no organizamos, para festejar los funerales del último mortal, un crepúsculo general del mundo y de los dioses. El astrónomo más libre de prejuicios, no puede representar la tierra sin vida más que como la tumba iluminada y flotante de la humanidad.

15.—*Modestia del hombre.*

¡Qué poco placer les basta á la mayoría de los hombres para encontrar buena la vida! ¡Qué modestia la del hombre!

16.—*En qué es necesaria la indiferencia.*

Nada sería más absurdo que esperar lo que la ciencia establezca definitivamente conclusiones sobre las cosas primeras y últimas, y hasta entonces pensar á la manera *tradicional* (¡y, sobre todo, creer así!), como muchas veces se ha aconsejado. La tendencia á querer poseer *certeza* absoluta sobre esas materias,

es un *exceso religioso*, nada más; una forma disfrazada y escéptica sólo en apariencia de la «necesidad metafísica», á la que se agrega la idea preconcebida de que por mucho tiempo no se obtendrán esas certezas definitivas, y de que hasta entonces el «creyente» tiene derecho á no preocuparse de todo ese orden de hechos. No tenemos *necesidad* absoluta de esas certezas que se agrupan en torno del distante horizonte para vivir una vida humana y sólida: como tampoco la hormiga tiene menester de ellas para ser una buena hormiga. Más bien nos será necesario poner en claro de dónde proviene la fatal importancia que hemos atribuido desde hace tanto tiempo á estas cosas, y para eso necesitamos conocer la *historia* de los sentimientos morales y religiosos. Porque sólo bajo la influencia de esos sentimientos, se han hecho para nosotros tan graves y tan temibles esos problemas culminantes del conocimiento: se han introducido de contrabando en los dominios más exteriores, *hacia los cuales* el ojo del espíritu se dirige sin penetrar *en ellos*, conceptos como los de culpa y de pena (¡y hasta de pena eterna!); y eso, con tantos menos escrúpulos, cuanto que esos dominios eran más oscuros para nosotros. Se ha imaginado desde la antigüedad aquello de que nada se podía asegurar, y se ha persuadido á la descendencia que admitiese esas imaginaciones como cosa seria y como verdad, usando como último triunfo de esta proposición execrable: que creer vale más que saber. Ahora bien; lo que es necesario, frente á esas cosas últimas, no es el saber opuesto á la creencia, sino *la indiferencia respecto de la creencia y del supuesto saber* en esas materias. Cualquier otra cosa debe tocarnos más de cerca que lo que hasta ahora se nos ha predicado como más importante, es decir, es-

tas cuestiones: ¿Cuál es el fin del hombre? ¿Cuál es su destino después de la muerte? ¿Cómo se reconcilia con Dios? y todas las expresiones posibles de esas *curiosa* (1). Así como no nos atañen esas cuestiones de los dogmáticos religiosos, tampoco nos interesan las de los dogmáticos filosóficos, sean idealistas, materialistas ó realistas. Todos se ocupan de inducirnos á una decisión sobre materias, en que ni creencia ni saber son necesarios; aun para el más enamorado de la ciencia, es más provechoso que alrededor de todo lo que es objeto de investigación y accesible á la razón, se extienda un falaz circuito de marisma nebulosa, una oleada de algo impenetrable, eterno é indeterminable. Precisamente por la comparación con el reino de lo oscuro, en los confines de la tierra del saber, el mundo de la ciencia, claro y próximo, muy próximo, *crece* sin cesar en valor. Es preciso que volvamos á ser buenos vecinos de los objetos próximos, y que no dejemos, como hemos hecho hasta ahora, que nuestra mirada pase con desprecio por encima de ellos para dirigirse hacia las nubes y los espíritus de la noche. En bosques y cavernas, en tierras pantanosas y bajo cielos nublados, es donde el hombre ha vivido por mucho tiempo, donde ha vivido pobremente en los diversos grados de civilización de siglos y siglos. Allí *ha aprendido á despreciar* lo presente, lo próximo, á la vida y á sí mismo; y nosotros, nosotros que habitamos las llanuras más luminosas de la naturaleza y del espíritu, contraemos todavía, por herencia, en nuestra sangre, algo de ese veneno del desprecio hacia las cosas próximas.

(1) Palabra latina, empleada con gran propiedad por Nietzsche, á falta de otra en su idioma.—(N. DEL T.)

17.—*Explicaciones profundas.*

El que ha dado del pasaje de un autor una *explicación más profunda* que lo era la concepción, no ha explicado al autor, lo ha *oscurecido*. Tal es la situación. Tal es la situación de nuestros metafísicos respecto del texto de la naturaleza, ó peor todavía. Porque para dar sus explicaciones profundas, comienzan muchas veces por conformar á ellas el texto; es decir, que lo *corrompen*. Para dar un ejemplo curioso de corrupción del texto y de oscurecimiento del autor, reproducimos aquí las ideas de Schopenhauer sobre la preñez de las mujeres. «El indicio de la persistencia del deseo de vivir en el tiempo, dice, es el coito: el indicio del fulgor de conocimiento asociado á esa voluntad, que manifiesta la posibilidad de la liberación, y eso en el mayor grado de claridad, es la encarnación nueva del deseo de vivir. El signo de ésta es la preñez que, por esta razón, se ostenta franca y libremente, hasta altaneramente, mientras que el coito se oculta como un criminal.» Supone que *toda mujer*, si fuese sorprendida en el acto de la generación, moriría de vergüenza, pero que «*manifiesta su preñez con un vestigio de vergüenza, hasta con una especie de orgullo*». Ante todo, este estado no se deja ostentar fácilmente, sino que *más bien* se ostenta por necesidad; pero Schopenhauer, al no investigar con exactitud la premeditación de esta ostentación, prepara su texto para que se acomode á la «explicación» ya preparada. Además, lo que dice de la generalidad del fenómeno que quiere explicar, no es cierto: habla de «*toda mujer*»; pero muchas, especialmente las jóvenes, revelan en este estado gran vergüenza, aun enfrente de

sus parientes más cercanos; y si algunas mujeres de edad madura, sobre todo mujeres del pueblo, revelan cierto placer, efectivamente, en hacer ostentación de este estado, es que dan con eso á entender que *aún* son deseadas de los hombres. Quieren que á su vista el vecino y la vecina, ó un extraño que pasa, diga ó piense: «¿Es posible?» Esta limosna la acepta siempre de buen grado la vanidad femenina en su baja intelectual. Si, por el contrario, se sacasen las consecuencias de las proposiciones de Schopenhauer, las mujeres más delicadas é inteligentes serían las que públicamente se complaciesen en su estado; porque tienen la perspectiva de echar al mundo un hijo milagroso por la inteligencia, en el cual «la voluntad se sacrifica» una vez más por el bien general. Si es así, ¡necias de mujeres!; tendrían mucha razón en ocultar su preñez con más vergüenza aún que todo lo que ocultan. No se puede decir que estas cosas estén tomadas de la realidad. Pero, suponiendo que Schopenhauer haya tenido razón, de un modo general, al decir que las mujeres, en el estado de preñez, revelan más contento de sí mismas que revelan de ordinario, habría al alcance de la mano una explicación más fácil que la suya. Podría uno figurarse un cloqueo de gallina antes de poner el huevo, y ese cloqueo querría decir: ¡Mirad, mirad! ¡Voy á poner un huevo! ¡Voy á poner un huevo!

18.—*El Diógenes moderno.*

Antes de buscar al hombre, es necesario haber encontrado la linterna. ¿Será necesariamente la linterna del *cínico*?

19.—*Inmoralistas.*

Es preciso ahora que los moralistas consientan en dejarse tratar de inmoralistas, porque diseccionan la moral. Sin embargo, el que quiere diseccionar se ve obligado á matar: pero sólo para que mejor se pueda conocer y juzgar, y así vivir mejor, no para que el mundo entero se ponga á diseccionar. Desgraciadamente, los hombres se imaginan todavía que el moralista debe ser, por todos los actos de su vida, un moralista á quien sus semejantes deben imitar: lo confunden con el predicador de la moral. Los moralistas de otro tiempo no diseccionaban bastante y predicaban demasiado: de ahí viene esta confusión y esta consecuencia desagradable para los moralistas de hoy.

20.—*No confundir.*

Los moralistas que tratan de los sentimientos grandiosos, enérgicos y desinteresados, por ejemplo, en los héroes de Plutarco, ó bien del estado del alma, puro, iluminado, ardiente en los seres verdaderamente buenos, como se trataría de un severo problema del conocimiento y de uno de esos estados de alma, al mostrar lo que hay de complicado en una aparente sencillez, al examinar el laberinto de los motivos, al cual se mezcla el hilo de las ilusiones ideales y de las sensaciones individuales ó colectivas transmitidas desde lejos y lentamente reforzadas: esos moralistas *difieren* de aquellos con quienes se les *confunde* más á menudo: los espíritus mezquinos que no creen del todo en esos sentimientos y en esos estados de alma, y que piesan ocultar su miseria tras el esplendor de la grandeza y de la pureza. Los moralistas dicen: «hay

problemas», y las personas mezquinas dicen: «hay imposturas y engaños»; *niegan* sencillamente la existencia de lo que éstos se dedican á *explicar*.

21.—*El hombre es el que mide.*

Tal vez se pudiera reducir todo el origen de la moralidad de los hombres á la enorme agitación interior que sobrecogió á la humanidad primitiva cuando descubre la medida y la evaluación, el equilibrio y el peso. (Sabido es que la palabra «hombre» significa el que mide; el hombre ha querido *denominarse* con arreglo á su mayor descubrimiento). Esas nociones nuevas le elevaron á dominios que no se pueden ni medir ni pesar, que primitivamente no parecían tampoco inaccesibles.

22.—*Principio del equilibrio.*

El bandido y el magnate que promete á una comunidad que le protegerá contra el bandido, son probablemente seres semejantes, con la sola diferencia de que el segundo logra ventaja de otro modo que el primero, es decir, por contribuciones metódicas que la sociedad le paga, y no por rescates de guerra. (La misma relación existe entre el traficante y el pirata, que pueden ser por mucho tiempo un solo é idéntico personaje: desde el momento en que una de sus funciones no les parece prudente, ejercen la otra. En el fondo, la moral del traficante no es más que una moral de pirata, más astuta: se trata de comprar al menor precio posible, no gastar más que el coste de los transportes y vender lo más caro posible.) El punto esencial es que este magnate promete hacer *equilibrio* al bandido: los débiles ven en eso la posibilidad de vivir. Porque es necesario, ó bien que se agrupen ellos por si

mismos para constituir una fuerza *equivalente*, ó bien que se sometan á un hombre que esté en condiciones de equilibrar esta fuerza (su sumisión consiste en prestar servicios). Por este procedimiento se obtienen, generalmente, algunas ventajas, porque, en definitiva, pone en jaque á *dos* seres peligrosos, al primero por el segundo, y al segundo por el punto de vista de la ventaja: porque el protector gana en tratar bien á los que se le han sometido, para que puedan no sólo sostenerse, sino también sostener á su dominador. Puede ocurrir, además, que sean tratados con bastante dureza y crueldad; pero en comparación del *aniquilamiento* completo que en otro tiempo era siempre de temer, los hombres sienten un gran alivio. La sociedad es al principio la organización de los débiles para *hacer* equilibrio con las fuerzas amenazadoras. Una organización con arreglo á la *superioridad*, sería preferible si entonces se hiciese uno bastante fuerte para aniquilar á la potencia enemiga: y cuando se trata de un solo destructor poderoso, esto es seguramente lo que *se intentará*. Pero este enemigo es quizá el jefe de una progenie, ó bien posee un gran número de adictos; entonces la destrucción rápida y definitiva será poco probable, y habrá que esperar largas *hostilidades* que pondrían á la sociedad en el estado menos apetecible, porque ésta perdería así el tiempo que le es necesario para velar por su sostén, y vería incessantemente amenazado el producto de su trabajo. Por eso la sociedad prefiere poner su fuerza de defensa y de ataque exactamente á la altura en que se encuentra la fuerza del vecino peligroso, y darle á entender que, siendo sus armas iguales á las suyas, no hay razón para no ser buenos amigos. El *equilibrio* es, pues, una noción muy importante para los antiguos

principios de justicia y de moral: el equilibrio es la base de la *justicia*. Si en las épocas bárbaras, éste dice: «ojo por ojo, diente por diente», considera el equilibrio destruido, y quiere *conservar* este equilibrio por medio de la facultad de devolver lo dado: de tal suerte, que si uno comete un delito con detrimento del otro, el otro no podrá ejercer su venganza con una cólera ciega. Gracias á la *ley del Tali6n* se ha *restablecido* el equilibrio entre las fuerzas que se habian destruido: porque un ojo, un brazo *de más*, en estas condiciones primitivas, es una suma de poder, un peso *de más*. En el recinto de la sociedad, donde todos se consideran como iguales en valor, hay para reprimir los delitos, es decir, contra la infracción del principio del equilibrio, el *deshonor* y el *castigo*: el deshonor, un peso establecido contra el transgresor que se ha proporcionado ventajas por medio de usurpaciones, y en quien el deshonor crea perjuicios que suprimen y *contrapesan* las ventajas anteriores. Lo mismo sucede con el castigo: éste establece contra el predominio que se abroga todo criminal, un contrapeso mucho mayor; contra el golpe de fuerza la cárcel, contra el robo la restitución y la enmienda. Así se le hace *recordar* al malhechor que por su acto se ha excluido de la sociedad, renunciando á las ventajas morales de ésta: la sociedad le trata como desigual, como débil, como uno que se encuentra fuera de ella: por eso el castigo no es sólo una venganza; es algo *más*, que posee la *dureza del estado primitivo*, porque quiere recordar este estado.

23.—¿Tienen derecho á castigar los partidarios de la doctrina del libre arbitrio?

Los hombres que, por su profesión, juzgan y castigan, tratan de establecer en cada caso particular si

un criminal es responsable de su acto, si ha podido servirse de su razón, si ha obrado por obedecer á motivos, y no inconscientemente ó por violencia. Si se le castiga, es por haber preferido las malas razones á las buenas razones que debía *conocer*. Cuando falta este conocimiento, conforme á las ideas dominantes, el hombre no es libre, y no es responsable: á no ser que su ignorancia, por ejemplo, su ignorancia de la ley, no sea la consecuencia de una negligencia intencionada de parte suya; entonces es que ya antes, cuando no quería aprender lo que debía, ha preferido las malas razones á las buenas, y ahora sufre las consecuencias de su elección. Si, por el contrario, no se ha dado cuenta de las razones mejores, por embrutecimiento ó por idiotez, no hay costumbre de castigarlo. Entonces se dice que no poseía el discernimiento necesario; que ha obrado como una bestia. La negación intencional de la razón mejor, es ahora la condición que se exige para que un criminal sea digno de ser castigado. Pero, ¿cómo alguien puede ser intencionalmente más irrazonable de lo que debe serlo? No será ni el error, ni la ceguedad, ni una violencia interior, ni una violencia exterior. (Hay que considerar que lo que se llama «violencia exterior», no es otra cosa que la violencia interior del temor y del dolor). ¿Qué es entonces?, tiene uno derecho á preguntarse. La *razón* no debe ser la causa que hace obrar, porque no podría decidir contra los mejores motivos. Aquí se apela al «libre arbitrio»: es el *capricho* el que debe decidir y hacer intervenir un momento en que no obra ningún motivo, en que la acción se efectúa como un *milagro*, saliendo de la nada. Se castiga esta supuesta *discreción* en un caso en que no debiera reinar ningún capricho: la razón que conoce la ley, la prohibición y

el mandato, hubiera debido guiarse por elección y obrar como violencia y fuerza superior. El criminal es, pues, castigado, porque ha obrado sin razón, cuando hubiera debido obrar conforme á razones. Pero, ¿por qué ha obrado así? Precisamente eso es lo que no hay derecho á preguntar: fué una acción sin «por qué», sin motivo, sin origen; algo que no tenía ni objeto ni razón de ser. Sin embargo, conforme á las condiciones de penalidad enunciadas antes, *¡no hay derecho á castigar esa acción!* Tampoco se puede hacer predominar esta forma de penalidad; debe pasar como si no se hubiera hecho nada, como si se hubiese omitido cometer la acción, como si no hubiese hecho uso de la razón: porque, bajo todos los respectos, la omisión se hace *¡sin intención!* y sólo son punibles las omisiones intencionales de lo que se ha ordenado. Á decir verdad, el criminal ha preferido las malas razones á las buenas; pero *sin motivo* y *sin intención*: si no ha hecho uso de su razón, no fué precisamente por no hacer uso de ella. La hipótesis que se establece respecto del criminal que merece ser castigado; la hipótesis de que ha renegado de su razón *intencionalmente*, se suprime en absoluto si se admite «el libre arbitrio». No tenéis derecho á castigar, vosotros los que sois partidarios de la doctrina del «libre arbitrio»; ¡vuestrós principios os lo prohíben! Pero esos principios, al fin y al cabo, no son otra cosa que una extraña mitología de las ideas, y la gallina que la ha empollado estaba muy lejos de la realidad cuando ponía sus huevos.

24.—*Para juzgar al criminal y á su juez.*

El criminal que conoce todo el encadenamiento de las circunstancias, no piensa, como su juez y su cen-

sor, que su acto está fuera del orden y de la comprensión: su pena, sin embargo, se le mide exactamente según el grado de *asombro* que se apodera de éstos al examinar esa cosa para ellos incomprensible: el acto del criminal. Cuando el defensor de un criminal conoce á fondo el caso y su génesis, las circunstancias atenuantes que presentará, unas después de otras, acabarán exactamente por borrar toda la falta. O para expresarlo más exactamente todavía: el defensor *atenuará*, grado por grado, ese *asombro* que quiere condenar é infligir la pena; hasta acabará por suprimirla completamente, obligando á todos los oyentes honrados á confesarse en su fuero interno: «Tuvo que obrar de la manera que obró; al castigarle, castigaríamos á la eterna fatalidad.» Medir el grado de la pena según *el grado del conocimiento* que se tiene ó *se puede tener* de la historia de un crimen, ¿no es contrario á toda equidad?

25.—*El cambio y la equidad.*

No podría hacerse un cambio de una manera honrada y conforme al derecho, si cada una de las partes no exigiese más que lo que parece ser el valor de su objeto, apreciando el trabajo que cuesta adquirirlo, su rareza, el tiempo empleado, etc., sin olvidar el valor moral que se le atribuye. Desde el momento en que fija el precio *por relación á la necesidad del otro*, eso es una forma más astuta de bandidaje y de exacción. Si el objeto del cambio es dinero, hay que considerar que un *thaler* en mano de un rico heredero ó de un hambriento, de un negociante ó de un estudiante, cambia por completo de valor: cada uno podrá sacar de él más ó menos, según que le haya costado mayor ó menor trabajo adquirirlo; así sería equitativo; pero, en

realidad, no se ignora que es absolutamente lo contrario. En el mundo de la alta hacienda, el *thaler* de un rico perezoso vale más que el del pobre y el del trabajador.

26.—*Las condiciones legales como medios.*

El derecho, basándose en contratos entre iguales, persiste mientras permanece constante; la razón ha creado el derecho para poner fin á las hostilidades y á las *inútiles* dispaciones entre fuerzas iguales. Pero esta razón de conveniencia cesa definitivamente cuando uno de los dos partidos *se ha hecho* sensiblemente *más débil* que el otro: entonces la sumisión reemplaza al derecho, *que cesa de existir*; pero el resultado es el mismo que se conseguía hasta ahora por medio del derecho. Porque desde luego, la *razón* del que vence es la que aconseja *economizar* la fuerza del vencido, y no derrocharla inútilmente; y muchas veces la condición del vencido es más favorable que aquella en que se encontraba el igual. Las condiciones legales son, pues, medios pasajeros que aconseja emplear la razón: no son fines.

27.—*Explicación de la alegría maligna.*

La alegría maligna que se siente frente al mal de otro, proviene del hecho de que cada uno se siente mal bajo muchos respectos, que también tiene sus cuidados, sus remordimientos, y que no los ignora: el perjuicio que afecta al otro, que es su *igual*, reconcilia su envidia. Si tiene razones momentáneas para ser feliz, no por eso deja de acumular las desgracias del prójimo como un capital en su memoria, para hacerlo valer desde el momento en que también le ataca la

desgracia: ese es igualmente un modo de tener una «alegría maligna» (*Schadenfreude*). El sentimiento de la igualdad quiere, pues, aplicar su norma al dominio de la felicidad y del azar; la alegría maligna es la expresión más vulgar por la cual se manifiestan la victoria y el restablecimiento de la igualdad, aun en el dominio del mundo superior. A partir del momento en que el hombre ha aprendido á ver en los demás hombres sus iguales, y, por consiguiente, sólo desde la fundación de la sociedad existe la alegría maligna.

28.—*Lo que hay de arbitrario en la atribución del castigo.*

En la mayoría de los criminales, los castigos vienen como los niños vienen á las mujeres. Han hecho diez y cien veces la misma cosa sin sentir consecuencias desagradables; pero de repente se les descubre, y el castigo se sigue. La costumbre debiera, sin embargo, hacer que pareciera excusable la falta por la cual se castiga al culpable: es una inclinación formada poco á poco, y es inútil resistirla. En lugar de eso, cuando se sospecha el crimen por costumbre, el malhechor es castigado más severamente; la costumbre se aduce como razón para rechazar toda atenuación. Por el contrario, una existencia modelo que hace resaltar el delito, con tanto más horror debiera aumentar el grado de culpabilidad. Pero no es así; atenúa la pena. No se aplican, pues, medidas al crimen, sino que se calcula siempre el perjuicio causado á la sociedad y el peligro corrido por ésta; la utilidad pasada de un hombre se le tiene en cuenta, porque él no se ha hecho perjudicial más que una sola vez; pero si se descubren en su pasado otros actos de carácter perjudicial, se les agrega al acto presente para infringir un castigo tan-

to mayor. Pero si se le castiga, se recompensa de ese modo el pasado de un hombre (el castigo mínimo no es, en este caso, más que una recompensa), y se debiera volver todavía más atrás y castigar y recompensar lo que fué causa de ese pasado, es decir, los padres, los educadores, la sociedad misma, etc.; entonces se verá que en muchos casos *el juez* participa, de un modo ó de otro, en la culpabilidad. Es arbitrario detenerse en el criminal cuando se castiga el pasado; debiera uno atenerse á cada caso particular, cuando no se quiere admitir que toda falta es absolutamente excusable, y no mirar hacia atrás; se trata, pues, de *aislar* la falta, y de no referirla de ningún modo á lo que la ha precedido; de lo contrario, sería predicar contra la lógica. Sacad más bien, vosotros que sois partidarios del libre arbitrio, la conclusión que necesariamente se desprende de vuestra doctrina, y decretad osadamente: *Ningún acto tiene un pasado.*

29.—*La envidia y su hermana más noble.*

Desde el momento en que la igualdad se reconoce verdaderamente y se establece de una manera durable, nace una inclinación que pasa, en resumen, por inmoral, y que, en el estado primitivo, apenas sería imaginable: *la envidia*. El envidioso se da cuenta de toda preeminencia de su prójimo sobre la medida común, y quiere reducirlo á ella ó elevarse él hasta allí: de donde resultan dos maneras de obrar diferentes, que Hesíodo ha designado con el nombre de buena y mala Eris. Del mismo modo, en el estado de igualdad, nace la indignación de ver que una persona que se encuentra á un nivel distinto de igualdad tiene *menos* desgracia de lo que merecía, al paso que otra persona

tiene *más* felicidad de lo que es digna de tener: esas son emociones peculiares de las naturalezas *más nobles*. Éstas buscan en vano la justicia y la equidad, que son independientes de la voluntad de los hombres; es decir, exigen que esta igualdad, reconocida por el hombre, sea igualmente reconocida por la naturaleza y el azar, y se indignan de que los iguales no tengan la misma suerte.

30.—*Envidia de los dioses.*

La «envidia de los dioses» nace cuando alguien que se estima inferior se pone en paridad con alguien superior (como Ayax) ó, cuando por un favor del destino, esta comparación se hace por sí misma (Griobe, madre demasiado feliz). En el orden *social*, ésta envidia exige que nadie tenga mérito *superior* á su situación, que su felicidad sea conforme á esta, y hasta que la conciencia de sí mismo no traspase los límites trazados por esta situación. Muchas veces el general victorioso sufre la «envidia de los dioses», así como también el discípulo cuando ha creado una obra de maestro.

31.—*La vanidad como superfetación de un estado antisocial.*

Habiendo decretado los hombres que son todos iguales, por razones de seguridad personal, con la intención de formar una sociedad, pero siendo esta concepción contraria á la naturaleza de cada uno, y pareciendo algo forzado cuanto más se garantiza la seguridad general, más vástagos nuevos del antiguo instinto de preponderancia comienzan á brotar: en la limitación de las castas, en las aspiraciones á las digni-

dades y á las ventajas profesionales, y, en general, en las cuestiones de vanidad (modales, traje, idioma, etcétera). Pero, desde el momento en que se comienza á prever algún peligro para la sociedad, la mayoría que no ha podido ostentar su preponderancia en los periodos de tranquilidad pública provoca de nuevo el estado de igualdad: los absurdos privilegios y vanidades desaparecen por algún tiempo. No obstante, si la comunidad social se derrumba por completo, si la anarquía se hace universal, el estado natural se establecerá de nuevo, se implantará la desigualdad negligente y absoluta, como ocurrió en la isla de Corcyera, según el relato de Tucídides. No hay ni justicia natural ni injusticia natural.

32.—*La equidad.*

La equidad es una evolución de la justicia que nace entre los que no pecan contra la igualdad en común: se aplica á casos en que la ley nada prescribe, en que interviene el sentido sutil del equilibrio que toma en consideración el pasado y el porvenir, y que tiene por máxima: «no hagas para otro lo que no quieras para ti.» *Aequum* quiere decir precisamente: *es conforme á nuestra igualdad*; la equidad nivela nuestras insignificantes diferencias, para restablecer la apariencia de igualdad, y quiere que perdonemos muchas cosas que no nos veríamos *obligados* á perdonar.

33.—*Elementos de la venganza.*

La palabra «venganza» (*Rache*) se pronuncia pronto: casi parece que no pudiera contener más que una sola raíz de idea y de sentimiento. Nos dedicamos siempre á encontrar ésta, como nuestros economistas

no se han cansado todavía de husmear en la palabra «valor» una unidad semejante y de buscar la raíz fundamental de la idea de valor. ¡Como si todas las palabras fuesen bolsillos donde se ha metido tan pronto esto como aquello, como muchas cosas á la vez! La «venganza» es, pues, tan pronto esto como aquello, como algo más complicado. Trátese, pues, de distinguir ese retroceso defensivo que se efectúa casi involuntariamente, como si se estuviese enfrente de una máquina en movimiento, aun enfrente de objetos inanimados que nos han afectado; el sentido que hay que dar á ese movimiento contrario es hacer cesar el peligro deteniendo la máquina. Para conseguir ese fin, es preciso á veces que la réplica sea tan violenta que destruya la máquina; pero cuando ésta es demasiado sólida para poder ser destruida de un golpe por un individuo, éste empleará toda la fuerza de que es capaz para descargar un golpe vigoroso; como si esa fuese una tentativa suprema. De igual modo os portáis con las personas que os hieren bajo el influjo inmediato del perjuicio causado. Llámese á eso un acto de venganza; muy bien; pero no hay que olvidar que sólo el *instinto de conservación* ha puesto en movimiento el rodaje del raciocinio, y que en el fondo no se piensa en el que causa el perjuicio, sino solamente en uno mismo: obramos así *no* para perjudicar por nuestra parte, sino sólo para *salvar* la vida. Se emplea *tiempo* en pasar imaginariamente de uno mismo al adversario, y para preguntarse de qué manera se le podrá herir en el punto sensible. Eso ocurre en la segunda forma de venganza: hay que considerar como condición primera la reflexión que uno se hace sobre la vulnerabilidad y la capacidad de sufrimiento del otro; sólo entonces se quiere hacer mal. Por el

contrario, el que se venga no piensa todavía en garantizarse de un perjuicio futuro, hasta el punto de que muchas veces se causa un nuevo perjuicio, que á menudo prevé con gran sangre fría. Si en la primera especie de venganza el miedo del segundo golpe era el que hacía la respuesta lo más enérgica posible, ahora estamos, por el contrario, enfrente de una incompleta indiferencia respecto de lo que el adversario hará todavía; la energía de la réplica está determinada por lo que el adversario nos ha hecho *ya*. ¿Qué ha hecho? ¿Y qué nos importa que sufra ahora después que hemos sufrido por él? Se trata de una *reparación*: mientras el acto de venganza de la primera especie no sirviese más *que para la conservación de sí mismo*. Tal vez nuestro adversario nos ha hecho perder nuestra fortuna, nuestro rango, nuestros amigos, nuestros hijos; la venganza no rescata esas pérdidas; la reparación no se refiere más que á una *pérdida accesoria*, que se agrega á todas las pérdidas mencionadas. La venganza de la reparación no conserva perjuicios futuros, no repara el perjuicio causado, á no ser en un caso. Cuando nuestro *honor* ha sufrido por las ofensas del adversario, la venganza está en condiciones de *restablecerlo*. Pero este perjuicio se le ha causado de todos modos, cuando se nos ha hecho mal intencionalmente: porque el adversario ha probado con eso que no nos *temía*. Nuestra venganza demuestra que también nosotros no le tememos: en eso hay compensación y reparación. (La intención de pregonar la ausencia completa de *temor* va tan lejos, en ciertas personas, como el peligro que la venganza pudiera hacerles correr á sí mismas—pérdida de la salud ó de la vida ú otros perjuicios—se considera por ellas como una condición esencial de la venganza. Por eso

siguen el camino del dueño, aunque los tribunales les prestan su concurso, para obtener satisfacción de la ofensa: sin embargo, no consideran como suficiente una reparación de su honra donde no habría un peligro, porque una reparación sin peligro no podría demostrar que están exentas de temor). En la primera especie de venganza el temor es precisamente el que efectúa la réplica: aquí, por el contrario, es la ausencia de temor lo que quiere afirmarse con la réplica. Nada parece, pues, más distinto que la motivación íntima de las dos maneras de obrar designadas en el mismo término de «venganza»); y á pesar de eso, á menudo sucede que el que ejerce la venganza no se da cuenta exactamente de lo que en resumen le ha inducido á la acción; quizá es por temor y por instinto de conservación por lo que ha replicado; pero más tarde, cuando tiene tiempo para reflexionar desde el punto de vista del honor herido, se ha persuadido á sí mismo de que á causa de su honor se ha vengado. Ese motivo es en todos los casos más noble que el primero. Hay, además, otro punto de vista que es importante: saber si ha considerado su honor como lastimado á juicio de los demás (del mundo), ó sólo á juicio del ofensor; en ese último caso, preferirá la venganza secreta; en el primero, la venganza pública. Según que imaginariamente se sienta fuerte ó débil, en el alma del delincuente y de los espectadores su venganza será más exasperada ó más mansa; si ese género de imaginación le falta por completo, no pensará en la venganza, porque entonces no poseerá el sentimiento del honor, y no se podría, por consiguiente, ofender en él ese sentimiento. Del mismo modo no pensará en la venganza, cuando *desprecia* al ofensor y al espectador de la ofensa: porque, supuesto que los desprecia,

no podrían darle la honra, y, por consiguiente, no podrían quitársela. Por último, renuncia también á la venganza en el caso, no muy extraordinario, en que amase al que le ofende: tal vez en sentir de éste, esta renuncia causa perjuicio á su honor, y entonces se hará menos digno de que se le corresponda con el afecto. Pero renunciar al amor en recompensa es también un sacrificio que al amor está dispuesto á hacer, á condición de que no se vea *obligado á causar mal* al objeto de su afecto; eso sería causarse mal á sí mismo más aún de lo que le causa ese sacrificio. Luego cada cuál se vengará, á no ser que esté despojado ó de su honra, lleno de desprecio, ó de amor para el ofensor que le causa el perjuicio. Cuando se dirige á los tribunales, quiere también la venganza en cuanto particular: pero, *además*, en cuanto miembro de la sociedad que razona y que prevé querrá la venganza de la sociedad sobre alguien que no la venera. Así, pues, por medio del castigo jurídico se *restablecen* tanto la doctrina privada como la doctrina social: es decir, el castigo es una venganza. Hay también de fijo en el castigo ese otro elemento del odio antes descrito, en el sentido de que, por medio del castigo, la sociedad contribuye á *su propia conservación* y efectúa la réplica para su legítima defensa. El castigo quiere preservar de un perjuicio *futuro*; quiere intimidar. Luego, en realidad, en el castigo, los dos elementos tan distintos del odio se *asocian*, y tal vez es eso lo que más contribuye á mantener esta confusión de ideas merced á la cual el individuo que se venga no *sabe* generalmente lo que *quiere*.

34.—*Las virtudes del perjuicio.*

En cuanto miembros de ciertas agrupaciones sociales, creemos no tener derecho á ejercer ciertas virtu-

des que en cuanto particulares nos dan el mayor honor y nos causan un placer sensible, por ejemplo, el perdón y la indulgencia contra los extraviados de todas clases, y, en general, toda manera de obrar en que el bien de la sociedad pueda sufrir con nuestra virtud. Ningún colegio de jueces tiene derecho á dar la absolución ante su conciencia: sólo al soberano, *en cuanto individuo*, se ha reservado esta prerrogativa, y él se alegra cuando hace uso de ella, para demostrar que sería bueno conceder absoluciones, pero no en cuanto sociedad. La sociedad no reconoce, pues, más que las virtudes que le son ventajosas ó que al menos no le causan perjuicio (las que pueden ejercerse sin daño ó hasta defendiendo intereses, por ejemplo, la justicia). Esas virtudes del perjuicio no pueden, por consiguiente, haber nacido en la *sociedad*, supuesto que, aun ahora, en el seno de la menor aglomeración social que se constituya, se eleva la oposición contra ella. Son, pues, virtudes que circulan entre los hombres que no son iguales, virtudes inventadas por el individuo que se siente superior, virtudes propias del *dominador* con este pensamiento preconcebido: «Soy bastante poderoso para aceptar un perjuicio visible; esa es una prueba de mi fuerza.» Por consiguiente, una virtud próxima á la arrogancia.

35.—*Casuística de la ventaja.*

No habría casuística de la moral si no hubiera casuística de la ventaja. La razón más independiente y más sagaz no basta á menudo para escoger entre dos cosas, de manera que de la elección resulte la mayor ventaja. En casos tales se escoge, porque hay que escoger, y después se experimenta una especie de mareo del sentimiento.

36.—*Hacerse hipócrita.*

Todos los mendigos se hacen hipócritas, como todos los que hacen su profesión de penuria y de miseria, (sea una miseria personal ó una miseria pública). El mendigo está lejos de sentir su miseria con tanta intensidad como se ve obligado á *hacerla* sentir si quiere vivir de la mendicidad.

37.—*Una especie de culto de las pasiones.*

Vosotros, oscurantistas y socarrones filosóficos, habláis, para declamar contra la estructura de todo el edificio del mundo, del *carácter terrible* de las pasiones humanas. ¡Como si siempre que hubo pasión hubiera habido también terror! ¡Como si siempre en este mundo mezquino debiese existir esta especie de terror! Por negligencia en las cosas pequeñas, por falta de observación de vosotros mismos y de observación de los que deben ser educados, habéis dejado crecer la pasión hasta que se ha convertido en un monstruo tal, que ya os sentís sobrecogidos de temor nada más que con oír pronunciar la palabra pasión. Depende de vosotros y depende de nosotros *despojar* á las pasiones de su carácter terrible, y hacer de manera que se les impida convertirse en torrentes devastadores. No hay que inflar el desprecio hasta hacer de él la fatalidad eterna; queremos, por el contrario, trabajar lealmente en la tarea de transformar en alegrías todas las pasiones de los hombres.

38.—*El remordimiento.*

El remordimiento es, como la mordedura de un perro en una piedra, una tontería.

39.—*Origen de los privilegios.*

Los privilegios se remontan, por lo general, á un uso; el uso, á una *convención* momentáneamente establecida. Os ocurre una ú otra vez quedar satisfecho, por ambas partes, de las consecuencias que resultan de una convención y ser también demasiado perezoso para renovar formalmente esta convención; así se continúa viviendo como si ésta hubiese sido siempre renovada, y, poco á poco, cuando el olvido ha tendido un velo sobre su origen, se cree poseer un edificio sagrado é indestructible, sobre el cual cada generación continúa construyendo *forzosamente*. El uso se convierte entonces en una *violencia*, aun cuando no tuviese la utilidad á que primitivamente se aspiraba en el momento que se estableció la convención. Los *débiles* han encontrado en eso un sólido baluarte en todos los tiempos: se inclinan á *eternizar* la convención aceptada una vez, la gracia que se les ha concedido.

40.—*La significación del olvido en el sentimiento moral.*

Las mismas acciones, inspiradas primero en la sociedad primitiva por la *utilidad* general, han sido atribuidas más tarde, por otras generaciones, á otros motivos; porque se temía y veneraba á los que exigían y recomendaban esos actos, ó por costumbre, porque, desde su infancia los habían visto practicados á su alrededor, ó bien por benevolencia, porque su ejercicio ocasionaba la alegría y hacía ver gestos de aprobación, ó, finalmente, por vanidad, porque se les elogiaba por eso. Esas acciones cuyo motivo fundamental

se ha *olvidado* (el motivo de la utilidad), se llaman entonces morales: acaso no, porque hayan sido llevadas á cabo por esos motivos *distintos*, sino porque no se han llevado á cabo por razones de una utilidad consciente. ¿De dónde viene ese *odio* de la utilidad que aquí se hace visible, cuando toda acción loable excluye literalmente toda acción motivada por la utilidad? Es evidente que la sociedad, hogar de toda moral y de todas las alabanzas en favor de los actos morales, ha tenido que luchar mucho y muy rudamente con el interés particular y la obstinación del individuo para no acabar por considerar como superior, desde el punto de vista moral, cualquier otro motivo que no sea la utilidad. Así nace la apariencia que hace creer que la moral no sale de la utilidad, cuando en realidad no es al principio otra cosa que la utilidad pública que ha tenido gran trabajo en predominar y en hacerse tomar en consideración contra todas las utilidades privadas.

41.—*La riqueza moral por sucesión.*

Hay también una riqueza por sucesión en el dominio moral: la poseen las personas mansas, caritativas, benévolas, compasivas, que han heredado de sus antepasados todos los buenos *procedimientos*, mas no la razón (que es causa de ellos). La ventaja de esta riqueza es que hay que prodigarla incesantemente, si se quieren hacer sentir sus beneficios, y que trabaja así involuntariamente en reducir la distancia entre la riqueza y la pobreza morales; lo más singular y excelente es que esa aproximación no se verifica en favor de un futuro término medio entre la pobreza y la riqueza, sino en favor de una riqueza y de una abundancia *universales*. De esta manera casi se puede re-

sumir la opinión corriente sobre la riqueza moral por sucesión. Mas paréceme que esta opinión se mantiene ahora más bien *in majorem gloriam* de la moralidad que en honor de la verdad. La experiencia, al menos, establece un axioma que, si no es una refutación de esta generalidad, puede considerarse como una restricción significativa. Sin una razón escogida, dice la experiencia, sin la facultad de la elección más sutil y una *gran disposición para la moderación*, los que poseen una riqueza moral por sucesión conviértense en derrochadores de la moralidad; abandonándose sin freno á sus instintos de compasión, de caridad, de benevolencia y de conciliación hacen que todo el mundo que les rodea sea más negligente, más exigente y más sentimental. Por eso los hijos de esos derrochadores muy morales, son con facilidad (y desgraciadamente en el mejor caso) inútiles para todo; débiles y agradables.

42.—*El juez y las circunstancias atenuantes.*

«Hay que ser también honrado para con el diablo, y pagar sus deudas, dijo un viejo soldado, cuando se le contó un poco detalladamente la historia de Fausto. «¡Fausto debe ir al infierno!» «¡Vosotros los hombres sois terribles!»—exclamó su mujer.—¿Cómo es posible? ¡No hizo otra cosa que carecer de tinta en su tintero! Seguramente es un pecado escribir con sangre, pero eso no es bastante para condenar á un hombre tan bello á sufrir los tormentos del infierno!»

43.—*Problema del deber de la verdad.*

El deber es un sentimiento imperioso que impulsa á la acción; un sentimiento que llamamos bueno y que consideramos como indiscutible, pues no hablamos y

no nos gusta que se hable de sus orígenes, de sus límites y de su justificación. Pero el pensador considera todas las cosas como resultado de una evolución, y juzga discutible todo lo que «ha llegado á ser»; es, por consiguiente, el hombre sin deber, en cuanto que no es más que pensador. Como tal no debe aceptar el deber de considerar y de decir la verdad, y no debe experimentar ese sentimiento; debe preguntarse: ¿de dónde viene? ¿adónde va? Pero estas mismas cuestiones las considera como problemáticas. Ahora bien; ¿no debe resultar de aquí que la máquina del pensador no funcione bien, si realmente pudiese considerarse como *irresponsable*, en la investigación del conocimiento? En ese sentido pudiera decirse que, para *alimentar* la máquina, se necesita el mismo alimento que debe examinarse por medio de ésta. La fórmula pudiera tal vez resumirse así: admitiendo que exista un deber de reconocer la verdad, ¿cuál es entonces la verdad con respecto á cualquier otra clase de deber? Pero un sentimiento hipotético del deber, ¿no es un contrasentido?

44.—*Grados de la moral.*

La moral es primero un medio de conservar á la sociedad de una manera general, y de preservarla de su pérdida; es, en segundo lugar, un medio para conservar la sociedad á cierto nivel y para conservarla algunas cualidades. Los motivos de conservación son el *temor* y la *esperanza*; motivos tanto más poderosos y tanto más groseros, cuanto que todavía es muy viva la inclinación hacia las cosas falsas, exclusivas y personales. Hay que servirse aquí de los medios de intimidación más terribles, mientras los medios más

benignos no producen efecto alguno, y mientras esta doble forma de conservación no se consigue de otra suerte. Uno de los medios más violentos es la invención de un más allá con un infierno eterno. Se necesitan tormentos del alma y verdugos para ejecutar esos tormentos. Otros grados de la moral, medios para conseguir el fin indicado, están representados por los mandamientos de un dios (ley mosaica); otros (que son grados superiores), por los mandamientos de una idea del deber absoluto, con el famoso: «tú debes.» Son grados bastante groseramente marcados, pero grados *amplios*, supuesto que los hombres no tratan de poner el pie en grados más estrechos y más delicados. Viene después una moral de la *inclinación*, del *gusto*, y, por último, de la *inteligencia*: que está por encima de todos los motivos ilusorios de la moral, pero que se ha dado cuenta de que hace mucho tiempo que no ha sido posible á la humanidad tener otras.

45.—*La moral de la compasión en boca de los inmoderados.*

Todos los que no poseen bastante por sí mismos, y no ven en la moralidad un dominio constante de sí mismos, ejercido incesantemente en grande y en pequeño, conviértense involuntariamente en los glorificadores de los impulsos de bondad, de compasión y de benevolencia, particularmente en esa moralidad instintiva que no tiene cabeza, sino que parece estar compuesta solamente de un corazón y de manos firmes. En su interés está poner en tela de juicio una moralidad de la razón y querer dar un valor universal á esta otra moralidad.

46.—*Cloacas del alma.*

El alma debe tener también sus cloacas particulares donde hace verter sus inmundicias. Muchas cosas pueden servir para eso: personas, relaciones, clases sociales, tal vez la patria, ó también el mundo, ó, por último, para los más orgullosos (hablo de nuestros pesimistas «modernos»), el buen Dios.

47.—*Una forma de reposo y de contemplación.*

Ten cuidado con no hacer que tu reposo y tu contemplación sean parecidos al reposo y á la contemplación del perro ante el escaparate de un carnicero. El miedo no le permite avanzar, el deseo le impide retroceder, y abre mucho sus ojos, que se asemejan á una boca abierta.

48.—*Una prohibición sin motivo.*

Una prohibición, cuyas razones no comprendemos ó no admitimos, es casi una orden, no sólo para el espíritu obtuso, sino también para el que tiene sed de conocimiento; se trata de saber así por qué se ha hecho la prohibición. Las prohibiciones morales, como las del Decálogo, no pueden valer más que durante las épocas en que la razón está oprimida. Ahora una prohibición como: «no matarás», «no cometerás adulterio», presentada así sin razón, produciría un efecto más perjudicial que útil.

49.—*Característica.*

¿Cuál es el hombre que puede decir de sí mismo: «Me ocurre muy á menudo despreciar, pero no odio jamás: en cada hombre encuentro siempre algo que

se puede honrar, y á causa de lo cual le honro; lo que se llama las cualidades amables, me atraen poco?»

50.—*Compasión y desprecio.*

Manifestar compasión se considera como un signo de desprecio, porque se ha cesado visiblemente de ser objeto de *temor*, desde el momento en que se siente compasión hacia vosotros. Se ha perdido el equilibrio, mientras que en realidad ese nivel no basta á la vanidad humana, y sólo la preponderancia y el temor que se inspira procuran al alma el sentimiento más deseado. Por eso hay que plantearse el problema de saber cómo ha nacido la apreciación de la piedad y cómo hay que explicar las *alabanzas* que se prodigan ahora al desinterés: en el estado primitivo se desprecia el desinterés; en el estado primitivo se desprecia el desinterés ó se temen las emboscadas.

51.—*Saber ser pequeño.*

Cerca de las flores, de las hierbas y de las mariposas, hay que saber rebajarse de un niño que apenas tiene su altura. Pero nosotros, las personas mayores, hemos crecido más que las cosas, y tenemos que curvarnos hasta ellas; creo que las hierbas nos odian cuando confesamos el amor que tenemos hacia ellas. El que quiere tomar aparte todas las cosas buenas debe también saber tener horas en que es pequeño.

52.—*La imagen de la conciencia.*

La imagen de nuestra conciencia es la *única* que durante los años de nuestra juventud se nos ha *exigido* módicamente, y sin razón, por personas á quienes ve

nerábamos y temíamos. Luego de la conciencia viene ese sentimiento de obligación («es necesario que yo haga tal cosa, que no haga tal otra») que no pregunta *por qué* es necesario que sea así. En todos los casos en que una cosa se hace con «por qué», el hombre obra *sin* conciencia; pero esa no es una razón para que obre en contra de su conciencia. La fe en la autoridad es el origen de la conciencia; ésta no es, pues, la voz de Dios en el pecho del hombre, sino la voz de algunos hombres en el hombre.

53.—*Las pasiones dominadas.*

El hombre que ha dominado sus pasiones ha entrado en posesión del suelo más fecundo, del mismo modo que el colono que se ha hecho dueño de los bosques y de los pantanos. *Sembrar* en el terreno de las pasiones vencidas la semilla de las buenas obras espirituales es entonces la tarea más urgente y más próxima. Dominar no es más que un *medio*, no es un fin; si se considera de otro modo esta victoria, toda clase de malas hierbas y de diabluras abundan en el suelo fecundo puesto así en baldío, y pronto todo eso se pone á brotar, y á brotar todavía con más impetuosidad que antes.

54.—*La habilidad para servir.*

Todas las personas á quienes se llama prácticas tienen una habilidad particular para servir: eso precisamente les hace prácticos, ya sea para los demás, ya para ellos mismos. Robinsón poseía un servidor mejor que Vendredi: era Crusocé.

55.—*Peligro del lenguaje para la libertad intelectual.*

Toda palabra es un prejuicio.

56.—*Ingenio y tedio.*

El proverbio: «El Magyar es demasiado perezoso para aburrirse», da en que pensar. No son los animales mejor organizados y más activos los que comienzan á ser capaces de tedio. ¡Qué buen asunto para un gran poeta *el tedio de Dios* en el séptimo día de la creación!

57.—*Las relaciones con los animales.*

Puede observarse la formación de la moral en la manera de portarnos con los animales. Cuando la utilidad y el perjuicio *no* entran en juego, experimentamos un sentimiento de completa irresponsabilidad; matamos y herimos, por ejemplo, insectos, ó bien los dejamos vivir sin pensar generalmente en ellos. Tenemos la mano tan pesada, que nuestras lindezas con las flores y con los animalitos son casi siempre asesinas: lo cual no impide que sintamos placer por ellas. Hoy es la fiesta de los animalitos, el día más molesto del año: ved como todo eso bulle y se arrastra á nuestro alrededor, y, sin hacerlo sentir, pero también sin preocuparnos, aplastamos tan pronto aquí cómo allí un gusanillo ó un insecto emplumado. Cuando los animales nos causan perjuicio aspiramos por todos los medios á su *destrucción*. Y esos medios son á menudo crueles, sin que esa sea nuestra intención: es la crueldad de la irreflexión. Si, por el contrario, son útiles, los *explo-tamos*; hasta que una razón más sutil nos enseña que en ciertos animales podemos obtener beneficio de otro tratamiento, es decir, de los cuidados y de la educa-

ción. Sólo entonces nace la responsabilidad. Respecto de los animales se evitan los tratamientos bárbaros; un hombre se rebela cuando ve á alguien mostrarse inexorable para con su vaca, en conformidad absoluta con la moral de la sociedad primitiva, que ve la utilidad *general* en peligro desde el momento en que un individuo comete una falta. El que en la sociedad se da cuenta de un delito, teme para él el daño indirecto; y tememos por la cualidad de la vianda, la cultura de la tierra, los medios de comunicación, cuando vemos maltratar á los animales. Además, el que es brutal para con los animales despierta la sospecha de que es igualmente brutal para con los débiles, los hombres inferiores é incapaces de venganza; parece carecer de nobleza y de arrogancia delicada. Así se forma un comienzo de juicio y de sentido moral: la superstición agrega la mejor parte. Algunos animales incitan al hombre con miradas, sonidos y actitudes á verse transportada su imaginación al cuerpo de éstos, y algunas religiones enseñan á ver algunas veces en el animal la residencia de las almas de los hombres y de los dioses: por eso recomiendan nobles precauciones y hasta un temor respetuoso con respecto á los animales. Aun cuando esta superstición hubiera desaparecido, los sentimientos suscitados por ella continúan produciendo sus efectos, maduran y dan sus frutos. Sabido es que desde este punto de vista el cristianismo ha demostrado que era una religión pobre y retrógrada.

58.—*Nuevos actores.*

No hay mayor vulgaridad entre los hombres que la muerte; en el segundo lugar está el nacimiento, porque sin nacer no se puede morir; y después el matri-

monio. Pero todas esas mezquinas tragicomedias que se representan, en cada una de sus representaciones, inÉuitamente numerosas, son siempre interpretadas por nuevos actores, y no cesan, por consiguiente, de tener espectadores desinteresados; sin embargo, debería creerse que todos los espectadores de este valle terrestre habian concebido ya tal tedio que se hubieran colgado de todos los árboles. ¡La pieza no vale nada: lo que importa son los nuevos actores!

59.—¿Qué es «ser obstinado»?

El camino más corto no es el más recto sino aquel en el cual el viento más favorable inflama nuestra vela; eso es lo que enseñan las reglas de la navegación. No obedecerlas es ser obstinado; la firmeza de carácter está aquí desnaturalizada por la estupidez.

60.—La palabra «vanidad».

Es doloroso que ciertas palabras, de las cuales nosotros los moralistas no podemos prescindir en absoluto, llevan ya en sí una especie de censura de las costumbres, datando de la época en que los impulsos más sencillos y más naturales del hombre han sido desnaturalizados. Así, la convicción fundamental de que sobre las olas de la sociedad navegamos ó naufragamos más por ló que parecemos que por lo que somos (convicción que debe servirnos de gobernalle para todo lo que emprendamos en la sociedad) se designa y estigmatiza con el nombre de «vanidad»; una de las cosas más graves y más lógicas designada por una expresión que la hace aparecer como lo más vacío y grande que hay; algo grande á lo cual se adjudican los rasgos de una caricatura. Pero eso no sirve de

nada, nos vemos obligados á emplear tales términos, cerrando nuestros oídos á las insinuaciones de las antiguas costumbres.

61.—*Fatalismo turco.*

El fatalismo turco tiene el defecto fundamental de que pone frente á frente al hombre y á la fatalidad como dos cosas absolutamente distintas: el hombre, dicen, puede resistir á la fatalidad y tratar de reducirla á la nada, pero ella acaba siempre por lograr la victoria; por eso, lo más lógico es resignarse ó vivir á capricho. En realidad, cada hombre es una partícula de la fatalidad: si cree oponerse á la fatalidad de la manera indicada, es que también en eso domina la fatalidad; la lucha es puramente imaginaria, pero imaginaria es también esta resignación al destino; de suerte que todas esas quimeras se reducen á la fatalidad. El temor que sienten la mayoría de las personas ante la doctrina de la voluntad esclavizada es, al fin y al cabo, la doctrina del fatalismo turco; creen que el hombre se hará débil y resignado, que se cruzará de brazos ante el porvenir, porque no está en condiciones de cambiar nada: ó bien que aflojará las riendas á su humor caprichoso, porque éste no podrá agravar lo que está determinado de antemano. Las locuras del hombre forman parte de la fatalidad, lo mismo que sus actos de gran prudencia: este miedo á la creencia en la fatalidad, es también fatalidad. Tú mismo, pobre ser tímido, eres la criatura invencible que domina á los dioses; para todo lo que es porvenir eres la bendición ó la maldición, y, en todos los casos, eres el obstáculo que detiene aun al hombre más resuelto; en ti está determinado de antemano todo e

porvenir del mundo; no sirve de nada sentirse sobrecogido de temor ante ti mismo.

62.—*Abogado del diablo.*

«No se llega á *sabio*, sino por medio de la desgracia; no se llega á *bueno*, sino por medio de la desgracia de los demás»: así habla esta extraña filosofía que hace derivar toda moralidad de la compasión y toda intelectualidad del aislamiento de los hombres; por eso intercede inconscientemente á favor de todas las degradaciones terrestres. Porque la piedad necesita del sufrimiento, y el aislamiento del desprecio de los demás.

63.—*Los disfraces de carácter morales.*

En las épocas en que los disfraces de carácter peculiares de las distintas clases pasan por definitivamente establecidos, del mismo modo que las clases mismas, los moralistas se sentirán inducidos á considerar también como absolutos los disfraces de carácter *morales*, y á descubrirlos en consecuencia. Así, Molière es inteligible como contemporáneo de la sociedad de Luis XIV; en nuestra época de transiciones y de estados intermedios, parecería un pedante genial.

64.—*La virtud más noble.*

En la primera fase de la humanidad superior, se considera como la virtud más noble la bravura; en la segunda, la justicia; en la tercera, la moderación; en la cuarta, la sabiduría. ¿En qué fase vivimos *nosotros*? ¿En qué fase vives *tú*?

65.—*Lo primero que es necesario.*

Un hombre que no quiere dominar su cólera, sus accesos de odio y de venganza, su lujuria, y que, á pesar de eso, aspira á dominar cualquier otra cosa, es tan estúpido como el labrador que cultiva su terreno á orillas de un torrente sin defenderse contra éste.

66.—*¿Qué es la verdad?*

Schwarzert (Melanchton): Proclámase muchas veces la fe cuando se acaba precisamente de perderla, y se la busca por las calles: ¡y entonces es cuando mejor se proclama! *Lutero:* Tú dices hoy verdad, hermano, y hablas como si fueses un ángel. *Schwarzert:* Pero esa es la opinión de tus enemigos y la aplican á ti. *Lutero:* ¡Entonces es una mentira inventada por el diablo!

67.—*Costumbre de los contrastes.*

La observación superficial é inexacta ve contrastes en la naturaleza (por ejemplo, entre «calor» y «frío») donde no hay contrastes, sino solamente diferencias de grados. Esta mala costumbre nos ha inducido á querer comprender también y separar con arreglo á esos contrastes la naturaleza interior, el mundo moral é intelectual. El sentimiento humano se ha gravado de infinidad de dolores, de usurpaciones, de durezas, de alienaciones, de resfriamientos por el hecho de que se creían ver contrastes donde no hay más que transiciones.

68.—*Si se puede perdonar.*

¿Cómo se les ha de perdonar si no saben lo que hacen? Entonces no hay nada de qué perdonar. Pero

¿un hombre *sabe* alguna vez *perfectamente* lo que hace? Y si su acción es al menos *problemática* siempre, los hombres no tendrían nunca nada de qué perdonarse, y dar la absolución llegaría á ser para el hombre razonable una cosa imposible. En resumidas cuentas, si los criminales supiesen verdaderamente lo que han hecho, no tendríamos tampoco el derecho de *perdonar*, á menos que tuviésemos el derecho de acusar y de castigar. Pero ese derecho no le tenemos.

69.—*Vergüenza habitual.*

¿Por qué sentimos vergüenza cuando se nos atribuye un favor y una distinción que, según la expresión vulgar, «no hemos merecido»? Parécenos entonces que se nos hace penetrar en un dominio donde no nos encontramos en nuestro puesto, de donde debiéramos ser excluidos, en cierto modo, en un lugar santo ó santísimo que nuestro paso no debiera hollar. Por un error de otros hemos penetrado allí á pesar nuestro, y ahora estamos subyugados, ya por el temor, ya por la veneración, y no sabemos si debemos huir ó disfrutar del momento bendito y de la ventaja que se nos concede. En toda vergüenza hay un misterio que profanamos ó que parece estar en peligro de que lo profanemos; toda *concesión* es una vergüenza. Mas si se considera que, de un modo general, nunca hemos «merecido» nada, en el caso que uno se abandonase á esta idea en el círculo de las concepciones *crístianas*, el sentimiento de vergüenza se haría *habitual*; porque entonces Dios parecería bendecir *sin cesar* y ejercitar su gracia. Pero, hecha abstracción de esta interpretación cristiana, este estado de *vergüenza habitual* sería posible también para el sabio totalmente impío,

que sostiene la absoluta irresponsabilidad y la ausencia de mérito en toda acción y en toda organización; si se le trata como si hubiese merecido tal ó cual cosa, parece introducirse en un orden superior de seres que de un modo general *merecen* algo, que son libres y verdaderamente capaces de soportar la responsabilidad de su poder y de su querer. El que dice á ese sabio: «lo has merecido», parece apostrofarle así: «no eres un hombre, sino un Dios».

70.—*El educador más inhábil.*

Todas las virtudes verdaderas están plantadas en uno, en el terreno de su espíritu de contradicción; en otro, están plantadas en su incapacidad de decir *no* y, por consiguiente, en su espíritu de aprobación; un tercero ha hecho florecer toda su moralidad en su altivez solitaria; alguno funda la suya en su instinto violento de sociabilidad. Admitiendo, desde luego, que por medio de educadores inhábiles y por medio de azares nefastos, no se hayan sembrado los granos de la virtud en todos cuatro en el suelo de su naturaleza, ese suelo que es en ellos el más rico y fecundo, se convertirían en hombres sin moralidad, débiles y desagradables. ¿Y cuál hubiera sido precisamente el más inhábil de todos los educadores y la desgracia de esos cuatro hombres? El fanático moral que cree que el bien sólo puede salir del bien y sólo puede brotar en el bien.

71.—*La escritura de la previsión.*

A. Si *todos* supiesen eso, se perjudicaría á la *mayor parte* de ellos. Tú mismo llamas á esas opiniones peligrosas para el que está en peligro, y, sin embargo,

participas de ellas públicamente.—*B.* Yo escribo de manera que ni el populacho, ni los *populi*, ni los partidos de todas clases sientan ganas de leerme. Por consiguiente, esas opiniones nunca serán públicas.—*A.* Pero entonces ¿cómo escribes?—*B.* Ni de un modo útil ni de un modo agradable para los tres individuos antes señalados.

72.—*Misioneros divinos.*

Sócrates se consideraba también como un misionero divino; pero no sé que veleidad de ironía ática y de complacencia en la chocarrería se deja sentir en él; veleidad por la cual se atenúa ese término fatal y pretencioso. Habla sin unción; sus imágenes del freno y del caballo son sencillas, y no tienen nada de sacerdotales, y la verdadera tarea religiosa tal como se la ha propuesto (poner al dios á prueba de muchas maneras distintas para saber si ha dicho la verdad), permite deducir que el misionero toma una actitud benigna y libre para ponerse al lado de su dios. Esta manera de poner al dios á prueba es uno de los más sutiles compromisos que se pueden imaginar entre la piedad y la libertad de espíritu. Ahora no tenemos necesidad de ese compromiso.

73.—*Lealtad en la pintura.*

Rafael, que estaba muy adherido á la Iglesia (por poco que ésta pudiese pagar), y muy poco, como los mejores de su época, á los objetos de la fe cristiana; Rafael no ha dado un paso por seguir la piedad exigente y extática de algunos de sus clientes; ha conservado su lealtad aun en ese cuadro excepcional que primitivamente fué destinado á un estandarte de pro-

cesión; la Madona de la capilla Sixtina. Vínole á las mientes pintar una visión; pero una visión tal como pueden tenerla *también* jóvenes sin fe, y como seguramente la tendrán; la visión de la esposa del porvenir, de una mujer inteligente, de alma noble, silenciosa y muy bella, que lleva en brazos á su recién nacido. Los ancianos, que están habituados á las preces y á las adoraciones, semejantes al digno viejo de la izquierda, veneran aquí algo sobrehumano; nosotros los jóvenes (así parece decirnoslo Rafael), queremos contemplar á la linda muchacha de la derecha, que, con su mirada provocativa y nada devota, se dirige á los espectadores del cuadro como para insinuarles: «¿No es eso? Esta madre y su hijo ¿no son un espectáculo lleno de gracia y de incitación?» Ese rostro y esa mirada lanzan un reflejo de alegría sobre la figura de los que las contemplan; es un modo de disfrutar de sí mismo para el artista que ha inventado todo eso, y agrega su propia alegría á la alegría de los que gozan de su arte. En cuanto á la expresión «mesiánica» en la cabeza de un niño, Rafael, el hombre leal que no quería pintar los estados de alma en cuya existencia no creía, supo satisfacer de una manera amable á sus admiradores creyentes; pintó ese juego de la naturaleza que no es raro, el ojo del hombre sobre la cabeza del niño, ese ojo del hombre bravo y seguro que se da cuenta de una miseria. Para esos ojos necesitase una barba; la ausencia de ésta y la reunión de dos épocas distintas que se expresan en un mismo semblante; esa es la paradoja agradable que los creyentes han interpretado en el sentido de la creencia en el milagro; pero el artista esperaba eso de su arte de interpretación y de sustitución.

74.—*La oración.*

Sólo en dos circunstancias puede tener sentido la oración, esa costumbre de tiempos remotos que todavía no está completamente extinguida; sería preciso primero que fuese posible determinar ó cambiar el sentimiento de la divinidad, y después que el que ora sepa bien lo que le falta, lo que para él sería verdaderamente apetecible. Esas dos condiciones, aceptadas y transmitidas por todas las demás religiones, han sido negadas precisamente por el cristianismo; si, á pesar de eso, el cristianismo ha conservado la oración, paralelamente á la fe en una razón omnisciente y previsor de Dios, por la cual, en resumidas cuentas, la oración pierde su alcance y hasta se hace blasfematoria, demuestra con eso una vez más el admirable ardid de serpiente de que disponía. Porque un mandamiento claro: «no rezarás» hubiera conducido á los cristianos á la impiedad por medio del fastidio. En el axioma cristiano: «*ora et labora*», el *ora* reemplaza al *placer*; ¡y qué hubiera sido sin el *ora* de esos desgraciados que rehusaban el *labora*, los santos! Pero conversar con Dios, pedirle mil cosas agradables, entretenerse un poco notando que aún se pueden sentir deseos, á pesar de tener un padre tan perfecto, era para los santos una excelente invención.

75.—*Una santa mentira.*

La mentira que tuvo en los labios Arrio moribundo (*Poete, non dolet*), oscurece todas las verdades que han dicho los moribundos. Es la única santa mentira que se ha hecho célebre; mientras, por otra parte, el olor de santidad se asimilaba á *errores*.

76.—*El apóstol más necesario.*

Entre doce apóstoles, siempre debe haber uno que sea duro como la piedra, para que sobre él pueda edificarse la nueva iglesia.

77.—*¿Qué es lo más perecedero: el espíritu ó el cuerpo?*

En las cosas jurídicas, morales y religiosas, lo más exterior, lo más concreto; por consiguiente, el uso, la actitud, la ceremonia, es lo que tiene más duración; es el *cuerpo* al cual se añade siempre un *alma* nueva. El culto, como un texto de términos fijos, se interpreta sin cesar de una manera nueva; las ideas y los sentimientos son lo durable; las costumbres son lo duro.

78.—*La fe en la enfermedad es una enfermedad.*

El cristianismo ha sido el primero en pintar el diablo sobre el edificio del mundo; el cristianismo ha sido el primero en introducir el pecado en el mundo. La fe en los remedios que ofrecía se ha derrumbado poco á poco, hasta extirparse sus raíces más profundas; pero siempre persiste *la fe en la enfermedad* que ha enseñado y difundido.

79.—*Palabra y estilo de los hombres religiosos.*

Si el estilo y la expresión general del sacerdote, del que habla como del que escribe, no anuncian ya al hombre *religioso*, es inútil tomar en serio las opiniones de éste sobre la religión y á favor de la religión. Estas opiniones no *tienen fuerza* para el que las profesa sí, como su estilo deja adivinar, posee la ironía, la pretensión, la perversidad, la maldad, el odio y todas las tergiversaciones en el estado de espíritu, que son

propias de los hombres menos religiosos; ¡cuánta menos fuerza tendrán para el que las oiga ó las lea! En una palabra, servirá para hacer á sus oyentes menos religiosos.

80.—*Peligro en la persona.*

Cuanto más se considera á Dios como una persona aislada, menos fiel se le ha sido. Los hombres se asocian más á las imágenes de su pensamiento, que lo que tienen de más querido entre sus seres amados; por eso se sacrifican por el Estado, por la Iglesia y también por Dios, en cuanto que éste se considera como *su producto, su pensamiento*, y no se le examina de una manera demasiado personal. En ese último caso disputan casi siempre con él: el más piadoso de ellos ha dejado escapar esta frase amarga: «Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»

81.—*La justicia terrestre.*

Es posible sacar de quicio á la justicia terrestre con la doctrina de la irresponsabilidad absoluta y de la inocencia de cada uno; y se ha hecho ya una tentativa en ese sentido, precisamente en virtud de la doctrina contraria, la de la completa responsabilidad y de la culpabilidad de cada uno. El fundador del cristianismo fué quien quiso suprimir la justicia terrestre y extirpar del mundo el juicio y el castigo. Porque interpretaba toda culpabilidad como un «pecado», es decir, como una culpa hacia Dios, y no como una culpa hacia el mundo; por otra parte, consideraba cada uno en la medida mayor y casi bajo todos los respectos como un pecador. Los culpables, sin embargo, no deben ser jueces de sus semejantes: así decidía su espiri-

tu de equidad. Todos los jueces de la justicia terrestre eran, pues, á su juicio, tan culpables como los que condenaban, y su aspecto de inocencia le parecía hipócrita y fariseo. Además, se atenia á los motivos de las acciones, y no al resultado, y para juzgar esos motivos había alguien que poseía la perspicacia necesaria: era él mismo, ó sea Dios.

82.—*Una afectación al despedirse.*

El que quiere separarse de un partido ó de una religión se imagina que le es necesario refutarla. Pero esa es una pretensión orgullosa. Sólo es necesario que conozca con exactitud los vínculos que hasta ahora le retenían en este partido ó en esta religión, vínculos que ahora no existen; intenciones que le guiaban por este camino, y que ahora le guían por otro lado. No nos hemos apartado de tal partido ó de tal religión por *severas razones científicas*; no deberíamos, al despedirnos, *afectar* esta actitud.

83.—*Salvador y médico.*

El fundador del cristianismo, como conocedor del alma humana, no estaba indudablemente al abrigo de los mayores defectos y de los mayores prejuicios, y, como médico del alma, se había dedicado á una ciencia desacreditada y grosera, la de la medicina universal. Con su método hace pensar á veces en un dentista que quiere curar todos los dolores arrancando la muela; eso ocurre, por ejemplo, cuando lucha contra la sensualidad con este consejo: «Si tu ojo te escandaliza, arráncale.» Pero hay, no obstante, una diferencia: el dentista consigue al menos su objeto, suprimir el dolor de su enfermo, aunque sea de un modo tan

grosero que se hace ridículo; mientras el cristiano que obedece á semejantes consejos y que cree haber matado su sensualidad, se engaña, porque ésta continúa vi- viendo de una manera misteriosa y vampírica y le atormenta bajo disfraces repugnantes.

84.—*Los presos.*

Una mañana los presos salieron al patio del trabajo; el carcelero estaba ausente. Unos se pusieron inmediatamente al trabajo, como tenían por costumbre; otros quedaban desocupados y lanzaban á su alrededor miradas de desafío. Entonces uno de ellos salió de las filas, y dijo en alta voz: «Trabajad cuanto queráis ó no hagáis nada; es del todo indiferente. Vuestras secretas maquinaciones se han descubierto; el guardia de la cárcel os ha sorprendido, y va dentro de poco á fulminar sobre vuestras cabezas un juicio terrible. Bien lo conocéis; es duro y rencoroso. Pero escuchad lo que voy á decir: me habéis desconocido hasta ahora; no soy lo que parecía ser. Además, soy el hijo del guardia de la cárcel, y consigo de él todo lo que quiero. Puedo salvaros; quiero salvaros. Pero, entendedlo bien: no salvaré sino á aquellos de vosotros que *crean* que soy el hijo del guardia de la cárcel. Que los otros recojan los frutos de su incredulidad.» «Pues bien, dijo después de un momento de silencio uno de los más ancianos entre los presos: ¿qué importancia tiene para ti el que tengamos ó no tengamos fe en ti. Si eres verdaderamente su hijo, y si puedes hacer lo que dices, intercede en favor nuestro con una palabra bondadosa, y harás una buena obra. Pero deja esos discursos meditados de fe y de incredulidad.» «No creo nada de él, interrumpió uno de los jóvenes. Se ha forrado de ideas

la cabeza. Apuesto á que dentro de ocho días estaremos aquí todavía lo mismo que hoy, y á que el guardia de la cárcel no sabe nada.» «Y si es verdad que ha sabido algo, no sabe nada ahora, exclamó el último de los presos que acababa de bajar al patio; porque el guardia de la cárcel acaba de morir de repente.» «¡Hola!, exclamaron muchos presos al mismo tiempo; ¡hola! ¡Señor hijo, señor hijo! ¿Dónde está la herencia? ¿Somos acaso ahora prisioneros tuyos?» «Ya os lo he dicho, respondió con dulzura aquel á quien apostrofaban; dejaré libres á todos los que tienen fe en mí; lo afirmo con tanta certeza como afirmo que mi padre todavía está vivo.» Los presos no se rieron, pero se encogieron de hombros, y lo dejaron allí.

85.—*El perseguidor de Dios.*

San Pablo ha formulado la idea y Calvino la ha desarrollado: desde toda la eternidad, la condenación se adjudica á un número incalculable de hombres, y ese maravilloso plan universal ha sido elaborado así para que la gloria de Dios pueda manifestarse en él: el cielo, el infierno y la humanidad debieran, pues, existir ¡para satisfacer la vanidad de Dios! ¡Qué vanidad cruel é insaciable ha debido inflamar el alma de aquel que fué el primero ó el segundo en imaginar eso! Pablo ha seguido siendo, á pesar de todo, Saulo: *el perseguidor de Dios.*

86.—*Sócrates.*

Si todo va bien, llegará una época en que para progresar en el camino de la moral y de la razón, mejor que la Biblia se tomará entre manos los *Dichos memorables de Sócrates*, y se considerará á Montaigne

y á Horacio como iniciadores y guías para la inteligencia de este sabio mediador, el más sencillo y el más imperecedero de todos: Sócrates. En él convergen los senderos de las distintas reglas filosóficas, que son, en resumen, las reglas de los distintos temperamentos, establecidas por la razón y la costumbre, teniendo todas la cúspide inclinada hacia la alegría de vivir y la alegría que se siente en su propio *yo*: de donde se pudiera deducir que lo que Sócrates tuvo de más particular fué su participación en todos los temperamentos. Sócrates es superior al fundador del cristianismo por su alegre manera de ser serio y por esta *sabiduría llena de jovialidad*, que es el mejor estado de alma del hombre. Además, su razón era superior.

87.—*Aprender á escribir bien.*

Ha pasado la época de hablar bien, porque ya no existe la época de la civilización de las ciudades. El último límite que Aristóteles trazaba á una gran ciudad (el pregonero debía hacerse oír ante todos los ciudadanos congregados), ese límite nos es indiferente, del mismo modo que las comunidades urbanas, porque queremos hacernos inteligibles más allá de los pueblos. Por eso cada uno de los que tienen buenas ideas europeas debe aprender *á escribir bien y cada vez mejor*: no sirve de nada que haya nacido en Alemania; en Alemania, donde se considera como un privilegio nacional escribir mal. Pero escribir mejor significa, al mismo tiempo, pensar mejor; descubrir cosas que son cada vez más dignas de comunicarse y saber verdaderamente comunicarlas; ser traducible al idioma de los vecinos, hacerse accesible á la comprensión de los extranjeros que aprenden nuestro idio-

ma; obrar de suerte que todo lo que es bueno se haga universal, y que todo se haga libre para los hombres libres; *preparar*, por último, ese estado de cosas todavía lejano en que los buenos europeos pondrán mano á su grandiosa tarea: la dirección y la vigilancia de la civilización universal sobre la tierra. El que predica lo contrario y no se preocupa de escribir bien y de leer bien (esas dos virtudes aumentan y disminuyen al mismo tiempo): éste indica, en efecto, á los pueblos el camino que deben seguir para hacerse cada vez más *nacionales*: agrava la enfermedad de este siglo y se opone á los buenos europeos, á los espíritus libres.

88.—*La escuela del mejor estilo.*

La escuela del mejor estilo puede ser, *por una parte*, la escuela que enseña á encontrar la expresión por medio de la cual se pueden trasladar todos los estados de alma á los lectores y á los oyentes; después la escuela que enseña á descubrir el estado de alma que más *se desea* en el hombre, cuya transmisión se quisiera, por lo tanto, llevar á cabo: es decir, el estado de alma en que el hombre se encuentra profundamente conmovido: el hombre de espíritu alegre, lúcido y recto, que ha dominado las pasiones. Esa será la escuela del mejor estilo: éste corresponde al hombre de bien.

89.—*¡Cuidado con el giro!*

El giro de las frases indica si el autor está fatigado; cada expresión puede ser separadamente enérgica y buena, porque se encontró en otro tiempo: cuando la idea nació en el autor. Así ocurre á menudo con Goethe, que dictó muchas veces cuando estaba cansado.

90.—*Ya y todavía.*

A. La prosa alemana es todavía muy joven: Goethe cree que Wieland fué su padre.—B. ¡Tan joven y ya tan fea!—C. Pero, si no me engaño, el obispo Ulfilas escribió ya en prosa alemana; tiene, pues, cerca de quinientos años.—B. ¡Tan vieja y todavía tan fea!

91.—*Alemán original.*

La prosa alemana, puesto que no se ha formado con arreglo á un modelo, puede considerarse como una producción original del gusto alemán, y podría servir de indicación á los celosos promotores de una cultura original alemana en lo porvenir, para enseñarles, por ejemplo, qué aspecto tendría, sin imitación de modelos, un verdadero traje alemán, una sociedad alemana, una instalación de mobiliario alemán, un banquete alemán. Alguien que había reflexionado durante mucho tiempo en esas perspectivas, acabó por exclamar lleno de terror: «¡No! ¡En nombre de Dios! ¡Tal vez poseamos ya esta cultura original; no se reduzca sólo á hablar de ella!»

92.—*Libros prohibidos.*

No leer nunca nada de lo que escriben esos arrogantes polímatas y espíritus chismosos que poseen el más horrible defecto, el de la paradoja lógica: emplean las formas lógicas, precisamente cuando todo está impertinentemente improvisado y cimentado en la nada. «Luego» quiere decir en ellos: «lector imbécil, para ti no hay luego, sino sólo para mí»; á lo cual debiera responderse: «imbécil de escritor, ¿por qué -escribes?»

93.—*Revelar ingenio.*

Cada uno de los que quieren *revelar* ingenio, deja entender que está también ricamente proveído de lo contrario. Ese defecto de algunos franceses ingeniosos, que consiste en añadir á sus mejores salidas un rasgo de *desdén*, tiene su origen en el deseo de pasar por más ricos de lo que son: quieren prodigar con indolencia, fatigados en cierto modo de las antiguas ofrendas, agotadas en los graneros demasiado llenos.

94.—*Literatura alemana y francesa.*

La desgracia de las literaturas alemanas y francesas de los últimos cien años, proviene de que los alemanes se han salido demasiado pronto de la escuela de los franceses; y de que más tarde los franceses han entrado demasiado pronto en la escuela de los alemanes.

95.—*Nuestra prosa.*

Ninguno de los pueblos civilizados tiene actualmente tan mala prosa como el pueblo alemán; y si algunos franceses ingeniosos y delicados dicen: no hay prosa alemana, no debiera tomarse á mal, supuesto que eso se dice con intenciones más amables de lo que merecemos. Si se busca una razón á eso se acaba por hacer el extraño descubrimiento de que *el alemán no conoce más que la prosa improvisada*, y que no sospecha que exista otra. Parécele casi incomprendible que un italiano pueda decir que la prosa es más difícil que el verso, del mismo modo que la representación de la belleza desnuda es para el escultor más difícil que la de la belleza vestida. El verso, el cuadro, el ritmo y

la rima exigen un esfuerzo honrado; esto es lo que el alemán comprende también, y no intenta atribuir á la improvisación un valor particularmente superior. ¿Pero trabajar en una página de prosa como en una estatua? Siente la misma impresión que si oyese contar algo que pasa en un país fabuloso.

96.—*El gran estilo.*

El gran estilo nace cuando lo bello obtiene la victoria sobre lo enorme.

97.—*Evitar.*

No se sabe en qué consiste en los espíritus cultos la delicadeza de la expresión y del giro de la frase, antes de poder decir en qué palabra hubiera sucumbido inevitablemente todo escritor mediano si hubiera querido expresar lo mismo. Todos los grandes artistas saben evitar un peligro hilvanando mientras guían su carro; pero nunca llegan á volcar.

98.—*Algo como pan.*

El pan neutraliza el gusto de los demás alimentos, lo borra; por eso forma parte de todas las comidas. En todas las obras de arte debe haber algo como pan, para que éstas puedan reunir efectos distintos: efectos que si se sucediesen inmediatamente, sin uno de esos reposos y detenciones momentáneas, agotaríanse rápidamente y provocarían repugnancia; lo cual haría imposible una larga comida del arte.

99.—*Juan Pablo.*

Juan Pablo sabía muchas cosas, pero no poseía ciencia; era experto en toda clase de artificios en las

artes, pero no poseía arte; no había casi nada que encontrase insípido, pero no tenía gusto; poseía sentimiento y seriedad; pero cuando quería comunicarlos, derramaba un insoportable torrente de lágrimas; tenía ingenio, pero, desgraciadamente, muy poco para su avidez: por eso desesperaba á sus lectores, precisamente por falta de ingenio. En resumen; no era otra cosa que una mala hierba abigarrada y de olor violento, que florecía en los surcos fecundos y preciosos de Schiller y Goethe: era un buen hombre, pero era un hombre fatal: la fatalidad en traje de casa.

100.—*Saber también saborear el contraste.*

Para saborear una obra del pasado como la saboreaban los contemporáneos del autor, hay que tener en la lengua el gusto que reinaba entonces, gusto de que esa obra se desviaba.

101.—*Autores de espíritu de vino.*

Algunos escritores no son ni espíritu ni vino, sino espíritu de vino: pueden inflamarse, y dan calor.

102.—*El sentido mediador.*

El sentido del gusto, que es el verdadero sentido mediador, ha decidido muchas veces á los demás sentidos á compartir sus opiniones sobre las cosas, y les ha inspirado sus leyes y sus costumbres. En la mesa pueden revelarse los más sutiles secretos de las artes: basta reservar lo que tiene gusto, en qué momento se siente ese gusto, qué gusto es ese, y si se siente por mucho tiempo.

103.—*Lessing.*

Lessing posee una virtud verdaderamente francesa, y en cuanto escritor, él es también quien más se ha dedicado á seguir los modelos franceses: sabe ostentarse bien y ordenar sus géneros intelectuales en el mostrador. Sin este *arte* verdadero, sus pensamientos, lo mismo que el objeto de sus pensamientos, hubieran quedado en la sombra y sin que el daño general fuese muy grande. Pero hubo muchas personas que tomaron lecciones en su *arte* (sobre todo las últimas generaciones de sabios alemanes), y un gran número sintió complacencia en ello. Era inútil, sin embargo, que los que se han aprovechado de Lessing le plagiasen, como ha sucedido tan á menudo, ese tono desagradable en su mezcla de acometividad y de bravura honrada. Estamos ahora de acuerdo sobre el «poeta lírico» Lessing; acabaremos por ponernos de acuerdo sobre el «dramaturgo».

104.—*Lectores que no se desean.*

¡Cuánto atormentan á un autor esas buenas personas de espíritu estrecho y obtuso que, cada vez que chocan con algo, no dejan de caer y de hacerse daño!

105.—*Ideas de poetas.*

Las ideas verdaderas en los verdaderos poetas están siempre veladas, como las egipcias: sobre el *ojo* profundo del pensamiento mira libremente á través del velo. Las ideas de poetas no valen por lo general tanto como aparentan valer; es que hay que pagar también el velo y la curiosidad.

106.—*Escribid sencilla y útilmente.*

Las transiciones, los detalles, la variedad de colores en las pasiones: de todo eso hacemos gracia al autor, porque lo llevamos con nosotros y lo hacemos aprovechar, por poco que nos indemnice de cualquier modo que sea.

107.—*Wieland.*

Wieland ha escrito el alemán mejor que nadie, y en la perfección y la imperfección ha conservado su maestría (su traducción de las cartas de Cicerón y la de Luciano son las mejores traducciones alemanas); pero sus ideas no nos hacen pensar. No sufrimos ni sus moralidades alegres, ni sus alegres inmoralidades: ambas son inseparables. Los hombres que gustaban de esto eran, seguramente, en el fondo hombres mejores que nosotros (pero eran también más pesados, y por eso *necesitaron* un escritor semejante). Goethe no era necesario á los alemanes; por eso no saben aprovecharse de él. Estudiad desde este punto de vista á los mejores entre nuestros hombres de Estado y nuestros artistas; todos no han tenido á Goethe como educador; no *podían* tenerlo como tal.

108.—*Fiestas raras.*

Concisión sólida, calma y madurez; cuando encuentres esas cualidades reunidas en un autor, detente y celebra una gran fiesta en medio del desierto; pasará algún tiempo antes de que sientas de nuevo tan gran placer.

109.—*El tesoro de la prosa alemana.*

Si se hace abstracción de las *Obras* de Goethe y de las *Conversaciones* de Goethe con Ecldermann, el me-

por libro alemán que existe, ¿qué queda, en suma, de la literatura alemana en prosa que merezca releerse sin cesar? Los *Aforismos*, de Lichbenberg; el primer libro de la *Historia de mi vida*, por Jung-Stilling; *El otoño*, de Alberto Stifter, y *Las Personas de Sildwyla*, de Godofredo Keller; y con eso estamos al cabo de la calle.

110.—*Estilo escrito y estilo hablado.*

El arte de escribir exige ante todo *equivalentes* para los medios de expresión que están al alcance del que habla: por consiguiente, para los gestos, el acento, el tono, la mirada. Por eso el estilo escrito es cosa muy distinta del estilo hablado, y algo mucho más difícil: quiere, por medios menos propicios, hacerse tan expresivo como éste. Demóstenes recitó sus discursos muy de otra manera que los leemos: los rehizo para que pudiesen leerse. Con el mismo objeto, los discursos de Cicerón debieron primero ser demostenizados: ahora encuéntranse en ellos muchos vestigios del *forum* romano que el lector no puede soportar.

111.—*Citar con prudencia.*

Los autores jóvenes no saben que las buenas expresiones y las buenas ideas no se presentan bien sino entre sus semejantes, y que una cita excelente puede aniquilar páginas enteras y hasta todo un libro, cuando se advierte al lector pareciendo decirle: «Ten cuidado, yo soy la piedra preciosa y á mi alrededor hay plomo, plomo gris y miserable.» Cada frase, cada pensamiento, no quiere vivir más que en *su sociedad*: esta es la moral del estilo escogido.

112.—*¿Cómo se deben decir los errores?*

Se puede discutir para saber si es más perjudicial expresar mal los errores ó expresarlos tan bien como las mejores verdades. Es cierto que en el primer caso perjudican al cerebro de dos maneras, y que es más difícil extirparlas; pero es cierto que obran con menos certeza que en el segundo caso: son menos contagiosas.

113.—*Restringir y agrandar.*

Homero ha reducido y aminorado la extensión del asunto, pero ha amplificado y ha hecho salir de sí mismas las diferentes escenas; y así procedieron siempre después los poetas trágicos: cada uno percibe el asunto en fragmentos más *pequeños* todavía que su predecesor, pero cada uno logra una floración cada vez más rica, en los límites estrictos de esos apacibles vallados de jardín.

114.—*La literatura y la moral se explican.*

Se puede demostrar, con el ejemplo de la literatura griega, cuáles son las fuerzas que hace expansionarse al espíritu griego, cómo entró por distintos caminos y lo que acabó por hacerlo débil. Todo eso da una imagen de lo que ha pasado con la moralidad griega y de lo que pasará con cualquier otra moral: cómo comenzó por ser una violencia, mostrando primero dureza, después haciéndose poco á poco más dulce; cómo se formó, por último, el placer que causan ciertas acciones, ciertas convicciones y ciertas formas, y saliendo de aquí una inclinación al ejercicio exclusivo y á la posesión única de éstas: cómo el camino se

llena y se colma de competidores; cómo llega la saciedad, cómo se persiguen nuevos objetos de lucha y de ambición, cómo otros antiguos objetos se despiertan á la vida, cómo el espectáculo se repite, cómo los espectadores se fatigan del espectáculo, porque todo el círculo parece estar recorrido; y entonces sobreviene un reposo, una parada en la respiración: los ríos se pierden en la arena. Es el fin ó, al menos, *un fin*,

115.—*¿Cuáles son las comarcas que regocijan de un modo durable?*

Esta comarca posee rasgos significativos para un cuadro, pero no puedo lograr la fórmula para expresarla; como conjunto, es imperceptible para mí. Observo que todos los paisajes que me agradan de un modo durable, contienen, bajo su diversidad, una sencilla figura de líneas geométricas. Sin ese *substratum* matemático, ningún país llega á ser para el ojo un regalo artístico. Y tal vez esta regla permita hacer una aplicación simbólica al hombre.

116.—*Leer en alta voz.*

Para hacer la lectura hay que saber *declamar*: se debe aplicar colores pálidos, pero hay que determinar el grado de palidez conforme á un cuadro fundamental de colores fuertes y profundos que flota siempre ante vuestra vista, y os dirige, es decir, según la forma de *declamar* los mismos pasajes: hay que estar, pues, en condiciones de hacerlo.

117.—*El sentido dramático.*

El que no posee los cuatro sentidos del arte, trata de comprender todas las cosas con el quinto sentido, que es el más grosero: el sentido dramático.

118.—*Herder.*

Herder está lejos de ser lo que quería hacer creer que era (y lo que deseaba creer él mismo); no es un gran pensador y un gran inventor; no es un terreno nuevo y fecundo con una fuerza virgen é inutilizada. Pero poseía, en el más alto grado, el olfato de lo que iba á venir, veía y cogía las primicias de las estaciones más pronto que todos los demás, y éstos podían creer entonces que era él quien las había hecho brotar; su espíritu estaba sin cesar al acecho entre lo claro y lo oscuro, lo viejo y lo joven. Siempre que ciertos tránsitos, ciertos robustecimientos, ciertos trastornos indicaban la existencia de manantiales interiores, la inquietud de la primavera le agitaba, pero ¡no era él mismo la primavera! Sospechaba esto de cuando en cuando, y no quería confesárselo á sí mismo, él, ¡el sacerdote ambicioso que hubiera querido ser el papa de los espíritus de su época! Ese fué su sufrimiento: parece mucho tiempo haber vivido como pretendiente de muchos reinos del espíritu y hasta de un imperio universal, y tenía sus partidarios que creían en él: el joven Goethe estaba entre ellos. Pero siempre que se acababa por distribuir verdaderamente coronas, él se iba con las manos vacías. Kant, Goethe, y después los primeros historiadores y filólogos alemanes, le arrebataron lo que él creía que le estaba reservado; pero sin que creyese algunas veces en esta prioridad, en el silencio y el secreto de sí mismo. Precisamente cuando dudaba de sí mismo, gustaba de engalanarse con la dignidad y el entusiasmo: y este manto debía ocultar á menudo muchas cosas, y también engañarle y consolarle á él. Poseía verdaderamente entusiasmo y ardor, pero su ambición era

mucho mayor que todo eso. Esta ambición avivaba el fuego y se ponía á flamear, á crepitar y á humear (el *estilo* de Herder flamea, crepita y humea), pero él deseaba la gran llama ¡y ésta nunca venía! No podía sentarse á la mesa de los creadores verdaderos: y su ambición no le permitía colocarse humildemente entre los que gozan con sencillez. Por eso fué un huésped inquieto, que disfrutaba de antemano todos los manjares intelectuales que durante medio siglo los alemanes recogieron en todos los países y en todas las épocas. Nunca totalmente saciado y feliz, Herder estaba además enfermo á menudo: entonces la envidia se sentaba algunas veces á su cabecera, y también le iba á hacer visitas. Conservaba un porte de violencia y parecía roído por una herida. Más que ninguno de aquellos á quienes se llama nuestros «clásicos», carecía de una fogosa y sencilla virilidad.

119.—*Olor de las palabras.*

Cada palabra tiene su olor: hay una armonía y una disonancia de los perfumes; y, por consiguiente, la hay también de las palabras.

120.—*El estilo rebuscado.*

El estilo encontrado es una ofensa para el amigo del estilo rebuscado.

121.—*Promesa solemne.*

No quiero leer más á un autor en quien se observa que ha querido hacer un libro. No leeré más que aquellos cuyas ideas formaron inopinadamente un libro.

122.—*La convención artística.*

Lo que ha escrito Homero es convención en sus tres cuartas partes, y así ocurre con casi todos los artistas griegos, que no tenían motivo alguno para sentir la rabia de originalidad que por ipse ade los modernos. No tenían ningún temor á lo convencional; ese era un medio para entrar en comunicación con su público. Porque las convenciones son procedimientos para la inteligencia del oyente, un lenguaje común penosamente aprendido, por medio del cual el artista puede comunicarse en verdad. Sobre todo cuando, como los poetas y los músicos griegos, quiere ser *inmediatamente* victorioso con su obra de arte (estando habituado á luchar públicamente con uno ó dos rivales); esa es también la primera condición para *ser comprendida inmediatamente*: lo cual no es posible más que por la convención. Lo que el artista inventa más allá de la convención, lo añade de su propia cosecha y se arriesga, aun en el caso de haber *creado* una nueva convención. Generalmente lo que es original se mira con asombro, algunas veces hasta se adora, mas rara vez se comprende; querer escapar con terquedad á la convención es no querer ser comprendido. ¿A qué aspira, pues, la locura de originalidad de los tiempos modernos?

123.—*Afectación de la ciencia en las artistas.*

Schiller creía, con algunos otros artistas alemanes, que cuando se tiene ingenio hay derecho á dedicarse á la *improvisación* sobre toda clase de asuntos difíciles. Tenemos, pues, sus composiciones en prosa, que son, desde todos los puntos de vista, un modelo para manifestar la manera cómo no es preciso dedicarse á

las cuestiones científicas de la estética y de la moral, y que son también un peligro para los lectores jóvenes, que en su admiración por el poeta Schiller, no tienen el valor de estimar poco al pensador y al escritor Schiller. La tentación que tan fácilmente se apodera del artista, tentación perdonable entre todas, de pasar una vez á un terreno que le está prohibido y de manifestar su opinión sobre la ciencia (porque el más decidido encuentra á veces insoportables su oficio y su taller), esta tentación es fuerte en el artista que quiere demostrar á todo el mundo lo que nadie necesita ver, á saber: que su «pensadero» es estrecho y desordenado ¡que importa! ¡no habita en él!, que los graneros de su saber están vacíos, medio llenos de hojarasca (¿por qué no? el niño artista se acomoda muy bien), y sobre todo, que para las prácticas más fáciles del método científico, familiares á los mismos principiantes, sus miembros son muy poco expertos y no bastantes ágiles; y de eso tampoco necesita avergonzarse! Por el contrario, despliega á veces un arte considerable en *imitar* todos los defectos, todas las malas costumbres sabias que se encuentran en la corporación científica, con la idea de que eso forma parte, si no del asunto mismo, al menos de la apariencia del asunto; y eso es precisamente lo que hay de agradable en tales escritos de artistas: el artista hace sin querer lo que es su oficio: *parodiar* las naturalezas científicas y antiartísticas. Frente á frente de la ciencia, no debiera tomar otra actitud que la parodia, al menos en cuanto artista y nada más que artista.

124.—*La idea de Fausto.*

Una costurera es reducida y se hunde en la desgracia; un gran sabio de las cuatro facultades es el

malhechor. ¡Hay de fijo algo más que esto! Porque esta historia no tiene nada de natural. Sin ayuda del diablo en persona, el gran sabio no hubiera conseguido sus fines. ¿Sería ese verdaderamente el mayor «pensamiento trágico» alemán, como se oye decir entre los alemanes? Para Goethe, este pensamiento tenía algo demasiado espantoso; su corazón compasivo no podía hacer otra cosa que transportar á la costurera, «la buena alma que no ha olvidado más que una vez», después de su muerte involuntaria, á la vecindad de los santos; y hasta llegó, por una mala partida que se juega al diablo, en el momento decisivo, á hacer entrar en el cielo al gran sabio cuando aún era tiempo, él, «el hombre bueno» de «instinto obscuro»: de suerte que allá arriba en el cielo los amantes se vuelven á encontrar. *Goethe* decía una vez que para los asuntos verdaderamente trágicos su naturaleza había sido demasiado conciliadora.

125.—¿Hay clásicos alemanes?

Sainte-Beuve observa en cierta ocasión que la manera de ciertas literaturas no concuerda del todo con la palabra «clásico»; á nadie le vendría á las mientes, por ejemplo, hablar de «clásicos alemanes». ¿Qué dicen á eso nuestros libreros alemanes, que están en camino de añadir á los cincuenta clásicos alemanes en quienes ya debemos creer otros cincuenta clásicos? Casi parece que bastaría simplemente haber muerto hace treinta años y pregonarse públicamente como una presa ofrecida á todos para oír de súbito la trompeta de resurrección que os consagra clásico. Y eso en una época y en medio de un pueblo en que, de los siete grandes antepasados de la literatura, aún están en camino de envejecer indudablemente, ó ya han en-

vejecido, ¡sin que esa época y ese pueblo haya necesitado precisamente avergonzarse de eso! Porque esos escritores han cedido el puesto á las *fuerzas* de esta época; basta pensar en ello con toda equidad. Como he indicado, hago abstracción de Goethe; éste pertenece á una categoría superior de literaturas que está por encima de las «literaturass nacionales»: por eso la vida, la novedad, la caduquez, no entran en cuenta en sus relaciones con su *nación*. No ha vivido más que para una minoría y para esa minoría vive aún: para la mayoría de las personas no es más que una fanfarria de vanidad que se sopla allende las fronteras alemanes. Goethe fué, no solamente un hombre bueno y grande, sino también una *cultura*. En la historia de los alemanes, es un incidente sin consecuencias: ¿quién podría, por ejemplo, descubrir en la política alemana de los últimos setenta años una influencia de Goethe? En cambio Schiller, y quizá Lessing, ha trabajado en esta historia. Pero ¿qué decir de los demás? Klopstock envejeció ya en vida de una manera muy venerable, y tan completamente, que el libro meditado de sus años de vejez, su *República de los sabios*, no ha sido hasta ahora tomado en serio por nadie. Herder tuvo la desgracia de escribir obras que eran siempre demasiado nuevas ó demasiado envejecidas; para los espíritus más sutiles y más vigorosos (como para Lichtenberg), la obra principal de Herder, sus *Ideas sobre la historia de la humanidad*, por ejemplo, tenía algo añejo desde su aparición. Wieland, que había vivido y engendrado la vida opulentamente, previno, como hombre circunspecto, la disminución de su influencia con la muerte. Lessing subsiste hoy quizá; pero entre los sabios jóvenes y cada vez más jóvenes. ¡Y Schiller ha salido ahora de las manos de los jóve-

nes para caer en las de los adolescentes, de todos los adolescentes alemanes! Para un libro, una manera de envejecer es pasar á ser patrimonio de las edades cada vez menos maduras. Y ¿qué es lo que ha hecho retroceder á estos cinco escritores, de suerte que ya no los leen los hombres laboriosos y la instrucción sólida? El gusto mejor, la reflexión más madura, la mayor estima de lo verdadero y de lo verídico; es decir, virtudes que han sido *implantadas* de nuevo en Alemania por esos cinco, precisamente (y por otros diez ó veinte menos deslumbrantes), y que ahora, como un bosque suntuoso, extienden sobre su propia tumba la sombra de la veneración y también la sombra del olvido. Pero los *clásicos* no son los *implantadores* de las virtudes intelectuales ó literarias; son la *perfección* y la cúspide de estas virtudes, que continúan sobresaliendo por encima de los pueblos, aun cuando éstos pereciesen; porque son más ligeros, más libres y más puros que ellos. Puede imaginarse un estado superior de la humanidad en que la Europa de los pueblos se haya sumergido en el olvido del pasado, pero en que la Europa *vivirá* en treinta volúmenes muy antiguos y que no envejecerán jamás: en los clásicos.

126.-- *Interesante, pero no bello.*

Esta comarca oculta su significación, pero tiene otra que se debiera adivinar; dondequiera que miro, leo frases é indicaciones de frases, pero no sé dónde comienza la frase que resuelve el enigma de todas esas indicaciones, y cojo un torticolis, por intentar en vano leer, comenzando por tal lado ó por tal otro.

127.—*Contra los innovadores del lenguaje.*

Hacer neologismos ó arcaísmos en el lenguaje, preferir lo raro y lo extraño, aspirar á la riqueza de las expresiones más bien que á la concisión, es siempre el signo de un gusto que todavía no ha llegado á su madurez, ó que ya está corrompido. Una noble pobreza, pero, en un dominio sin apariencias, una libertad de maestro, es lo que distingue en Grecia á los artistas del discurso; quieren poseer *menos* de lo que posee el pueblo (porque el pueblo es el más rico en cosas antiguas y nuevas), pero esto poco quieren poseerlo *mejor*. Es cosa de poco tiempo enumerar sus arcaísmos y sus extrañezas, pero la admiración no conoce límites si se tienen buenos ojos para ver la manera ligera y dulce de apropiarse á lo que hay de cotidiano y usado en apariencias en las palabras y en los giros de frase.

128.—*Los autores tristes y los autores graves.*

El que vierte sobre el papel lo que *sufre*, se convierte en un autor triste; pero llega á ser un autor grave si nos dice lo que ha *sufrido*, y por qué ahora reposa en la alegría.

129.—*Salud del gusto.*

¿De dónde proviene que la salud no sea tan contagiosa que la enfermedad, de un modo general, y especialmente en materia de gusto? ¿O bien hay epidemias de salud?

130.—*Resolución.*

No leer un libro que, tan pronto como nació, fué bautizado (con la tinta).

131.—*Corregir el pensamiento.*

Corregir el estilo es corregir el pensamiento y nada más. El que no conviene en eso á primera vista, no podrá persuadirse nunca.

132.—*Libros clásicos.*

El lado más débil de todo libro clásico es que está demasiado escrito en la lengua materna de su autor.

133.—*Malos libros.*

El libro debe clamar por pluma, tinta y mesa de escritorio; pero, generalmente, la pluma, la tinta y la mesa de escritorio son las que claman por el libro. Por eso, en nuestros días, los libros son tan poca cosa.

134.—*Presencia de los sentidos.*

El público, al reflexionar ante los cuadros, se hace poeta, pero cuando reflexiona ante los poemas, se hace observador. En el momento en que el artista apela al público, carece generalmente del *sentido* verdadero; luego carece, no de presencia de espíritu, sino de presencia de los sentidos.

135.—*Ideas escogidas.*

El estilo escogido de una época preeminente lima no sólo las palabras, sino también las ideas; y busca tanto las palabras como las ideas, en lo que es *usual* y *dominante*; las ideas atrevidas y muy nuevas repugnan tanto al gusto maduro como las imágenes y las expresiones nuevas y audaces. Más tarde, estas dos cosas (la idea escogida y la palabra escogida), sienten fácilmente la mediocridad, porque el aroma pe-

culiar se evapora pronto y sólo se percibe el vulgar y cotidiano.

136.—*Causa principal de la corrupción del estilo.*

Querer revelar más sentimiento hacia una cosa que no se *posee* realmente, destruye el *estilo*, en el idioma y en las artes. Todo gran arte posee la inclinación contraria: semejante á todo hombre de verdadero valor moral, querrá detener el sentimiento en el camino y no dejarlo ir hasta el extremo. Este pudor de la semi-visibilidad del sentimiento está, por ejemplo, admirablemente observado en Sófocles; y para transfigurar los rasgos del sentimiento, cuando éste se muestra más sobrio de lo que es.

137.—*Para excusar á los estilistas pesados.*

Lo que se dice ligeramente rara vez cae en el oído con su peso verdadero; pero es culpa del oído mal disciplinado que, educado por lo que hasta ahora se llama la música, ha debido desdeñar la escuela de las armonías superiores, es decir, del *discurso*.

138.—*Á vista de pájaro.*

He aquí torrentes que se precipitan de muchos lados en un golfo: su movimiento es tan impetuoso y atrae la vista con tanta fuerza, que las vertientes de la montaña, escuetas ó florecientes, no parecen inclinarse, sino *introducirse* en las profundidades. Ante ese espectáculo, siéntense las angustias de la espera, como si detrás de todo eso se ocultase algo hostil que indujese á la fuga, y de que sólo pudiera protegernos el abismo. No es posible describir esta comarca si no se cierne uno sobre ella, al aire libre, como un pájaro.

Lo que se llama la perspectiva á vista de pájaro, no es aquí un capricho del artista, sino el único procedimiento posible.

139.—*Comparaciones fortuitas.*

Cuando las comparaciones fortuitas no son prueba de la malicia de un escritor, son prueba de su imaginación agotada. Pero en todos los casos son testimonios de su mal gusto.

140.—*Bailar encadenado.*

Enfrente de cada artista, poeta ó escritor griego, hay que preguntarse: ¿Cuál es la *nueva* violencia que se impone y que hace seductora á los ojos de sus contemporáneos, para encontrar así imitadores? Porque lo que se llama «invención» (en el dominio métrico, por ejemplo), es siempre una de esas trabas que se pone á sí mismo. «Bailar encadenado»: mirar las dificultades frente á frente; luego extender la ilusión de la facilidad; esa es la maestría que quieren demostrarnos. En Homero ya se nota una serie de fórmulas transmitidas y de reglas en el relato épico *enmedio de las cuales* tuvo que danzar; y él mismo agregó, de su propia cosecha, nuevas convenciones para los que iban á venir. Esa fué la escuela educadora de los poetas griegos: dejarse imponer primero, por los poetas anteriores, una violencia múltiple; luego agregar la invención de una violencia nueva; imponerse esta violencia y vencerla con soltura, á fin de que se noten y se admiren la violencia y la victoria.

141.—*Amplitud de los escritores.*

Lo último que adquiere un buen escritor es la amplitud; el que la lleva consigo nunca será un buen es-

critor. Los más fogosos caballos de carrera son flacos hasta que pueden *descansar* de sus victorias.

142.—*Héroes sofocados.*

Los artistas y los poetas que sufren de estrechez en los sentimientos, hacen jadear á su héroe mucho tiempo; no son capaces de conseguir que respire con facilidad.

143.—*Los semi-ciegos.*

El semi-ciego es el enemigo nato de todos los escritores indolentes. Siente gran cólera al cerrar un libro en el que ha notado que el autor necesita cincuenta páginas para comunicar cinco ideas; se irrita de haber puesto en peligro, casi sin obtener recompensa, lo poco de vista que le queda. Un semi-ciego decía en una ocasión: *Todos los autores son indolentes.*—¿También el Espíritu Santo?—El Espíritu Santo también. Pero éste tenía derecho á serlo: escribía para los que eran completamente ciegos.

144.—*El estilo de la inmortalidad.*

Tucidides, lo mismo que Tácito, al componer sus obras, han pensado en la inmortalidad; si no se supiese esto de otra manera, se adivinaría ya en su estilo. Uno creía dar duración á sus ideas, reduciéndolas por la ebullición; el otro echándoles sal; y ambos, al parecer, no se han engañado.

145.—*Contra las imágenes y los símbolos.*

Con las imágenes y los símbolos se persuade, pero no se demuestra. Por eso, en el dominio de la ciencia, se siente tal terror á las imágenes y á los símbolos;

porque aquí *no* se quiere precisamente lo que conviene y hace verosímil; al contrario, se provoca la más fría desconfianza, nada más que por la manera de expresarse y la desnudez de los muros, porque la desconfianza es la piedra de toque para el oro de la certeza.

146.—*Guardarse.*

En Alemania, el que no posea un saber profundo debería guardarse de escribir. Porque el *buen* alemán no dice: «es ignorante», sino «es de un carácter dudoso». Esta conclusión prematura honra á los alemanes.

147.—*Esqueletos tatuados.*

Los esqueletos tatuados son los autores que quisieran reemplazar lo que les falta de carne por colores artificiales.

148.—*El estilo grandilocuente y lo que le es superior.*

Se aprende más fácilmente á escribir con grandilocuencia que á escribir con soltura y sencillez. Las razones de eso se pierden en el dominio moral.

149.—*Sebastián Bach.*

Cuando no escucha uno la música de Bach como conocedor inteligente y sagaz del contrapunto y de todas las formas del estilo de la fuga; cuando uno se priva así de un verdadero goce artístico, se escuchará muy de otro modo, con el estado de espíritu de un hombre (para emplear con Goethe una expresión magnífica) que hubiera estado presente en el momento en que Dios *creó el mundo*. Es decir, entonces se sentirá que hay algo grande que está en potencia de existir,

pero que aún no existe: nuestra *gran* música moderna. Ya ha vencido al mundo, obteniendo la victoria sobre la Iglesia, las nacionalidades y el contrapunto. En Bach hay tod: vía demasiado cristianismo crudo, germanismo crudo, escolástica cruda; encuéntrase en el dintel de la música europea (moderna), pero desde allí dirige su mirada hacia la Edad Media.

150.—*Hændel.*

Hændel, cuando componía su música, era fogoso, innovador, verdadero, potente: se inclinaba á un heroísmo semejante al heroísmo de que es susceptible un pueblo; pero cuando se trataba de acabar su trabajo, estaba muchas veces lleno de violencia, de frialdad y hasta de disgusto de sí mismo; entonces se servía de algunos métodos experimentados en la ejecución, se ponía á escribir aprisa y mucho, y se alegraba de haber acabado: pero no era un contento semejante al de Dios y de otros creadores en la tarde de su fecunda jornada.

151.—*Haydn.*

Si la genialidad puede asociarse á la naturaleza de un hombre sencillamente *bueno*, Haydn ha poseído esta genialidad. Llega hasta la frontera que la moralidad marca á la inteligencia; sólo hace música que no tiene «pasado».

152.—*Beethoven y Mozart.*

La música de Beethoven parece á menudo una *contemplación* profundamente conmovida en la audición de un fragmento que se creía perdido desde mucho tiempo ha; es «la inocencia en los sonidos», una músi-

ca á propósito de la música. La canción del mendigo ó del muchacho del arroyo, los motivos conmovedores de los italianos ambulantes, los aires de baile en las posadas de pueblo ó en las noches de Carnaval; esas son las fuentes de inspiración donde Beethoven descubre sus «melodías»; las reúne como una abeja, cogiendo aquí y allá una nota ó un corto fragmento. Son para él *recuerdos* transfigurados de un «mundo mejor»: semejante á lo que Platón imaginaba á propósito de las ideas. Mozart está en una relación completamente distinta con sus melodías: no encuentra sus inspiraciones oyendo música, sino mirando la vida, la vida más agitada de los países meridionales: soñaba siempre con Italia cuando no estaba allí.

153.—*Recitativo.*

En otros tiempos, el recitativo era seco; ahora vivimos en una época de *recitativo húmedo*; ha caído en el agua y las olas le arrastran donde quieren.

154.—*Música serena.*

Cuando se oye música después de haber estado privado de ella por mucho tiempo; se sube muy pronto á la cabeza, como uno de esos vinos fuertes del Mediodía, y deja en el alma una embriaguez semejante á la del narcótico, que la sumerge en un estado de sueño á medias, y de deseo; esto ocurre especialmente con la música «serena», que causa al mismo tiempo amargura y dolor, saciedad y nostalgia, y que obliga á absorber todo eso, como un dulce brebaje envenenado. Durante ese tiempo, la sala donde zumba una alegría serena parece reducirse cada vez más; la luz parece disminuir de intensidad, y hacerse más sombría; finalmente, se cree oír la música como si ésta penetrase en

una cárcel, donde la nostalgia impide á un pobre hombre dormir.

155.—*Francisco Schubert.*

Francisco Schubert, un artista menor que los otros grandes músicos, poseía, sin embargo, más que éstos: una *riqueza hereditaria* en música. Derrochó esta riqueza á manos llenas y con un corazón generoso; de suerte que los músicos podrán vivir todavía durante algunos siglos de sus ideas y de sus invenciones. En su obra poseemos un tesoro de invenciones inutilizadas. Si se osase llamar á Beethoven el oyente ideal de un menestral, Schubert tendría derecho á ser llamado el menestral ideal.

156.—*La dicción musical más moderna.*

La gran dicción trágico-dramática en la música adquiere su carácter por la imitación de los gestos del gran pecador, tal como el cristianismo imagina y desea éste: del ser que marcha á pasos lentos, meditando con pasión, agitado por las torturas de la conciencia, huyendo tan pronto con espanto como deteniéndose con desesperación ó también las manos alzadas con frenesí; y cualesquiera que sean los demás signos del gran estado de pecado. Pero el cristiano admite que todos los hombres son grandes pecadores y no hacen más que pecar sin cesar, y sólo esta condición podría justificar la aplicación á *toda* la música de ese estilo en la dicción; y eso en el sentido de que la música sería el reflejo de todos los actos humanos, y tendría, como tal, que hablar sin cesar el lenguaje que el gran pecador expresa en sus gestos. Un oyente que no fuese bastante cristiano para comprender esta lógica,

tendría, es cierto, derecho á exclamar, enfrente de esa dicción musical: «¡En el nombre del cielo, cómo el pecado ha entrado en la música!»

157.—*Félix Mendelssohn.*

La música de Félix Mendelssohn es la música del buen gusto, que siente placer por todo lo que hubo en otro tiempo de bueno: vuelve siempre á todo lo que está detrás de sí. ¡Cómo podría tener muchas cosas ante sí, mucho porvenir! Pero Félix Mendelssohn, ¿quiso, pues, tener porvenir? Poseía una virtud que es rara entre los artistas: la de la gratitud, sin pensamiento preconcebido: y esa es también una virtud que remite siempre á lo que está detrás de sí.

158.—*Una madre de las artes.*

En nuestra época de escepticismo, un heroísmo brutal de la *ambición* forma casi parte de la verdadera *devoción*. No basta cerrar herméticamente los ojos y doblar las rodillas. ¿No sería posible que la ambición de ser para siempre el último héroe de la devoción llegase á ser la madre de una última música religiosa católica, del mismo modo que engendró ya el último estilo de la arquitectura religiosa? Se le llama el estilo jesuitico.

159.—*La libertad en las trabas: una libertad de príncipe.*

El último de los nuevos músicos que ha visto y adorado la belleza, al igual de Leopardi, el polaco Chopin, que fué inimitable (todos los que han venido antes y después de él no tienen derecho á ese epíteto); Chopin, digo, poseía la misma nobleza principesca en

lo convenido que Rafael en el empleo de los colores tradicionales más sencillos; pero no por respecto á los colores, sino á los usos melódicos y rítmicos. Admite esos usos porque *había nacido en la etiqueta*; pero, como el espíritu más sutil y más gracioso, entregándose en sus trabas al juego y á la danza; *sin* que quisiera burlarse de eso.

160.—*La barcarola de Chopin.*

Casi todos los estados de alma y todas las condiciones de la vida poseen un solo momento *bienaventurado*. Ese momento es el que los buenos artistas saben descubrir. Hay uno también en la vida de la costa, tan inmundada, tan malsana, que se desarrolla en la vecindad del populacho, la más ruidosa y la más rapaz; ese momento bienaventurado ha sabido prestarle Chopin acordes en su *Barcarola*, hasta el punto que los dioses mismos pudieran sentir gana de extenderse en una barca durante las largas noches de estío.

161.—*Roberto Schumann.*

El «joven», tal como lo soñaban los poetas líricos del romanticismo francés y alemán en el primer tercio de este siglo; este joven ha sido completamente traducido en cantos y en música por Roberto Schumann, el eterno joven, mientras se sintió en la plenitud de su fuerza: es cierto que hay momentos en que su música hace pensar en la eterna «vieja».

162.—*Los cantores dramáticos.*

«¿Por qué ese mendigo canta?» No sabe probablemente gemir. «Entonces hace bien; pero nuestros cantores dramáticos que gimen porque no saben cantar, ¿hacen bien asimismo?»

163.—*Música dramática.*

Para el que no ve lo que pasa en la escena, la música dramática es un absurdo; del mismo modo que es un absurdo el comentario perpetuo de un texto perdido. Esta música exige muy seriamente que se tengan oídos donde se encuentran los ojos. Pero eso es hacer violencia á Euterpe: esta pobre música quiere que se dejen los ojos y los oídos en los lugares donde todas las demás musas los tienen también.

164.—*Victoria y razón.*

Desgraciadamente, en las guerras estéticas que los artistas provocan con sus obras y la defensa de éstas, es también la fuerza que decide en último recurso y no la razón. Ahora todo el mundo admite, como hecho histórico, que la felicidad en la lucha ha tenido *razón* con Piccini: en todos los casos, Piccini ha sido *victorioso*: la fuerza estaba de su lado.

165.—*Del principio de la ejecución musical.*

¿Creen los ejecutantes de hoy, en realidad, que el mandato supremo de su arte es dar á cada fragmento el mayor *relieve* posible y hacerle hablar á toda costa un lenguaje dramático? Aplicado, por ejemplo, á Mozart, ¿no es ese un verdadero pecado contra el espíritu sereno, asoleado, tierno y ligero de Mozart, cuya seriedad es una seriedad benévola y no una seriedad terrible, cuyas imágenes no quieren saltar de su cuadro para espantar y hacer huir al que las contempla? ¿O bien imagináis que la música de Mozart se identifica con la música del *Convidado de piedra*? Y no sólo la música de Mozart, sino toda clase de música. Pero

respondéis que el mayor efecto habla en favor de vuestro principio, y tendríais razón, si no se replicase por otra cuestión: ¿sobre quién se ha querido hacer efecto y sobre quién un artista noble sólo tiene derecho á querer producir efecto? ¡Nunca sobre el pueblo! ¡Nunca sobre los seres que no han llegado á su madurez! ¡Nunca sobre los seres sensibles! Pero ante todo, ¡nunca sobre los seres embotados!

166.—*Música de hoy.*

Esta música archimoderna, con sus pulmones vigorosos y sus nervios delicados, comienza por asustarse de sí misma.

167.—*Dónde está con gusto la música.*

La música no consigue su gran fuerza sino entre los hombres que no pueden ni deben discutir. Por eso sus primeros promotores son los príncipes que no quieren que, en su proximidad, se critique mucho, ni siquiera que se piense mucho; y después la sociedad que, bajo una presión cualquiera (política ó religión), se ven obligadas á habituarse al silencio, pero que andan á busca de sortilegios tanto más violentos contra el tedio del sentimiento (generalmente la eterna inclinación amorosa y la eterna música); en tercer lugar, pueblos enteros donde no hay «sociedad», sino individuos con tendencias á la soledad, con pensamientos crepusculares y que sienten veneración hacia todo lo que es inexplicable: esas son las verdaderas almas musicales. Los griegos, como eran un pueblo que amaba la palabra y la lucha, no resistían la música más que como un *accesorio* de las artes sobre las cuales se pudiese discutir y hablar con verdad; siendo así que sobre la

música apenas es posible *pensar* claramente. Los pitagóricos, esos griegos excepcionales en muchas materias, eran también grandes músicos: son los mismos que han inventado el silencio de cinco años, pero no la dialéctica.

168.—*Sentimentalismo en la música.*

Cualquiera que sea la inclinación que se sienta por la música seria y grande, en ciertas ocasiones se sentirá uno siempre subyugado, encantado y enternecido por lo contrario de ésta. Quiero hablar de esos *melismos* de ópera italiana, los más sencillos de todos, que, á pesar de su uniformidad rítmica y de la puerilidad de sus armonías, nos conmueven á veces como si oyésemos cantar el alma misma de la música. Convenzáis en ello ó no, fariseos del buen gusto, *así es*, y para mí importa ante todo dar á adivinar este enigma y ayudarme algo á mí mismo á resolverlo. Cuando éramos niños, hemos gustado por vez primera la miel de muchas cosas; nunca después nos pareció tan buena como entonces; incitaba á la vida, á la vida más larga, bajo la forma de la primera primavera, de las primeras flores, de los primeras mariposas, de la primera amistad. Entonces (acaso fuese hacia los nueve años de edad) oímos la primera música; y fué la que primero *comprendimos*, por consiguiente, la más sencilla y la más infantil, la que no fué apenas más que el desarrollo de una canción de nodriza y de un aire de músico ambulante. Porque para las menores revelaciones del arte hay que estar *preparado y experto*: no existe en manera alguna efecto «inmediato» del arte, cualesquiera que sean las bellas invenciones que los filósofos han hecho á este propósito. A estos primeros frenesís musicales (los más violentos de nuestra

vida) se refiere nuestro sentimiento cuando oímos esos *melismos* italianos; la beatitud del niño y la fuga de la juventud, el sentimiento de lo irreparable como nuestro bien más precioso: todo eso hace vibrar las cuerdas de nuestra alma de un modo más violento que pudiera hacerlo la presencia más abundante y más seria del arte. Esa mezcla de alegría estética con un dolor moral que ahora se acostumbra á llamar «sentimentalismo», algo orgullosamente á mi parecer (es el estado de alma de Fausto al fin de la primera escena), este «sentimentalismo» de los oyentes favorece á la música italiana, que los expertos inteligentes del arte, los «estéticos» puros, gustan de ignorar. Además, toda música no comienza á producir un efecto *mágico* sino á partir del momento en que oímos hablar en ella el idioma de nuestro propio *pasado*: y en ese sentido, para el profano, toda música antigua parece hacerse cada vez mejor, y toda música reciente parece tener poco valor: porque no despierta «sentimentalismo», ese sentimentalismo que, como he indicado, es el principal elemento de felicidad en la música, para todo hombre que no se complace en ese arte como artista puro.

169.—*Como amigos de la música.*

En resumidas cuentas, continuamos amando la música como amamos la luz de la luna. Ambas no quieren reemplazar al sol, sino iluminar nuestras noches como mejor puedan. Pero ¿no es así? ¿No tenemos siquiera derecho á reírnos y bromear á propósito de ellas? ¿A pedir de cuando en cuando un poco menos? ¡El hombre en la luna! ¡La mujer en la música!

170.—*El arte en el tiempo reservado al trabajo.*

Poseemos la conciencia de una época *laboriosa*: eso no nos permite reservar al arte las mejores horas y las mejores mañanas, aun cuando ese arte fuese más grande y más digno. Es, á juicio nuestro, cuestión de ocio, de recreo: le dedicamos *los restos* de nuestro tiempo y de nuestras fuerzas. Ese es el hecho principal que ha cambiado la situación del arte frente á frente de la vida: cuando el arte apela á los preceptivos por grandes exigencias de tiempo y de fuerza, tiene *contra* sí la conciencia de los hombres laboriosos y de los hombres útiles; se ve reducido á las personas indolentes y sin conciencia que, por su naturaleza, no están precisamente inclinadas hacia el *gran* arte y que consideran como una insolencia sus pretensiones. Pudiera, pues, suceder muy bien que el arte concluyese, porque carece de aire y de libre respiración: ó bien sería preciso que intente aclimatarse en otra atmósfera (ó al menos poder vivir en ella), en una atmósfera que es al fin y al cabo la atmósfera del arte *pequeño*, del arte del reposo y de la distracción entretenida. Así ocurre ahora casi en todo; los artistas del gran arte prometen también un recreo y una abstracción, se dirigen también al hombre fatigado y le preguntan las horas de sus jornadas de trabajo, lo mismo que los artistas que quieren recrear y que están satisfechos de haber logrado una victoria sobre la frente de severas arrugas y sobre los ojos hundidos. ¿Cuáles son, pues, los artificios de sus más ilustres compañeros? Estos tienen en sus armas los excitantes más poderosos que llegarían á espantar al hombre medio muerto; poseen específicos enervantes, medios de emborrachar, de debilitar, de provocar crisis de lágri-

mas; por todos esos medios subyugan al hombre fatigado y le ponen en un estado de insomnio, de agotamiento, de frenesí y de temor. ¿Tendría derecho á sentir rencor hacia el gran arte, tal como hoy existe bajo la forma de ópera, de tragedia y de música, á causa de los medios peligrosos, como sentiría rencor hacia un pecador astuto? Seguramente que no; porque preferiría cien veces vivir en el elemento puro del silencio matinal y dirigirse á las almas llenas de vida, de fuerza y de expectativa, á las almas de la mañana en los espectadores y los oyentes. Agradecámosle que prefiera vivir así, á huir; pero confesemos también que, para una época que traiga á la vida días de fiesta, de alegría y de libertad, nuestro *gran arte* será inutilizable.

171.—*Los empleados de la ciencia y los otros.*

Pudiera llamarse «empleados» á los sabios verdaderamente inteligentes y coronados de éxito. Cuando en la juventud su sagacidad se ejercita lo suficiente y su memoria se pone en juego; cuando la mano y el ojo tienen seguridad, un sabio de más edad que ellos les señala un puesto donde pueden ser útiles sus habilidades; más tarde, cuando han adquirido la mirada que les hace ver los puntos débiles y las lagunas de su ciencia, se colocan en los sitios donde se necesita de ellos; pero hay otras naturalezas más extrañas, rara vez coronadas de éxito y que rara vez llegan á estar en sazón por completo: son los hombres «á causa de los cuales existe la ciencia» (al menos á ellos mismos les parece que así es): hombres á menudo desagradables, muchas veces presuntuosos, en ocasiones tercos, pero casi siempre algo encantadores. No son ni empleados ni jefes; se sirven de lo que los demás han

realizado y establecido por su trabajo, con cierta resignación altiva y elogios medianos y raros: como si éstos perteneciesen, en cierto modo, á una especie de seres inferiores. Y, sin embargo, no poseen cualidades distintas de aquellas por las cuales se distinguen los demás y hasta les ocurre que desarrollan éstas en menor grado; además, tienen una estrechez de espíritu que falta á éstos y á causa de la cual no es posible colocarlos en un puesto y ver en ella instrumentos útiles; no pueden vivir más que *en su propia atmósfera*, en su propio terreno. Esta estrechez de espíritu les permite reconocer lo que en una ciencia les «pertenece», es decir, lo que pueden introducir en su atmósfera y en su morada; siempre se forman la ilusión de reunir su propiedad dispersa. Si se les impide construir su propio nido, perecen como pájaro sin albergue. La falta de libertad les sumerge en la consunción. Si utilizan ciertas regiones de la ciencia de la manera que los demás serán siempre solo aquellas en que prosperan los granos y los frutos que les son necesarios: ¿qué les importa que la ciencia posea, en su totalidad, comarcas incultas y mal cultivadas? No toman ninguna parte *impersonal* en un problema del conocimiento: por lo mismo que están penetrados de su personalidad, todas sus experiencias y todo su saber se confunden de nuevo en una sola individualidad, cuyas diferentes partes dependen una de otra, se sustituyen una á otra y se sostienen recíprocamente; una individualidad que, en conjunto, respira una atmósfera propia y exhala un aroma peculiar. Esas naturalezas producen, por medio de esos sistemas de conocimientos *personales*, la *ilusión* que consiste en creer que una ciencia (y hasta toda la filosofía) ha llegado sus límites y ha conseguido su fin; la *vida* que hay en

su sistema ejerce ese encanto: y ese encanto ha sido en ciertas épocas muy nefasto para la ciencia y engañoso para esos trabajadores del espíritu verdaderamente hábiles, pero en otras épocas, cuando reinaban la sequedad y el agotamiento, era como un bálsamo y como el soplo refrescante que viene de un lugar tranquilo de reposo. Generalmente á esos hombres se les llama *filósofos*.

172.—*Gratitud del talento.*

Cuando atravesé el pueblo de S., un rapazuelo se puso á restallar la tralla con todas su fuerza; era maestro en este arte y lo sabía. Yo le dirigí una mirada de gratitud; pero en el fondo aquello me causaba *un daño horrible*. Así obramos á menudo en la admiración que sentimos por muchos talentos. Les hacemos bien cuando nos hacen mal.

173.—*Risa y sonrisa.*

Cuanto más alegre y seguro de sí mismo se hace el espíritu, más olvida el hombre la risa ruidosa; por el contrario, deja escapar continuamente una sonrisa más intelectual, signo de su asombro á causa de las innumerables semejanzas ocultas que hay en la buena existencia.

174.—*Conversación de los enfermos.*

Del mismo modo que cuando uno siente gran angustia en el alma se mesa los cabellos, se golpea la frente, se araña las mejillas, ó también como Edipo, se arranca los ojos; del mismo modo, contra violentos dolores físicos, se apela á un sentimiento de viva amargura, acordándose, por ejemplo, de sus calumniadores

y de los que sospechan de vosotros, obscureciendo nuestro porvenir, lanzando mentalmente burlas y puñetazos contra los ausentes. Y á veces es cierto que un diablo echa á otro, pero entonces es otro que se tiene en sí. Por eso hay que recomendar á los enfermos esta otra diversión que parece contribuir á endulzar los dolores: reflexionar en los beneficios que se pueden hacer á los amigos y á los enemigos.

175.—*La medianía como disfraz.*

La medianía es el mejor disfraz que el espíritu superior puede llevar, porque la mayoría, es decir, los medianos, no creen que hay en eso un disfraz (y, sin embargo, por causa de esta mayoría es por lo que el espíritu superior emplea el disfraz), para no irritar, y, en casos no muy raros, por compasión y por bondad.

176.—*Los pacientes.*

El pino parece escuchar, el abeto parece oír, y ambos escuchan sin impaciencia; no piensan en el hombre mezquino, que á sus pies está devorado por su impaciencia y su curiosidad.

177.—*Las mejores chanzas.*

Hago la mejor acogida á la chanza que se desliza en vez de un pensamiento pesado y vacilante, y que es al mismo tiempo un signo de la mano y un guiñar del ojo.

178.—*Accesorios de toda veneración.*

Siempre que se venera el pasado no hay que dejar entrar á los meticulosos que quieren dejar vacío el puesto. La piedad no se siente á gusto sin algo de polvo, de basura y de fango.

179.—*El gran peligro de los sabios.*

Son precisamente los sabios más distinguidos y más serios los que corren el peligro de ver el objeto de su vida rebajado cada vez más; porque tienen el sentimiento de que, en la segunda parte de su existencia, se harán cada vez más atrabiliarios y quisquillosos. Comienzan por arrojarse en su ciencia con vastas esperanzas, y se atribuyen tareas audaces cuyo objeto ya, á veces, anticipa su imaginación; hay entonces momentos semejantes á los que se encuentran en la vida de los grandes navegadores que van á descubrir; el saber, el presentimiento y la fuerza se elevan mutuamente cada vez más, hasta que una costa lejana y nueva aparezca por vez primera ante la vista. Pero el hombre severo observa de año en año, cada vez más, cuánto importa que la tarea particular del investigador se encierre en límites tan restringidos como es posible, para que se pueda resolverla *sin residuo*, y evitar ese insoportable derroche de fuerzas de que sufrían los períodos anteriores de la ciencia; todos los trabajos se hacían entonces diez veces, y era siempre la undécima vez cuando tenían que decir la última palabra: la mujer. Sin embargo, cuanto más aprende el sabio á conocer esta manera de resolver los problemas sin residuo, cuanto más ejercita este método, mayor será el placer que sienta; pero la severidad de sus pretensiones, por respecto á lo que aquí se llama «sin residuo», aumentaría. Pone aparte todo lo que en este sentido debe quedar incompleto; husmea y repugna todo lo que no es soluble más que á medias; detesta todo lo que no puede dar una especie de certeza sino tomado en su generalidad, con contornos vagos. Sus

planes de juventud se derrumban ante su vista; apenas quedan algunos nudos que deshacer, y á este trabajo se dedica ahora el maestro con alegría, afirmando su fuerza. Entonces, en medio de esta actividad tan útil y tan infatigable, él, el hombre envejecido, se siente á veces sobrecogido de un profundo desaliento, de un sentimiento que acaba por reproducirse más á menudo y que se asemeja á una especie de tortura de conciencia; su mirada se fija en sí mismo, como si viese á alguien transformado, á alguien que se ha empequeñecido y rebajado hasta convertirse en un enano ágil; se preocupa de saber si la soberanía en las cosas pequeñas no es una especie de casualidad, un efugio ante las voces secretas que aconsejan dar amplitud á la vida. Pero no puede pasar *al otro lado*; es demasiado tarde para eso.

180.—*El maestro en la época de los libros.*

Como la educación particular y la educación por pequeños grupos se generaliza cada vez más, casi se puede prescindir del educador, tal como ahora existe. Algunos amigos, ávidos de saber que quieren apropiarse juntos un conocimiento, encuentran, en la época de los libros, un camino más sencillo y más natural que la «escuela» y el «maestro».

181.—*La vanidad considerada como la cosa más útil.*

Primitivamente el individuo fuerte trata, no sólo á la naturaleza, sino también á la sociedad y á los individuos débiles, como objetos de presa: los expresa como puede, luego continúa su camino. Porque vive en la incertidumbre, alternando entre el hambre y la abundancia, más bestias de lo que puede consumir,

saquea y maltrata más nombres de lo que sería necesario. Su manifestación de fuerza es al mismo tiempo una expresión de venganza contra su estado de miseria y de temor: quiere, además, pasar por más poderoso de lo que es, por eso abusa de las ocasiones: el excedente de temor que engendra es para él un excedente de fuerza. Nota á tiempo que no es lo que *es*, sino aquello por lo cual *pasa* que lo sostiene ó lo abate: ese es el origen de la *vanidad*. El poderoso trata por todos los medios posibles de aumentar la fe en su poder. Los que le están sujetos, que tiemblan ante él y le sirven, saben, por otra parte, que no valen exactamente sino por lo que están *reputados*: por eso trabajan á favor de esta reputación y no á favor de su satisfacción personal. No conocemos la vanidad sino en sus formas más tenues, cuando no se revela más que sublimada y á pequeñas dosis, porque vivimos en una época tardía y muy suavizada de la sociedad: primitivamente era la cosa *más útil*, el medio de conservación más violento. Ahora bien; la vanidad será tanto mayor cuanto que el individuo sea más circunspecto; porque es más fácil aumentar la creencia en la fuerza que aumentar la fuerza misma; pero esto sólo ocurre con el que tiene *ingenio*; ó bien, como debe decirse de los estados primitivos, con el que es *astuto* y *disimulado*.

182.—*Pronósticos de la cultura.*

Hay tan pocos indicios decisivos de la cultura, que es preciso alegrarse de poseer al menos uno que sea infalible, para servirse de él en su casa y en su jardín. Para examinar si alguien es de los nuestros ó no (quiero decir, si forma parte de los espíritus libres), hay que informarse de sus sentimientos respecto del

cristianismo. Si toma otro punto de vista que el punto de vista crítico, hay que volverle la espalda: nos traerá un aire impuro y del mal tiempo. No es *nuestra* tarea enseñar á tales hombres lo que es un viento de siroco; tienen á Moisés y á los profetas del tiempo y de la razón; si no quieren escucharlos, ¡qué le hemos de hacer!

183.— *Vengan á su tiempo la cólera y el castigo.*

La cólera y el castigo nos han sido legadas por la especie animal. El hombre no se emancipa sino dando á los animales ese regalo de bautismo. Hay allí oculta una de las mayores ideas que los hombres puedan tener: la idea de un progreso único entre todos los progresos. ¡Avancemos juntos algunos millares de años, amigos! Muchas alegrías están todavía reservadas á los hombres, alegrías cuyo olor no ha llegado hasta los del presente. Ahora bien; tenemos derecho á permitirnos esta alegría, á invocarla y á anunciarla como algo necesario, con tal de que el desarrollo de la razón humana *no se detiene*. Llegará un día en que no se quiera aceptar el pecado *lógico* que se oculta en la cólera y en el castigo, practicados individualmente ó en sociedad: será el día en que la cabeza y el corazón sabrán estar tan cerca uno de otro como alejados están ahora. Al dirigir una mirada sobre la marcha general de la humanidad, se nota bastante bien que están menos distantes uno de otro de lo que estaban primitivamente. Y el individuo que puede abarcar de una ojeada toda una existencia de trabajo interior, llegará á adquirir conciencia, con un júbilo orgulloso, de la distancia salvada, de la aproximación que se ha llevado á cabo, y osaría aventurar esperanzas más nobles.

184.—*Origen de los pesimistas.*

Una cucharada de un buen alimento decide, á menudo que miremos el porvenir con ojos de desesperación ó de esperanza; eso es cierto aun en las cosas más elevadas y más intelectuales. El descontento y las ideas negras se han *transmitido* á las generaciones actuales por los famélicos de otras épocas. Aun en nuestros artistas y en nuestros poetas, obsérvase á menudo, á pesar de la opulencia de su vida, que no tienen buena linaje, que su sangre y su cerebro guardan despojos del pasado, recuerdos de antecesores mal alimentados y oprimidos durante su vida, lo cual se manifiesta en sus obras por el objeto y el colorido que escogen. La civilización de los griegos es una civilización de personas que poseen, cuya fortuna es de origen antiguo; vivieron mejor que nosotros á través de muchas generaciones (mejor bajo todas las formas, y, ante todo, mucho más sencillamente, desde el punto de vista del alimento y bebida): pero el cerebro se hizo á la vez tan lleno y tan sutil, cuando la sangre se puso á circular rápidamente, semejante á un alegre vino claro. Produjeron, pues, lo que hay de bueno y de mejor, no con colores sombríos, llenos de éxtasis y de violencia, sino con radiaciones de belleza y de sol.

185.—*De la muerte razonable.*

¿Qué es lo más razonable: detener la máquina cuando la obra que se le exigía se ejecuta, ó bien dejarla marchar hasta que se detiene por sí misma, es decir, hasta que se destroza? Este último procedimiento, ¿no es un despilfarro de los gastos de manteni-

miento, un abuso de las fuerzas y de la atención de los que dirigen la máquina? ¿No se propaga inútilmente lo que sería muy necesario? ¿No es propagar una especie de desprecio respecto de las máquinas en general, sostenerlas y dirigir tan gran número inútilmente? Quiero hablar de la muerte involuntaria (natural) y de la muerte voluntaria (razonable). La muerte natural es la muerte independiente de toda voluntad, la muerte propiamente *irrazonable*, en que la miserable sustancia de la corteza determina la duración del hueso; en que, por consiguiente, el carcelero ahilado, enfermo y embrutecido, es dueño de determinar el momento en que debe morir su noble prisionero. La muerte natural es el suicidio de la naturaleza, es decir, la destrucción del ser más razonable por la cosa más irrazonable que se ha asociado á él. Sólo colocándose en el punto de vista religioso, puede suceder lo contrario, porque entonces, como es justo, la razón superior (Dios) da sus órdenes, á las cuales debe someterse la razón inferior. Abstracción hecha de la religión, la muerte natural no merece una glorificación. La sabia disposición, respecto de la muerte, pertenece á la moral del porvenir, que parece ahora incomprensible é inmoral; pero cuya aurora debe ser una felicidad indescriptible contemplar.

186.—*Mirando hacia atrás.*

Todos los criminales obligan á la sociedad á adquirir grados de civilización anteriores á aquel donde se encuentra en el momento en que se verifica el crimen; obran hacia atrás. Piénsese en los instrumentos que la sociedad se ve obligada á crearse y mantener para su defensa; en el policía astuto, en el verdugo,

en el carcelero; pregúntese al fin si el juez mismo y el castigo y todo el procedimiento judicial, en sus efectos sobre el no criminal, no son á propósito para deprimir, más bien que para elevar. Nunca será posible revestir á la legítima defensa y á la venganza del vestido de la inocencia; y cada vez que se utiliza y sacrifica al hombre, como un medio para cumplir el fin de la sociedad, toda la humanidad superior se entristece.

187.—*La guerra como un remedio.*

A los pueblos que se hagan débiles y miserables, podría aconsejárseles la guerra como un remedio; á condición de que quieran á toda costa continuar viviendo: porque para la consunción de los pueblos hay también una curación de brutalidad. Pero querer vivir eternamente y no poder morir, es ya un síntoma de senilidad en el sentimiento. Cuanto más se vive con amplitud y superioridad, más dispuesto está uno á arriesgar su vida por un solo sentimiento agradable. Un pueblo que vive y siente así, no necesita guerras.

183.—*Transplantación intelectual y corporal como remedio.*

Las diferentes culturas son climas intelectuales, cada uno de los cuales es particularmente perjudicial ó saludable en tal ó cual órgano. La *historia*, en su conjunto, siendo la ciencia de las diferentes culturas, es la ciencia de los *remedios*, si no la terapéutica misma. Por eso es necesario un médico que utilice la ciencia de los remedios para mandar á cada uno al clima que le es particularmente saludable, por un momento solamente, ó bien para siempre. Vivir en el

presente, en el ambiente de una sola cultura, no basta como prescripción universal; porque entonces perderían demasiadas especies de hombres infinitamente útiles que no pueden respirar en buenas condiciones. Con ayuda de los estudios históricos, hay que darles el *aire* y tratar de conservarlos; los hombres de las civilizaciones atrasadas, tienen también su valor. A más de esta curación del espíritu, es menester que la humanidad comprenda, por lo que atañe á las cosas corporales, á saber, por medio de una geografía médica, cuáles son las degeneraciones y las enfermedades que provoca cada comarca de la tierra, y, al contrario, cuáles son los factores de curación que presenta: es preciso entonces que los pueblos, las familias y los individuos se transplanten sin cesar, hasta que uno haya aniquilado las enfermedades hereditarias. La tierra entera acabará por ser un conjunto de estaciones sanitarias.

189.—*El árbol de la humanidad y la razón.*

Lo que teméis con una senil miopía como un exceso de población sobre la tierra, es para los que tienen más esperanza que nosotros, una tarea grandiosa: es preciso que la humanidad sea algún día un árbol que ha de sombrear la tierra entera, con muchos millares de flores, que se convertirán en frutos; por eso es preciso desde ahora preparar la tierra para cultivar este árbol. Aumentar la savia, y la fuerza que acelerará el desarrollo ahora *mínimo* todavía, hacer circular en innumerables cana es esta savia necesaria á la nutrición del conjunto y de lo particular; de tales tareas, ó tareas semejantes, se puede deducir la *medida* para apreciar si un hombre de hoy es útil ó inútil.

La tarea no tiene límites, es grandiosa y temeraria: todos queremos participar de ella á fin de que el árbol no se pudra antes de tiempo. El espíritu histórico conseguirá tal vez figurarse en imaginación al ser humano y á la actividad humana, semejantes, en el conjunto del tiempo, á la organización de las hormigas, á un hormiguero ingeniosamente edificado. Si la juzgamos superficialmente, toda la humanidad nos parece regida por el instinto, como la organización de las hormigas. Pero, después de un examen severo, observamos que pueblos enteros se han esforzado, durante algunos siglos, en descubrir y en *poner á prueba* nuevos métodos, por los cuales se pueda hacer bien á la gran colectividad humana, y, por último, al gran árbol frutal de la humanidad; y, cualquiera que sea el daño causado durante esas pruebas á los individuos, á los pueblos y á las épocas, habrá siempre individuos que hayan adquirido *sabiduría*, y esta sabiduría se propagará lentamente con arreglo á los métodos que adoptarán épocas y pueblos enteros. Las hormigas yerran y se engañan también; la humanidad puede muy bien perecer y secar antes de tiempo, por la locura de los medios empleados; no hay ni para una ni para otras un seguro instinto conductor. Nos es preciso, á pesar de todo, *arrostrar* frente á frente esta tarea grandiosa, que consiste en *preparar* la tierra para recibir una planta de la más grande y de la más alegre fecundidad, y esta es una tarea que tiene por enseña la razón por la razón.

190.—*El elogio del desinterés y su origen.*

Entre dos jefes de partida vecinos, había querrela desde mucho tiempo ha: se saqueaban las cosechas,

se robaban los rebaños, se incendiaban las casas, con éxitos dudosos, puesto que las dos fuerzas eran casi iguales. Un tercero, que, por la situación aislada de sus dominios, podía estar á salvo de estas disputas, pero que, sin embargo, tenía razones para temer el día en que uno de esos vecinos quisquillosos llegase á una preponderancia definitiva, se interpuso, finalmente, con benevolencia y solemnidad entre los dos partidos en lucha: y secretamente agregaba á sus proposiciones de paz un peso serio, dando á entender á cada uno de los dos beligerantes que en adelante haría causa común con la víctima de quien rompiese la paz. Se congregaron ante él; se pusieron con vacilación en su poder las manos que hasta entonces habían sido los instrumentos, y muy á menudo las causas del odio: y se llevaron á cabo realmente serias tentativas para mantener la paz. Cada cuál vió con asombro cómo su bienestar y su comodidad aumentaban de repente, y encontró en el vecino, en vez de un malhechor pérfido ó arrogante, un negociante dispuesto á la compra y á la venta; hasta vió que, en casos de necesidad imprevista, se podía, recíprocamente, sentir angustia en lugar de explotar, como se había hecho hasta entonces, esta angustia del vecino, y llevarla al colmo, si fuese posible. Hasta pareció que la especie humana se había hecho más fuerte desde entonces en los dos bandos: porque los ojos se habían iluminado, las frentes se habían despojado de arrugas, y todos habían sentido confianza en el porvenir: nada es más saludable á las almas y á los cuerpos de los hombres que esta confianza. Se volvían á ver todos los años, en el día de la alianza, tanto jefes como partidarios, en presencia del mediador, cuya manera de obrar se admiraba y veneraba; ¡tan inmenso era

el beneficio que se le debía!... Se llamaba *desinteresada* esta manera de obrar, porque se tenía demasiado en cuenta la ventaja personal que se había sacado de la intervención, para ver, en la manera de obrar del vecino, otra cosa que este hecho: las condiciones de existencia de éste no se habían transformado del mismo modo que la de los beligerantes reconciliados por él; al contrario, habían permanecido idénticas; parecía, por consiguiente, que no hubiese tenido en cuenta su interés. Por primera vez, se dijo entonces que el desinterés era una virtud: seguramente, en las cosas privadas é insignificantes, se habían dado á menudo casos semejantes, pero no se fijó la atención en esta virtud, cuando se manifestaba por vez primera, como si estuviese escrita en gruesos caracteres legibles para toda la sociedad. Reconocidas como virtudes, embozadas con un nombre, explanadas en fórmulas recomendadas por el uso, tales fueron las cualidades morales á partir del momento en que decidieron *visiblemente* de los destinos y de la felicidad de sociedades enteras. Desde entonces, en *muchas personas*, la elevación de los sentimientos y el estímulo de las fuerzas creadoras interiores se han hecho tan grandes, que se ofrecen regalos á estas cualidades morales, trayendo cada cual lo mejor que tiene; el hombre serio pone á sus pies su seriedad; el hombre digno, su dignidad; las mujeres, su dulzura; los jóvenes, todo lo que es en ellos rico de esperanza y de porvenir; el poeta les atribuye palabras y nombres, los introduce en la ronda de los seres mágicos, les señala un cuadro genealógico y acaba por adorar, como hacen los artistas, á las criaturas de su imaginación, como á nuevas divinidades; hasta *enseña* á adorarlas. Así, una virtud acaba, porque el amor y la gratitud de todos trabajan en ella,

como en una estatua, por convertirse en una aglomeración de todo lo que es bueno y digno de veneración, como si fuese á la vez una especie de templo y de personalidad divina. Se erige en adelante como una virtud especial, como un ser aparte, lo que no lo era hasta ahora, y ejerce los derechos y la fuerza de que dispone una sobrehumanidad santificada. En la Grecia de la decadencia, las ciudades estaban llenas de esas abstracciones divinas humanizadas (perdónese la frase singular á causa de la idea singular); el pueblo se había combinado á su manera una especie de «cielo de las ideas» á la manera platónica, y no creo que se haya sentido la impresión de este habitante celeste con menos viveza que la de una divinidad cualquiera pasada de moda.

191.—*Tiempo de oscuridad.*

Se llama en Noruega «tiempo de oscuridad» á las épocas en que el sol permanece durante toda la jornada encima del horizonte: en ese intervalo de tiempo la temperatura baja sin cesar lentamente. ¡Qué maravilloso símbolo para todos los pensadores, ante los cuales el sol del porvenir humano se ha oscurecido por algún tiempo!

192.—*La filosofía de la opulencia.*

Un jardincito, higos, queso, y además tres ó cuatro buenos amigos: esa fué la opulencia de Epicuro.

193.—*Las épocas de la vida.*

Las verdaderas épocas de la vida son esos momentos de parada entre la ascensión y el descenso de una idea dominante ó de un sentimiento directo. Siéntese

de nuevo saciedad; todo lo demás es sed y hambre, ó disgusto.

194.—*El sueño.*

Nuestros sueños son, en el caso en que, por excepción, se prosigan una vez y se acaben (generalmente el sueño es una obra á medio concluir), encadenamientos simbólicos de escenas é imágenes, en lugar de su relato en lenguaje literario. Modifican los acontecimientos, las condiciones y las esperanzas de nuestra vida, con una audacia y una previsión poética, que nos asombran siempre por la mañana cuando nos acordamos. Derrochamos en demasía nuestro sentido artístico durante nuestro sueño, y por eso somos durante el día tan pobres de él.

195.—*Naturaleza y ciencia.*

Del mismo modo que en la naturaleza, en la ciencia los terrenos peores y más infecundos son los que primero se desmontan, porque para eso bastan casi los medios que posee la ciencia *incipiente*. La explotación de los dominios más fecundos tiene por condición una fuerza enorme y cuidadosamente desarrollada en los métodos, resultados particulares ya adquiridos, y un equipo de obreros organizados y ejercitados; y esto tarda mucho en reunirse. La impaciencia y la ambición se apoderan á menudo muy pronto de esos dominios fecundos, pero los resultados son nulos. En la naturaleza esas tentativas se pagarían muy caras, porque harían morir de hambre á los desmontadores.

196.—*Vivir con sencillez.*

Hoy día es difícil un género de vida sencillo; se necesita mucha más reflexión y espíritu inventivo de lo

que tienen aun hombres muy inteligentes. El más honrado de ellos dirá tal vez: «No tengo tiempo á reflexionar mucho en eso. El género de vida sencilla es para mí un fin demasiado noble; quiero esperar á que lo hayan logrado otros más sabios que yo.»

197.—*Cumbres y montículos.*

La fecundidad mediocre, el celibato frecuente, y, en general, la frialdad sexual en los espíritus superiores y más cultivados, así como en las clases á las cuales pertenecen, son esenciales para la economía de la humanidad; la razón reconoce y utiliza el hecho de que en un punto extremo de desarrollo cerebral es muy grande el peligro de una progenitura nerviosa: esos hombres son las cumbres de la humanidad; no deben prolongarse en montículos.

198.—*La naturaleza no da saltos.*

Cualquiera que sea la rapidez que pueda desplegar el hombre, y aunque haya apariencia de tránsito de una contradicción á otra, examinando esto más de cerca, se descubrirán las *piedras de espera* que forman el tránsito del antiguo edificio al nuevo. Esta es la tarea del biógrafo: debe razonar sobre la vida conforme al principio de que ninguna naturaleza da saltos.

199.—*Con decencia, es cierto...*

El que se viste de harapos decentemente lavados, se viste con decencia, es cierto; mas no por esto deja de gastar harapos.

200.—*El solitario habla.*

Se logra, á guisa de recompensa, entre muchos disgustos, desalientos y enojos (tal como los produce ne-

cesariamente una soledad sin amigos, sin libros, sin obligaciones y sin pasiones), un cuarto de hora del más profundo recogimiento que proporciona una vuelta á sí mismo y á la naturaleza. El que se precave por completo contra la naturaleza, precávese también contra sí mismo; nunca le será permitido beber en la copa más deliciosa que se puede llenar en el manantial interior.

201.—*Falsa celebridad.*

Detesto esas supuestas bellezas de la naturaleza que, al fin y al cabo, sólo tienen significado desde el punto de vista de nuestros conocimientos, sobre todo de nuestros conocimientos geográficos, y que son imperfectas cuando las examinamos desde el punto de vista de nuestro sentido de lo bello; he aquí, por ejemplo, el aspecto del Mont-Blanc visto desde Ginebra: es algo insignificante cuando no se apela á las alegrías cerebrales de la ciencia; todas las montañas vecinas son más bellas y más expresivas; pero «están lejos de ser tan altas», agrega ese saber absurdo para disminuir su valor. En ese caso, la vista contradice á la ciencia; ¿cómo ésta se ha de complacer en la contradicción?

202.—*Turistas.*

Suben la montaña como animales, estúpidamente y goteando de sudor; alguien se ha olvidado de decirles que en el camino hay hermosas perspectivas.

203.—*Demasiado y demasiado poco.*

En nuestros días los hombres viven todos demasiado y piensan demasiado poco; tienen á la vez el cólico

y un hambre devoradora; por eso enflaquecen á ojos vistas. El que dice ahora: «no me ha ocurrido nada», pasa por un imbécil.

204.—*El fin y el objeto.*

Todo fin no es un objeto. El fin de la melcedía no es su objeto; pero, á pesar de eso, si la melodía no ha llegado á su fin, no ha conseguido su objeto. Esto es un símbolo.

205.—*Neutralidad de la gran naturaleza.*

La neutralidad de la gran naturaleza agrada (la que se encuentra en la montaña, en el mar, en el bosque, en el desierto), pero sólo por poco tiempo; después comenzamos á ponernos impacientes. «Esas cosas, ¿no quieren decirnos nada á nosotros? ¿No existimos para ellas?» El sentimiento nace de un crimen *laesae majestatis humanae*.

206.—*Olvidar las intenciones.*

Al viajar, se olvida generalmente el fin del viaje. Asimismo toda profesión se escoge y se emprende como medio para llegar á un fin, pero se continúa como si fuese el fin extremo. El olvido de las intenciones es la tontería que con más frecuencia se comete.

207.—*Eclíptica de la idea.*

Cuando una idea comienza á elevarse en el horizonte, la temperatura del alma es generalmente fría. Poco á poco la idea desarrolla su calor, y es la más intensa (es decir, produce mayor efecto) cuando la creencia en la idea está ya en descenso.

208.—*Por qué se ha de tener á todo el mundo contra sí.*

Si alguien osase decir ahora: «El que no está conmigo está contra mí», tendría inmediatamente á todo el mundo contra él. Este sentimiento honra á nuestra época.

209.—*Avergonzarse de la riqueza.*

Nuestra época no tolera más que una sola especie de ricos: los que *se avergüenzan* de su riqueza. Si se oye á alguien decir: «es muy rico», se experimenta inmediatamente un sentimiento análogo al que se siente frente á una enfermedad repugnante que hincha el cuerpo, la hidropesía ó el exceso de obesidad; es preciso acordarse brutalmente de su humanidad, para poder familiarizarse con ese rico de manera que no se dé cuenta de nuestro sentimiento de disgusto. Pero desde el momento en que éste comienza á enorgullecerse de su riqueza, nuestro sentimiento se complica, con un asombro mezclado de compasión, ante una dosis tan fuerte de sinrazón humana; de suerte que se sienten ganas de alzar las manos al cielo y exclamar: «Pobre ser deformado, abrumado y esclavizado de cien maneras distintas, á quien cada hora trae ó *puede traer* algo desagradable, cuyos miembros sienten el contrapeso de cada acontecimiento que pasa en veinte pueblos distintos, ¿cómo nos quieres hacer creer que te sientes á gusto en tu situación? Si te presentas en público, sabemos que es para ti como si pasases azotado, ante miradas que no tienen para ti más que odio frío, importunidad ó silenciosa burla. Puede suceder que te sea más fácil adquirir que á otro; pero lo que adquirirás será superfluo y te dará poca alegría;

y *conservar* lo que has adquirido es de fijo para ti una cosa aún más penosa que cualquier adquisición penosa. Sufres *sin cesar*, porque pierdes sin cesar. ¿De qué te sirve que se te inocule artificialmente sangre nueva? Las ventosas te hacen daño: ¡las ventosas puestas en tu nuca! Pero no seamos injustos; es difícil, quizá imposible para ti no ser rico: *es preciso* que conserves, que adquieras de nuevo; la tendencia hereditaria de tu naturaleza te impone ese *yugo*; razón de más para no engañarnos y avergonzarnos, leal y visiblemente, del yugo que llevas, toda vez que en el fondo de tu alma estás avergonzado y descontento de llevarlo. Esta vergüenza no es infamante.

210.—*Exceso de arrogancia.*

Hay hombres tan arrogantes, que no saben alabar á un gran hombre á quien admiran, sino representándolo como un grado ó un paso que lleva hasta *ellos mismos*.

211.—*En el terreno de la vergüenza.*

El que quiere arrebatarse una idea á los hombres, no se contenta, por lo general, con refutarla y arrancar el gusano del ilogismo que la corroe; por el contrario, después de haber matado al gusano, coge la fruta entera y la arroja al fango, para hacerla vil á los ojos de los hombres é inspirarles disgusto. Así cree haber encontrado el medio para hacer imposible esta «resurrección al tercer día», que tan gustosamente se practica con las ideas refutadas. Se engaña, porque precisamente *en el terreno de la vergüenza*, en medio de las inmundicias, es donde brotan rápidamente, de la simiente de la idea, gérmenes nuevos. No se debe, pues,

ni menospreciar ni ridiculizar lo que uno se propone abolir definitivamente, sino colocarlo respetuosamente sobre *hielo* siempre renovado, considerando que las ideas tienen una vida muy duradera. Se trata de obrar con arreglo á esta máxima: «Una refutación no es una refutación.»

212.—*Suerte de la moralidad.*

Estando en camino de disminuir la esclavitud de los espíritus, es cierto que la moralidad (es decir, la manera de obrar hereditaria, tradicional é instintiva, *conforme á sentimientos morales*) disminuye igualmente: pero no las virtudes particulares, como la moderación, la justicia, la tranquilidad de ánimo: porque la mayor libertad induce involuntariamente al espíritu consciente á esas virtudes y las recomienda también á causa de su *utilidad*.

213.—*El fanático de la desconfianza y su garantía.*

El anciano: ¿Quieres intentar lo imposible é instruir á los hombres en gran escala? ¿Dónde está tu garantía?—*Pirrón:* Hela aquí: quiero poner á los hombres en guardia contra mí mismo; quiero confesar públicamente todos los defectos de mi naturaleza, y descubrir ante todos los ojos mis vacilaciones, mis contradicciones y mis tonterías. No me escuchéis, les diré, antes de que no me haya hecho semejante al menor entre vosotros, y aún más pequeño que él; defendeos contra la verdad mientras podáis, á causa del disgusto que os causa su defensor. Seré vuestro seductor y vuestro impostor, si notáis en mí la menor manifestación de consideración y de dignidad.—*El anciano:* Prometes demasiado; no podrás resistir esa carga.—

Pirrón: Diré, pues, también á los hombres que soy demasiado débil y que no puedo cumplir con lo que he prometido. Cuanto mayor sea mi indignidad, más desconfiarán de la verdad cuando salga de mi boca.—*El anciano*: ¿Quieres, pues, enseñar la desconfianza de la verdad?—*Pirrón*: Una desconfianza tal como nunca ha existido en el mundo: una desconfianza respecto de todo y de todos. Este es el único camino que conduce á la verdad. No creáis que os llevará á árboles frutales y junto á sauces admirables. Encontraréis por el camino granitos duros; esas son las verdades; por espacio de años enteros os será preciso tragar mentiras á puñados para no morir de hambre, aunque sepáis que son mentiras. Pero esos granitos se sembrarán y se hundirán en la tierra, y tal vez llegue un día la recolección: nadie tiene derecho á *prometerla*, á menos de ser un fanático.—*El anciano*: ¡Amigo, amigo! ¡Tus palabras también son las de un fanático!—*Pirrón*: Tienes razón; quiero ser desconfiado con respecto á todas las palabras.—*El anciano*: Entonces tendrás que callarte.—*Pirrón*: Diré á los hombres que debo callarme y que deben desconfiar de mi silencio.—*El anciano*: ¿Renuncias, pues, á tu empresa?—*Pirrón*: Al contrario; acabas de indicarme la puerta por donde debo entrar.—*El anciano*: No sé si nos comprendemos perfectamente.—*Pirrón*: Probablemente, no.—*El anciano*: ¡Con tal que te comprendas bien á ti mismo! (*Pirrón* se vuelve riendo).—*El anciano*: ¡Ay, amigo! Callarse y reirse ¿es toda tu filosofía?—*Pirrón*: No sería la peor.

214.—*Libros europeos.*

Quando se lee á Montaigne, á La Rochefoucauld, á La Bruyère, á Fontenelle (particularmente los *Diálo-*

gos de los muertos), á Vauvenargues y á Chamfort, está uno más cerca de la antigüedad que con cualquier otro grupo de seis autores de otro país. Por esos seis escritores ha revivido de nuevo el espíritu de los *últimos siglos* de la era *antigua*: reunidos, forman un eslabón importante en la gran cadena continua del Renacimiento. Sus libros se elevan por encima del cambio en el gusto nacional y de los matices filosóficos, en que cada libro cree que debe resaltar ahora para hacerse célebre; contienen más *ideas verdaderas* que todas las obras de filosofía alemana juntas: ideas de esta especie particular que crea ideas y que... me veo apurado para acabar mi definición; en resumen, esos escritores me parecen no haber escrito ni para los niños, ni para los exaltados, ni para las muchachas solteras, ni para los cristianos, ni para los alemanes, ni para..., me veo apurado para terminar mi lista. Pero para formular un elogio muy inteligible, diré que, escritas en lengua griega sus obras, hubiesen sido comprendidas por griegos. Por el contrario, Platón no hubiera podido *comprender* algunos escritos de nuestros mejores pensadores alemanes, por ejemplo, de Goethe y de Schopenhauer, por no hablar de la repugnancia que le hubiera inspirado su manera de escribir (es decir, lo que tienen de oscuro y, á veces de seco y coagulado); son defectos de que estos dos escritores adolecen menos que los demás pensadores alemanes ¡y todavía sufren mucho! Goethe, en cuanto pensador, ha abrazado á las nubes más violentamente de lo que fuera de desear; y Schopenhauer no se ha paseado impunemente casi siempre entre los símbolos de las cosas más bien que entre las cosas mismas. Por el contrario, ¡qué claridad y qué precisión delicada en esos franceses! Los griegos

más sutiles se hubieran visto obligados á aprobar ese arte, y hay una cosa que hubieran admirado y adorado: la *malicia* francesa de la expresión; *amaban* mucho ese género de cosas sin ser precisamente muy fuertes en él.

215.—*Moda y modernidad.*

Dondequiera que la ignorancia y la suciedad son todavía habituales; dondequiera que el comercio es insignificante, la agricultura miserable y el clero poderoso, se encuentran *los trajes nacionales*. Por el contrario, *la moda* reina dondequiera que se observan indicios de lo contrario. La moda se encuentra, pues, al lado de las *virtudes* de la Europa actual; ¿ha de ser, en verdad, el reverso de esas virtudes? El traje masculino, que se conforma á la moda y no al carácter nacional, significa primero en el que lo lleva que el europeo no quiere hacerse notar, ni como *individuo*, ni como representante de una clase y de un pueblo, que ha erigido en ley la atenuación intencional de esta especie de vanidad; indica después que es laborioso y que no tiene tiempo para vestirse y ataviarse, y también que todo lo que es precioso y lujoso en el género y en la combinación de los pliegues, está en desacuerdo con su trabajo; y, por último, que con su traje quiere indicar que las profesiones sabias é intelectuales son aquellas más cerca de las cuales se siente ó quisiera sentirse en cuanto hombre europeo: al paso que, á través de los trajes nacionales que todavía existen, transparentase el bandido, el pastor ó el soldado, que, de esa suerte, llegarían á considerarse como las posiciones más apetecibles, las que dan el tono. Hay, además, en los límites trazados por el ca-

rácter general de las modas masculinas, oscilaciones insignificantes, producidas por la vanidad de los jóvenes, de los elegantes y de los ociosos de las grandes ciudades; es decir, de los que, como hombres europeos, *todavía no han llegado á su madurez*. Las mujeres europeas han llegado todavía menos; por eso en ellas las oscilaciones son mucho mayores: tampoco quieren afirmar su nacionalidad y detestan ver desenmascarada por el traje su cualidad de alemana, de francesa ó de rusa; pero como individualidades, les gusta llamar la atención; de suerte que á nadie le deba caber duda, por la manera de ir vestidas, sobre la clase de la sociedad á que pertenecen (la «buena» sociedad, las clases «altas», el «gran» mundo), y se atenderán tanto más á que esté uno prevenido en favor suyo, en el sentido de que no pertenezcan realmente á esa clase ó que apenas pertenezcan. Pero ante todo la mujer joven no quiere llevar nada de lo que lleva la mujer de edad, porque al hacer sospechar que cuenta algunos años de más, cree que será menos estimada; por otra parte, la mujer de edad desea con un atavío juvenil hacerse en lo posible la ilusión de que es joven; rivalidad de donde resultan siempre modas en que el carácter juvenil se afirma de una manera visible é inimitable. Cuando el espíritu inventivo de las mujeres jóvenes y artistas se ha empleado durante algún tiempo en hacer ostentación de su juventud, ó, para decir toda la verdad, cuando se ha vuelto de nuevo al espíritu inventivo de las antiguas civilizaciones de corte, para inspirarse en ellas, así como al de las naciones contemporáneas y, en general, á todo el universo vestido; cuando se han acoplado el español, el turco y la antigüedad griega, para hacer exhibición de carnes hermosas, se acaba por descubrir siempre

que no ha sabido uno obrar en beneficio de sus intereses, y que, para producir impresión sobre los hombres, el juego del escondite con las bellezas del cuerpo, da mejor resultado que la probidad desnuda ó medio desnuda; y desde entonces la rueda del buen gusto y de la vanidad comienza otra vez á girar en sentido inverso; las jóvenes de alguna más edad comprenden que llegó su reinado, y comienza de nuevo con mayor energía la lucha de los seres más bellos y más absurdos. Pero cuanto más se desarrolla la personalidad de las mujeres que desde luego no conceden ya la preeminencia entre ellas á personas que no han llegado á su madurez, más tenues se hacen esas oscilaciones en el traje, más sencillos se hacen sus atavíos. Es evidente que no hay derecho á emitir un juicio sobre esos atavíos inspirándose en los modelos antiguos, ni se puede tomar como norma el traje de los habitantes de las costas meridionales, sino que hay que considerar las condiciones climáticas de las regiones medias y septentrionales, de aquellas en que el genio inventivo de Europa, por lo que atañe á las formas y á las ideas, tiene su patria más querida. En conjunto, no será, pues, el *cambio* lo que caracterizará la *moda* y la *modernidad*, porque el cambio es algo retrógrado y designa á los europeos, hombres y mujeres, que todavía no han llegado á su madurez: será, por el contrario, la negación de todo lo que es vanidad *nacional*, vanidad de la *casta* y del *individuo*. En consecuencia, es loable, porque se economiza fuerza y el tiempo, que ciertas ciudades y comarcas de Europa piensen é inventen, por lo que respecta al vestido, en lugar de todas las demás, porque hay que considerar que el sentido de la forma no se concede comúnmente á todo el mundo; tampoco es una ambición muy exa-

gerada que París, por ejemplo, reivindique, mientras esas oscilaciones continúen subsistiendo, el derecho de ser la única ciudad que inventa é innova en ese terreno. Si un alemán, por odio á las reivindicaciones de una ciudad francesa, quiere vestirse de otro modo y llevar, por ejemplo, los arreos de Alberto Durero, deberá considerar que, aunque lleva un traje que era el de los alemanes de antaño, éste no habrá sido, sin embargo, inventado por los alemanes, porque nunca ha existido traje que pudiese caracterizar al alemán en cuanto alemán; hará bien, además, en darse cuenta del aspecto que tendrá así vestido y del anacronismo que sería presentar, sobre una vestimenta á lo Durero, una cabeza completamente moderna, con las líneas y los pliegues de carácter que el siglo XIX ha incrustado en ella. Como las palabras «moderno» y europeo son aquí casi equivalentes, se entiende por Europa extensiones de territorio mucho mayores que las que abarca la Europa geográfica, como es la península de Asia; hay que comprender especialmente á América, en cuanto que es hija de nuestra civilización. Por otra parte, no es Europa entera la que cae en el dominio de la definición que se da de «Europa» desde el punto de vista de la civilización, sino sólo esos pueblos y esas fracciones de pueblos que tienen un pasado común en la Grecia y en la Roma antiguas, en el cristianismo y en el judaísmo.

216.—*La «virtud alemana».*

Es innegable que desde el fin del siglo último una corriente de resurgimiento moral ha circulado por Europa. Sólo entonces la virtud comenzó de nuevo á ser elocuente; aprendió á encontrar los gestos natura-

les de la exaltación y de la emoción; no se avergonzó de sí misma, é imaginó filosofías y poemas para glorificarse. Si se examinan los orígenes de esa corriente, encuéntrase, por una parte, á Rousseau, el Rousseau místico que se había creado con arreglo á la impresión dejada por sus obras (casi se podría decir: sus obras interpretadas de una manera mística, y con arreglo á las indicaciones dadas por él mismo, pues él y su público trabajaron sin cesar en crear esta figura ideal). El otro origen se encuentra en la resurrección del gran latinismo estoico por el cual los franceses han continuado de la manera más digna la obra del Renacimiento. Pasaron, con éxito maravilloso, de la imitación de las formas antiguas á la imitación de los caracteres antiguos; lo cual les confiere para siempre un derecho á las distinciones más elevadas, porque forman el pueblo que hasta ahora ha dado á la humanidad nueva los mejores libros y los mejores hombres. ¿Cómo ese doble ejemplo, el del Rousseau místico y el del espíritu romano resucitado, ha obrado sobre los pueblos vecinos más débiles? Se puede comprobar sobre todo en Alemania; porque, á consecuencia de un nuevo arranque del todo extraordinario hacia un fin serio y grande, en la voluntad y en el dominio de sí mismo, se ha acabado por ponerse en éxtasis ante su propia virtud y por lanzar al mundo la idea de «virtud alemana», como si no pudiese existir nada más original y más personal que ésta. Los primeros grandes hombres que adoptaron este impulso francés hacia ideas de nobleza y de conciencia en la voluntad moral, estaban animados de mayor lealtad y no olvidaron la gratitud. El moralismo de Kant, ¿de dónde viene? Kant no cesa de darlo á entender: de Rousseau y de la Roma estoica resucitada. El moralismo de Schiller

tiene idéntico origen é idéntica glorificación de este origen. El moralismo de Beethoven en la música, es el eterno elogio de Rousseau, de los franceses antiguos y de Schiller. Pero más tarde fué el «joven alemán» quien olvidó la gratitud, porque durante los años que habían transcurrido se había prestado oídos á los predicadores del odio anti-francés; y ese joven alemán se hizo notar algún tiempo por revelar más conciencia de lo que se cree lícita en otros jóvenes. Cuando quería buscar á sus padres intelectuales, tenía derecho á pensar en sus compatriotas, en Schiller, en Fichte y en Schleiermacher; pero hubiera debido buscar sus abuelos en París y en Ginebra, y había que tener la vista muy corta para creer, como él, que la virtud no tenía más de treinta años. Entonces se habituó el mundo á exigir que al pronunciar la palabra «alemán» se sobreentendiese la palabra virtud, y hasta nuestros días no nos hemos desacostumbrado á este defecto. Este resurgimiento moral, dicho sea de paso, no ha hecho más que causar perjuicio al *conocimiento* de los fenómenos morales, como casi se pudiera adivinar, y no ha dejado de provocar movimientos retrógrados. ¿Qué es toda la filosofía alemana desde Kant, con todas sus ramificaciones francesas, inglesas y alemanas? Un atentado semi-teológico contra Helvecio, una retractación formal de la libertad de opinión, lenta y penosamente conquistada, de la indicación del buen camino que Helvecio había acabado por expresar y resumir de la manera necesaria. Hasta nuestros días, Helvecio es, en Alemania, el más infamado entre todos los buenos moralistas y todos los hombres buenos.

217.—*Clásico y romántico.*

Los espíritus en el sentido clásico, así como los espíritus en el sentido romántico (ambas especies existirán siempre), llevan en sí una visión del porvenir; pero la primera categoría deriva esta visión de la *fuerza* de su época, y la segunda de su *debilidad*.

218.—*La enseñanza de la máquina.*

La máquina enseña en sí misma el encadenamiento de las muchedumbres humanas en las acciones en que cada cual sólo tiene una cosa que hacer; da el modelo de una organización de los partidos y de la táctica militar en caso de guerra. Por el contrario, no enseña la soberanía individual; hace una sola máquina de la mayoría y de cada individuo un instrumento utilizable con un solo fin. Su efecto más general es enseñar la utilidad de la centralización.

219.—*No ser sedentario.*

Cualquiera que sea el placer que sintamos en habitar en una ciudad pequeña, nos sentimos inclinados, á causa de ella, á huir de cuando en cuando á la naturaleza más solitaria y más oculta; esto ocurre cuando creemos conocer muy bien la ciudad pequeña. Pero luego, para *descansar* de esta naturaleza, acabamos por volver á la ciudad. Bástanos beber algunos tragos en esa naturaleza, para adivinar la hez que se oculta en el fondo de su copa; y el círculo de traslados comienza de nuevo, empezando por la ciudad pequeña. Así viven los hombres modernos; en todas las cosas tienen demasiada *profundidad* para ser *sedentarios* como los hombres de otros tiempos.

220.—*Reacción contra la cultura de las máquinas.*

La máquina, producto de la más elevada capacidad intelectual, no pone en movimiento, en las personas que la manejan, más que las fuerzas inferiores é irreflexivas. Es cierto que su acción desencadena una suma de fuerzas enorme que sin eso permanecería adormecida, pero no incita á elevarse, á hacerse mujer, á convertirse en artista. Hace *activo y uniforme*, pero esto produce á la larga un efecto contrario; un tedio desesperado se apodera del alma que aprende á aspirar, por medio de la máquina, á una ociosidad agitada.

221.—*El lado peligroso del racionalismo.*

Todas esas cosas locas, histriónicas, bestialmente crueles, voluptuosas y sobre todo sentimentales, esas cosas impregnadas de una embriaguez de sí mismo que, reunidas, componen la verdadera *sustancia revolucionaria* y que antes de la Revolución habían encarnado en Rousseau; todo ese agregado acabó, con un entusiasmo pérfido, por elevar sobre su cabeza fanática *el racionalismo* que así obtuvo como una irradiación de gloria. Ese racionalismo, que por su esencia es tan extraño á todas esas cosas, abandonado á sí mismo, hubiera pasado como un rayo de luz que atraviesa las nubes, y se hubiera contentado durante mucho tiempo con transformar solamente á los individuos, de suerte que, bajo su influjo, las costumbres y las instituciones de los pueblos solo muy lentamente se hubieran transformado. Pero, asociado á un organismo violento é impetuoso, el racionalismo se hizo también violento é impetuoso. Por eso el peligro que

presenta ha llegado á ser casi mayor que la utilidad liberadora y la claridad que introdujo en el vasto movimiento revolucionario. El que comprenda eso sabrá también de qué confusión hay que despojar al racionalismo, de qué impurezas hay que purgarlo, para *continuar* después en uno mismo la obra comenzada por él y para ahogar después su germen, haciéndolo invisible.

222.—*La pasión en la Edad Media.*

La Edad Media es la época de las mayores pasiones. Ni la antigüedad ni nuestro tiempo poseen esta extensión: la *capacidad* de ésta nunca fué mayor, y nunca se ha medido en una escala tan grande. La estructura física de la selva virgen, propia de los pueblos bárbaros, los ojos de una espiritualidad enfermiza, alucinados y demasiado brillantes, propios de los discípulos cristianos del misterio, el porte infantil y muy joven, así como la excesiva madurez y la senilidad, la brutalidad de la bestia salvaje y el exceso de delicadeza y de refinamiento propios del alma en la antigüedad remota, todo eso se encontraba entonces reunido con frecuencia en una sola persona; por eso, cuando ocurría que alguien sintiese una pasión, era necesario que los saltos del sentimiento fuesen más formidables, el torbellino más impetuoso, la caída más rápida que nunca. Nosotros, hombres modernos, debemos estar satisfechos del retroceso que ha habido en ese dominio.

223.—*Saquear y economizar.*

Todos los monumentos intelectuales tienen éxito cuando producen en los ricos la esperanza de poder

saquear; en los pobres, la esperanza de poder economizar. Por eso, la Reforma alemana, verbigracia, ha hecho progresos.

224.—*Almas alegres.*

Cuando, después de beber, en el momento en que comienza la embriaguez, se hacía alusión, aunque fuese de lejos, á alguna porquería de especie mal oliente, el alma de los antiguos alemanes se alegraba; en los demás casos, eran de carácter melancólico. Pero entonces se había evocado su comprensión íntima.

225.—*Atenas desenfrenada.*

Cuando el populacho de Atenas tuvo también sus poetas y sus pensadores, el desenfreno griego conservó, sin embargo, una apariencia idílica y más distinguida que el desenfreno romano y alemán. Si la voz de Juvenal hubiera resonado allá como una trompeta hueca, le hubiese respondido una risa amable y casi infantil.

226.—*Sabiduría de los griegos.*

Siendo la voluntad de vencer y de dominar un rasgo invencible de la naturaleza, más antiguo y más original que el aprecio y la alegría de la paridad, el Estado griego sancionó la lucha gimnástica y musical entre iguales, limitando así una arena donde este instinto podía ejercitarse, sin poner en peligro el orden político. Cuando los concursos de música y de gimnástica degeneraron definitivamente, el Estado griego sintió inquietudes interiores y se disgregó.

227.—«*El eterno Epicuro*».

Epicuro ha vivido en todo tiempo y vive todavía, desconocido para los que se llamaban ó se llaman epicúreos, y sin reputación entre los filósofos. Así ha olvidado él mismo su propio nombre; era el más pesado bagaje que ha podido arrojar fuera de sí.

228.—*El estilo de la superioridad.*

La manera de hablar de los estudiantes alemanes se ha formado entre los que no estudian y saben apropiarse una especie de preponderancia sobre sus camaradas más serios, revelando el aspecto carnavalesco que existe en todo lo que sea cultura, decencia, erudición, orden, moderación, aunque continúa, es cierto, sirviéndose continuamente de las expresiones utilizadas en esos dominios, como hacen los mejores y los más sabios, pero con perversidad en la mirada y una mueca ofensiva. Este idioma de la superioridad (único original en Alemania), es el que hablan también involuntariamente los hombres de Estado y los críticos de periódicos; es una perpetua manía de la alusión irónica, con ojeadas de inquietud y descontento á derecha é izquierda, un idioma alemán compuesto de comillas y de muecas.

229.—*Los que se entierran.*

Nos retiramos y nos aislamos, acaso no por razón alguna de mal humor personal, como si no estuviésemos satisfechos de las condiciones políticas y sociales que rigen en la actualidad, sino más bien por economizar y aunar con nuestra retirada fuerzas que más tarde necesitará en absoluto la cultura, y eso en cuan-

to que el presente de hoy sea ese presente, y como tal cumpla su tarea. Reunimos un capital y tratamos de ponerlo en resguardo, lo mismo que en épocas muy peligrosas: *escondiéndolo* bajo tierra.

230.—*Tiranos del espíritu.*

En nuestra época, todo individuo que fuese la expresión de un solo rasgo moral, tan nitidamente como lo son los personajes de Teofrasto y de Molière, pasaría por enfermo y sería acusado de tener una «idea fija». La Atenas del siglo III, si pudiésemos volver á ella, nos parecería habitada por locos. Hoy día reina en cada cerebro *la democracia de las ideas*; muchas ideas *juntas* son el dueño; si una sola idea quisiera dominar, se llamaría «idea fija». Esa es nuestra manera de matar á los tiranos: evocando el manicomio.

231.—*La emigración más peligrosa.*

En Rusia hay una emigración de la inteligencia; se pasa la frontera para leer y para escribir buenos libros. Pero con eso se llega á transformar cada vez más la patria abandonada por el espíritu en una especie de hocico saliente del Asia que quisiese devorar á la pequeña Europa.

232.—*La locura del Estado.*

El amor casi religioso hacia la persona del rey, se trasladó entre los griegos al *polis* (1) cuando la realeza concluyó. Una idea resiste más amor que nadie, y sobre todo, provoca menos decepciones en el que ama; porque cuanto más saben los hombres que son ama-

(1) Palabra griega que significa ciudad.—(N. DEL T.)

dos, más carecen de consideraciones, hasta que acaban por no ser dignos del amor, y por hacer que se produzca una escisión. Por eso la veneración hacia el *polis* y hacia el Estado fué mayor de lo que nunca antes lo fuera la veneración hacia los príncipes. Los griegos son los *locos del Estado* de la historia antigua; en la historia moderna lo son otros pueblos.

233.—*Contra los que no cuidan de su vista.*

¿No sería posible comprobar en las clases cultas de Inglaterra que leen el *Times* una disminución de la agudeza visual que va creciendo de diez en diez años?

234.—*Grandes obras y gran fe.*

Éste poseía las grandes obras, pero su compañero poseía la gran fe en esas mismas obras. Eran inseparables, pero era evidente que el primero dependía en absoluto del segundo.

235.—*El hombre sociable.*

«Me siento mal de mí mismo», dijo alguien para explicar su inclinación hacia la sociedad. Como si dijese: «El estómago de la sociedad es mejor que el mío; me sostiene.»

236.—*Cerrar los ojos del espíritu.*

Si está uno habituado á reflexionar sobre sus acciones y es experto en eso, se verá obligado, no obstante, á cerrar el ojo interior durante la acción, aunque no fuese más que comiendo ó bebiendo. Aun en la conversación con hombres vulgares, hay que saber *pensar* cerrando los ojos del espíritu; porque es el

único medio de comprender el pensamiento vulgar. Esta acción de cerrar los ojos puede verificarse de una manera sensible y voluntaria.

237.—*La venganza más terrible.*

Cuando uno quiere á toda costa *vengarse* de un adversario, es preciso esperar hasta que se tenga entre manos muchas verdades y juicios de que uno podría servirse fríamente contra él, de suerte que ejercer la venganza equivale á ejercer la justicia. Esa es la forma más espantosa de venganza; no tiene sobre sí ningún ejemplo al cual pudiera acudir. Así, Voltaire juzgó de Pirrón con cinco líneas que pronuncian un juicio sobre toda su vida y toda su obra y toda su actividad; tantas palabras, otras tantas verdades; así se vengó también de Federico el Grande en una carta que le dirigió desde Ferney.

238.—*El impuesto del lujo.*

Se compran en los almacenes las cosas necesarias y las más indispensables, y se pagan muy caro, por porque se os hace pagar al mismo tiempo lo demás que hay que vender, y que rara vez encuentra comprador: los objetos de lujo y las cosas superfluas. Así, el lujo impone una contribución continua sobre las cosas sencillas que pueden prescindir de él.

239.—*Por qué viven todavía los mendigos.*

Si todas las limosnas no se diesen más que por compasión, todos los mendigos habrían ya muerto de hambre.

240.—*Por qué viven todavía los mendigos.*

La mayor dispensadora de limosnas es la cobardía.

241.—*Cómo el pensador utiliza una conversación.*

Sin ser precisamente un escucha, se puede oír mucho si se ha aprendido á ver bien, perdiéndose de vista por algún tiempo. Pero los hombres no saben utilizar una conversación; ponen demasiada atención en lo que quieren decir y responder, mientras que el verdadero oyente se contenta á veces con responder provisionalmente y *decir* sencillamente algo, como un pago hecho á la cortesía, llevando, por el contrario, en su memoria, llena de secretos, todo lo que el otro ha formulado, además del tono y la actitud que puso en su discurso. En la conversación habitual, cada cual cree dirigir la discusión, como si los barcos que navegan uno al lado del otro, y que tienen un choque insignificante de cuando en cuando, sintiesen la ilusión de preceder, ó siquiera de remolcar, al barco vecino.

242.—*El arte de excusar.*

Cuando alguien quiere excusarse ante nosotros, es preciso que se dedique á ello muy fácilmente; porque, de lo contrario, se arriesga á persuadirnos que nosotros somos falibles, lo cual nos produce una impresión desagradable.

243.—*Relaciones imposibles.*

El barco de tus ideas tiene demasiado calibre para que puedas navegar sobre las aguas de esas personas cordiales, honradas y agradables. Hay muchos bajos y bancos de arena; sería necesario costear y virar y estar en un apuro continuo, y esas personas se apurarían igualmente por tu apuro, cuya causa no sabrían adivinar.

244.—*La zorra de las zorras.*

Una verdadera zorra no llama solamente muy verdes á los racimos que no puede alcanzar, sino también á los que alcanza y de que priva á los demás.

245.—*En las relaciones intimas.*

Cualquiera que sea la estrecha comunión entre algunos hombres, bajo su horizonte común habrá siempre para ellos cuatro orientaciones distintas, y en ciertas horas se darán cuenta de ello.

246.—*El silencio del disgusto.*

He aquí alguien que, en cuanto pensador y en cuanto hombre, sufre una transformación profunda y dolorosa, y da de ella testimonio público. Pero los oyentes no lo notan, y se imaginan que ha permanecido idéntico. Esta experiencia dolorosa ha inspirado disgusto á muchos escritores: habían apreciado en demasía la intelectualidad de los hombres, y, á partir del momento en que se han dado cuenta de su error, han prometido callarse.

247.—*Seriedad de los negocios.*

Los negocios de algunos hombres ricos y nobles son su manera de *descansar* de una *ociosidad* demasiado prolongada y convertida en costumbre: por eso les tratan con tanta seriedad y pasión, como otras personas tratan sus raros ocios y sus ocupaciones de aficionado.

248.—*Ambigüedad.*

Del mismo modo que á veces pasa por el agua que se extiende á tus pies un temblorcillo brusco que la

hace espejear, como si estuviese cubierta de escamas, así también se encuentran á veces en el ojo humano algunas de esas incertidumbres y de esas ambigüedades en que uno se pregunta: ¿Es un estremecimiento? ¿Es una sonrisa? ¿Son ambas cosas á la vez?

249.—*Positivo y negativo.*

Ese pensador no necesita de nadie para refutarle; él mismo se encarga de hacerlo.

250.—*La venganza de las redes vacías.*

Desconfiad de todas las personas afligidas de un sentimiento amargo semejante al del pescador, que, después de una jornada de trabajo penoso, vuelve por la noche con las redes vacías.

251.—*No imponer su derecho.*

Hay que emplear bien el trabajo que cuesta ejercer el poder, y es necesario mucho valor. Por eso hay tantas personas que no imponen su derecho, puesto que ese derecho es una *especie de poder*, y puesto que son demasiado perezosos ó demasiado cobardes para ejercerlo. *Mansedumbre y paciencia*: así se llaman las virtudes que ocultan ese defecto.

252.—*Portadores de luz.*

No habría rayos de sol en la sociedad si los adulares de nacimiento no los hiciesen penetrar: me refiero á las personas amables.

253.—*El más caritativo.*

El hombre es más caritativo cuando se le acaba de rendir un gran homenaje y ha comido poco.

254.—*Hacia la luz.*

Los hombres se agrupan hacia la luz, no para ver mejor, sino para brillar más. Se considera de buen grado como una luz aquel ante quien se brilla.

255.—*El hipocondriaco.*

El hipocondriaco es un hombre que posee bastante ingenio, y goza del ingenio para tomar en serio sus sufrimientos, sus pérdidas y sus dolores; pero el dominio en el cual busca su alimento es demasiado reducido: lo tala de tal manera, que le es necesario buscar brizna de hierba por brizna de hierba. Eso acaba por hacerle envidioso y avaro; y solo entonces es insoportable.

256.—*Restituir.*

Hesíodo aconseja restituir al vecino que nos ha ayudado, en cuanto le sea posible, de una manera más amplia. Porque el vecino siente gran placer en ver su benevolencia de otro tiempo producirle intereses; pero el que restituye experimenta también su placer, en el sentido de que resarce la humillación que ha debido sufrir en otro tiempo dejándose llevar de la insignificante ventaja que le proporcionan sus larguezas.

257.—*Más sutil de lo que es necesario.*

El espíritu de observación que ponemos en reconocer si los demás no se dan cuenta de nuestras debilidades es mucho más sutil que el que ponemos en reconocer las debilidades de los demás: de donde resulta, por consiguiente, que nuestro espíritu de observación es más sutil de lo necesario.

258.—*Una especie de sombra clara.*

Inmediatamente al lado de los hombres del todo nocturnos encuéntrase generalmente, como asociada á ellos, un alma de luz. Esta es, en cierto modo, una sombra negativa que arrojan ellos.

259.—*¿No vengarse?*

Hay tantas maneras sutiles de venganza, que alguien que tuviese motivos de vengarse podría obrar como quisiese: todo el mundo estará de acuerdo al cabo de algún tiempo para decir que se ha vengado. La pasividad, que consiste en no vengarse, no depende del buen deseo de un hombre: éste no tiene derecho á expresar *su deseo* de no vengarse, interpretándose el desprecio de la venganza, y *considerándose* como una venganza sublime y muy sensible. De donde resulta que no se necesita hacer nada *superfluo*.

260.—*Error de los que veneran.*

Cada cual cree decir á un pensador algo que le honra y que le es agradable, demostrándole que ha llegado por sí mismo exactamente al mismo pensamiento, y más aún, á la misma expresión del pensamiento; y no obstante, es muy raro que el pensador se alegre de esa comunicación; muy al contrario, ocurre á menudo que entonces llegue á desconfiar de su pensamiento y de la expresión de éste: decide, en su interior, someterlas un día á una revisión. Cuando se quiere honrar á alguien hay que guardarse de expresar una concordancia: ésta coloca á un mismo nivel. En muchos casos es cuestión de habilidad mundana escuchar una opinión como si no fuese la nuestra y como

si traspasase nuestro horizonte; por ejemplo, cuando un viejo lleno de experiencia abre una vez por excepción los estantes de su sabiduría.

261.—*Carta.*

La carta es una visita que no se hace anunciar; el cartero es el intermediario de esas sorpresas descorteses. Debiera tenerse cada ocho días una hora para recibir la correspondencia y tomar después un baño.

262.—*Prevenirse contra sí mismo.*

Alguien dijo: estoy *prevenido contra mí mismo* desde mi primera infancia; por eso veo en cada censura algo de verdad y en cada elogio algo de tontería. Estimo demasiado poco la censura y demasiado el elogio.

263.—*Camino de la igualdad.*

Una hora de ascensión á las montañas hace de un ganapán y de un santo dos criaturas casi iguales. La fatiga es el camino más corto hacia la *igualdad* y la *fraternidad*; y durante el sueño acaba por agregárseles la *libertad*.

264.—*Calumnia.*

Si se encuentra la huella de una sospecha verdaderamente inconveniente, no hay que buscar nunca el manantial entre nuestros *enemigos* leales y sencillos; porque si éstos inventasen á costa nuestra semejante cosa, siendo enemigos nuestros, no se les daría crédito. Pero aquellos á quienes hemos sido más útiles durante algún tiempo y que, por una razón cualquiera, pueden estar secretamente seguros de no conseguir

de nosotros nada más; esos son capaces de poner en circulación una infamia; se les da crédito, por una parte, porque se admite que no inventarían nada que pudiera perjudicarles personalmente, y por otra parte, porque han aprendido á conocernos más de cerca. Para consolarse, el que así es calumniado puede decirse: las calumnias son enfermedades de los demás que brotan en tu propio cuerpo; demuestran que la sociedad es un solo organismo moral, de suerte que puedes emprender *en ti mismo* la cura que ha de ser útil á los demás.

265.—*El cielo de los niños.*

La felicidad de los niños es un mito, lo mismo que la felicidad de los hiperbóreos de que hablan los griegos. Si la felicidad habita en la tierra, se decían éstos, debe estar seguramente lo más lejos posible de nosotros, acaso allá en los confines de la tierra. Los hombres de cierta edad piensan del mismo modo; si el hombre puede, en verdad, ser feliz, es cuando está lo más lejos posible de *nuestra edad*, en los límites y en el comienzo de la vida. Para algunos hombres, el aspecto del niño, á través del velo de ese mito, es la mayor alegría que puede sentir: entra bajo el atrio del cielo, diciendo: «Dejad venir á mí los niños, porque de ellos es el reino de los cielos.» El mito del cielo de los niños circula, de una manera ó de otra, dondequiera que hay en el mundo moderno algo sentimentalismo.

266.—*Los impacientes.*

Precisamente el que está en su evolución no quiere admitir la evolución: es demasiado impaciente para eso. El joven no quiere esperar á que, después de mu-

chos estudios, sufrimientos y privaciones, se complete su imagen de los hombres y de las cosas; acepta, pues, con confianza otra imagen completamente terminada y que se le presenta, la acepta como si en ella encontrase de antemano las líneas y los colores de su cuadro; se pone enfrente de un filósofo ó de un poeta, y durante mucho tiempo es preciso que haga reverencias y que reniegue de sí mismo. Aprende así muchas cosas, pero á menudo olvida también lo que es más digno de aprenderse: el conocimiento de sí mismo; sigue siendo, por consiguiente, un partidario durante toda su vida. ¡Ah! Hay que dominar mucho tedio y trabajar con el sudor de su frente, hasta que se hayan encontrado sus colores, su pincel y su lienzo. Y aun entonces se está bien lejos de ser dueño de su arte de vivir; pero se trabaja al menos como maestro en su propio taller.

267.—*No hay educadores.*

En cuanto pensadores, no debiéramos hablar más que de la educación de sí mismo. La educación de la juventud dirigida por los demás es, ya una experiencia emprendida sobre algo desconocido é incognoscible, ya una nivelación por principio, para hacer al ser nuevo, cualquiera que éste sea, conforme á las costumbres y á los usos reinantes: en ambos casos, es algo indigno del pensador, es la obra de los padres y de los pedagogos que un hombre leal y audaz ha llamado *nuestros enemigos* naturales. Cuando desde hace mucho tiempo se ha educado uno según las opiniones del mundo, se acaba un día por *descubrirse á sí mismo*; entonces comienza la tarea del pensador, entonces es tiempo de exigir su auxilio; no como educador,

sino como uno que se ha educado á sí mismo y que tiene experiencia.

268.—*Compasión por la juventud.*

Nos molesta saber que á un joven se le caen ya los dientes ó que otro comienza á ponerse ciego. Si supiésemos todo lo que hay de irretractable y desesperado en toda su naturaleza, ¡cuánto mayor sería nuestro trabajo! ¿Por qué todo eso nos hace *sufrir*? Porque la juventud debe continuar lo que *nosotros* hemos aprendido y el menor menoscabo á su fuerza perjudica á *nuestra* obra cuando cae en sus manos. El dolor sirve de garantía insuficiente de nuestra inmortalidad; ó bien, para el caso en que no nos considerásemos sino como los ejecutores de la misión humana, el dolor consiste en ver que esta misión debe pasar á manos más débiles que las nuestras.

269.—*Las épocas de la vida.*

La comparación de las cuatro estaciones con las cuatro épocas de la vida es una venerable necesidad. La primera veintena de años de la vida, lo mismo que la última veintena, no corresponde á una estación: á menos de que nos contentemos con esa metáfora que compara el color blanco de los cabellos y el de la nieve ú otras diversiones de este género. Los primeros veinte años son una preparación á la vida en general, para el año entero de la vida, como una especie de día de año nuevo prolongado; mientras que la última veintena pasa revista, asimila, ordena y armoniza todo lo que se ha vivido, así como se ha hecho en pequeño, el día de San Silvestre, con todo el año transcurrido. Pero entre esas dos épocas de la vida hay, en

efecto, un período que sugiere esta comparación con las estaciones; es el intervalo que se extiende desde los veinte á los cincuenta años (para contar en conjunto por decenas, siendo así que, como es de suponer, cada cual debe refinar para su propio uso esas limitaciones groseras). Esos treinta años responden á tres estaciones: al verano, la primavera y el otoño. En cuanto al invierno, la vida humana no la tiene, á no ser que se quiera dar el nombre de invierno á esos meses duros, fríos, solitarios, sombríos, estériles, esos *meses de enfermedad* que no son ¡ah! muy raros. De los veinte á los treinta: años calurosos, incómodos, huracanados, años de producción excesiva y de fatiga, en que se celebra el día cuando ha terminado, enjugándose la frente, años en que el trabajo parece duro, pero necesario: esos años son el estío de la vida. Los años de treinta á cuarenta son la *primavera*: atmósfera, ó demasiado caliente, ó demasiado fría, siempre agitada y estimulante; desbordamiento de savia, vegetación lujuriente y floración por todas partes, encanto mágico y frecuente de las mañanas y de las noches deliciosas, trabajo en que el canto de los pájaros nos convida al despertar; trabajo que se ama de todo corazón y que es el pleno goce del propio vigor que crece con las esperanzas saboreadas de antemano. Los años de los cuarenta á los cincuenta están, por último, llenos de misterio, como todo lo que es inmóvil, semejante á una vasta meseta de las altas montañas, rozada por una brisa fresca, bajo un cielo puro y sin nubes, que día y noche mira á la tierra con la misma serenidad. Esta es la época de la recolección y de la alegría más cordial; el *otoño* de la vida.

270.—*El espíritu de las mujeres en la sociedad actual.*

¿Cuál es hoy el pensamiento de las mujeres sobre el espíritu de los hombres? Se adivina en la manera cómo éstas se desdennan de subrayar particularmente la intelectualidad de sus rasgos ó los detalles espirituales de su rostro, y más bien que en eso, piensan en otra cosa muy distinta; hacen, por el contrario, lo posible por ocultar esas cualidades y saben darse, cubriéndose, por ejemplo, la frente con sus cabellos, la expresión de una sensualidad y de una materialidad vivas y llenas de apetitos, sobre todo, cuando poseen muy escasamente esas cualidades. Su convicción de que el talento en la mujer asusta á los hombres va tan lejos, que reniegan de buen grado de la perspicacia de la inteligencia para atraerse intencionadamente la reputación de miopía: con eso piensan dar confianza á los hombres; es como si extendiesen á su alrededor la invitación de un dulce crepúsculo.

271.—*Grande y perecedero.*

Lo que conmueve hasta hacer llorar á los que asisten á ese espectáculo es la mirada de alegría extática que una hermosa joven dirige á su marido. Siéntese aquí toda la melancolía del otoño, tanto á causa de la inmensidad como á causa de la inestabilidad de la dicha humana.

272.—*Sentido del sacrificio.*

Algunas mujeres poseen el *intelletto del sacrificio* y no llegan á alegrarse de su vida cuando su esposo no quiere sacrificarla: no saben entonces qué hacer de su razón, é imperceptiblemente, de víctimas se convierten en sacrificadores.

273.—*Poco femenino.*

«Estúpido como un hombre», dicen las mujeres; «cobarde como una mujer», dicen los hombres. La necesidad es en la mujer lo que es *poco femenino*.

274.—*Los temperamentos masculinos y femeninos y la mortalidad.*

El sexo masculino posee peor temperamento que el sexo femenino; eso resulta también del hecho de que los niños varones están más expuestos á la mortalidad que los niños hembras, en apariencia porque aquéllos se exasperan más fácilmente; su salvajismo y su temperamento poco conciliador agrava fácilmente todos los males, hasta hacerlos mortales.

275.—*El tiempo de las construcciones ciclópeas.*

La democratización de Europa es irresistible; el que quiera impedirla emplea medios que la idea democrática ha sido la primera en poner en manos de cada cual y hace esos medios mismos más cómodos de manejar y más eficaces; los adversarios convencidos de la democracia (quiero decir, los espíritus revolucionarios), no parecen existir, por el contrario, más que para hacer avanzar á los distintos partidos, por el miedo que inspiran, en los caminos democráticos. Puede ocurrir, sin embargo, que se sienta cierta aprensión á la vista de los que trabajan ahora consciente y honradamente á favor de este porvenir; hay algo desolado y uniforme en su rostro, y el polvo gris parece acumularse hasta en su cerebro. A pesar de eso, es muy posible que la posteridad llegue algún día á reírse de nuestros temores y que piense en el traba-

jo democrático de la misma manera que nosotros pensamos en la construcción de los diques de piedra y de los baluartes; como en una actividad que necesariamente derrama polvo sobre los vestidos y sobre los semblantes, y que inevitablemente hace también algo idiotas á los obreros que allí trabajen; mas ¿quién ha de querer que no se hubiera hecho todo esto por esa razón? Parece que la democratización de Europa sea un eslabón en la cadena de esas enormes *medidas profilácticas*, que son la idea de los tiempos nuevos y que nos separan de la Edad Media. ¡Sólo ahora estamos en la época de las construcciones ciclópeas! Por último, posemos la seguridad de los fundamentos, que permitirá en lo porvenir construir sin peligro. Es imposible, desde luego, que los campos de la cultura sean arrasados en una sola noche por las aguas salvajes y estúpidas de la montaña. Tenemos baluartes y muros de protección contra los bárbaros, contra las epidemias, contra *la servidumbre corporal é intelectual*. Y todo eso entendido primero á la letra y groseramente; pero poco á poco, desde un punto de vista cada vez más elevado y más intelectual, de suerte que todas las medidas indicadas aquí parecen ser la preparación espiritual á la venida del artista superior en el arte de los jardines, que no podrá emprender su verdadera tarea sino cuando esta preparación esté completamente terminada. Es cierto que, dados los grandes espacios de tiempo que separan los medios y el fin y el dolor enorme, un dolor que pone en ejercicio el espíritu y la fuerza de los siglos enteros, y que es necesario para crear ó para traer cada uno de estos medios, no hay que sentir rencor hacia los obreros del presente si decretan en voz alta que el muro y la espaldera son ya el fin, y el fin último; supuesto que na-

die ve al jardinero y á las plantas á causa de las cuales está allí la espaldera.

276.—*El derecho de sufragio universal.*

El pueblo no se ha dado á sí mismo el sufragio universal; dondequiera que éste está en vigor hoy día, lo ha recibido y aceptado provisionalmente: de todos modos, tiene derecho á hacer la restitución si no da satisfacción á sus esperanzas. Eso parece ocurrir ahora: si en cualquier ocasión en que se hace uso de él, apenas dos tercios de electores, y á menudo ni siquiera la mayoría, se presentan á la urna, puede decirse que ese es un *voto* contra todo el sistema en conjunto. Sería preciso juzgar aquí con más severidad todavía. Una ley que determina que la mayoría es la que decide en último recurso del bien de todos, no puede cimentarse sobre una base adquirida precisamente por esta ley; es necesaria una base más amplia, y esta base es *la unanimidad de todos los sufragios*. El sufragio universal no puede ser solamente la expresión de la voluntad de una mayoría; el país entero debe desearlo. Por eso, la contradicción de una escasa minoría basta ya para hacerlo impracticable; y la *no participación* en un voto es precisamente una de esas contradicciones que derriban todo el sistema electoral. El «veto absoluto» del individuo, ó, para no perderse en minucias, el veto de algunos millares de individuos, se cierne sobre este sistema, y es una consecuencia de la justicia; á cada empleo que se hace del sufragio universal, le sería necesario demostrar, para que se participe de él, que existe todavía *con justo derecho*.

277.—*La mala inducción.*

¡Qué malas conclusiones se sacan en los dominios que no os son familiares, aun cuando, en vuestra calidad de hombres de ciencia, tengáis por costumbre sacar buenas conclusiones! Es vergonzoso decirlo. Y es evidente que, en la gran agitación de las cuestiones contemporáneas, en las cosas de la política, en todo lo que los acontecimientos de cada día tienen de repentino y de atropellado, es precisamente esta forma de *conclusión defectuosa* la que decide; porque nadie es del todo experto en las cosas nuevas que han brotado en una noche; toda política, aun en los más grandes hombres de Estado, es improvisación al azar de los acontecimientos.

278.—*Premisas de la época de las máquinas.*

La prensa, la máquina, el camino de hierro, el telégrafo, son premisas cuya conclusión, que se realizará dentro de mil años, nadie ha osado sacar.

279.—*Un obstáculo de la cultura.*

Aquí los hombres no tienen tiempo para los negocios productivos: el ejercicio de las armas y los traslados les ocupan toda la jornada, y es preciso que el resto de la población les alimente y les vista; pero su traje es vistoso, á menudo de colores variados, como si viniese de una mascarada; aquí se advierten muy pocas cualidades distintivas; los individuos se asemejan más que en ninguna otra parte, ó, al menos, se les exige la obediencia, y se obedece sin comprender; se ordena, pero se guarda uno muy bien de convencer, aquí los castigos son poco frecuentes, pero muy duros; y llegan muchas veces á lo extremo, á lo peor; aquí

la traición se considera como el mayor crimen, los más valientes son los únicos que se atreven á criticar los abusos; aquí la vida tiene poco valor, y la ambición se manifiesta á veces de tal suerte, que pone la vida en peligro. Alguien que oyó decir todo eso exclamó: «Esa es la imagen de una *sociedad bárbara, amenazada de peligro.*» Tal vez habrá alguien que añada: «Es la descripción de Esparta.» Pero otro tomará quizá un aire soñador y sostendrá que esa es la descripción de nuestro militarismo moderno, tal como existe en medio de nuestra civilización y de nuestra sociedad tan distintas: anacronismo viviente, imagen, como he indicado, de una sociedad bárbara, amenazada de peligro, obra póstuma del pasado, que, para los rodajes del presente, no puede tener otro valor que el de una traba. Pero ocurre á veces que la cultura necesita en absoluto de un obstáculo: cuando declina demasiado rápidamente, ó bien, como en nuestro caso, cuando *se eleva* demasiado rápidamente.

280.—*No más respeto por las competencias.*

Con la concurrencia que se hace en el trabajo y entre los vendedores, el público es el que se hace juez del oficio; pero el público no posee competencia rigurosa, y juzga según la *apariencia*. Por consiguiente, el acto de anunciarse y acaso también el gusto, se desarrollarán bajo el dominio de la concurrencia; pero la calidad de los productos deberá aminorarse. Luego, para que la razón no pierda su valor, habrá que poner fin á esta maniobra un día ú otro, é instituir un principio nuevo que dominará. Solo el patrón de oficio debiera juzgar las cosas del oficio, y el público debiera conformarse á ese juicio, confiando en la *persona* y en la lealtad del juez. ¡Entonces no más traba-

jo anónimo! Sería necesario, al menos, que un perito pudiese garantizar ese trabajo y dar su nombre en prenda, cuando el autor es oscuro ó permanece ignorado. La *baratura* de un objeto engaña al profano de otra manera, porque sólo la duración puede decidir si el precio del objeto es verdaderamente módico; pero es difícil y hasta imposible para el profano apreciar esta duración. Luego, lo que hace efecto para la vista y lo que es de un precio módico, vence ahora en la balanza; y esto será, naturalmente, el trabajo de máquina. Por otra parte, la máquina, es decir, la causa de la mayor rapidez y de la facilidad en la fabricación, favorece también al objeto más *vendible*; de lo contrario, no se obtendría con ella un beneficio sensible; se le utilizaría muy poco, y se paralizaría á menudo. Pero como el público es quien decide de lo que es más vendible, escogerá los objetos de mejor apariencia, es decir, lo que *parece* bueno y lo que parece *barato*. Luego en el dominio del trabajo, nuestra divisa debe ser también: «¡no más respeto por las capacidades!»

281.—*El peligro de los reyes.*

Sin violencia, y sólo por una presión constante y legal, la democracia está en condiciones de *hacer inútiles* el imperio y la realeza, hasta que no quede de ellos más que un cero. Se puede, si se *quiere*, concederles la significación de todo cero que, por sí mismo, no es nada, pero que, colocado á la derecha de un número, duplica su valor. El imperio y la realeza seguirán siendo ornamentos magníficos sobre el traje sencillo y práctico de la democracia, lo superfluo que ésta se permite, la reliquia histórica y venerable de un atavío ancestral, el símbolo mismo de la historia; y esta

situación única sería de gran efecto si no estuviese aislada, sino colocada en buen lugar. Para impedir ese peligro de la *excavación*, los reyes se agarran ahora con furia á su dignidad de jefes supremos del ejército; para poner de relieve esta dignidad, necesitan fuerzas, es decir, situaciones excepcionales en que se paralice esta lenta presión legal de las fuerzas democráticas.

282.—*El profesor es un mal necesario.*

¡Cuán pocas personas debe haber entre los espíritus productivos y los que tienen sed de recibir! Porque los *intermediarios* falsifican casi involuntariamente el alimento que transmiten; además, en recompensa de su mediación, exigen demasiado *para ellos*: interés, admiración, tiempo, dinero y otras cosas, de que se priva, por consiguiente, á los espíritus originales y productores. Hay que considerar siempre al profesor como un mal necesario, lo mismo que se hace con el comerciante; un mal que debe hacerse lo más *insignificante* posible. Las condiciones defectuosas que existen hoy en Alemania tienen quizá su razón principal en el hecho de que hay demasiadas personas que quieren vivir, y vivir bien, del comercio, y que tratan, por consiguiente, de rebajar lo más posible los precios del productor, para sacar ventaja del gran daño que ambos sufren. De igual manera, se puede encontrar seguramente una de las razones de la miseria de las circunstancias intelectuales en el número exagerado de profesores: á causa de ellos se aprende tan poco y tan mal.

283.—*La contribución del aprecio.*

Nos gusta pagar al que conocemos, sea médico, artista ó artesano, cuando ha trabajado ó hecho alguna cosa para nosotros, y pagarle lo más caro que podamos, muchas veces más de lo que resiste nuestra fortuna. Por el contrario, á un desconocido le pagamos al mínimo precio posible. Hay aquí una lucha en que cada uno conquista ó se deja elevar una pulgada de terreno. En el trabajo de aquel á quien conocemos hay algo que no podríamos retribuir: el sentimiento y la ingeniosidad que éste ha desplegado á favor nuestro; no creemos poder expresar la impresión que sentimos de otra manera que por una especie de *sacrificio* de parte nuestra. La contribución más gravosa es *la contribución del aprecio*. Cuanto más reina la competencia, más se compra á los desconocidos; y cuanto más se trabaja para desconocidos, más despreciable se hace esta contribución; pero da precisamente la norma para las reacciones humanas *de alma á alma*.

284.—*Los medios para llegar á la paz verdadera.*

Ningún gobierno confiesa hoy día que sostiene su ejército para satisfacer en ciertas ocasiones sus ansias de conquista. El ejército debe, por el contrario, servir para la defensa. Para justificar este estado de cosas, invócase una moral que aprueba la legítima defensa. Resérvase así uno la moralidad, y atribúyese al vecino la inmoralidad, porque hay que imaginar á éste dispuesto al ataque y á la conquista, si el Estado de que se forma parte debe verse en la necesidad de acudir á los medios de defensa. Además se acusa á otro que, lo mismo que nuestro Estado, niega la intención

de atacar, y no mantiene tampoco su ejército más que por ocasiones de defensa, por los mismos motivos que nosotros; se le acusa, digo, de ser un hipócrita y un criminal astuto que quisiera arrojar, sin ninguna clase de lucha, sobre una víctima inofensiva é inepta. En estas condiciones se encuentran hoy día los Estados unos frente á otros; admiten las malas intenciones en el vecino, y se atribuyen buenas intenciones. Pero esa es una *inhumanidad* tan nefasta y peor que la guerra; es ya una provocación y hasta un motivo de guerra, porque se atribuye la inmoralidad al vecino, y con eso parecen despertarse los sentimientos hostiles. Hay que renegar de la doctrina del ejército como medio de defensa tan categóricamente como de los deseos de conquista. Y llegará tal vez un día, día grandioso, en que un pueblo distinguido en la guerra y en la victoria por el supremo desarrollo de la disciplina y de la inteligencia militares, habituado á hacer los más graves sacrificios ante estas cosas, exclame libremente: «¡Rompamos la espada!», destruyendo así toda su organización militar hasta en sus cimientos. *Hacerse inofensivos, cuanto más temible se es*, guiado por la *elevación* del sentimiento: ese es el medio para llegar á la *paz verdadera*, que debe basarse en una disposición pacífica de ánimo, mientras que lo que se llama la paz armada, tal como se practica ahora en todos los países, responde á un sentimiento de discordia, á una falta de confianza en sí y en el vecino, é impide deponer las armas, ya por odio, ya por temor. Antes morir que odiar y temer, y *antes morir dos veces que dejarse odiar y temer*: esa habrá de ser algún día la máxima suprema de toda sociedad bien cimentada! Sabido es que nuestros liberales representantes del pueblo no tienen tiempo para reflexionar en la

naturaleza del hombre; de lo contrario, sabrían que trabajan en vano si se dedican á «una disminución gradual de los cargos militares». Al contrario, sólo cuando esa clase de miseria sea mayor, estará más cerca la única clase de dios que podrá ayudar. El árbol de la gloria militar no podrá destruirse más que una sola vez, por un solo rayo: y el rayo, como sabéis, viene de las alturas.

285.—*¿Puede equilibrarse la propiedad por la justicia?*

Cuando se siente con energía la injusticia de la propiedad (la gran aguja marca de nuevo esta hora en el cuadrante del tiempo) se señalan dos medios para remediarla: por una parte, un reparto igual de la fortuna, y por otra parte, la supresión de la propiedad y el retorno de toda posesión á la comunidad. Este último procedimiento es el que siguen nuestros socialistas, que sienten un rencor particular contra ese judío antiguo que decía: «No robarás.» Según ellos, el séptimo mandamiento debiera, por el contrario, estar concebido en estos términos: «No poseerás.» En la antigüedad se hicieron á menudo tentativas conformes á la primera receta; en pequeño, verdad es, aunque con un mal éxito, que puede estar lleno de esperanzas para nosotros. Es fácil decir: «porciones iguales de terreno»; pero ¡cuánta amargura engendran las separaciones y los rompimientos que hace necesarios esta repartición, y cuánta piedad ofendida y cuánto sacrificio causa la pérdida de la antigua propiedad venerable! Se destruye la moralidad cuando se destruyen los límites que separan las tierras. Y después de eso, ¡qué amargura nueva entre los nuevos propietarios, qué envidia, qué miradas ansiosas! Porque nunca hubo porciones de terreno verdaderamente igua-

les, y, si existiesen, el espíritu envidioso de los bienes del vecino no creería en ellas. Y ¿cuánto tiempo duraría esta igualdad malsana, envenenada desde un principio? Después de algunas generaciones, una sola porción de terreno sería transmitida por herencia á cinco individuos diferentes; además, cinco porciones se reunirían en un solo individuo. Y, en el caso en que se evitasen esos inconvenientes, por severas leyes de herencia, las porciones de terreno continuarían, verdad es, siendo iguales, pero siempre quedarían necesitados y descontentos que no poseyesen cosa alguna más que su envidia hacia los bienes del vecino, y su deseo de la destrucción de todas las cosas. Si, por el contrario, con arreglo á la segunda receta se quiere reducir la propiedad á los *bienes comunales* y no hacer del individuo más que un arrendador provisional, se destruye la tierra cultivada. Porque el hombre sólo tiene previsión con lo que posee de un modo pasajero; en caso contrario, no hace sacrificio y obra como explotador, como bandido ó como miserable derrochador. Si Platón supone que la supresión de la propiedad suprimiría el egoísmo, hay que responderle que después de la destrucción de éste no subsistirán las virtudes cardinales del hombre; del mismo modo que se debe afirmar que la peor peste no podría causar á la humanidad tanto mal como si se hiciese desaparecer la vanidad. Sin vanidad y sin egoísmos, ¿qué son las virtudes humanas? Con eso no quiero decir que éstas no sean más que disfraces de aquéllos. La melodía fundamental y utópica de Platón que los socialistas continúan cantando, se funda en un conocimiento imperfecto del hombre; pasa por alto la historia de los sentimientos morales; no revela penetración en el asunto del origen de las buenas cualidades útiles del

alma humana. Del mismo modo que toda la antigüedad, Platón creía en el bien y en el mal, como en lo blanco y en lo negro; por consiguiente, como en una diferencia radical entre los hombres buenos y los hombres malos, entre las buenas cualidades y las malas cualidades. Para que en lo porvenir se tenga más confianza en la propiedad y ésta se haga más moral, es preciso proporcionar todos los medios de trabajo que dan fortunas *pequeñas*, é impedir el enriquecimiento fácil y súbito; habría que quitar de las manos de los particulares todas las ramas del transporte y del comercio que favorezcan la acumulación de las *grandes* fortunas y ante todo el tráfico de dinero; y habría que considerar á los que poseen demasiado, como seres peligrosos para la seguridad pública, lo mismo que á los que no poseen nada.

286.—*El valor del trabajo.*

Si se quisiese determinar el valor del trabajo según el tiempo, la aplicación, la buena ó mala voluntad, la violencia, la ingeniosidad ó la pereza, la honradez ó la perfidia que se ha desplegado en él, nunca podría ser *justa* la apreciación del valor, porque habría que poder poner en la balanza á la persona misma, lo cual es imposible. Se trata de decir: «¡No juzguéis!» Pero ese es precisamente el grito de justicia que ahora oímos entre los que están descontentos de la evaluación del trabajo. Si se da un paso más mentalmente, se observa que cada individuo es irresponsable de su producto; el trabajo: nunca, por consiguiente, puede deducirse de él un mérito, pues todo trabajo es tan bueno ó tan malo como debe serlo, según la constelación necesaria de las fuerzas y de las debilidades, de los conocimientos y de los deseos. No depende de la

buena voluntad del trabajador si trabaja y cómo trabaja. Sólo los puntos de vista de la *utilidad*, puntos de vista más limitados ó más amplios, han creado los cálculos del valor del trabajo. Lo que hoy llamamos justicia está muy en su lugar en ese dominio, pues es una utilidad en extremo refinada, que no se refiere sólo al momento y aprovecha la ocasión, sino que piensa en la estabilidad de todas las situaciones, y que, por esta razón, tiene también en cuenta el bien del trabajador su contento material y moral; á fin de que él y sus descendientes continúen trabajando para nuestros descendientes, y á fin de que podamos tener confianza en él por más espacio de tiempo que el de una sola vida humana. La *explotación* del trabajo era, como hoy comenzamos á darnos cuenta, una tontería, un robo en detrimento del porvenir, un peligro para la sociedad. Ahora se ha llegado casi á la guerra por esto; y, en todos los casos, los gastos necesarios para conservar la paz, para firmar tratados y para inspirar confianza, serán en extremo exorbitantes, porque la locura de los explotadores fué muy arrebatada y de larga duración.

287.—*Del estudio del cuerpo social.*

Lo más molesto que hay para el que quiera hoy día estudiar en Europa, y especialmente en Alemania, la Economía y la Política, es que las verdaderas circunstancias, en vez de ejemplificar las reglas, acusan un *estado de transición ó de decadencia*. Por eso hay que aprender primero á mirar más allá de lo que existe verdaderamente, para detener la mirada en la lejanía, por ejemplo, en la América del Norte, donde se pueden seguir con la vista y examinar los movimientos primitivos y normales del cuerpo social, si así se

quiere realmente; al paso que en Alemania se necesitan difíciles estudios históricos, ó, como he indicado, un lente de aumento.

288.—*En qué humilla la máquina.*

La máquina es impersonal, quita al trabajo su nobleza, sus cualidades y sus defectos individuales que son propios de todo trabajo que no se hace á máquina y que, por consiguiente, es una partícula de humanidad. En otro tiempo, toda compra entre artesanos era una *distinción* concedida á una *persona*, porque se rodeaba de las insignias de esta persona; de esa manera los objetos usuales y los trajes se convertían en una especie de símbolo de aprecio recíproco y de homogeneidad personal, mientras que hoy parecemos vivir solamente en medio de una esclavitud anónima é impersonal. No hay que comprar muy cara la facilitación del trabajo.

289.—*Cuarentena de cien años.*

Las instituciones democráticas son lazaretos contra la peste antigua de las envidias tiránicas; en cuanto tales, muy útiles y muy fastidiosas.

290.—*El partidario más peligroso.*

El partidario más peligroso es aquel cuya defección destruiría todo el partido; es decir, el mejor partidario.

291.—*El destino del estómago.*

Un pan pringado con manteca de más ó menos en el estómago de un *jockey* puede decidir del éxito de las carreras y de las apuestas y, por consiguiente, de

la felicidad y de la desgracia de millares de individuos. Mientras el destino de los pueblos dependa todavía de los diplomáticos, el estómago de éstos será siempre objeto de angustias patrióticas. *Quousque tandem!*

292.—*Victoria de la democracia.*

Todas las fuerzas políticas intentan ahora explotar el miedo al socialismo para fortalecerse. Pero á la larga sólo la democracia puede aprovecharse de este estado de cosas; porque *todos* los partidos se ven ahora obligados á halagar al «pueblo» y concederle alivios y libertades de todas clases, mediante las cuales el pueblo acaba por hacerse omnipotente. Esto es lo más distante del socialismo, doctrina del cambio en la manera de adquirir la propiedad; y cuando una vez, por la gran mayoría de sus parlamentos, acabe por tener entre manos el tornillo de los impuestos, atacará por el impuesto progresivo la realeza del capital, del gran comercio y de la bolsa, y creará así, de una manera lenta, una clase media que tenga derecho á *olvidar* el socialismo como una enfermedad que ha pasado. El estado práctico de esta democratización que va siempre en aumento, será, en primer lugar, la creación de una unión de los pueblos europeos, en que cada país limitado con arreglo á oportunidades geográficas, ocupará la situación de un cantón y disfrutará de sus derechos particulares; entonces se tendrán muy poco en cuenta los recuerdos históricos de los pueblos, tales como han existido hasta ahora, porque el sentido de compasión que circunda á estos recuerdos se desarraigará, paulatina pero completamente, bajo el dominio del principio democrático, ávido de innovaciones y de experiencias. Las rectificaciones de fron-

teras serán así necesarias, de manera que se hagan servir á las *necesidades* del gran cantón y al mismo tiempo al conjunto de países aliados, pero no á la memoria de un pasado cualquiera que se pierde en la noche de los tiempos. Encontrar los puntos de vista de esta rectificación futura será la tarea de los diplomáticos del porvenir, que deberán ser á la vez sabios, agrónomos y especialistas en el conocimiento de los medios de comunicación y tener tras sí, no ejércitos, sino razones de utilidad práctica. Sólo entonces la política *exterior* estará inseparablemente asociada á la política *interior*; al paso que ahora continúa corriendo tras su altiva dueña y rebusca en su desastrosa alforja las espigas olvidadas en el rastrojo, después de la recolección de la otra.

293.—*Fin y medios de la democracia.*

La democracia quiere crear y garantizar la independencia al mayor número de personas posible, la independencia de las opiniones, de la manera de dirigir y de ganar la vida. Para llegar á este fin, le es preciso discutir el derecho de voto, tanto á los que no poseen absolutamente nada, como á los que son verdaderamente ricos; porque esas son dos clases de hombres que no podría tolerar, y en cuya supresión debe trabajar continuamente, á riesgo de ver su tarea discutida siempre. De igual manera, debe impedir siempre todo lo que tiende á la organización de partidos. Porque los tres grandes enemigos de la independencia, desde ese triple punto de vista, son: el ganapán, el rico y los partidos. Hablo de la democracia como de algo que existirá en lo porvenir. Lo que hoy se llama así, se distingue de las antiguas formas de gobierno solamente en que se sirve de *caballos nuevos*;

los caminos son los mismos que en el pasado, y las ruedas del carro también. Con *esta* yunta del bien público, ¿se ha hecho menor el peligro?

294.—*La circunspección y el éxito.*

Esta gran cualidad de la circunspección que es en el fondo la virtud de las virtudes, la abuela y la reina de las virtudes, está lejos de tener siempre á su lado el éxito en la vida cotidiana. Porque entre las personas prácticas se sospecha de ella y se la confunde con el disimulo y la sutilidad hipócrita. Por el contrario, el que carece de circunspección, el hombre que avanza siempre y que á veces se tuerce hacia un lado, se considera como un compañero leal con quien se puede contar. Luego las personas prácticas no gustan del hombre circunspecto, y le tienen por peligroso. Por otra parte, créese de buena gana que el circunspecto es tímido, inepto y pedante; las personas poco prácticas, y que quieren juzgar de la vida, le juzgan incómodo, porque no quiere vivir á la ligera como ellas, que no piensan ni en la acción ni en los deberes; en medio de ellas parece como su conciencia viva, y en sus ojos la luz palidece á su aproximación. Si, pues, el éxito y la popularidad le faltan, dígase á manera de consuelo: «A este precio se elevan las *contribuciones* que debes pagar para poseer el bien más precioso entre los hombres: ¡merece la pena!»

295.—«*Et in Arcadia ego*».

Yo he dirigido una mirada á mis pies, pasando por encima de la ola de las colinas, al lado de ese lago de un verde lechoso, á través de los pinos austeros y de los viejos abetos; á mi alrededor yacían rocas de for-

mas variadas, y sobre el suelo multicolor crecían hierbas y flores. Cerca de mí se movía un rebaño, dispersándose y reuniéndose sucesivamente; algunas vacas se bosquejaban en la lejanía en grupos apiñados, destacándose á la luz de la tarde sobre el bosque de pinos; otras más cerca parecían más sombrías. Todo esto estaba tranquilo, en la paz del crepúsculo próximo. Mi reloj marcaba las cinco y media. El toro del rebaño había bajado por la blanca espuma del arroyuelo y remontaba lentamente su curso impetuoso, resistiendo y cediendo sucesivamente; esto debía ser para él una especie de satisfacción feroz. Dos seres humanos de piel curtida, de origen bergamasco, eran los pastores de ese rebaño; la joven casi iba vestida como un muchacho. A la izquierda de las faldas de rocas abruptas, sobre una gran cintura de bosque, á la derecha, dos enormes cumbres cubiertas de nieve, nadando sobre mí en un velo de bruma clara; todo esto era grande, tranquilo y luminoso. La belleza toda producía un estremecimiento, y era la adoración muda en el momento de su revelación. Involuntariamente, como si no hubiese nada más, se había intentado colocar héroes griegos en ese mundo de luz pura, de contornos agudos (de ese mundo que no tenía nada de la inquietud y del deseo, de la expectativa y de los pesares); había que sentir como Poussin y sus discípulos: á la vez de un modo heroico é idílico. Y así han vivido algunos hombres, así han evocado sin cesar el sentido del mundo en sí mismos y fuera de sí mismos; y fué sobre todo uno de ellos, uno de los mayores hombres que han existido, el inventor de una manera de filosofar heroica é idílica á la vez: Epicuro.

296.—*Calcular y medir.*

Ver muchas cosas, pesarlas unas con otras, hacer el descuento, sacar una conclusión rápida y establecer la suma con bastante exactitud, es lo que hace el gran político, el gran capitán y el gran comerciante; es, pues, la rapidez en una especie de cálculo mental. No ver más que una sola cosa, encontrar en ella el único motivo de obrar, el sistema de medidas que determina cualquier otra acción, es lo que hace al héroe y también al fanático; es, pues, una destreza á medir con un solo metro.

297.—*No ver el mal momento.*

Mientras os sucede algo, hay que abandonarse al hecho y cerrar los ojos; por consiguiente, no hacer de observador mientras *se está allí*. Porque eso desarreglaría la buena digestión del hecho: en lugar de adquirir sabiduría, se lograría una indigestión.

298.—*La práctica del sabio.*

Para llegar á sabio, hay que *querer* que sucedan algunas cosas en vuestra vida, arrojarse en el hocico de los hechos. Es cierto que es muy peligroso; muchos «sabios» han sido devorados.

299.—*La fatiga del espíritu.*

Nuestra indiferencia y nuestra frialdad pasajeras respecto de los hombres, que lo han interpretado como dureza y falta de carácter, no son, á menudo, más que fatiga del espíritu; cuando estamos en este estado, los demás, como nosotros mismos, nos son indiferentes ó importunos.

300.—*«Sólo una cosa es necesaria.»*

Cuando se es inteligente, lo que os importa, ante todo, es tener alegría en el corazón. ¡Ah!, agregó alguien, cuando se es inteligente, lo mejor que se puede hacer es ser sabio.

301.—*Un testimonio de amor.*

Alguien decía: «Hay dos personas á propósito de las cuales nunca he reflexionado profundamente: ese es el testimonio de afecto que les rindo.»

302.—*Cómo se trata de corregir los malos argumentos.*

Hay algunas personas que arrojan un trozo de su personalidad tras sus malos argumentos, como si por éstos consiguiesen mejor su objeto y se dejasen transformar en buenos argumentos. Es como los jugadores de bolos que, después de haber dado un golpe, tratan de dar una dirección á su bola con sus gestos y el movimiento de sus brazos.

303.—*La lealtad.*

Es poca cosa cuando, en lo que atañe al derecho y á la propiedad, es uno hombre ejemplar, no coger frutos en un jardín extranjero, cuando aun se es niño, ó no pasar por un prado no segado cuando se ha llegado á la edad de la razón; escojo mis ejemplos entre las cosas pequeñas que, como es sabido, demuestran este género de perfección mejor que las mayores. Es poca cosa, porque entonces no es uno, en resumen, más que una «persona jurídica», con ese grado de moralidad de que es capaz una «sociedad», una aglomeración de hombres.

304.—*¡Hombre!*

¡Qué es la vanidad del hombre más vano al lado de la vanidad que posee el hombre más humilde que, en el mundo y en la naturaleza, se considera como «hombre»!

305.—*La gimnástica más necesaria.*

Por la ausencia de dominio de sí mismo en las circunstancias mínimas, la facultad de dominarse en los casos más graves se esteriliza poco á poco. Cada día se utiliza mal y se convierte en un peligro para el día próximo, si no *se niega* alguna vez, al menos algo; esta gimnástica es indispensable cuando se quiere conservar la alegría de ser su propio dueño.

306.—*Perderse.*

Cuando se ha llegado á encontrarse á sí mismo, hay que saber *perderse* de cuando en cuando, para volver á encontrarse después: admitiendo, entiéndase bien, que se sea un pensador. Porque es perjudicial á éste estar siempre asociado á una sola persona.

307.—*Cuándo hay que despedirse.*

Es preciso que te despidas de lo que quieres conocer y medir, al menos por algún tiempo. Sólo después de haber abandonado la ciudad nota uno cómo sus torres se elevan por encima de las casas.

308.—*Al mediodía.*

Cuando, en la vida de alguén, la mañana fué activa y huracanada, cuando llega el mediodía de la vida, el alma se siente sobrecogida de un ansia regular de

repose, que puede durar meses y años. El silencio se hace alrededor de este hombre; el sonido de las voces se atenúa cada vez más; el sol cae de plano sobre su cabeza. En una pradera, al borde del bosque, ve dormir al gran Pan; todas las cosas de la naturaleza se han adormecido con él; lleva una expresión de eternidad en la figura; al menos le parece que es así. No desea nada; no se cuida de nada; su corazón se detiene; solo su ojo vive: es una muerte con la mirada despierta. El hombre ve allí muchas cosas que nunca ha visto, y todo lo que puede percibir está circundado de un tejido de luz, anegado en cierto modo. Se siente feliz con eso; pero es una felicidad pesada, muy pesada. Mas, por último, el viento se eleva de nuevo en los árboles, el mediodía ha pasado, y la vida le atrae todavía hacia allá, la vida de ojos ciegos, seguida de su cortejo impetuoso: los deseos y los engaños, el olvido y los goces, el aniquilamiento y la fragilidad. Y así llega la noche, más huracanada y activa de lo que fué la mañana. Para los hombres verdaderamente activos, esos estados de conocimiento prolongado parecen casi inquietantes y enfermizos, pero no desagradables.

309.—*Precaverse de su pintor.*

Un gran pintor que ha revelado y fijado en un retrato la expresión más completa, el momento más total de que un hombre es capaz, cuando vea más tarde á este hombre en la vida real, sentirá casi siempre la impresión de ver una caricatura.

310.—*Los dos principios de la vida nueva.*

Primer principio: hay que organizar la vida de la manera más segura, más positiva, y no como se

hizo hasta ahora, con arreglo á perspectivas lejanas, inciertas, como un horizonte cargado de nubes. *Segundo principio:* hay que establecer, aislándose á sí mismo, la *sucesión* de las cosas próximas y vecinas, ciertas y menos ciertas, antes de organizar su vida y darle una dirección definitiva.

311.—*Irritabilidad peligrosa.*

Los hombres inteligentes, pero holgazanes, tendrán siempre un aspecto algo irritado cuando uno de sus amigos haya terminado un buen trabajo. Su envidia se despierta; se avergüenzan de su pereza, ó más bien temen que el hombre activo les desprecie aún *más* que de ordinario. En esta disposición de espíritu critican la obra nueva; y su crítica se convierte en venganza, con gran sorpresa del autor.

312.—*Dstrucción de las ilusiones.*

Las ilusiones son de fijo placeres costosos; pero la destrucción de las ilusiones es todavía más costosa, cuando se considera como un placer, lo cual ocurre indiscutiblemente en ciertas personas.

313.—*La monotonía del sabio.*

Las vacas ostentan á veces una expresión de asombro que tiene el aspecto de una interrogación cortada. Por el contrario, el *nihil admirari* se refleja en el ojo de la inteligencia superior como la monotonía de un cielo sin nubes.

314.—*No estar enfermo mucho tiempo.*

Hay que procurar no estar enfermo mucho tiempo, porque prontó los espectadores se impacientan por la

obligación habitual de demostrar compasión, supuesto que les cuesta demasiado trabajo mantenerse mucho tiempo en este estado de espíritu. Y, casi sin transición, llegan á sospechar de vuestro carácter y á deducir que *merecéis* estar enfermo y que es inútil hacer un esfuerzo de piedad.

315.—*Advertencia á los entusiastas.*

Que el que gusta de dejarse *arrastrar* y desea verse arrebatado al cielo, tenga cuidado de no hacerse *demasiado pesado*; es decir, que no aprenda demasiadas cosas y, sobre todo, que no se deje *invadir* por la ciencia. ¡Eso es lo que hace pesado! ¡Tened cuidado, oh entusiastas!

316.—*Saber sorprenderse.*

El que quiere verse á sí mismo, tal como es, debe saber *sorprenderse* con la bujía en la mano. Porque ocurre con las cosas espirituales como con las cosas corporales: el que está habituado á verse en el espejo, olvida siempre su fealdad; sólo por el pintor recibe de nuevo la impresión. Pero se habitúa también á la pintura, y olvida su fealdad por segunda vez. Esto es conforme á la ley general, que hace que el hombre *no resista* á lo que es inmutablemente feo, sino por un momento; lo olvida y lo niega en todos los casos. Los moralistas necesitan contar con este «momento» para establecer sus verdades.

317.—*Opiniones y peces.*

Somos poseedores de nuestras opiniones como somos poseedores de peces, en el sentido de que poseemos un estanque para pescarlos. Hay que ir á la pesca y

tener suerte; entonces poseemos *nuestros* peces, *nuestras* opiniones. Hablo aquí de opiniones vivas, de peces vivos. Otros quedan satisfechos cuando poseen una colección de fósiles, y en su cerebro una colección de «convicciones».

318.—*Sentido de la libertad y de la servidumbre.*

Satisfacerse en lo posible, satisfacer sus necesidades imperiosas, aunque sea de una manera imperfecta, es el modo de llegar á la *libertad del espíritu y de la persona*. Satisfacer, con ayuda de los demás, y lo más perfectamente posible, muchas necesidades superfluas; eso acabó por colocaros en un estado de *servidumbre*. El sofista Hippias, que había adquirido y creado por sí mismo todo lo que llevaba, interior y exteriormente, es por eso el representante de esa corriente que conduce á la más alta libertad del espíritu y de la persona. Importa poco que todo esté igualmente bien trabajado, igualmente perfecto; la altivez encubrirá los puntos flacos.

319.—*Creer en sí mismo.*

En nuestros días se desconfía siempre del que cree en sí mismo; en otro tiempo, creer en sí mismo bastaba para que los demás creyesen igualmente en vosotros. La receta para tener crédito hoy es: «¡No te gobiernes á ti mismo! Si quieres que tu opinión se vea bajo un aspecto favorable, comienza por encender tu propia chimenea.»

320.—*No más rico ni más pobre; todo á la vez.*

Conozco á un hombre que, siendo aún niño, ya se había habituado á pensar bien de la intelectualidad de

los hombres, es decir, de su verdadera inclinación hacia los objetos del espíritu, de su gusto desinteresado por las cosas reconocidas como verdaderas, etc., á tener, por el contrario, una idea muy mezquina de su espíritu (juicio, memoria, presencia de ánimo, imaginación). No se concedía ningún valor cuando se comparaba con otros. Pero en el curso de los años se vió forzado, primero una vez, luego cien veces, á cambiar de opinión en ese punto, pudiera creerse que fué con gran alegría y satisfacción suya. En efecto, había algo de eso; pero, como decía una vez: «Unese á esto una amargura de la peor especie, una amargura que no he conocido en los años anteriores; porque, desde que aprecio á los hombres y á mí mismo, con más justicia por lo que atañe á las necesidades intelectuales, mi espíritu paréceme menos útil; con él no creo poder hacer obra buena, porque el espíritu de los demás no sabe aceptarla; ahora veo siempre ante mí el abismo espantoso que existe entre el hombre seguro de sí mismo y el que necesita socorro. Por eso estoy atormentado por la miseria de poseer un espíritu yo solo y de disfrutar de él lo más posible. Pero *dar* vale más que *poseer*; y qué, ¿es el hombre más rico cuando vive en la soledad de un desierto?

321.—*Cómo hay que atacar.*

Las razones que hacen que se crea en alguna cosa ó que no se crea en ella, rara vez y en muy pocos hombres son tan fuertes como pueden serlo. Ordinariamente, para quebrantar la fe en algo, no se necesita en manera alguna desplegar la formidable artillería de combate; en muchos se consigue el fin atacando con un poco de ruido, de suerte que bastan los fulminantes. Pero contra las personas muy vanidosas bas-

ta adoptar la *actitud* de un ataque violento: se figuran entonces que se las toma muy en serio y se rinden.

322.—*Muerte.*

Por la perspectiva cierta de la muerte, se podría verter en la vida una gota deliciosa y perfumada de indolencia; pero vosotros, singulares farmacéuticos del hombre, habéis hecho de esta gota un veneno infecto que hace repugnante la vida entera.

323.—*Remordimiento.*

No deis nunca rienda suelta á los remordimientos, sino decid enseguida: eso sería sumar una segunda necesidad á la primera. Si se ha ocasionado el mal, hay que pensar en hacer el bien. Si uno es castigado á causa de su mala acción, debe sufrir el castigo con el sentimiento de que así se hace una cosa buena; con el ejemplo impídese á otro caer en la misma locura. Todo malhechor castigado debe considerarse como un bienhechor de la humanidad.

324.—*Llegar á pensador.*

¿Cómo alguien puede llegar á pensador si no pasa la tercera parte del día por lo menos sin pasiones, sin hombres y sin libros?

325.—*El mejor remedio.*

Un poco de salud por aquí y por allí para el enfermo, el mejor remedio.

326.—*¡No toquéis!*

Hay hombres nefastos que, en lugar de resolver un problema, lo oscurecen para todos los que se ocupan

de él y lo hacen todavía más difícil de resolver. Al que no sabe herir certeramente debe rogársele que no hiera.

327.—*La naturaleza olvidada.*

Hablamos de la naturaleza y, al hablar, nos olvidamos á nosotros mismos; pero también somos la naturaleza, *á pesar de todo*. Por consiguiente, la naturaleza es una cosa muy distinta de lo que sentimos al nombrarla.

328.—*Profundidad y tedio.*

En los hombres profundos como en los pozos profundos pasa algún tiempo antes de que el objeto que se arroja en ellos llegue al fondo. Los espectadores que no esperan, por lo general, bastante tiempo se imaginan que esos hombres son insensibles y duros; ó bien que son fastidiosos.

329.—*Cuándo es tiempo de prestar juramento de fidelidad.*

A veces se extravía uno en una dirección intelectual que está en contradicción con nuestras capacidades; durante algún tiempo lucha heroicamente contra viento y marea, es decir, contra sí mismo; fatigase uno y acaba por gemir. Lo que llevamos á cabo no nos causa un placer verdadero, porque nuestros éxitos nos hacen perder demasiadas cosas. Hasta ocurre que uno *se desespera* de su fecundidad, de su porvenir, cuando tal vez se está en plena victoria. Finalmente, se acaba por *volver atrás*; y ahora el viento agita nuestra vela y nos impulsa en *nuestra corriente*. ¡Qué felicidad! ¡Cuán ciertos de la victoria nos sentimos! Ahora sólo sabemos lo que somos y lo que queremos!

ahora nos juramos fidelidad á nosotros mismos y tenemos *derecho* á hacerlo, puesto que lo sabemos.

330.—*Los que predicen el tiempo.*

Del mismo modo que las nubes nos revelan adonde corren, por encima de nosotros, los vientos, así también los espíritus más ligeros y más libres, en sus corrientes, predicen el tiempo que va á venir. El viento del valle y las opiniones de la plaza pública de hoy no significan nada por lo que atañe al porvenir, porque no hablan sino de lo que se refiere al pasado.

331.—*Constante agregación.*

Las personas que comienzan lentamente y que se familiarizan difícilmente con una cosa, poseerían á veces más tarde la cualidad de la aceleración constante; de suerte, que nadie puede adivinar, «en resumidas cuentas», dónde la oía podrá arrastrarles.

332.—*Tres buenas cosas.*

El grandor, la calma y la luz del sol: esas tres cosas rodean todo lo que un pensador puede desear y exigir de sí mismo; sus esperanzas y sus deberes, sus pretensiones en el dominio intelectual y moral, diré más: su manera cotidiana de vivir y la orientación del lugar donde habita. A esas tres cosas corresponden, por una parte, pensamientos que *elevan*, después pensamientos que *tranquilizan*, en tercer lugar pensamientos que *iluminan*; pero en cuarto lugar pensamientos que participan de esas tres cualidades, pensamientos donde todo lo que es terrestre llega á transfigurarse; es el imperio donde reina la gran *trinidad de la alegría*.

333.—*Morir por la «verdad».*

No nos haríamos quemar por nuestras opiniones; tan poco seguros estamos de ellas. Pero tal vez sería por el derecho de nuestras opiniones á poder cambiar.

334.—*Tener su tarifa.*

Si uno quiere pasar exactamente por lo que *es*, hay que ser algo que posee *una tarifa propia*. Pero no tiene una tarifa sino lo que es de uso vulgar. Por consiguiente, ese deseo es la consecuencia de una modestia inteligente ó de una inmodestia estúpida.

335.—*Moral para los que edifican.*

Hay que quitar los andamios cuando la casa está construída.

336.—*Sofocletismo.*

¿Quién ha echado más agua en el vino que los griegos? La sobriedad unida á la gracia; ese fué el privilegio de nobleza de los atenienses de la época de Sófocles y de los que vinieron después de él. ¡Que el que pueda haga lo mismo! ¡En la vida y en la creación!

337.—*El heroísmo.*

El heroísmo consiste en hacer grandes cosas (ó en *no* hacer algo de una manera grande), sin tener, en la lucha con los demás, el sentimiento de *estar* ante ellos. El héroe lleva consigo el desierto y la tierra santa de los límites infranqueables, dondequiera que vaya.

338.—*Doble aspecto de la naturaleza.*

En ciertas comarcas de la naturaleza nos descubrimos á nosotros mismos con un estremecimiento agradable; para nosotros esta es la manera de tener un doble aspecto. ¡Cuán feliz debe ser aquel que puede tener ese sentimiento, *aquí* mismo, en esta atmósfera de otoño, siempre soleada, bajo el soplo malicioso del viento, que se prolonga de la mañana á la noche, envuelto en esa claridad pura y en esa frescura templada, y verse reproducido en el carácter, á la vez risueño y serio, de las colinas, de los lagos y de los bosques de esa llanura, que se extiende sin temor al lado del espanto de la nieve eterna, allí donde Italia y Finlandia forman alianza y parecen ser la patria de todos los matices argentados de la naturaleza!... ¡Feliz el que puede decir: «Hay seguramente muchas cosas más grandes y más bellas, pero *ésta* está íntimamente unida á mí; yo estoy ligado á ella por los vínculos de la sangre, ¡por más aún!»

339.—*Afabilidad del sabio.*

El sabio será involuntariamente afable con los demás hombres, como lo haría un príncipe; y, á pesar de todas las diferencias de dotes, de condiciones y de modales, los tratará como iguales; lo cual se le censura amargamente en cuanto se nota.

340.—*Oro.*

Todo lo que es oro no reluce. La irradiación apagada es propia del metal más precioso.

341.—*Rueda y freno.*

La rueda y el freno tienen deberes distintos, pero tienen también una semejanza: la de hacerse mal.

342.—*Desequilibrios del pensador.*

Todo lo que le interrumpe en sus reflexiones (el *desequilibrio*, como se dice), debe considerarlo el pensador apaciblemente como un nuevo modelo que entra por la puerta para ofrecerse al artista. Las interrupciones son los cuervos que llevan su alimento al solitario.

343.—*Tener mucho ingenio.*

Tener mucho ingenio conserva á uno joven; pero hay que sostenerse con eso para pasar por más viejo de lo que se es. Porque los hombres leen los rasgos de ingenio como si fuesen rastros de *experiencia* de la vida, es decir, testimonios de que se ha vivido mucho y de que se ha vivido mal, de que se ha sufrido, de que se ha engañado uno y de que se ha arrepentido. Luego se pasa casi por dos veces [más viejo de lo que es y también por *más malo* de lo que se es, cuando se tiene mucho ingenio y se revela.

344.—*Cómo hay que vencer.*

No hay que querer vencer cuando sólo se tiene la perspectiva de triunfar de su adversario extenuándolo. La buena victoria debe regocijar al vencido y tener algo divino que ahorra la *humillación*.

345.—*Ilusión de los espíritus superiores.*

Los espíritus superiores sienten desprenderse de una ilusión; se figuran que excitan la envidia de los vulga-

res y que son considerados como excepciones. Pero en realidad se les considera como algo superfluo, de que se prescindiría si no existiese.

346.—*Exigencia de la vanidad.*

Cambiar de opiniones es para algunas naturalezas una exigencia de limpieza, lo mismo que cambiar de ropa; pero para otras es una exigencia de vanidad.

347.—*Digno de un héroe.*

He aquí un héroe que no ha hecho más que sacudir el árbol cuando los frutos estaban maduros. ¿Os parece demasiado poco? Ved el árbol que ha sacudido.

348.—*Cómo se puede calcular la sabiduría.*

El exceso de sabiduría se calcula exactamente por la disminución de bilis.

349.—*El error presentado de una manera desagradable.*

No es del gusto de todo el mundo oír la verdad de una manera agradable. Pero nadie debe imaginarse que el error se convierta en verdad cuando se le presenta de una manera *desagradable*.

350.—*La máxima dorada.*

Se han puesto muchas cadenas al hombre para que deje de portarse como un animal: y en realidad, se ha hecho más dulce, más ingenioso, más alegre, más reflexivo de lo que son todos los animales. Pero sufre por haber carecido durante mucho tiempo de aire puro y de movimientos libres; esas cadenas, le repito, y lo repetiré siempre, son esos errores graves

y significativos de las representaciones morales, religiosas y metafísicas. Solo cuando haya desaparecido *la enfermedad de las cadenas*, se conseguirá por completo el gran fin: la separación del hombre y del animal. Ahora bien; estamos á la mitad de nuestro trabajo para romper las cadenas, y necesitamos para eso las mayores precauciones. Solo al *hombre ennoblecido* puede concederse *la libertad de espíritu*; él solamente se emociona por *el alivio de la vida*, que es un bálsamo á sus heridas; es el primero en poder decir que vive á causa de la alegría y no á causa de cualquier otro fin; y en cualquier otra boca sería peligrosa esta divisa: *Paz á mi alrededor y buena voluntad para con las cosas próximas*. Esta divisa para los individuos le hace pensar en una frase antigua, magnífica y conmovedora á la vez, que estaba compuesta para *todos*, y que ha permanecido por encima de la humanidad como una divisa y una advertencia, á causa de la cual perecerán los que ornén con ella su bandera demasiado pronto: una divisa que hizo perecer al cristianismo. Parece que *no ha llegado aún el tiempo* en que todos los hombres puedan tener la suerte de esos pastores que vieron iluminarse el cielo y escucharon esas palabras: «Paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.» El tiempo pertenece todavía á los *individuos*.

DIALOGO

ENTRE LA SOMBRA Y EL VIAJERO

La sombra: De todo lo que has enunciado, nada me gustó tanto como una de tus promesas: queréis llegar á ser buenos prójimos de las cosas próximas. Eso nos vendrá bien á nosotros, pobres sombras. Porque, confesadlo, hasta ahora habéis tenido mucho gusto en calumniarnos.

El viajero: ¿Calumniar? Pero, ¿por qué no os habéis defendido nunca? Estáis bien cerca de nuestros oídos.

La sombra: Parecíamos que estábamos demasiado cerca de vosotros para poder hablar de nosotras mismas.

El viajero: ¡Lindo! ¡Lindísimo! ¡Ah! Vosotras las sombras sois «mejores personas» que nosotros: bien lo noto.

La sombra: Y, sin embargo, nos llamáis «indiscretas»; á nosotras, que sabemos hacer bien una cosa por lo menos, callarnos y esperar: no hay inglés que lo sepa mejor. Es cierto que se nos encuentra muy cerca y á menudo en persecución de un hombre, pero no en su vecindad. Cuando el hombre coge la luz, nosotros cogemos al hombre: es la medida de nuestra libertad.

El viajero: ¡Ah! La luz coge también muy á menudo al hombre, y entonces vosotras le abandonáis también.

La sombra: Muchas veces te he abandonado con disgusto: para mí que estoy ansiosa de saber, hay muchas cosas en el hombre que han permanecido obscuras, porque no puedo estar siempre á su lado. A costa de conocer por completo al hombre, me resignaría á ser tu esclava.

El viajero: ¿Sabes tú, sé yo, si te convertirías, sin querer, de esclava en dueña? ¿O si seguirías siendo esclava, pero, despreciando á tu dueño, llevarías una vida de humillación, de disgusto? ¡Contentémonos uno y otro con la libertad tal como se nos ha concedido á ti y á mí! Porque el aspecto de un ser sin libertad envenenaría mis mayores alegrías, la mejor cosa me repugnaría si alguien debiese compartirla conmigo. No quiero oír hablar de esclavos junto á mí. Por eso no puedo sufrir al perro, el gorrón holgazán que mueve continuamente la cola, que sólo se ha hecho «cínico» en calidad de paje del hombre y á quien acostumbra á ensalzar, diciendo que es fiel á su maestro y que le sigue como su...

La sombra: Como su sombra; así dicen. Quizá yo te he seguido hoy demasiado. Era el día más largo, pero ya estamos acabando; ten un momento más de paciencia. Ese césped está húmedo; me estremezco.

El viajero: ¡Oh! ¿Ya es tiempo de separarnos? Y para acabar, fué necesario causarte daño; he visto que te ponías más sombría.

La sombra: Me he ruborizado, con el color en que puedo ruborizarme. Me ha ocurrido que estuve muchas veces echada á tus pies como un perro, y entonces tú...

El viajero: ¿Y no podría luego hacer algo que te cause placer? ¿No tienes deseo?

La sombra: No tengo otro que el que tenía el «perro»

filósofo ante el gran Alejandro: Apártate de mi vista; no me quites el sol; comienzo á tener frío.

El viajero: ¿Qué debo hacer?

La sombra: Camina bajo esos pinos, y mira á tu alrededor en dirección de las montañas; el sol se pone.

El viajero: ¿Dónde estás? ¿Dónde estás?

FIN

INDICE

	<u>Págs.</u>
PREFACIO.....	1

EL VIAJERO Y SU SOMBRA

PRIMERA PARTE

1. Para aquellos á quienes ha desilusionado la filosofía.....	11
2. Ser adulado.....	11
3. Los pretendientes de la realidad.....	11
4. Progreso del pensamiento libre.....	12
5. Un pecado original de los filósofos.....	12
6. Contra los imaginativos.....	13
7. Enemistad hacia la luz.....	13
8. Escepticismo cristiano.....	14
9. La ley de la naturaleza es una superstición.....	14
10. Pasa á la historia.....	15
11. El pesimista de la inteligencia.....	15
12. Alforja de los metafísicos.....	15
13. El conocimiento perjudicial en ocasiones.....	16
14. Lo que necesita el filisteo.....	16
15. Los exaltados.....	16
16. El bien impulsor de la vida.....	17
17. Felicidad del historiador.....	17
18. Tres especies de pensadores.....	17
19. La imagen de la vida.....	17
20. La verdad no tolera otros dioses.....	18
21. En qué se exige el silencio.....	18
22. Historia «in nuce».....	18
23. Incurable.....	18
24. Los aplausos son una continuación del espectáculo.....	19
25. Valor del fastidio.....	19
26. De la más íntima experiencia del pensador.....	19

	<u>Págs.</u>
27. Los oscurantistas.....	22
28. Qué clase de filosofía hace perecer al arte.....	23
29. En Gethsemaní.....	24
30. En el telar.....	24
31. En el desierto de la ciencia.....	24
32. La supuesta «verdad verdadera».....	25
33. Querer ser justo y querer ser juez.....	26
34. Sacrificio.....	28
35. Contra los inquisidores de la moral.....	28
36. Diente de serpiente.....	28
37. El engaño en amor.....	29
38. Al que niega su vanidad.....	29
39. Por qué las personas estúpidas se hacen malas con tanta frecuencia.....	30
40. El arte de las excepciones morales.....	30
41. La absorción y la no absorción de los venenos..	30
42. El mundo privado del sentimiento del pecado...	30
43. Los concienzudos.....	31
44. Medios opuestos para evitar la amargura.....	31
45. No tomar las cosas muy á pecho.....	31
46. La «cosa en sí humana».....	31
47. Lo que hay de cómico en muchas personas labo- riosas.....	32
48. Tener mucha alegría.....	32
49. En el espejo de la naturaleza.....	32
50. Fuerza sin victorias.....	33
51. Alegría y error.....	33
52. No hay razón para ser injusto.....	34
53. Envidia con ó sin etiqueta.....	34
54. La cólera como espía.....	35
55. La defensa es moralmente más difícil que el ata- que.....	35
56. El honrado contra la honradez.....	35
57. Carbones encendidos.....	35
58. Libros peligrosos.....	36
59. Compasión fingida.....	36
60. La contradicción franca es muchas veces conci- liadora.....	36
61. Ver brillar su luz.....	36
62. Alegría compartida.....	37
63. Preñez ulterior.....	37
64. Duros por vanidad.....	37
65. Humillación.....	37

	Págs.
66. Erostratismo extremo.....	38
67. El mundo de los diminutivos.....	38
68. Defecto de la piedad.....	38
69. Indiscreción	38
70. La voluntad se avergüenza de la inteligencia...	38
71. Por qué los escépticos desagradan á la moral...	39
72. Timidez.....	39
73. Un peligro para la moralidad universal.....	39
74. El error más amargo.....	40
75. Amor y dualismo.....	40
76. Interpretar por el sueño	40
77. Libertinaje.....	40
78. Castigar y recompensar.....	40
79. Dos veces injusto.....	41
80. La desconfianza.....	41
81. Filosofía de advenedizo.....	41
82. Saber lavarse con pulcritud.....	41
83. Dejarse llevar.....	41
84. El canalla inocente.....	41
85. Hacer planes.....	42
86. Lo que nos sirve para ver el ideal.....	42
87. Alabanzas desleales.....	42
88. La manera de morir es indiferente.....	42
89. Las costumbres y sus víctimas.....	43
90. El bien y la buena conciencia.....	44
91. El éxito santifica las intenciones.....	45
92. Cristianistas y no cristianos.....	45
93. Impresión de la naturaleza en los hombres piadosos y en los irreligiosos.....	46
94. Asesinatos legales.....	46
95. Amor.....	46
96. El cristianismo perfecto.....	47
97. Del porvenir del cristianismo.....	47
98. Historicismo y buena fe de los incrédulos.....	49
99. El poeta como indicador del porvenir.....	51
100. La musa en Pentesilea	53
101. Lo que es el rodeo hacia lo bello.....	53
102. Para excusar muchas faltas.....	53
103. Satisfacer á los mejores.....	53
104. De la misma estofa.....	54
105. Lenguaje y sentimiento.....	54
106. Error á propósito de una privación.....	54
107. Las tres cuartas partes de la fuerza.....	54

	Págs.
108. No aceptar como huésped al hombre.....	55
109. Vivir sin arte y sin vino.....	55
110. El genio de presa.....	55
111. A los poetas de las grandes ciudades.....	55
112. La sal del discurso.....	56
113. El escritor más libre.....	56
114. Realidad escogida.....	59
115. Especies bastardas del arte.....	59
116. Falta el color para crear al héroe.....	60
117. Estilo sobrecargado.....	60
118. Pulchrum est paucorum hominum.....	60
119. El origen del gusto por las obras de arte.....	61
120. No muy cerca.....	62
121. Brutalidad y debilidad.....	62
122. La buena memoria.....	62
123. Hambrear en vez de saciar.....	63
124. Temor del artista.....	63
125. Debe describirse el círculo.....	63
126. El arte antiguo y el alma del presente.....	64
127. Contra los que censuran la brevedad.....	65
128. Contra los miopes.....	65
129. Lectores de sentencias.....	65
130. Inconvenientes del lector.....	66
131. Lo que hay de inquietante en la historia del arte.....	66
132. A los héroes del arte.....	66
133. La falta de conciencia estética.....	67
134. Cómo el alma debe sentirse emocionada por la música nueva.....	67
135. Poeta y verdad.....	68
136. Medios y fin.....	68
137. Los peores lectores.....	69
138. Carácter de los buenos escritores.....	69
139. Los géneros mixtos.....	69
140. Callarse.....	69
141. Insignias del rango.....	69
142. Libros fríos.....	69
143. Artificios del palurdo.....	70
144. Del estilo barroco.....	70
145. El valor de los libros honrados.....	72
146. Por qué el arte crea un partido.....	72
147. Hacerse grande á costa de la Historia.....	72
148. Cómo se puede conquistar una época para el arte.	73

	<u>Págs.</u>
149. Crítica y alegría	73
150. Más allá de sus límites.....	74
151. Ojo de cristal	74
152. Escribir y querer vencer.....	74
153. «El buen libro sabe esperar».....	75
154. Lo excesivo como procedimiento de arte.....	75
155. El órgano de barbarie oculto.....	75
156. El nombre en la portada	76
157. La crítica más violenta	76
158. Poco y sin amor....	76
159. Música y enfermedad.....	76
160. Ventaja para los adversarios.....	77
161. Juventud y crítica.....	77
162. Efecto de la cantidad	77
163. Todo principio es un peligro.....	78
164. En favor de los críticos.....	78
165. Éxito de las sentencias.....	78
166. Querer vencer.....	78
167. Sibi scribere	79
168. Elogio de las sentencias.....	79
169. Necesidades artísticas de segundo orden.....	79
170. Los alemanes en el teatro.....	81
171. La música, manifestación tardía de toda cul- tura	83
172. Los poetas no son educadores.....	86
173. Ojeada retrospectiva y pronósticos.....	87
174. Contra el arte de las obras de arte.....	87
175. Persistencia del arte	88
176. El mensajero de los dioses.....	89
177. Lo que todo arte quiere y no puede.....	90
178. Arte y restauración.....	90
179. Felicidad de la época	91
180. Una visión	92
181. Educación tortura.....	93
182. Filósofos y artistas de la época	93
183. Cuesta trabajo ser soldado de la cultura	94
184. Cómo hay que contar la Historia Natural.....	94
185. Genialidad de la especie humana	95
186. Culto de la cultura	95
187. El mundo antiguo y la alegría.....	96
188. Las musas mentirosas.....	97
189. Homero sabe ser paradójico.....	97
190. Justificación ulterior de la existencia.....	97

	<u>Págs.</u>
191. El pro y el contra son necesarios.....	98
192. Injusticia del genio.....	98
193. El peor destino de un profeta.....	98
194. Tres pensadores igualan á una araña.....	98
195. Las relaciones con los autores.....	99
196. Yunta de dos.....	99
197. Lo que une y lo que separa.....	99
198. Tiradores y pensadores.....	99
199. De dos lados á la vez.....	99
200. Original.....	100
201. Error de los filósofos.....	100
202. Rasgo de ingenio.....	100
203. El momento que precede á la solución.....	100
204. Unirse á los exaltados.....	101
205. Aire vivo.....	101
206. Por qué los sabios son menos durables que los artistas.....	101
207. En qué obscurece la piedad.....	102
208. Estar puesta en la cabeza.....	102
209. Origen y utilidad de la moda.....	102
210. Desatar la lengua.....	103
211. Espíritus libres.....	103
212. Sí, el favor de las musas.....	103
213. Contra la enseñanza de la música.....	104
214. Los que descubren trivialidades.....	104
215. Moral de los sabios.....	104
216. Causa de la esterilidad.....	105
217. El mundo de las lágrimas.....	105
218. Los griegos como intérpretes.....	105
219. Del carácter adquirido de los griegos.....	106
220. Lo que es verdaderamente pagano.....	107
221. Griegos excepcionales.....	109
222. Lo que es sencillo no se presenta ni en primero ni en último lugar.....	109
223. Adónde hay que ir de viaje.....	112
224. Bálsamo y veneno.....	113
225. La fe salva y condena.....	115
226. Tragicomedia de Ratisbona.....	116
227. Errores de Goethe.....	117
228. Los viajeros y sus grados.....	119
229. Al subir más arriba.....	120
230. Medida y medio.....	120
231. Humanidad en la amistad y en el magisterio...	120

	<u>Págs.</u>
232. Las profundidades.....	120
233. Para los que desprecian «la humanidad de re- baño».....	121
234. Principal defecto para con los vanidosos.....	121
235. Decepción.....	121
236. Dos causas de la bondad.....	121
237. El viajero de la montaña se habla á sí mismo..	122
238. Excepto el prójimo.....	122
239. Precaución.....	122
240. Querer parecer vanidoso.....	122
241. La buena amistad.....	123
242. Los amigos como fantasmas.....	123
243. Un ojo y dos miradas.....	123
244. La lejanía azul.....	123
245. Ventaja y desventaja en la misma equivocación.....	124
246. El sabio que se hace pasar por loco.....	124
247. Atención forzada.....	124
248. El camino que conduce á una virtud cristiana..	124
249. Ardid de guerra del importuno.....	124
250. Motivo de la aversión.....	124
251. Al separarse.....	125
252. ¡Silencio!.....	125
253. Descortesía.....	125
254. La franqueza que se equivoca.....	125
255. En la antecámara del favor.....	125
256. Advertencias á los despreciados.....	126
257. Ciertas ignorancias ennoblecen.....	126
258. El adversario de la gracia.....	126
259. Al volverse á ver.....	126
260. No hay que hacerse amigos sino entre las perso- nas que trabajan.....	126
261. Un arma puede valer el doble de dos armas..	127
262. La profundidad y el agua turbia.....	127
263. Demostrar su vanidad entre los amigos y los enemigos.....	127
264. Refrescamiento.....	127
265. Sentimientos mixtificados.....	128
266. Cuándo es mayor el peligro.....	128
267. No muy pronto.....	128
268. El placer que causan los que respingan.....	128
269. Tentativa de la honradez.....	128
270. El eterno niño.....	129

	<u>Págs.</u>
271. Toda filosofía es la filosofía de una época particular.....	129
272. Del espíritu de las mujeres.....	130
273. Elevación y rebajamiento en el dominio sexual.....	130
274. La mujer cumple, el hombre promete.....	130
275. Transplantación.....	130
276. Risa reveladora.....	131
277. Del alma del joven.....	131
278. Para hacer el mundo mejor.....	131
279. No desconfiar de los sentimientos.....	131
280. Cruel invención del amor.....	132
281. Puertas.....	132
282. Mujeres compasivas.....	132
283. Méritos precoces.....	132
284. Almas hechas de una pieza.....	132
285. Talentos jóvenes.....	133
286. Disgustos de la verdad.....	133
287. El origen del gran amor.....	133
288. Limpieza.....	133
289. Viejos vanidosos.....	134
290. Utilización de lo nuevo.....	134
291. Tener razón ante los dos sexos.....	134
292. Renunciamento al deseo de ser bella.....	134
293. Incomprensible, insoportable.....	135
294. El partido que toma la actitud de víctima.....	135
295. Afirmar vale más que demostrar.....	135
296. Los mejores encubridores.....	135
297. De cuando en cuando.....	136
298. La virtud no ha sido inventada por los alema- nes.....	136
299. Pia fraus ú otra cosa.....	136
300. En las cosas buenas, la mitad vale más que el todo.....	137
301. El hombre de partido.....	137
302. Lo que es alemán según Goethe.....	137
303. Cuándo hay que detenerse.....	138
304. Revolucionarios y propietarios.....	138
305. Táctica de los partidos.....	139
306. Para fortificar los partidos.....	139
307. Cuidar de su pasado.....	140
308. Escritores de partido.....	140
309. Tomar partido contra sí mismo.....	140
310. Peligro en la riqueza.....	140

	<u>Págs.</u>
311. El placer de mandar y de obedecer.....	141
312. Ambición de la venganza.....	141
313. La necesidad del asno.....	141
314. Costumbres de partido.....	142
315. Vaciar-se.....	142
316. Enemigos deseados.....	142
317. La propiedad posee.....	142
318. De la dominación de las competencias.....	143
319. El «pueblo de los pensadores» (el de malos pensadores).....	144
320. Llevar buhos á Atenas.....	144
321. La prensa.....	147
322. Después de un gran acontecimiento.....	147
323. Ser un buen alemán, es cesar de ser alemán.....	147
324. Predilecciones por el extranjero.....	148
325. Opiniones.....	150
326. Dos especies de sobriedad.....	150
327. Falsificación de la alegría.....	150
328. El macho cabrío de la virtud.....	151
329. Soberanía.....	151
330. El que obra sobre sus semejantes es una fantasma y no una realidad.....	151
331. Tomar y dar.....	151
332. El buen campo.....	152
333. Las relaciones son un goce.....	152
334. Saber sufrir públicamente.....	152
335. Calor en las cumbres.....	152
336. Querer el bien, saber lo bello.....	153
337. Peligro de los que renuncian.....	153
338. Última opinión sobre las opiniones.....	153
339. Gaudeamus igitur.....	154
340. A uno que ha sido alabado.....	154
341. Amar al amo.....	154
342. Demasiado bello y demasiado humano.....	154
343. Efectos mobiliarios y propiedad territorial.....	154
344. Involuntarias figuras ideales.....	155
345. Idealista y embustero.....	155
346. Ser mal comprendido.....	155
347. El bebedor de agua habla.....	156
348. Del país de los antropófagos.....	156
349. El grado de congelación de la voluntad.....	156
350. El ideal renegado.....	156
351. Inclinación pérfida.....	157

	<u>Págs.</u>
352. Felicidad de escalera.....	157
353. Gusanos.....	157
354. La posición victoriosa.....	157
355. Peligro en la admiración.....	158
356. Utilidad de la enfermedad.....	158
357. Infidelidad, condición del magisterio.....	158
358. Nunca en vano.....	158
359. A través de los vidrios deslustrados.....	159
360. Indicios de transformaciones violentas.....	159
361. Medicamento del alma.....	159
362. Clasificación de los espíritus.....	159
363. El fatalista.....	159
364. Razón de mucho humorismo.....	160
365. El exceso como remedio.....	160
366. «¡Aspira á ser tú mismo!».....	160
367. Vivir, si es posible, sin adictos.....	160
368. Oscurecerse.....	160
369. Tedio.....	161
370. El peligro en la admiración.....	161
371. Lo que se exige al arte.....	161
372. Defección.....	161
373. Después de la muerte.....	161
374. Dejar en el reino de las sombras.....	162
375. Cerca de la mendicidad.....	162
376. Pensar por encadenamientos.....	162
377. Compasión.....	162
378. ¿Qué es el genio?.....	162
379. Vanidad de los combatientes.....	163
380. La vida filosófica está mal interpretada.....	163
381. Imitación.....	163
382. Última enseñanza de la historia.....	163
383. La generosidad como disfraz.....	164
384. Imperdonable.....	164
385. Axiomas paralelos.....	164
386. El oído que falta.....	164
387. Defecto del punto de vista y no del ojo.....	165
388. La ignorancia en armas.....	165
389. Al beber la experiencia.....	165
390. Pájaros cantores.....	165
391. No estar á la altura.....	166
392. La regla como madre y como hija.....	166
393. Comedia.....	166
394. Faltas que cometen los biógrafos.....	166

	<u>Págs.</u>
395. No pagar muy caro.....	166
396. ¿Cuál es la filosofía que una sociedad necesita siempre?.....	166
397. Indicios de un alma noble.....	167
398. Lo sublime y el que lo contempla.....	167
399. Contentarse.....	167
400. Ventajas de la privación.....	167
401. Receta para el mártir.....	168
402. El juez.....	168
403. Utilidad del gran renunciamiento.....	168
404. Cómo cobra esplendor el deber.....	168
405. Súplica á los hombres.....	168
406. Creadores y gozadores.....	168
407. La gloria de todos los grandes.....	169
408. La bajada á los infiernos.....	169

SEGUNDA PARTE

1. Del árbol de la ciencia.....	174
2. La razón del mundo.....	174
3. «En el principio era...».....	174
4. Medida del valor de la verdad.....	174
5. Lenguaje y realidad.....	175
6. La imperfección terrestre y su causa principal..	176
7. Dos formas de consuelo.....	177
8. Por la noche.....	178
9. Dónde ha nacido la teoría del libre arbitrio.....	179
10. No sentir nuevas cadenas.....	180
11. El libre arbitrio y el aislamiento de los hechos..	181
12. Los errores fundamentales.....	182
13. Decir dos veces las cosas.....	182
14. El hombre cómico del mundo.....	183
15. Modestia del hombre.....	184
16. En que es necesaria la indiferencia.....	184
17. Explicaciones profundas.....	187
18. El Diógenes moderno.....	188
19. Inmoralistas.....	189
20. No confundir.....	189
21. El hombre es el que mide.....	190
22. Principio del equilibrio.....	190
23. ¿Tienen derecho á castigar los partidarios de la doctrina del libre arbitrio?	192
24. Para juzgar al criminal y á su juez.....	194

	<u>Págs.</u>
25. El cambio y la equidad.....	195
26. Las condiciones legales como medios.....	196
27. Explicación de la alegría maligna.....	196
28. Lo que hay de arbitrario en la atribución del castigo.....	197
29. La envidia y su hermana más noble.....	198
30. Envidia de los dioses.....	199
31. La vanidad como superfetación de un estado antisocial.....	199
32. La equidad.....	200
33. Elementos de la venganza.....	200
34. Las virtudes del perjuicio.....	204
35. Casuística de la ventaja.....	205
36. Hacerse hipócrita.....	206
37. Una especie de culto de las pasiones.....	206
38. El remordimiento.....	206
39. Origen de los privilegios.....	207
40. La significación del olvido en el sentimiento moral.....	207
41. La riqueza moral por sucesión.....	208
42. El juez y las circunstancias atenuantes.....	209
43. Problema del deber de la verdad.....	209
44. Grados de la moral.....	210
45. La moral de la compasión en boca de los inmoderados.....	211
46. Cloacas del alma.....	212
47. Una forma de reposo y de contemplación.....	212
48. Una prohibición sin motivo.....	212
49. Característica.....	212
50. Compasión y desprecio.....	213
51. Saber ser pequeño.....	213
52. La imagen de la conciencia.....	213
53. Las pasiones dominadas.....	214
54. La habilidad para servir.....	214
55. Peligro del lenguaje para la libertad intelectual.....	215
56. Ingenio y tedio.....	215
57. Las relaciones con los animales.....	215
58. Nuevos actores.....	216
59. ¿Qué es ser «obstinado»?.....	217
60. La palabra «vanidad».....	217
61. Fatalismo turco.....	218
62. Abogado del diablo.....	219
63. Los disfraces de carácter morales.....	219

	<u>Págs.</u>
64. La virtud más noble.....	219
65. Lo primero que es necesario	220
66. ¿Qué es la verdad?.....	220
67. Costumbre de los contrastes	220
68. Si se puede perdonar	220
69. Vergüenza habitual	221
70. El educador más inhábil	222
71. La escritura de la previsión	222
72. Misioneros divinos.....	223
73. Lealtad en la pintura.....	223
74. La oración.....	225
75. Una santa mentira.....	225
76. El apóstol más necesario.....	226
77. ¿Qué es lo más precedero: el espíritu ó el cuerpo?.....	226
78. La fe en la enfermedad es una enfermedad.....	226
79. Palabra y estilo de los hombres religiosos.....	226
80. Peligro en la persona.....	227
81. La justicia terrestre.....	227
82. Una afectación al despedirse.....	228
83. Salvador y médico.....	228
84. Los presos	229
85. El perseguidor de Dios.....	230
86. Sócrates	230
87. Aprender á escribir bien.....	231
88. La escuela del mejor estilo	232
89. ¡Cuidado con el giro!	232
90. Ya y todavía.....	233
91. Alemán original.....	233
92. Libros prohibidos.....	233
93. Revelar ingenio.	234
94. Literatura alemana y francesa	234
95. Nuestra prosa.....	234
96. El gran estilo.....	235
97. Evitar	235
98. Algo como pan	235
99. Juan Pablo	235
100. Saber también saborear el contraste.....	236
101. Autores de espíritu de vino.....	236
102. El sentido mediador.....	236
103. Lessing	237
104. Lectores que no se desean.....	237
105. Ideas de poetas.....	237

	<u>Págs.</u>
106. Escribid sencilla y útilmente.....	238
107. Wieland	238
108. Fiestas raras.....	238
109. El tesoro de la prosa alemana.....	238
110. Estilo escrito y estilo hablado.....	239
111. Citar con prudencia.....	239
112. ¿Cómo se deben decir los errores?.....	240
113. Restringir y agrandar.....	240
114. La literatura y la moral se explican.....	240
115. ¿Cuáles son las comarcas que regocijan de un modo durable?.....	241
116. Leer en aita voz.....	241
117. El sentido dramático.....	241
118. Herder.....	242
119. Olor de las palabras.....	243
120. El estilo rebuscado.....	243
121. Promesa solemne.....	243
122. La convención artística.....	244
123. Afectación de la ciencia en las artistas.....	244
124. La idea de Fausto.....	245
125. ¿Hay clásicos alemanes?.....	246
126. Interesante, pero no bello.....	248
127. Contra los innovadores del lenguaje.....	249
128. Los autores tristes y los autores graves.....	249
129. Salud del gusto.....	249
130. Resolución.....	249
131. Corregir el pensamiento.....	250
132. Libros clásicos.....	250
133. Malos libros.....	250
134. Presencia de los sentidos.....	250
135. Ideas escogidas.....	250
136. Causa principal de la corrupción del estilo.....	251
137. Para excusar á los estilistas pesados.....	251
138. A vista de pájaro.....	251
139. Comparaciones fortuitas.....	252
140. Bailar encadenado.....	252
141. Amplitud de los escritores.....	252
142. Héroe sofocado.....	253
143. Los semi-ciegos.....	253
144. El estilo de la inmortalidad.....	253
145. Contra las imágenes y los símbolos.....	253
146. Guardarse.....	254
147. Esqueletos tatuados.....	254

	<u>Págs.</u>
148. El estilo grandilocuente y lo que le es superior.	254
149. Sebastián Bach.....	254
150. Händel.....	255
151. Haydn.....	255
152. Beethoven y Mozart.....	255
153. Recitativo.....	256
154. Música serena.....	256
155. Francisco Schubert.....	257
156. La dicción musical más moderna.....	257
157. Félix Mendelssohn.....	258
158. Una madre de las Artes.....	258
159. La libertad en las trabas: una libertad de príncipe.....	258
160. La barcarola de Chopín.....	259
161. Roberto Schumann.....	259
162. Los cantores dramáticos.....	259
163. Música dramática.....	260
164. Victoria y razón.....	260
165. Del principio de la ejecución musical.....	260
166. Música de hoy.....	261
167. Dónde está con gusto la música.....	261
168. Sentimentalismo en la música.....	262
169. Como amigos de la música.....	263
170. El arte en el tiempo reservado al trabajo.....	264
171. Los empleados de la ciencia y los otros.....	265
172. Gratitud del talento.....	267
173. Risa y sonrisa.....	267
174. Conversación de los enfermos.....	267
175. La medianía como disfraz.....	268
176. Los pacientes.....	268
177. Las mejores chanzas.....	268
178. Accesorios de toda veneración.....	268
179. El gran peligro de los sabios.....	269
180. El maestro en la época de los libros.....	270
181. La vanidad considerada como la cosa más útil.	270
182. Pronósticos de la cultura.....	271
183. Vengan á su tiempo la cólera y el castigo.....	272
184. Origen de los pesimistas.....	273
185. De la muerte razonable.....	273
186. Mirando hacia atrás.....	274
187. La guerra como un remedio.....	275
188. Transplantación intelectual y corporal como remedio.....	285

	<u>Págs.</u>
189. El árbol de la humanidad y la razón.....	277
190. El elogio del desinterés y su origen.....	277
191. Tiempo de oscuridad.....	280
192. La filosofía de la opulencia.....	280
193. Las épocas de la vida.....	280
194. El sueño.....	281
195. Naturaleza y ciencia.....	281
196. Vivir con sencillez.....	281
197. Cumbres y montículos.....	282
198. La naturaleza no da saltos.....	282
199. Con decencia, es cierto... ..	282
200. El salitario habla.....	282
201. Falsa celebridad.....	283
202. Turistas.....	283
203. Demasiado y demasiado poco.....	283
204. El fin y el objeto.....	284
205. Neutralidad de la gran naturaleza.....	284
206. Olvidar las intenciones.....	284
207. Eclíptica de la idea.....	284
208. Por qué se ha de tener á todo el mundo contra sí.	285
209. Avergonzarse de la riqueza.....	285
210. Exceso de arrogancia.....	286
211. En el terreno de la vergüenza.....	286
212. Suerte de la moralidad... ..	287
213. El fanático de la desconfianza y su garantía... ..	287
214. Libros europeos.....	288
215. Moda y modernidad.....	290
216. La «virtud alemana».....	293
217. Clásico y romántico.....	296
218. La enseñanza de la máquina.....	296
219. No ser sedentario.....	296
220. Reacción contra la cultura de las máquinas.....	297
221. El lado peligroso del racionalismo.....	297
222. La pasión en la Edad Media.....	298
223. Saquear y economizar.....	298
224. Almas alegres.....	299
225. Atenas desenfrenada.....	299
226. Sabiduría de los griegos.....	299
227. «El eterno Epicuro».....	300
228. El estilo de la superioridad.....	300
229. Los que se entierran.....	300
230. Tiranos del espíritu.....	301
231. La emigración más peligrosa.....	301

	<u>Págs</u>
232. La locura del Estado.....	301
233. Contra los que no cuidan de su vista.....	302
234. Grandes obras y gran fe.....	302
235. El hombre sociable.....	302
236. Cerrar los ojos del espíritu.....	302
237. La venganza más terrible.....	303
238. El impuesto del lujo.....	303
239. Por qué viven todavía los mendigos.....	303
240. Por qué viven todavía los mendigos.....	303
241. Cómo el pensador utiliza una conversación....	304
242. El arte de excusar.....	304
243. Relaciones imposibles.....	304
244. Las zorras de las zorras.....	305
245. En las relaciones íntimas.....	305
246. El silencio del disgusto	305
247. Seriedad de los negocios.....	305
248. Ambigüedad.....	305
249. Positivo y negativo.....	306
250. La venganza de las redes vacías.....	306
251. No imponer su derecho	306
252. Portadores de luz.....	306
253. El más caritativo	306
254. Hacia la luz.....	307
255. El hipocondríaco	307
256. Restituir	307
257. Más sutil de lo que es necesario.....	307
258. Una especie de sombra clara	308
259. ¿No vengarse?	308
260. Error de los que veneran.....	308
261. Carta	309
262. Prevenirse contra sí mismo.....	309
263. Camino de la igualdad.....	309
264. Calumnia.....	309
265. El cielo de los niños.....	310
266. Los impacientes.....	310
267. No hay educadores.....	311
268. Compasión por la juventud.....	312
269. Las épocas de la vida	312
270. El espíritu de las mujeres en la sociedad ac- tual.....	314
271. Grande y precedero.....	314
272. Sentido del sacrificio.....	314
273. Poco femenino.....	315

	Págs.
274. Los temperamentos masculinos y femeninos y la mortalidad	315
275. El tiempo de las construcciones ciclópeas.....	315
276. El derecho de sufragio universal.....	317
277. La mala inducción.....	318
278. Premisas de la época de las máquinas.....	318
279. Un obstáculo de la cultura.....	318
280. No más respeto por las competencias.....	319
281. El peligro de los reyes.....	320
282. El profesor es un mal necesario	321
283. La contribución del aprecio.....	322
284. Los medios para llegar á la paz verdadera.....	322
285. ¿Puede equilibrarse la propiedad por la justicia?.....	324
286. El valor del trabajo.....	326
287. Del estudio del cuerpo social.....	327
288. En qué humilla la máquina.....	328
289. Cuarentena de cien años.....	328
290. El partidario más peligroso.....	328
291. El destino del estómago.....	328
292. Victoria de la democracia.....	329
293. Fin y medios de la democracia.....	330
294. La circunspección y el éxito.....	331
295. Et in Arcadia ego.....	331
296. Calcular y medir.....	333
297. No ver el mal momento	333
298. La práctica del sabio.....	333
299. La fatiga del espíritu.....	333
300. «Sólo una cosa es necesaria».....	334
301. Un testimonio de amor.....	334
302. Cómo se trata de corregir los malos argumentos.	334
303. La lealtad.....	334
304. ¡Hombre!.....	335
305. La gimnástica más necesaria.....	335
306. Perderse	335
307. Cuándo hay que despedirse.....	335
308. Al mediodía.....	335
309. Precaverse de su pintor.....	336
310. Los dos principios de la vida nueva.....	336
311. Irritabilidad peligrosa.....	337
312. Destrucción de las ilusiones.....	337
313. La monotonía del sabio.....	337
314. No estar enfermo mucho tiempo.....	337

	Págs.
315. Advertencia á los entusiastas.....	338
316. Saber sorprenderse.....	338
317. Opiniones y peces.....	338
318. Signos de libertad y de servidumbre.....	339
319. Creer en sí mismo.....	339
320. Ni más rico ni más pobre; todo á la vez.....	339
321. Cómo hay que atacar.....	340
322. Muerte.....	341
323. Remordimiento.....	341
324. Llegar á pensador.....	341
325. El mejor remedio.....	341
326. ¡No toquéis!.....	341
327. La naturaleza olvidada.....	342
328. Profundidad y tedio.....	342
329. Cuándo es tiempo de prestar juramento de fide- lidad.....	342
330. Los que predicen del tiempo.....	343
331. Constante aceleración.....	343
332. Tres buenas cosas.....	343
333. Morir por la «verdad».....	344
334. Tener su tarifa.....	344
335. Moral para los que edifican.....	344
336. Sofocleísmo.....	344
337. El heroísmo.....	344
338. Doble aspecto de la naturaleza.....	345
339. Afabilidad del sabio.....	345
340. Oro.....	345
341. Rueda y freno.....	346
342. Desequilibrio del pensador.....	346
343. Tener mucho ingenio.....	346
344. Cómo hay que vencer.....	346
345. Ilusión de los espíritus superiores.....	346
346. Exigencia de la vanidad.....	347
347. Digno de un héroe.....	347
348. Como se puede calcular la sabiduría.....	347
349. El error presentado de una manera desagrada- ble.....	347
350. La máxima dorada.....	347
Diálogo entre el viajero y su sombra.....	349

CATÁLOGO

por orden alfabético de materias, de las obras que se venden en la Administración de la ESPAÑA MODERNA, Fomento, 7, Madrid.

ANTROPOLOGÍA

- Ferri.**—Antropología criminal, 3 pesetas.—Nuevos estudios de antropología criminal, 3 pesetas.
Lombroso.—Antropología y psiquiatría, 3 pesetas.—El Hipnotismo, 3 pesetas.—Aplicaciones judiciales y médicas de la antropología criminal, 3 pesetas.—Últimos progresos de la antropología criminal, 3 pesetas.—En colaboración con Ferry, Garofalo y Fioretti: La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.
Westmarck.—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

ARTE

- Lemcke.**—Estética, 8 pesetas.
Taine.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—La Pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—El Ideal en el arte, 3 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—Nápoles, 3 pesetas.—Roma, dos tomos, 6 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.—Milán, 3 pesetas.

BIOGRAFÍA

- Araujo.**—Goya, 3 pesetas.
Asensio.—Pinzón, 3 pesetas.—Fernán Caballero, 1 peseta.
Barboi.—El Dandismo y Jorge Brummell, 3 pesetas.
Becerro de Bengoa.—Trueba, 1 peseta.
Bergeret.—Mouton (Merinos), 1 peseta.
Boissier.—Cicerón y sus amigos. Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas.
Bourget.—Taine, 0,50 pesetas.
Campoamor.—Cánovas, 1 pesetas.
Dorado.—Concepción Arenal, 1 peseta.

- Fernández Guerra.**—Hartzenbusch, 1 peseta.
Fernán Flor.—Zorrilla, 1 peseta.—Tamayo, 1 peseta.
Gautier.—Nerval y Baudelaire, 3 pesetas.—Madama de Girardin y Balzac, 3 pesetas.—Heine, 1 peseta.
Gladstone.—Los Grandes nombres, 5 pesetas.—Lord Macaulay, 1 peseta.
Goethe.—Memorias, 5 pesetas.
Haussonville.—La Juventud de lord Byron, 5 pesetas.
Heine.—Memorias, 3 pesetas.
Lange.—Luis Vives, 2,50 pesetas.
Macaulay.—Vida, memorias y cartas, dos tomos, 14 pesetas.—La Educación de lord Macaulay, 7 pesetas.
Maupassant.—Zola, 1 peseta.
Menéndez y Pelayo.—Núñez de Arce, 1 peseta.—Martínez de la Rosa, 1 peseta.
Moneval.—María Stuardo, 6 pesetas.
Molins.—Bretón de los Herreros, 1 peseta.
Pardo Bazán.—El P. Coloma, 2 pesetas.—Alarcón, 1 peseta.—Campoamor, 1 peseta.
Passarge.—Ibsen, 1 peseta.
Picón.—Avala, 1 peseta.
Renán.—Mi infancia y mi juventud (agotada).—Memorias íntimas, dos tomos, 6 pesetas.
Sainte-Beuve.—Tres mujeres, 3 pesetas.—Retratos de mujeres, 2 pesetas.
Stuart-Mill.—Mis memorias, 3 pesetas.
Tolstoy.—Mi infancia, 3 pesetas.—Mi juventud, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.
Valera.—Ventura de la Vega, 1 peseta.
Wagner.—Recuerdos de mi vida, 3 pesetas.
Zola.—Jorge Sand, 1 peseta.—Victor Hugo, 1 peseta.—Balzac, 1 peseta.—Daudet, 1 peseta.—Sardou, 1 peseta.—

Dumas, 1 peseta.—Flaubert, 1 peseta.
—Chateaubriand, 1 peseta.—Goncourt,
1 peseta.—Musset, 1 peseta.—Gautier,
1 peseta.—Stendhal, 1 peseta.—Sainte-
Beuve, 1 peseta.

CRÍTICA LITERARIA

Caro.—Nuestras costumbres literarias, 3 pesetas.—La Crítica en la actualidad, 3 pesetas.

Zola.—Estudios literarios, 3 pesetas.—Mis odios, 3 pesetas.—Nuevos estudios literarios, 3 pesetas.—Estudios críticos, 3 pesetas.—El Naturalismo en el teatro, dos tomos, 6 pesetas.—Los Novelistas naturalistas, dos tomos, 6 pesetas.—La Novela experimental, 3 pesetas.

DERECHO

Aguanno.—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas.—La Reforma integral de la legislación civil (2.ª parte de la Génesis), 4 pesetas.

Arenal.—El Derecho de gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.

Arnó.—Las Servidumbres rústicas y urbanas.

Aser.—Derecho internacional privado, 6 pesetas.

Bagehot.—La Constitución inglesa, 7 pesetas.

Burgess.—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, dos tomos, 14 pesetas.

Carnevale.—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.

Champcommunale.—La Sucesión abintestato en Derecho internacional privado, 10 pesetas.

Dorado Montero.—Problemas jurídicos contemporáneos, 3 pesetas.—El Reformatorio de Elmira (Derecho penal), 3 pesetas.

Fouillée.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.

Framarino.—Lógica de las pruebas (en Derecho penal), dos tomos, 15 pesetas.

Gabba.—Derecho civil moderno, dos tomos, 15 pesetas.

Garofalo.—La Criminología, 10 pesetas.—Indemnizaciones á las víctimas del delito (2.ª parte de La Criminología), 4 pesetas.

Giuriati.—Los Errores judiciales, 7 pesetas.

González.—Derecho usual, 5 pesetas.

Goodnow.—Derecho administrativo comparado, dos tomos, 14 pesetas.

Gross.—Manual del juez, 12 pesetas.

Gumpłowicz.—Derecho político-filosófico, 10 pesetas.

Hunter.—Sumario de Derecho romano 4 pesetas.

Ihering.—Cuestiones jurídicas, 5 pesetas

Krüger.—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 pesetas.

**Lombroso, Ferry, Garofalo y Fio-
retti.**—La Escuela criminológica positivista, 7 pesetas.

Macaulay.—Estudios jurídicos, dos tomos, 9 pesetas.

Manduca.—El Procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.

Martens.—Derecho internacional (público y privado), tres tomos, 22 pesetas.

Meyer.—La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria.—Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por A. Posada, 5 pesetas.

Miraglia.—Filosofía del Derecho, dos tomos, 15 pesetas.

Mommsen.—Derecho público romano, 12 pesetas.—Derecho penal romano, 10 pesetas.

Neumann.—Derecho internacional público moderno, 6 pesetas.

Posada.—La Administración política y la administración social, 5 pesetas.

Ricci.—Tratado de las pruebas en Derecho civil, dos tomos, 20 pesetas.—Derecho civil, tres tomos, 21 pesetas.

Sansonetti.—Derecho constitucional, 9 pesetas.

Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.

Sighele.—El Delito de dos, 4 pesetas.—La Muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La Teoría positiva de la complejidad, 5 pesetas.

Sohm.—Historia é instituciones del Derecho privado romano, un gran volumen, 14 pesetas.

Spencer.—La Justicia, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.

Stevens.—La Constitución de los Estados Unidos, 4 pesetas.

Sthal.—Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.

Sumner Maine.—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 pesetas.—La Guerra según el derecho internacional, 4 pesetas.—Historia del Derecho, 8 pesetas.—Las Instituciones primitivas, 7 pesetas.

Supino.—Derecho mercantil, 12 pesetas.

Tarde.—Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El Duelo y el delito

- político, 3 pesetas.—La Criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pesetas.
- Todd.**—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, dos tomos, 15 pesetas.
- Wilson.**—El Gobierno congresional, régimen político de los Estados Unidos, 5 pesetas.
- Varios autores.**—(Aguanno, Altamira, Aramburu, Arenal, Buylia, Carnevale, Dorado, Fioretti, Ferri, Lombroso, Pérez Oliva, Posada, Salillas, Sanz y Escartín, Silió, Tarde, Torres-Campos y Vida.)—La Nueva Ciencia jurídica, dos tomos, 15 pesetas.
- Idem.**—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bancos, Benito, Bustamante, Buylia, Costa, Dorado, P. Pello, P. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedraza, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etc.)—El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.
- Vivante.**—Derecho mercantil, 12 pesetas.

ECONOMÍA

- Antoine.**—Curso de Economía social.
- Buylia, Neumann, Kleinwächter, Nasse, Wagner, Mithof y Lexis.**—Economía, 12 pesetas.
- George.**—Protección y librecambio, 9 pesetas.
- Goschen.**—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.
- Kells Ingram.**—Historia de la Economía política, 7 pesetas.
- Kropotkin.**—Campos, fábricas y talleres, 6 pesetas.
- Laveleye.**—Economía política, 7 pesetas.
- Leroy-Beaulieu.**—Economía política, 8 pesetas.
- Rogers.**—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.
- Stourm.**—Los Presupuestos, dos tomos, 15 pesetas.
- Virgili.**—Manual de estadística, 4 pesetas.

FILOLOGÍA

- Max-Müller.**—La Ciencia del lenguaje, 8 pesetas.

FILOSOFÍA

- Amiel.**—Diario íntimo, 9 pesetas.
- Caro.**—El Pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El Suicidio y la civilización, 3 pesetas.—Littré y el positivismo, 3 pesetas.—El Derecho y la fuerza, 3 pesetas.

- setas.—La Filosofía de Goethe, 6 pesetas.
- Collins.**—Resumen de la filosofía de Spencer, dos tomos, 15 pesetas.
- Emerson.**—La Ley de la vida, 5 pesetas.—Hombres simbólicos, 4 pesetas.
- Fichte.**—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.
- Finot.**—Filosofía de la longevidad, 5 pesetas.
- Fouillée.**—Historia de la Filosofía, dos tomos, 12 pesetas.
- Guyau.**—La Moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.
- Heine.**—Alemania, 6 pesetas.
- Lubbock.**—El Empleo de la vida, 3 pesetas.—La Vida dichosa, 3 pesetas.
- Nietzsche.**—Así hablaba Zaratustra, 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—Genealogía de la moral, 3 pesetas.—Humano, demasiado humano, 6 pesetas.—Aurora, 7 pesetas.
- Ruskin.**—Las Siete lámparas de la Arquitectura y La Corona de olivo silvestre, 7 pesetas.
- Schopenhauer.**—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, vol. 1.º, 12 pesetas; vol. 2.º, 10 pesetas; vol. 3.º, 8 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.
- Spencer.**—Los datos de la Sociología, dos tomos, 12 pesetas.—Las Inducciones de la Sociología y Las Instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las Instituciones sociales, 7 pesetas.—Las Instituciones políticas, dos tomos, 12 pesetas.—Las Instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.—Las Instituciones profesionales, 4 pesetas.—La Moral de los diversos pueblos y La Moral personal, 7 pesetas.—La Justicia, 7 pesetas.—La Beneficencia, 6 pesetas.—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.
- Stahl.**—Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.
- Stirner.**—El Único y su propiedad, 9 pesetas.
- Taine.**—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—Los filósofos del siglo XIX, 6 pesetas.
- Wundt.**—Compendio de Psicología, 9 pesetas.

HIGIENE

- Hirsch, Stokvis, Kochs, Würzburg.**—Estudios de higiene general, 3 pesetas. Comprende las siguientes monografías: Desarrollo histórico de la hi-

giene pública, por Hirsch, profesor en Berlín. — Patología comparada de las razas, por Stokvis, profesor en Amsterdam. — Las infecciones, por Kochs, profesor en Berlín, y Cómo decaen las naciones. Causas y remedios, por Würzburg, jefe de estadística de Berlín.

HISTORIA

- Boccardo.**—Historia del Comercio, de la Industria y de la Economía política, 10 pesetas.
- Boissier.**—Cicerón y sus amigos.—Estudio de la sociedad romana del tiempo de César, 8 pesetas. — La Oposición bajo los Césares, 7 pesetas.
- Campe.**—Historia de América, dos tomos, 6 pesetas.
- Carlyle.**—La Revolución francesa, tres tomos, 24 pesetas.
- Colombey.**—Historia anedóctica del duelo, 6 pesetas.
- Dowden.**—Historia de la literatura francesa, 9 pesetas.
- Fitzmaurice-Kelly.**—Historia de la literatura española, 10 pesetas.
- Fouillée.**—Historia de la Filosofía, dos tomos, 12 pesetas.
- Fournier.**—El Ingenio en la Historia, 3 pesetas.
- Garnett.**—Historia de la literatura italiana, 9 pesetas.
- Goncourt.**—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Fompadour, 6 pesetas. — Las favoritas de Luis XV, 6 pesetas.—La Du-Barry, 4 pesetas.
- Heine.**—Alemania, 6 pesetas.
- Murray.**—Historia de la literatura clásica y griega, 10 pesetas.
- Prévost-Paradol.**—La Historia universal, tomo I, 6 pesetas.
- Renan.**—Estudio de historia religiosa, 6 pesetas. — Las Vidas de los santos, 6 pesetas.
- Stahl.**—Historia de la filosofía del Derecho, 12 pesetas.
- Taine.**—Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas. — Historia de la literatura inglesa, 5 vol., 34 pesetas.
- Tolstoy.**—El Sitio de Sebastopol, 3 pesetas.
- Uriel.**—Historia de Chile, 8 pesetas.
- Waliszewsky.**—Historia de la literatura rusa, 9 pesetas.
- Westermarck.**—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.
- Witt.**—Historia de Washington y de la fundación de los Estados Unidos, 7 pesetas.
- Wolf.**—Historia de las literaturas castellana y portuguesa, con notas de M. Me-

néndez y Pelayo, dos volúmenes, 15 pesetas.

MISCELÁNEA

- Alcofurado.**—Cartas amorosas de la monja Mariana Alcofurado, 3 pesetas.
- Baudelaire.**—Los Paraísos artificiales, 3 pesetas.
- Castro.**—El Libro de los galicismos, 3 pesetas.
- Gautier.**—Bajo las bombas prusianas, 3 pesetas.
- Gay.**—Salones célebres, 3 pesetas.
- Hamilton.**—Lógica parlamentaria, 2 pesetas.
- Lemonnier.**—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.
- Stead.**—El Gobierno de New York, 3 pesetas.
- Stendhal.**—El Amor, 3 pesetas.—Curiosidades amorosas, 3 pesetas.
- Tolstoy.**—Fisiología de la guerra, 3 pesetas.—Placeres viciosos, 3 pesetas.
- Varios autores.**—(Thebussem, Manuel del Paicío, Picón, Campoamor, Pardo Bazán, Zorrilla, Palacio Valdés, Ferrari, Oller, Sellés, Valbuena, etc.)—Novelas y caprichos, 3 pesetas.

NOVELA

- Balzac.**—Eugenia Grandet, 3 pesetas.—Papá Goriot, 3 pesetas.—Urula Mirouet, 3 pesetas.—César Birotteau, 3 pesetas.—La Quiebra de César Birotteau, 3 pesetas.
- Barbey d'Aureville.**—El Cabecilla, 3 pesetas.—Venganza de una mujer, 3 pesetas.—Las Diabólicas, 3 pesetas.—Una historia sin nombre, 3 pesetas.—La Hechizada, 3 pesetas.
- Cherbuliez.**—Miss Roval, 3 pesetas.—La Tema de Juan Tozudo, 3 pesetas.—Amores frágiles, 3 pesetas.—Paula Meré, 3 pesetas.—Meta Holdenis, 3 pesetas.
- Coppee.**—Un idilio, 3 pesetas.
- Daudet.**—Jack, dos tomos, 6 pesetas.—La Evangelista, 3 pesetas.—El Sitio de París, 3 pesetas.—Novelas del lunes, 3 pesetas.—Cartas de mi molino, 3 pesetas.—Tartarin en los Alpes, 3 pesetas.—Cuentos y fantasías, 3 pesetas.
- Dostoyusky.**—La Casa de los muertos, 3 pesetas.—La Novela del presidio, 3 pesetas.
- Ferran.**—Obras completas, 3 pesetas.
- Flaubert.**—Un corazón sencillo, 3 pesetas.
- Goncourt.**—Querida, 3 pesetas.—Renata Mauperin, 3 pesetas.—Germinia Lacerteux, 3 pesetas.—La Elisa, 3 pesetas.—La Faustín, 3 pesetas.—La Señora Gervaisais, 3 pesetas.

Heiberg.—Novelas danesas, 3 pesetas.
Korolenko.—El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.
Lemonnier.—La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.
Merimée.—Colomba, 3 pesetas.—Miscelánea, 3 pesetas.
Neera.—Teresa, 3 pesetas.
Rod.—El Silencio, 3 pesetas.
Sardou.—La Perla negra, 3 pesetas.
Sienkiewicz.—Orso y En vano (dos novelas), 2 pesetas.
Sudermann.—El Deseo, 3,50 pesetas.
Tolstoy.—La Sonata á Kreutzer, 3 pesetas.—Marido y mujer, 3 pesetas.—Dos generaciones, 3 pesetas.—El Ahorcado, 3 pesetas.—El Príncipe Nekhli, 3 pesetas.—En el Cáucaso, 3 pesetas.—La Muerte, 3 pesetas.—El Sitio de Sebastopol, 3 pesetas.—Los Cosacos, 3 pesetas.—Iván el Imbécil, 3 pesetas.—El Canto del cisne, 3 pesetas.—El Camino de la vida, 3 pesetas.—Mi confesión, 3 pesetas.—Los Hambrientos, 3 pesetas.
Turguenef.—Humo, 3 pesetas.—Nido de hidalgos, 3 pesetas.—El Judío, 3 pesetas.—El Rey Lear de la Estepa, 3 pesetas.—Un desesperado, 3 pesetas.—Primer amor, 3 pesetas.—Aguas primaverales, 3 pesetas.—Demetrio Rudin, 3 pesetas.—El Reloj, 3 pesetas.—Padres é hijos, 3 pesetas.—La Guillotina, 3 pesetas.—Tierras vírgenes, 5 pesetas.
Varios autores.—Ramillete de cuentos, 3 pesetas.—Tesoro de cuentos, 3 pesetas.—Cuentos escogidos, 3 pesetas.
Zola.—Las Veladas de Medan, 3 pesetas.—La Novela experimental, 3 pesetas.—Los Novelistas naturalistas, dos tomos, 6 pesetas.—El Doctor Pascual, dos tomos, 6 pesetas.—Los Hombros de la marquesa, 3 pesetas.

PEDAGOGÍA

Buisson.—La Educación popular de los adultos en Inglaterra, 6 pesetas.
Bunge.—La Educación, 12 pesetas.
Fichte.—Discursos á la razón alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.
Huxley.—La Educación y las ciencias naturales, 6 pesetas.
Guyau.—La Educación y la herencia, 8 pesetas.
Macaulay.—La Educación, 7 pesetas.
Tolstoy.—La Escuela de Yasnaya Poliana, 3 pesetas.

POESÍAS

Campaner.—Ternezas y flores, Ayes del alma, Fábulas; todo en un tomo, 3

pesetas.—Doloras, Cantares, Humoradas; todo en un tomo, 3 pesetas.
Ferran.—Obras completas, 3 pesetas.

SOCIOLOGÍA

Antoine.—Curso de economía social, vols., 16 pesetas.
Caro.—El Suicidio y la civilización, 3 pesetas.—El Derecho y la fuerza, 3 pesetas.
Elzbacher.—El Anarquismo según sus mas ilustres representantes, 7 pesetas.
Engels.—Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado, 6 pesetas.
Fouillée.—La Ciencia social contemporánea, 8 pesetas.—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.
Garófalo.—La Superstición socialista, 5 pesetas.
Giddings.—Principios de la Sociología, 10 pesetas.
Grave.—La Sociedad futura, 8 pesetas.
Gumplowicz.—Lucha de razas, 8 pesetas.—Compendio de Sociología, pesetas.
Guyau.—La Educación y la herencia, 8 pesetas.—La Moral inglesa contemporánea, ó sea Moral de la utilidad y de la evolución, 12 pesetas.
Janet.—La Familia, 5 pesetas.
Kidd.—La Evolución social, 7 pesetas.
Kropotkin.—Campos, fbricas y talleres, 6 pesetas.
Laveleye.—El Socialismo contemporáneo, 8 pesetas.
Max-Müller.—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.—Historia de las religiones, 8 pesetas.
Novicow.—Los despilfarros de las sociedades modernas, 8 pesetas.—El porvenir de la raza blanca, 4 pesetas.
Sombart.—El Socialismo y el movimiento social en el siglo XIX, 3 pesetas.
Spencer.—Los Datos de la Sociología, dos tomos, 12 pesetas.—Las Inducciones de la Sociología y Las Instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las Instituciones sociales, 7 pesetas.—Las Instituciones políticas, dos tomos, 12 pesetas.—Las Instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.—Las Instituciones profesionales, 4 pesetas.—La Moral de los diversos pueblos y La Moral personal, 7 pesetas.—La Justicia, 7 pesetas.—La Beneficencia, 6 pesetas.—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones, 10 pesetas.
Starcke.—La Familia en las diferentes sociedades, 5 pesetas.

Stirner.—El Único y su propiedad, 9 pesetas.

Sumner-Maine. — Las Instituciones primitivas, 7 pesetas.

Tarde — Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas. — Estudios penales y sociales, 3 pesetas.

Tolstoy. — Placeres viciosos, 3 pesetas. — El Dinero y el trabajo, 3 pesetas. — El Trabajo, 3 pesetas. — Los Hambrientos, 3 pesetas. — ¿Qué hacer?, 3 pesetas. — Lo que debe hacerse, 3 pesetas.

Varios autores. — Aguanno, Alas, Azcárate, Benitos, Benito, Bustamante, Buyta, Costá, Dorado, Pello, Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumblowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sala, Una Sarthou, etc — El Derecho y la Sociología contemporáneos, 12 pesetas.

Westermarck. — El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.

TEATRO

Ibsen. — Casa de muñeca, 3 pesetas. — Los Aparecidos y Edda Gabler, dos dramas, 3 pesetas. — La Dama del mar y un enemigo del pueblo, dos dramas, 3 pesetas.

Zola. — El Naturalismo en el teatro, dos tomos, 6 pesetas.

VIAJES

Darwin. — Viaje de un naturalista alrededor del mundo, dos tomos, 15 pesetas.

Heine. — Alemania, 6 pesetas.

Nansen. — Hacia el Polo, 6 pesetas.

Taine. — La Inglaterra, 7 pesetas.

Tcheng-Ki Tong. — La China contemporánea, 3 pesetas.

LOS GRANDES AUTORES

CONTEMPORÁNEOS

Necra. — Teresa, 3 pesetas

Rod. — El Silencio, 3 pesetas.

Lemonnier. — La Carnicería (Sedán), 3 pesetas.

Sudermann. — El Deseo, 3,50 pesetas.

Korolenko. — El Desertor de Sajalín, 2,50 pesetas.

Turguenev. — Tierras vírgenes, 5 pesetas.

Heiberg. — Novelas danesas, 3 pesetas.

Sienkiewicz. — Orso y En vano, dos novelas, 2 pesetas.

Digitalizado por

ArchivoFOPEP

<http://www.archivofopep.org>

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

- Agnanno.**—La Génesis y la evolución del Derecho civil, 15 pesetas. — La Reforma integral de la legislación civil (segunda parte de La Génesis), 4 pesetas.
- Alcufurado.**—Cartas amatorias, 3 pesetas.
- Amiel.**—Diario íntimo, 2 pesetas.
- Antoine.**—Curso de Economía social, dos volúmenes, 16 pesetas.
- Araujo Sánchez.**—Goya, 3 pesetas.
- Arenal.**—El Derecho de gracia, 3 pesetas.—El Visitador del preso, 3 pesetas.—El Delito colectivo, 1,50 pesetas.
- Arnó.**—Las Servidumbres rústicas y urbanas, 7 pesetas.
- Asser.**—Derecho internacional privado, 6 ptas.
- Bagehot.**—La Constitución inglesa, 7 pesetas.—Leyes científicas del desarrollo de las naciones, 4 pesetas.
- Baldwin.**—Elementos de Psicología, 8 ptas.
- Boccardo.**—Historia del comercio, de la industria y de la Economía política, 10 pesetas.
- Boissier.**—Cicerón y sus amigos: Estudio de la sociedad romana en tiempo de César, 8 ptas.—La Oposición bajo los Césares, 7 pesetas.
- Bréal.**—Ensayo de semántica, 5 pesetas.
- Brédig.**—La elocuencia política en Grecia, 7.
- Bunge.**—La Educación, 12 pesetas.
- Burgess.**—Ciencia política y Derecho constitucional comparado, dos tomos, 14 pesetas.
- Buylla, Neumann, Kleinwächter, Narse, Wagner, Mithof y Lexis.**—Economía, 12 pts.
- Carlyle.**—La Revolución francesa, 3 tomos, 24 pesetas.—Pasado y presente, 7 pesetas.
- Caro.**—La Filosofía de Goethe, 6 pesetas.
- Carnevale.**—Filosofía jurídica, 5 pesetas.—La Cuestión de la pena de muerte, 3 pesetas.
- Castro.**—El Libro de los galicismos, 3 ptas.
- Colomby.**—Historia anecdótica del duelo, 6.
- Comte.**—Principios de Filosofía política, 2 pts.
- Collins.**—Resumen de la filosofía de Herbert Spencer, dos tomos, 15 pesetas.
- Champcommunale.**—La Sucesión ab-intestato en Derecho internacional privado, 10 ptas.
- Darwin.**—Viaje de un naturalista alrededor del mundo, dos tomos, 15 pesetas.
- Doellinger.**El Pontificado, 6 pesetas.
- Dowden.**—Historia de la literatura francesa, 9 pesetas.
- Eitzbacher.**—El Anarquismo, 7 pesetas.
- Ellins Estevens.**—La Constitución de los Estados Unidos, 4 pesetas.
- Emerson.**—La ley de la vida, 5 ptas.—Hombres simbólicos, 4 ptas.—Ensayo sobre la naturaleza, 3,50 ptas.—Inglaterra y el carácter inglés, 4 ptas.—Los veinte ensayos, 7 ps.
- Fichte.**—Discursos á la nación alemana.—La Regeneración de la Alemania moderna, 5 ptas.
- Finot.**—Filosofía de la longevidad, 3 pesetas.
- Fitzmaurice Kelly.**—Historia de la Literatura española, desde los orígenes hasta el año 1900, 10 pesetas.
- Flint.**—La Filosofía de la Historia en Alemania, 7 pesetas.
- Fouillée.**—Novísimo concepto del Derecho en Alemania, Inglaterra y Francia, 7 pesetas.—La Ciencia social contemporánea, 8 pesetas.—Historia de la Filosofía, dos tomos, 12 ptas.—La Filosofía de Platón, dos tomos 12 ptas.
- Fournier.**—El Ingenio en la Historia, 3 ptas.
- Framarino.**—Lógica de las pruebas, dos tomos, 15 pesetas.
- Gabba.**—Derecho civil moderno, dos tomos, 15.
- Garnett.**—Historia de la literatura italiana, 9 pesetas.
- Garofalo.**—La Criminología, 10 pesetas.—Indemnización á las víctimas del delito, 4 pesetas.—La Superstición socialista, 5 pesetas.
- George.**—Protección y librecambio, 9 pesetas.—Problemas sociales, 5 pesetas.
- Giddings.**—Principios de Sociología, 10 ptas.—Sociología inductiva, 6 pesetas.
- Giuriati.**—Los Errores judiciales, 7 pesetas.
- Goethe.**—Memorias, 5 pesetas.
- Gonblanc.**—Historia general de la literatura, 6 pesetas.
- Goncourt.**—Historia de María Antonieta, 7 pesetas.—Historia de la Pompadour, 6 pesetas.—Las favoritas de Luis XV, 6 ptas.—La Du Barry, 4 pesetas.
- González.**—Derecho usual, 5 pesetas.
- Goodnow.**—Derecho administrativo comparado, dos tomos, 14 pesetas.
- Goschen.**—Teoría sobre los cambios extranjeros, 7 pesetas.
- Grave.**—La Sociedad futura, 8 pesetas.
- Green.**—Historia del pueblo inglés, dos tomos, 13 pesetas.
- Gross.**—Manual del Juez, 12 pesetas.
- Gumpłowicz.**—Derecho político filosófico, 10 pesetas.—Lucha de razas, 8 pesetas.—Compendio de Sociología, 9 pesetas.
- Guyan.**—La Educación y la herencia, 8 ptas.—La Moral inglesa contemporánea, 12 ptas.
- Hamilton.**—Lógica parlamentaria, 2 pesetas.
- Haussonville.**—La Juventud de Lord Byron, 5 pesetas.
- Heine.**—Alemania, 6 pesetas.
- Höfding.**—Psicología experimental, 9 ptas.
- Hume.**—Historia del pueblo español, 9 ptas.—Historia de la España contemporánea (1788-1898), 8 pesetas.
- Hunter.**—Sumario de Derecho romano, 4 ptas.
- Huxley.**—La Educación y las ciencias naturales, 6 pesetas.
- Ihering.**—Cuestiones jurídicas, 5 pesetas.
- Janet.**—La Familia, 5 pesetas.
- Jitta.**—Método de Derecho internacional privado, 9 pesetas.
- Kells Ingram.**—Historia de la Economía política, 7 pesetas.
- Kidd.**—La Evolución social, 7 pesetas.
- Kochs, Hirsch, Stokvis y Würzburg.**—Estudios de Higiene general, 3 pesetas.
- Kropotkin.**—Campos, fábricas y talleres, 6 pts.
- Krüger.**—Historia, fuentes y literatura del Derecho romano, 7 pesetas.
- Lange.**—Luis Vives, 2,50 pesetas.
- Larcher y P. J. Jullien.**—Opiniones acerca del Matrimonio y del Celibato, 5 pesetas.
- Laveleye.**—Economía política, 7 pesetas.—El Socialismo contemporáneo, 8 pesetas.
- Lemcke.**—Estética, 8 pesetas.
- Leroy-Beaulieu.** Economía política, 8 ptas.
- Lewis Pattee.**—Historia de la Literatura de los Estados Unidos, 8 pesetas.
- Liesse.**—El Trabajo desde el punto de vista científico, industrial y social, 9 pesetas.
- Lombroso, Ferri, Garofalo y Floretti.**—La Escuela criminológico-positivista, 7 pesetas.
- Lombroso.**—Medicina legal, 2 tomos, 15 ptas.
- Lubbock.**—El Empleo de la vida, 3 pesetas.
- Macaulay.**—La Educación, 7 pesetas.—Vida, memorias y cartas, dos tomos, 14 pesetas.—Estudios jurídicos, 6 pesetas.
- Mac-Donald.**—El criminal tipo, 3 pesetas.
- Manduca.**—El Procedimiento penal y su desarrollo científico, 5 pesetas.
- Martens.**—Derecho internacional, tres tomos 22 ptas.—La paz y la guerra, Apéndice, 8 pts.
- Martin.**—La Moral en China, 4 pesetas.
- Max-Müller.**—Origen y desarrollo de la religión, 7 pesetas.—Historia de las religiones, 8 pesetas.—La Ciencia del lenguaje, 8 ptas.—La Mitología comparada, 7 pesetas.
- Meneval y Chantelaucé.**—María Estuardo, 6
- Mercier.**—Curso de Filosofía: Lógica, 8 pesetas.—Psicología, dos tomos, 12 pesetas.—Ontología, 10 pas.—Criteriología general ó trata de la certeza, 9 pesetas.
- Meyer.**—La Administración y la organización administrativa en Inglaterra, Francia, Alemania y Austria. Introducción y exposición de la organización administrativa en España, por Adolfo Posadas, 5 pesetas.

- Merkel.—Derecho penal, 10 pesetas.
 Miraglia.—Filosofía del Derecho, dos tomos, 15 pesetas.
 Mommsen.—Derecho público romano, 12 pesetas.—Derecho penal romano, dos tomos, 18 pesetas.
 Mouton.—El deber de castigar, 4 pesetas.
 Murray.—Historia de la literatura clásica griega, 10 pesetas.
 Nansen.—Hacia el polo, 6 pesetas.
 Neumann.—Derecho Internacional público moderno, 6 pesetas.
 Nietzsche.—Así hablaba Zaratustra, 7 ptas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—La Genealogía de la moral, 3 ptas.—Humano, demasiado humano, 6 ptas.—Aurora, 7 ptas.—Últimos opúsculos, 5 pesetas.—La Gaya ciencia, 6 ptas.—El viajero y su sombra, 6.
 Novicow.—Los Despilfarros de las sociedades modernas, 8 pesetas.—El Porvenir de la raza blanca, 4 pesetas.—Conciencia y voluntad sociales, 6 pesetas.
 Posada.—La Administración política y la Administración social, 5 pesetas.
 Potapenko.—La novela de un hombre sensato, 2 pesetas.
 Prévost-Paradol.—La Historia Universal, 3 volúmenes, 16 pesetas.
 Quinet.—El Espíritu nuevo, 5 pesetas.
 Renan.—Estudios de Historia religiosa, 6 ptas.
 Ribbing.—La Higiene sexual, 3 pesetas.
 Ricod.—Tratado de las pruebas, dos tomos, 20 pesetas.—Derecho civil teórico y práctico, once tomos, 77 pesetas.
 Rogers.—Sentido económico de la Historia, 10 pesetas.
 Roguin.—Las Reglas jurídicas, 8 pesetas.
 Roosevelt, New-York, 4 pesetas.
 Ruskin.—Las Siete lámparas de la Arquitectura (El Sacrificio, La Verdad, La Fuerza, La Belleza, La Vida, El Recuerdo, La Obediencia) y «La Corona de olivo Silvestre» (El Trabajo, El Comercio, La Guerra), 7 pesetas.—Obras escogidas, dos tomos, 13 pesetas.
 Sainte-Beuve.—Estudio sobre Virgilio, 5 ptas.
 Samsonetti.—Derecho constitucional, 9 ptas.
 Savigny.—De la vocación de nuestro siglo para la legislación y para la ciencia del Derecho, 3 pesetas.
 Schopenhauer.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El mundo como voluntad y como representación, tres tomos, 30 pesetas.—Estudios escogidos, 3 pesetas.—Etiología (Tratado de mundología ó arte de vivir), 5 pesetas. Estudios de Historia filosófica, 4 p.—Ensayos sobre Estética y Arqueología, 4 p.
 Sighele.—El Delito de dos, 4 pesetas.—La Muchedumbre delincuente, 4 pesetas.—La Teoría positiva de la complicidad, 5 ptas.
 Schm.—Derecho privado romano, 14 ptas.
 Sombart.—El Socialismo y el movimiento social en el siglo XIX, 3 pesetas.
 Spencer.—La Justicia, 7 ptas.—La Moral, 7 pesetas.—La Beneficencia, 4 ptas.—Las Instituciones eclesiásticas, 6 ptas.—Instituciones sociales, 7 ptas.—Instituciones políticas, dos tomos, 12 ptas.—El Organismo social, 7 ptas.—El Progreso, 7 ptas.—Exceso de legislación, 7 ptas.—De las leyes en general, 8 ptas.—Ética de las prisiones, 10 ptas.—Los Datos de la Sociología, dos tomos, 12 pesetas.—Las Inducciones de la Sociología y las Instituciones domésticas, 9 ptas.—Instituciones profesionales, 4 ptas.—Instituciones industriales, 8 ptas.
 Stahl.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
 Starke.—La Familia en las diferentes sociedades, 5 pesetas.
 Stirner.—El Único y su propiedad, 9 pesetas.
 Stourm.—Los Presupuestos, 2 tomos, 15 ptas.
 Stuart Mill.—Estudios sobre la Religión, 4 pesetas.
 Sumner-Maine.—El Antiguo Derecho y la costumbre primitiva, 7 ptas.—La Guerra, según el Derecho internacional, 4 ptas.—Historia del Derecho, 8 ptas.—Las Instituciones primitivas, 7 ptas.
 Supino.—Derecho mercantil, 12 pesetas.
 Taine.—Historia de la literatura inglesa: Los orígenes, 7 pesetas.—El Renacimiento, 7 pesetas.—La Edad clásica, 6 ptas.—La Edad Moderna, 7 ptas.—Los Contemporáneos, 7 ptas.—Los Filósofos del siglo XIX, 6 pesetas.—La Inglaterra, 7 pesetas.—Notas sobre París, 6 pesetas.—Los Orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.
 Tardé.—Las Transformaciones del Derecho, 6 pesetas.—El Duelo y el delito político, 3 pesetas.—La Criminalidad comparada, 3 pesetas.—Estudios penales y sociales, 3 pesetas.
 Todd.—El Gobierno parlamentario en Inglaterra, 2 tomos, 15 pesetas.
 Urial.—Historia de Chile, 8 pesetas.
 Varios autores.—(Aguanno, Alas, Azcárate, Bances, Benito, Bustamante, Buylla, Costa, Dorado, F. Pello, F. Prida, García Lastra, Gide, Giner de los Ríos, González Serrano, Gumplowicz, López Selva, Menger, Pedregal, Pella y Forgas, Posada, Rico, Richard, Sela, Uña y Sarthou, etc.) *El Derecho y la Sociología contemporáneos*, 12 pesetas.
 Idem.—Novelas y caprichos, 3 pesetas.
 Los grandes discursos de los máximos oradores ingleses modernos.—(Sullivan, Cockburn, Shell, Cobden, Morley, Chamberlain, Randolph Churchill, Beaconsfield, Macaulay, Brougham, O'Connell, Fox, Hardy, Eilenborough, Bulver Lytton, Parnell, Bright, Conde de Russell, Bradlaugh, Gladstone, Cowen, M'Carthy, Lowe y Butt), 7 p.
 Vivante.—Derecho mercantil, 10 pesetas.
 Virgili.—Manual de estadística, 4 pesetas.
 Vocke.—Principios fundamentales de la ciencia, 2 tomos, 10 pesetas.
 Wallace, Rusia, 4 pesetas.
 Whitman.—La Alemania imperial, 5 ptas.
 Willoughby.—La Legislación obrera en los Estados Unidos, 3 pesetas.
 Witt.—Historia de Washington, 7 pesetas.
 Waliszewsky.—Historia de la literatura rusa, 9 pesetas.
 Westermarck.—El Matrimonio en la especie humana, 12 pesetas.
 Wilson.—El Gobierno congressional; Régimen político de los Estados Unidos, 5 ptas.
 Wolff.—La Literatura castelana y portuguesa, con notas de M. y Pelayo, dos vol., 15 ptas.
 Wundt.—Compendio de Psicología, 9 pesetas.—Hipnotismo y sugestión, 2 pesetas.

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO XIX

Esta Revista, escrita por los mas eminentes publicistas nacionales y extranjeros, ve la luz todos los meses en tomos de más de 200 páginas.

CONDICIONES DE SUSCRICION

En España, seis meses, diez pesetas; un año, diez y ocho pesetas.—Fuera de España, un año, veinticuatro francos.—El importe puede enviarse en letras sobre Madrid, París ó Londres.—Todas las suscripciones deben partir de Enero de cada año. A los que se suscriban después, se les entregarán los números publicados.—Se suscribe en la calle de Fomento, 7, Madrid.

Director: J. LAZARO.